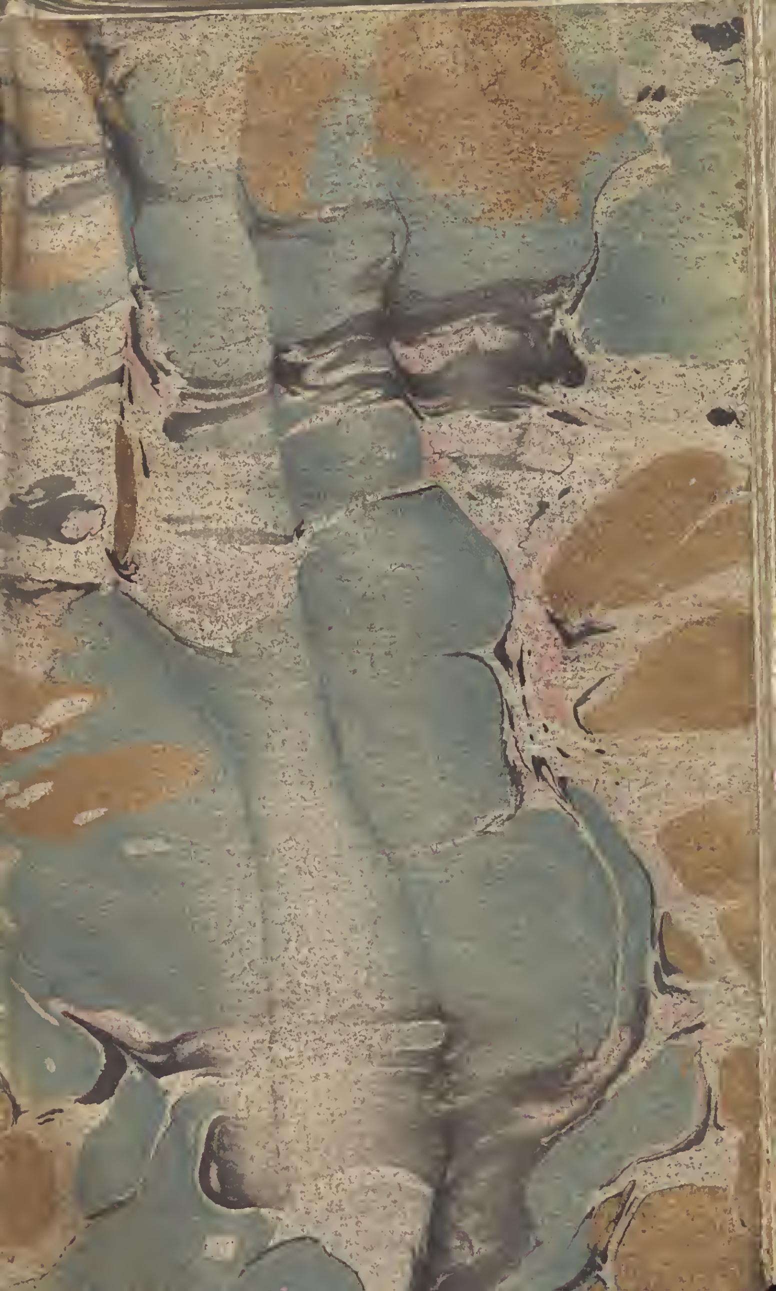






EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO XLVI.

EL

VIAGERO UNIVERSAL,

Ó NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO XVI.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1798.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó
NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA CCXLVII.

Habitantes del Archipiélago de Chilóe.

Los Isleños de Chiloe son de un temperamento robusto y fuerte, no menos que los Chilenos. Los descendientes de los primeros pobladores y de los que posteriormente han pasado á aquellas islas, se llaman Españoles. Estos son de buena presencia y estatura, blancos y bien parecidos; pues aun padeciendo tantas miserias y fatigas, estando siempre expuestos á la inclemencia, conservan su vigor y facciones agradables. Todos visten al estilo de

aquel reyno, que es como en España; pero los mas de los hombres en vez de capas llevan ponchos. Las mugeres usan el mismo vestido que las Chilenas, que se reduce á camisa, fustan ó enaguas, jubon, faldellin, saya y rebozo, ó basquiña y mantilla. Así hombres como mugeres andan generalmente descalzos de pie y pierna, á excepcion de las familias principales, pero aun entre éstas no todos llevan calzado. La causa de esto es por una parte su pobreza, y por otra lo pantanoso de aquellos terrenos y la continuacion de las aguas, que no les permite gastar tantos calzados como serian necesarios. Sin embargo, esto no les causa novedad, ni les acarrea enfermedades, ya por la costumbre, ya por lo sano del pais.

Los Indios tambien son mas blancos y mejor dispuestos que todos los del Perú, y asimismo exceden á éstos en sus buenas propiedades y costumbres. Su trage es como el de los Españoles, y exceden á éstos en las qualidades que antes he insinuado. No hay en toda la provincia de Chiloe Mulatos, Negros ni otras castas que son tan comunes en las Américas, y solamente se conocen las dos de Españoles é Indios. Unos y otros por lo general son bien inclinados, sin que sea preciso, como en el Perú, precisarlos por fuerza á asistir á Misa y á la

doctrina. Es muy rara en ellos la embriaguez, que es el vicio general de todos los Indios; yo puedo afirmar que jamas vi ninguno enteramente beodo.

El idioma que se habla en toda aquella provincia así entre Españoles como entre Indios, es el general de aquel reyno que llaman *Veliche*; pero los mas usan ya el Castellano. Son muy dignos de compasion aquellos pobres Isleños por las muchas necesidades que padecen. Sus casas son unas miserables chozas de maderos y tablas; pero las mas tan mal dispuestas, que para tapar las junturas que median entre ellos, se valen de pedazos de pellejo de carnero y de trapos viejos. Los techos son de paja, y es forzoso renovarlos con freqüencia para evitar que los pase el agua. En una misma y sola pieza está todo lo que hay en la casa, mezclados los animales y las gallinas con los hombres. Son muy raras las casas, cuyas puertas tienen cerraduras y llaves; en lugar de éstas usan de unas trancas, diferentes unas de otras, pero muy seguras. Los que tienen mas facultades hacen sus casas, aunque de madera, con todas las habitaciones necesarias, y en quanto pueden abrigadas, forrándolas por dentro con tablas bien unidas, techándolas con las mismas, y su piso es de tablones de laurel: el techo de estas casas en esta forma es de

mucha duracion, y no da lugar á goteras.

Como todos los edificios en aquel Archipiélago son de madera, estan muy expuestos á incendios, los quales son muy freqüentes, mayormente por su poca precaucion. Tienen por costumbre general quando alguno enferma, tenderle sobre algunas pieles ó paja, y si lo tiene, sobre un colchon, inmediato al hogar, y tan cerca del fuego, que los Sacerdotes para confesarlos y administrarles los Sacramentos tienen que estar con mucho cuidado para no quemarse. Aunque la enfermedad sea de las mas graves y con calentura ardiente, no permite el enfermo que le aparten de aquel lugar, ni da muestra alguna de sentimiento aunque echen mucha leña en el fuego, ni se da por incomodado porque esten guisando la comida y hablando lo que quieran.

Cada familia vive sola en su casa sin comunicarse con las demas tal vez en algunas semanas, y si es tiempo riguroso de lluvias y frios, se pasan meses enteros sin verse unos á otros. De aquí se puede inferir quanta será su miseria, y quan triste su vida, hallándose como aislados, sin poderse socorrer unos á otros, ni disminuir la tristeza y melancolia que es preciso les cause su pobreza y trabajos, con el mutuo trato, y los auxîlios necesarios. Sobre todo me causaban la mayor compasion las pobres viudas

y los infelices ancianos, que en sus enfermedades no tenian quien les asistiese; de suerte, que este es uno de los pueblos que me han parecido en extremo miserables, aun mucho mas que los Salvages.

No hay en todo aquel Archipiélago donde puedan adquirir medicamentos, ni aun los mas necesarios, de suerte, que en sus enfermedades tienen que abandonarse á solas las fuerzas de la naturaleza. No solo carecen aquellos infelices de los auxîlios que el arte presta á la naturaleza para las enfermedades, sino que tampoco tienen médicos ni hospitales. Por sí solos se curan, y aplican los remedios que les parece, quedando á su arbitrio el comer y beber lo que apetecen. He observado en los varios paises que he recorrido, que en esta parte estan mejor los pueblos Salvages, que los civilizados que se hallan en el abandono que los Chilotes: los Salvages tienen sus curanderos que conocen la virtud de muchos simples, y los saben aplicar con el mejor suceso, como me sucedió entre los Hotentotes; pero los pueblos civilizados y faltos de buenos facultativos estan expuestos á los absurdos que observé en la Abisinia, y en otras partes.

Ademas, los infelices Chilotes no tienen quien les enseñe ninguna ciencia ni arte, y de aquí proviene aquel abatimiento que necesariamente debe causar la ignorancia y la

falta de medios para salir de ella. Los Misioneros de San Francisco ademas de la instruccion que les dan en la Doctrina Christiana, procuran el alivio de aquellos infelices en todo lo que alcanzan sus facultades: se han dedicado á la instruccion de los niños y jóvenes, estableciendo escuelas públicas. Pero aun en esto tienen el mayor trabajo, pues por falta de papel, se han visto precisados á hacerles escribir en unas tablas de pelú bien acepilladas, del tamaño de un pliego de papel: luego que se les corrige la plana, laban la tabla, y la secan al fuego para que vuelva á servir. Es evidente el poco pogreso que pueden hacer en la escritura por este método; pero la falta de medios ha obligado á adoptarlo. Igual falta se halla en todo el Archipiélago de libros para aprender á leer é instruirse, y por esto se experimenta allí tanta rusticidad é ignorancia. Esta se pudiera en parte remediar con el trato de otros pueblos cultos; pero aquellos Isleños carecen de comunicacion con las demas provincias, y no tienen medios para pasar á otros paises; fuera de que los contiene para no salir, el temor de las viruelas, pues hay exemplares de haber perecido por este contagio muchos de estos Isleños que servian de soldados en el Callao.

Para proporcionar á estos Isleños todos los alivios posibles, el Gobierno les ha fa-

cilitado el paso de las quarenta leguas que median desde Maullin á Valdivia, con lo qual podran tratar en el Continente, y adquirir los conocimientos que tanto necesitan.



CARTA CCXLVIII.

Comercio y gobierno de la provincia de Chiloe.

Es tan escaso el comercio de esta provincia, que casi está reducido á las tablas de alerce, que los Chilotes van á cortar con inmenso trabajo y peligro á las faldas de la Cordillera, y en el Continente de Carelmapu y Maullin. Hay algunos alerces tan gruesos, que no alcanza á abarcarlos una soga de doce brazas, y de algunos de ellos suelen sacarse seiscientas tablas. Es mucha la tablazon que se hace de esta madera, pues un año con otro salen de Chiloe para Lima de cincuenta á sesenta mil tablas, y en algunos años es mayor el numero. Estas son de quatro varas de largo, seis á siete pulgadas de ancho, y una y media de grueso. Es madera tan docil y facil de labrarse, que no necesitan de sierra para su corte, pues con sola una hacha y cuñas de otra madera las

sacan. Son muy utiles y estimadas en Lima, y como ya he dicho, estos Isleños pagan su tributo en tablas.

Otro de sus ramos de comercio son los jamones, de los quales hay abundancia, por los muchos cerdos que crian : por su buen gusto y calidad son muy estimados en Lima y otras partes. Del arbol de luma, cuya madera es fuerte y durable, hacen guiones que sirven para exes, varas, &c. y á este fin los llevan á Lima. Del avellano tambien sacan utilidad, pues como es madera que se conserva bien en el agua, hacen tablazon para las embarcaciones, y principalmente remos: del ciruelillo y ciprés hacen baules y caxas trabajadas con bastante primor. Estas son las únicas maderas de que sacan utilidad, sin embargo de que tienen otras de que pudieran muy bien aprovecharse con ventaja. El rabral, cuya madera es muy parecida al nogal, pudiera servir por su consistencia y dureza para motones en los navios, de lo qual ya se ha hecho experiencia. El mayten es madera müy á proposito para tornear, y se conserva bien en el agua. El meli excede en consistencia al luma, y en prueba de ello vemos que hacen de esta madera sus hazadas para labrar la tierra, por lo que pudiera emplearse tambien en otros usos. No es de menor resistencia el pelu, y pudiera servir para exes y cureñas.

En quanto á texidos, son de lana todos los que se fabrican en Chiloe, pero tienen muy corta cantidad de éstas. Aunque crian ovejas, es en pequeño numero, y por tanto no acostumbran á comer diariamente carne: el poco ganado que tienen, les sirve para estercolar las tierras. Sin embargo, aprovechan bien la poca lana que tienen, y fabrican ponchos texidos con particular esmero, dexándolos tan delgados que parecen de seda, y son de mucha duracion. Estos son trabajos peculiares de las mugeres, y los trabajan con tanta prolixidad, que siendo cada poncho como una manta regular, apenas cada muger hará dos en todo un año, á lo qual contribuye mucho el modo de texerlos. No los hacen en telares, sino del mismo modo que se hace la estera fina en España. Extienden toda la urdimbre y la aseguran en unos palos; y entretegiendo la trama con los dedos, forman las labores. Del mismo modo fabrican las colchas que llaman *bordadas*, y lo son en la realidad por los dibuxos grandes y curiosos con variedad de colores que mezclan. Hacen tambien otros texidos, que son unos ponchos pequeños llamados *bordillos*, los quales ordinariamente sirven para los Negros en las haciendas de Lima. Asimismo texen otras telas que llaman *sabanillas*, las quales son como unas sabanas de bayeta muy tupidas. En los te-

lares hacen lienzo y manteleria, sacando completas las tablas de manteles con sus servilletas, que siendo de cordoncillo, son de mucha duracion. Tambien hacen sayales, que desde el telar salen tan tupidos y fuertes, como si estuvieran batanados.

Estos son los articulos de las producciones naturales y de industria de aquellos Isleños, y éstos son los únicos generos con que acuden anualmente á la feria. Allí los truecan por otros géneros de que necesitan, pues no corre allí generalmente el dinero: en cambio toman bayetas, bretañas, paño, pañetes, sal, azucar, agi, aguardiente, vino, añil, y otros géneros, pues de todos ellos carecen. Por la escasez de este comercio se puede inferir que en todo el Archipiélago no hay ningun caudal considerable; los mas acomodados solo tienen lo preciso para mantenerse con alguna decencia, y los mas ni aun tienen lo preciso.

Viniendo ahora al gobierno de la provincia de Chiloe, hay un Gobernador político y militar nombrado por el Rey con su correspondiente situado. A este estan sujetos todos los pueblos de aquel Archipiélago, pero con dependencia del Vireynato de Lima, como anteriormente la tenian de la Capitania generäl de Chile. El Gobernador tiene su residencia ordinaria en el puerto de San Carlos, y estan allí á su cargo con

mas especialidad las fortalezas de aquella plaza y la de Agui: manda tres compañias de tropa, que allí mantiene el Rey, que son dragones, infantería, y artilleros. Estas sirven de guarnicion en los dos fuertes referidos, y en los de Chacao y Calbuco, mudandose los destacamentos á tiempos determinados. Para el pagamento de esta tropa va cada año el situado de Lima, y aunque anteriormente se les pagaba mucha parte en ropa y otros efectos, al presente se les satisface enteramente en dinero.

Ademas de estas compañias hay en aquellas islas milicias: estas se componian antiguamente de Encomenderos, de Moradores, y quince del resto del vecindario de Españoles; pero en el año de 1769 se arreglaron en un Regimiento, cuyo Coronel es el Corregidor; la plana mayor se compone de las personas mas distinguidas, y hay un esquadron de caballeria de cinco compañias, una brigada de artilleros, y una compañia de Maestranza de Carpinteros, que juntos componian al tiempo de este establecimiento mil quinientos sesenta y nueve hombres, inclusos los oficiales. Estas tropas sirven de guarnicion en los fuertes de la ciudad, Chacao, Calbuco, Maullin, Achao, y en otros destinos del Real servicio, alternando por meses, sirviendo uno cada una, pero sin recibir sueldo ni gratificacion alguna para ví-

veres, pues todo se hace á su costa. Las tres compañias de tropa reglada se componen de ciento treinta y nueve hombres, cincuenta y tres la de dragones, cincuenta y tres la de infanteria, y treinta y tres la de artilleros, cada una con sus respectivos oficiales, inclusos en este numero.

En el puerto de San Carlos estan tambien de continua residencia los Tenientes de Oficiales Reales, que son Tesorero y Contador, cuya Caxa Real se halla en el fuerte para su mejor custodia. Estos antiguamente no gozaban de asignacion determinada, y solo tenian el honor, y algunos cortos emolumentos; pero ya se les ha asignado un sueldo correspondiente. Al cuidado de estos estaba el tabaco que de Lima se remitia para toda la provincia, y corrian con su despacho; al presente hay Administrador asalariado para que cuide de este ramo.

Los pueblos de los Indios aunque estan como todos los demas sujetos al Gobernador de la provincia, tienen particularmente en cada uno su Cacique, que ellos llaman Gobernador, y éste tiene sobre ellos el mismo mando que en España los Alcaldes Ordinarios sobre sus vecindarios.

En la ciudad de Castro está el Cabildo Secular, que se compone de un Corregidor, dos Alcaldes Ordinarios, dos de la Hermandad, quatro Regidores, un Alferez Real, y

un Escribano, que es el único que hay en toda la provincia. El Corregidor cuida de la administracion de la justicia, y de lo respectivo á aquellos pueblos, é islas inmediatas: lo mismo hace su Teniente en la de Quinchau y sus inmediatas: en el partido de Calbuco hay un Comandante para cuidar de aquellos trece pueblos. Con este buen arreglo viven aquellos Isleños en la mayor paz y tranquilidad; jamas he visto alli la mas leve alteracion, ni excesos considerables. Viven subordinados con gusto á su Gobernador, y á sus respectivos superiores, lo qual es efecto de la moderacion de éstos, y del genio dócil y pacífico de aquellos habitantes.

Los Chilotes no solo recibieron de paz y sin resistencia á los primeros Españoles que fueron á conquistar aquella provincia, sino que abrazaron sin dificultad la Religion Christiana, luego que les fue predicada, y se mantienen en ella firmes y constantes. En lo espiritual dependen del Obispo de la Concepcion. Dicen que quando entraron en Chiloe los Españoles, los Indios eran en numero de sesenta mil; hoy apenas pasaran de once mil: los Españoles establecidos entre ellos llegarán á quince mil. No han intentado sacudir el yugo jamas, y solo al principio de este siglo hubo una sublevacion de poca conseqüencia. Su comercio se hace al

arribo de tres ó quatro embarcaciones, que van todos los años de los puertos del Perú y Chile.

Los Misioneros Franciscanos, que han trabajado y trabajan con el mayor zelo en la conversion é instruccion de los Chilotes, han extendido sus descubrimientos á reconocer los Archipiélagos de Guayaneco y Guaitecas, habiendo llegado hasta los 47 grados de latitud austral al Sur de Chiloe. Habita aquellas islas la nacion de los Chonos, dividida en varias tribus, las quales estan esparcidas por aquellas costas de estos dos Archipiélagos y en las muchas mas islas que siguen al Sur de Chiloe, que son mas de ochocientas. Son tan estériles que causa admiracion cómo pueden subsistir en ellas aquellos miserables Indios. Su terreno es el mas incapaz de cultivo, y de producir fruto alguno, por ser la mayor parte peña dura. Aun para arribar á ellas cuesta mucho trabajo, y se padecen los mayores riesgos. Aquellos Isleños para procurarse un corto y mal alimento, tienen que andar todo el dia en el agua, así en invierno como en verano, para coger algunos pescados y marisco.

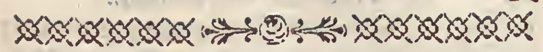
Para este exercicio salen embarcados en unas piraguas de tres tablas, así hombres como mugeres; pero éstas son las que sufren la mayor fatiga, pues se arrojan al fondo del

mar como buzos, aunque esten preñadas ó hayan acabado de parir: los hombres se ocupan en buscar leña y conducirla á sus chozas. Estas habitaciones ni aun el nombre de chozas merecen, pues se reducen á unos palos clavados en tierra, y cubiertos con cortezas de árboles, y algunas pieles de lobo marino: no tienen mas conveniencia que la facilidad de trasportarlas de un lugar á otro. Como no tienen domicilio fixo y determinado, sino que andan de isla en isla buscando que comer, cargan en sus pequeñas piraguas las cortezas, pieles y palos, y plantan sus chozas donde mejor les parece. En muchas ocasiones no tienen mas bebida que el aceyte que sacan de los lobos marinos, pues aun de agua dulce suelen carecer. De aquí les proviene el color pálido que siempre tienen, y el hedor que les es como natural. La falta de todo otro alimento los obliga á comer la carne de los lobos marinos, por lo que derretida ésta y sacado el aceyte, guardan los chicharrones para su alimento.

Para llegar á los Archipiélagos donde residen estos Indios, es preciso atravesar desde Chiloe los golfos referidos de Guayaneco y de Guaitecas, que son muy peligrosos, y solo puede evitarse en parte el riesgo, atravesando una fragosa cordillera. Para esto es necesario descoser las piraguas, subir y ba-

xar las tablas por aquellas cuestas, y volver despues á armar aquellas embarcaciones para navegar por otros golfos y ensenadas de no menor peligro, por los muchos escollos que se encuentran, y la falta de puertos que hay en aquellas islas.

Desde la ciudad de Castro, situada á los 42 grados, 40 minutos de latitud austral hasta el Cabo de Hornos en los 53, median de Norte á Sur 11 grados de latitud, y se tienen noticias ciertas de que en todo este terreno se hallan varias naciones de gentiles, y de ellas estan ya conocidas las de los Calenches, Quelenches, Taruchees, Lecheyeles y Tajatafes, y la ya dicha de los Chonos. En todas las tierras Patagonicas hay tambien muchas naciones de Indios, y no faltan canales, cuyos rumbos se dirigen á ellos. Quando en 1741 pasó al mar Pacifico la esquadra de Anson, intentó acometer tambien á Chilóe; pero el navio Wager que fue destacado para una expedicion, naufragó á los 47 grados y 47 minutos.



CARTA CCIL.

Islas de Juan Fernandez.

El viage del Lord Anson me hace acordar de las islas de Juan Frenandez, en donde este Almirante estuvo por algun tiempo para rehacerse de las averias que habia padecido. Llamanse de Juan Fernandez del nombre de un Español que las descubrió el año de 1563. Son dos, la una mayor, que está mas cerca de la costa, y tiene quatro leguas de largo; la otra que llaman de *afuera* para distinguirla, es mas pequeña. El terreno de la primera ácia la parte del Norte se compone de montañas pobladas de muchos árboles, y entre ellos los hay de pimienta semejante á la que se trae de Chiapa. En la parte del Sur, que es mas esteril por causa de los vientos fuertes que de esta parte soplan ordinariamente, no hay árboles sino en algunas quebradas que forman las colinas: pero se encuentra allí una especie de avena ó paja tan alta, que excede á la altura de un hombre.

En esta isla hay varios arroyos que se precipitan de la montaña, y caen al mar formando varias cascadas. Su temperamento es muy frio. En la parte Septentrional hay

un puerto, que es el mejor, aunque no muy seguro, por estar expuesto á los vientos Norte y Nordeste: tiene cincuenta brazas de fondo, y en invierno es casi inutil por el riesgo en que estan las embarcaciones. Ademas tiene otros dos puertos, pero solo practicables para embarcaciones pequeñas.

Estas islas estan desiertas, y no hay en ellas mas que cabras monteses y lobos marinos en sus playas con abundancia; pero en el puerto referido hay muchisimo pescado de delicado gusto y de diferentes especies. Han sido siempre las islas de Juan Fernandez refugio de los piratas que han entrado al mar del Sur, para refrescar sus tripulaciones, hacer agua y leña, y proveerse de carne de las cabras. Estos motivos obligaron al Presidente de Chile á enviar gran porcion de perros mastines á ellas, para que exterminasen las cabras, como se ha conseguido, pues ya hay muy pocas; pero los perros han multiplicado tanto, que se encuentran tropas numerosas de ellos; y lo mas particular es que han degenerado de su especie.

Un Escocés llamado Alexandro Selkirk, que por una casualidad se quedó en una de estas islas, vivió cinco años en ella hasta que le recogió un navio de Bristol: se habia acostumbrado tanto á la vida salvage, que casi habia olvidado la lengua, y apenas se le

conocia que fuese Europeo: lo mismo sucedió á un Indio Mosquito. De las memorias de este Selkirk se formó el Robinson Crusoé. El Almirante Anson, que como he dicho, estuvo algunos dias en el puerto de esta isla, á la qual puso el nombre de Cumberland, pondera esta isla como un paraiso terrenal, y dexó allí sembradas varias frutas y hortalizas para los que en adelante arribasen á ella. Distan unas cien leguas del Continente de Chile y quatrocientas quarenta al Norte del Cabo de Hornos, á los 32 grados y 40 minutos de latitud austral.

Son muy raras las aves que allí se encuentran, y aunque en el suelo se suelen ver algunas plumas blancas y armazones enteros de algunas, que parece haber sido comidas por los perros, no se ven volar de este color, y solo se ven algunas de pluma negra. Es muy probable que en invierno se recojan en aquellas islas las que en el verano no parecen, por apartarse de ellas á otros parages.

La isla de afuera es toda muy alta, y tan escarpada y escabrosa, que no tiene parage cómodo para desembarcar; y no habiendo puerto alguno, no llegan á ella ni las embarcaciones enemigas ni las propias de aquellos reynos.

Las playas y peñas en la isla de *tierra* estan por todas partes llenas de lobos mari-

nos en tanta abundancia, que no dexan lugar para andar entre ellos. Tres son las principales especies de ellos que se observan: la una pequeña cuya longitud será como de una vara, y el color de todo el pelo musgo obscuro: la segunda tendrá como toesa y media de largo, esto es, tres varas y media con corta diferencia, y su pelo es pardo; la tercera como dos toesas de largo, que es poco mas de quatro varas y media: su pelo es ceniciento algo tirante á blanquizco. La cabeza de estos animales es pequeña respecto del cuerpo, algo puntiaguda, y parecida á la de los lobos terrestres; la boca es proporcionada á la cabeza, y la lengua gruesa y casi redonda, las quixadas guarnecidas con una fila de colmillos todo al rededor, grandes, fuertes y agudos, de los quales las dos tercias partes estan embutidas en los alveolos, y sola una parte, que es la mas dura y maciza, está fuera de ellos. A los lados de la boca tienen unas barbas, que se dirigen como los vigotes de los tigres ó gatos; los ojos son muy pequeños, y las orejas lo son tanto, que apenas tienen desde su raiz hasta la extremidad como seis á ocho lineas de largo, y lo ancho á proporcion. Las narices tambien son pequeñas, y solo en ellas es donde no tienen pelo, sino un cutis glanduloso, como el que cubre las de los perros. Tiene este

animal dos aletas, como todos los pescados, que les sirven en el agua para nadar y para andar en tierra. La cola, que es cartilaginosa, es grande á proporcion del cuerpo; y mucho mas gruesa que en los pescados: la postura de ésta es horizontal, de modo, que doblando el espinazo por la ultima vertebra donde tiene articulacion mas sensible que en las demas, hace con ella los dos pies, con los quales acompañan á las manos ó aletas para andar sin arrastrar el cuerpo. Así en las aletas como en cada loba de la cola tiene la señal de dedos, y cinco en cada una, los quales son formados de unos menudos huesos ó cartilagos duros, que estan embebidos en las membranas callosas, que cubren las aletas y cola. Estos dedos se apartan unos de otros entre sí, ocupando todo lo ancho de la aleta, que es lo que les sirve de planta para sentar en el suelo, y terminan con una correspondiente á ellos, la qual tiene como dos lineas de largo y media de ancho.

Las articulaciones mas sensibles que tiene en las aletas son dos; la una en su union con el omoplato, donde hace como hombro, y la otra al fin de la misma aleta, donde tienen su nacimiento los dedos. Lo mismo sucede en la cola, y por este medio se maneja en tierra, pues aunque no con la agilidad que los quadrúpedos, trepa á

unos peñascos tan altos y escarpados, que parece imposible los pueda superar, y baxa con la misma facilidad, sin que le sirva de embarazo la mucha corpulencia, la qual es tanta, que por la parte de las aletas tendrán de diámetro quatro pies los de especie mayor, esto es, vara y media con corta diferencia, y los otros á correspondencia.

Las partes naturales de estos animales estan en el extremo inferior del vientre, y quando quieren juntarse, se sientan sobre la cola; y puestos macho y hembra enfrente uno de otro se abrazan con las aletas, que les sirven de manos. La hembra pare, y cria con leche sus hijos, como los quadrúpedos; en cada parto no produce mas que un hijo, ó á lo mas dos.

A los blanquizcos, que como he dicho son los mayores, llaman algunos *leones marinos*, y en aquel mar *lobos de aceyte*, porque quando se mueven parecen un pellejo de aceyte, por el movimiento que hace la mucha grasa de que se compone su monstruoso cuerpo; y aunque de todos se saca aceyte, se saca mucho mas de éstos, porque no constan de otra cosa. Observé en ellos una particularidad muy rara, y fue que habiendo un marinero herido á uno de ellos, al punto se arrojó al agua, y apénas la habia teñido con su sangre, quando acudieron sobre él todos los de las demas especies, y

le devoraron en medio quarto de hora, lo que no sucedia con los demas, pues igualmente se echaban al agua quando los herian, y nunca acudian otros á devorarlos, ni se movian al ver la sangre. Son temibles quando pueden alcanzar á morder, porque en haciendo presa no sueltan; pero son torpes y pesados, y no pueden volver mucho la cabeza: no se espantan de la gente, y era preciso apartarlos á palos para abrirse paso.

Los pequeños tienen un ahullido que se asemeja mucho al balido de las ovejas en términos que se equivocan, y es tan grande y continuo el ruido que forman entre todos, que no se puede aguantar. Los perros se mantienen de su carne, y los desuellan con mucha agilidad: lo primero que hacen para matarlos, es degollarlos á bocados, y luego van cortándoles el pellejo al rededor del cuello: luego que han concluido, los asen de la cabeza, y metiendo las manos por entre el cuero y la carne, se lo van despegando hasta desollarle enteramente.

A lós de la especie mayor se ha dado el nombre de *leones marinos*, porque á distincion de los otros, el pelo de su cuello forma una especie de clin, bien que en lo largo excede muy poco al de lo restante del cuerpo. Todas estas especies de lobos son tan sensibles en la extremidad de la nariz, que

á pesar de no hacer caso de muchas heridas en lo demas del cuerpo, se resienten mucho del mas ligero golpe en esta parte, y esto solo basta para matarlos, por lo que ninguna parte guardan con mas cuidado que el hocico.

Entre las muchas especies de pescados de que abundan las costas de estas islas, hay dos, que no se sabe las haya en otra parte de aquel mar del Sur. La una es el bacalao, el qual aunque no es exâctamente como el de Terranova, se diferencia muy poco de él, así en la estructura como en el color exterior y gusto. Los hay de todos tamaños, y los mayores son de tres á quatro pies de largo, esto es, vara y media con corta diferencia.

La otra es un pescado parecido al tollo en la hechura, aunque su carne es mucho mas delicada: de cada una de las dos aletas que tiene sobre el lomo, y por la parte anterior de ellas desde su nariz le sale un espolon algo corvo y en figura triangular, aunque redondo por el lomo, el qual termina en punta. Es muy lustroso, y tan duro como un hueso: interiormente en todo lo que hace la raiz, se compone de una substancia algo blanda y esponjosa. Esta espina ó espolon es un remedio muy eficaz para el dolor de muelas, y solo con aplicar la punta á la muela, quita enteramente el dolor á la me-

dia hora, como yo mismo lo experimenté repetidas veces, con la particularidad que apenas la apliqué á varias personas, las adormecia la parte afecta, les entraba sueño, y dispertaban sin dolor. Lo largo regular de estas espinas es de dos pulgadas y media; su grueso por donde mas, será de quatro lineas en cada una de sus tres faces. Este pescado tan apreciable abunda allí igualmente que las demas especies. Era tanta la abundancia de pesca, que con dos horas de pescar por la mañana y otras dos por la tarde, se cogia lo suficiente para el consumo de la tripulacion de dos fragatas que llevabamos, y sobraba mucho para salar.

CARTA CCL.

Viages al mar del Sur.

Antes de pasar á daros cuenta de las islas y paises que se han descubierto en los mares meridionales, me ha parecido necesario hacer un breve resumen de los descubrimientos que se han hecho por aquellas partes.

Fernando de Magallanes fue el primero que en 1519 saliendo de Sevilla con cinco navios Españoles halló el estrecho que conserva su nombre, por el qual entró en el mar Pacifico, donde descubrió dos islas desiertas, despues las de los Ladrones, y ultimamente las Filipinas. De esta célebre expedicion solo volvió á España la nao Victoria, que fue la primera que dió la vuelta al Globo, empresa la mas atrevida que hasta entonces habian hecho los hombres.

El Inglés Drack salió de Plimout con cinco navios en 1577, y volvió á Inglaterra con uno solo en 1578, siendo el segundo que dió la vuelta al Globo. Los descubrimientos que se atribuyen á Drack son muy inciertos.

El Caballero Cavendish partió de Plimout en 1586 con tres navios, y volvió con

dos en 1588 : este viage, que fue el tercero al rededor del mundo, no produxo ningun descubrimiento. Tampoco adelantó nada en esta parte Oliverio de Noort, Holandés, que salió de Rotterdam en 1568 con quatro navios, pasó el estrecho de Magallanes, pasó á las islas de los Ladrones, á las Filipinas, á las Molucas, al Cabo de Buena-Esperanza, y entró en Rotterdam con un solo navio en 1601.

Jorge Spilperg, Aleman, al servicio de la Holanda, se hizo á la vela de Zelanda en 1614 con seis navios, y volvió con solos dos en 1617 sin haber descubierto nada.

Casi al mismo tiempo Lemaire y Schouten inmortalizaron su nombre. Salieron del Texel en 1615 con los navios la Concordia y el Horn, descubrieron el estrecho que tiene el nombre de Lemaire, fueron los primeros que entraron en el mar del Sur doblando el Cabo de Horn, que nosotros llamos de *Hornos*, y descubrieron á los 15 grados, 15 minutos de latitud austral, y cerca de los 142 grados de longitud occidental de París *la isla de los perros*; á los 15 grados de latitud austral á 100 leguas al O. *la isla sin fondo*; á los 14 grados, 46 minutos austral y 15 leguas mas al O. la isla *Water*; á 20 leguas de ésta al O. la isla de las Moscas; á los 16 grados, 10 minutos de latitud austral, y entre 173 á 175 grados de longitud occi-

dental de París dos islas, la de los Cocos y la de los Traidores; á 50 leguas mas al O. la de la Esperanza, y despues la isla de Horn á los 14 grados, 56 minutos de latitud austral, y cerca de 179 de longitud oriental de París. Despues cinglaron á lo largo de las costas de la Nueva-Guinea, pasaron entre su extremidad occidental y Colocolo, y llegaron á Batavia en 1616.

El Holandés Lhermite y Juan Hugo Schapenhan partieron en 1623 con una esquadra de once navios con animo de conquistar el Perú. Entraron en el mar del Sur por el Cabo de Hornos, hicieron la guerra en las costas Españolas, y de allí pasaron á Batavia sin haber hecho ningun descubrimiento.

En 1683, el Inglés Cowley partió de Virginia, dobló el Cabo de Hornos, y despues de varias hostilidades contra los Españoles, volvió por el Cabo de Buena-Esperanza á Inglaterra, sin haber hecho ningun descubrimiento.

Wood Roger, que en 1708 dobló el Cabo de Hornos, é hizo todo el daño que pudo á los Españoles, tampoco hizo ningun descubrimiento. Diez años despues Rogge-Win salió del Texel con tres navios, entró en el mar del Sur por el Cabo de Hornos, y buscó la tierra de Davis sin encontrarla. En el mar del Sur descubrió la isla de Pasquas, cuya latitud es incierta; despues entre los

grados 15 y 16 de latitud austral descubrió las Perniciosas, donde perdió uno de sus navios: casi en la misma latitud descubrió las islas Aurora, Visperas, el Laberinto, compuesto de seis islas, y la de la Recreacion. A los 12 grados descubrió despues tres islas, que llamó de Bauman, y á los 11 grados las islas de Thienhoven y Groninga. Despues navegando á lo largo de la Nueva-Guinea, y de las tierras de los Papous llegó á Batavia.

El Almirante Anson en 1741 dió la vuelta al Globo sin hacer ningun descubrimiento. El Comodoro Byron, atravesando en 1764 el estrecho de Magallanes, descubrió algunas islas en el mar del Sur. El Capitan Wallis en 1766 pasó el estrecho de Magallanes en compañia del Capitan Carteret, de cuyo viage á Otahiti os haré despues un breve extracto.

Voi á hacer ahora mencion de algunos de los viages hechos por nuestros Españoles por los mismos mares á fin de hacer nuevos descubrimientos. Los estrangeros no pueden negarnos la gloria de haber sido nosotros los primeros que no solo les enseñamos el camino para estas expediciones, sino que descubrimos muy desde luego la mayor parte de las islas y paises del mar del Sur. Nuestro Gabinete ha tenido razones muy poderosas y fundadas para ocultar los dia-

rios de nuestros descubridores, y la misma política han observado otras Cortes, hasta que la repeticion de estos viages ha manifestado la situacion de todos aquellos descubrimientos.

Alfonso de Salazar en 1525 descubrió la isla de San Bartolomé á los 14 grados de latitud boreal, y cerca de 158 grados de longitud al E. de París. Alvaro de Saavedra en 1526 descubrió entre los grados 9 y 11 de latitud boreal un conjunto de islas, que llamó las islas de los Reyes casi á la misma longitud que la isla de San Bartolomé. Despues pasó á las Filipinas y á las Molucas, y al volver á México fue el primero que tuvo noticia de las tierras llamadas Nueva-Guinea y tierra de los Papous. Ademas descubrió á los 12 grados de latitud boreal, casi á 80 leguas al Este de las islas una serie de islas baxas, llamadas islas de los Barbudos.

Diego Hurtado y Fernando de Grijalva en 1533 descubrieron una isla situada á los 20 grados, 30 minutos de latitud boreal, que llamaron de Santo Tomás. Juan Gaitan en 1542 descubrió entre los grados 20 y 9 en longitudes diferentes varias islas, es á saber, Roca-partida, las islas del Coral, las del Jardin, la Matalota, la del Arrecife, y en fin, llegó á la Nueva-Guinea, ó mas bien segun su relacion, á la Nueva-Bretaña.

El viage siguiente es mas famoso que to-

dos los anteriores. Alvaro Mendaña en 1567 descubrió varias islas de que os daré relacion puntual mas adelante.

En 1579 Pedro Sarmiento salió del Callao con dos navios: fue el primero que entró por el mar del Sur en el estrecho de Magallanes; hizo en él observaciones muy importantes, y mostró en esta expedicion no menor inteligencia que valor.

Mendaña hizo otro viage en 1595: llevaba en su compañia á Pedro Fernandez de Quiros, que se hizo despues célebre por sus propios descubrimientos. Mendaña descubrió entre los grados 9 y 11 de latitud austral, y cerca de los 108 grados de longitud al O. de París las islas de San Pedro, la Magdalena, la Dominica, y Christina, á las quales llamo las Marquesas de Mendoza, en obsequio de Don Garcia Hurtado de Mendoza. Cerca de 24 grados mas al Oeste descubrió la isla de San Bernardo; casi á doscientas leguas al Oeste de esta la isla Solitaria, y en fin la de Santa Cruz. La esquadra navegó de allí á las islas de los Ladrones, despues á las Filipinas, donde no llegó Mendaña, porque habia muerto en una de las islas que descubrió.

Pedro Fernandez de Quiros salió del Callao en 1605 con dos navios: descubrió varias islas y tierras, de que os daré extensa noticia á su tiempo.

Abel Tasman, que salió de Batavia en 1624, descubrió á los 42 grados de latitud austral, y cerca de los 155 grados de longitud al Este de París, una tierra que llamó de Vandiemen. Dirigióse de allí al Oeste, y cerca de los 160 grados de nuestra longitud oriental descubrió la Nueva Zelanda á los 42 grados, 10 minutos de latitud austral. Siguió su costa hasta cerca de los 34 grados de latitud austral, de donde cincló al Nordeste, y descubrió á los 22 grados, 35 minutos, y cerca de los 174 grados de longitud al Este de París las islas Pilstaart, Amsterdam, y Roterdam.

Se ha dado el nombre general de Nueva Holanda á una vasta serie ya de tierras ya de islas, que se extiende desde los 6 grados de latitud austral hasta los 34, y entre los 105 y los 140 de longitud oriental del meridiano de París, y se la dió este nombre, por haber sido Holandeses casi todos los que han reconocido las varias partes de esta region. La primera tierra descubierta en estos parages fue la tierra de *la Concordia*, llamada por otro nombre de *Endracht*, del nombre del navio que la descubrió en 1616 á los 24 y 25 grados de latitud austral. En 1618 otra parte de esta tierra situada casi á los 15 grados de latitud, fue descubierta por Zeachen, que la puso el nombre de Arnhem y Diemen, pais distin-

to del que despues Tasman llamó Vandiemen. En 1619 Juan de Edels dió su nombre á una porcion meridional de la Nueva Holanda. Otra porcion situada entre los grados 30 y 33 tomó el nombre de Leuwin. Pedro de Nuitz en 1627 dió su nombre á otra costa, que parece es continuacion de la de Leuwin al Oeste. Guillermo de Witt puso su nombre á una parte de la costa occidental cercana al trópico de Capricornio. En 1628 entre los grados 10 y 20 de latitud. Carpenter Holandés descubrió el gran golfo de la Carpentaria.

Dampierre, Inglés, en 1687 reconoció la Nueva Holanda, y en otro viage en 1699 recorrió toda esta region, sobre cuya situacion los Holandeses no habian publicado las luces necesarias: volvió despues desde Timor á las islas de los Papous, costeó la Nueva Guinea, descubrió el paso que tiene su nombre, llamó *Nueva Bretaña* la grande isla que forma este estrecho, y se volvió á Timor á lo largo de la Nueva Guinea.

Con este breve resumen de los principales descubrimientos hechos por los Europeos por el mar del Sur, se puede ya formar alguna idea del espacioso campo que voy á recorrer en las cartas siguientes. En ellas se verá lo que á los mencionados descubrimientos han añadido los esfuerzos re-

petidos de Wallis, Bougainville, y sobre todos el célebre Coock. Aunque todos estos Viageros han visitado casi unos mismos paises, sin embargo, como cada uno de ellos ha hecho nuevas observaciones sobre sus habitantes, producciones, &c. me ha parecido necesario hacer un breve extracto de cada uno de ellos antes de referir lo que hay de mas importante en los tres viages de Coock. A esto se seguirá lo que nuestros Españoles nos dicen de aquella famosa isla de O-Taiti, y las demas, por ser uno de los paises mas interesantes, y dignos de ser bien conocidos.

CARTA CCLI.

Tierra Magallánica.

Como el primer paso de todos los navegantes á quienes vamos á seguir en sus descubrimientos por el mar del Sur, ha sido el estrecho de Magallanes, conviene ante todas cosas dar alguna razon de este estrecho y de los paises adyacentes. Aunque sobre este famoso estrecho, que fue el primer paso que se conoció para el mar del Sur, se ha escrito mucho, en ninguna lengua se hallan noticias mas exâctas de él, que en la relacion del último viage de la fragata Santa Maria de la cabeza en los años de 1785 y 86, de la qual solo extractaré lo perteneciente al clima, terreno, producciones y habitantes de aquellas tierras, que es lo único que hace á mi intento.

No parece estraña la opinion de la mayor parte de los Naturalistas que consideran este estrecho formado por temblores de tierra y estrago de los volcanes de esta parte del Globo. Mr. Buffon en sus épocas de la naturaleza cree la parte montuosa tierra muy antigua y moderna la baxa, dando por razon que el mar agitado por los vientos constantes, y furiosos del O. descarnan-

do el continente por la parte occidental, ganó por este lado hasta donde pudo su actividad; de donde se infiere que la parte occidental de la América es antigua, y que el mar pierde por la oriental, dexando descubiertas las tierras baxas que se ven en el Cabo de las Vírgenes; pudiéndose asegurar que lo que se registra desde la punta de Miera á la loma que va por detras del Cabo de las Vírgenes al de posesion, es muy moderno, y que el agua terminaba en esta loma. Aun hay quien piensa que las islas Maluinas formaban parte del Continente, por la mucha semejanza de su suelo, y producciones vegetales.

Dexando estas conjeturas, y entrando á tratar de lo que se vé, es preciso mirar baxo dos aspectos diversos el terreno de Magallanes, separando la parte baxa de la montuosa, pues es suma la diferencia no sólo de sus producciones naturales, sino tambien la de sus habitantes.

El terreno baxo ocupa en el Continente toda la parte del Estrecho que se extiende al O. desde el Cabo de la Vírgenes hasta Cabo Negro: no es facil determinar su extension ácia el N. y E.; pero se puede creer es dilatada, dándose la mano con las Pampas de Buenos-Ayres y costa Patagónica, de la que absolutamente no difiere.

Por la parte del S. de la tierra del Fue-

go se extiende al O. desde el Cabo del Espíritu Santo hasta el de San Valentin, y al S. y E. segun la relacion de los Nodales, hasta el Cabo de Penas, desde donde empieza á elevarse y ser el terreno montuoso, de suerte que la porcion de la tierra del Fuego comprehendida entre el canal de San Sebastian y el que desemboca entre el Cabo de San Valentin y Punta del Boqueron, que se llamó de nuestra Señora de la Cabeza, se puede considerar como una grande isla de tierra baxa, diferente en todo de las que se conocen con el nombre de tierra del Fuego. No se llamó de esta manera á todo el conjunto por los calores que se sufrian en ellas; sino por las hogueras que mantenian sus habitantes quando descubrieron á los primeros Viageros.

Del referido Cabo Negro hasta el de la Victoria no presenta el Continente mas que un conjunto de montañas esteriles con alguna llanura á su pie, que son las primeras de la famosa Cordillera de los Andes, que divide la América meridional en oriental y occidental, siendo su extension de N. á S. 1700 leguas. Comienza ésta en la punta mas meridional del Estrecho, que es el Morro de Santa Agueda, pudiéndose considerar este Cabo como principio austral de este Continente tan extendido, cuyos límites boreales son aun tan inciertos.

En la costa del Fuego tambien se manifiestan desde el Cabo de San Valentin hasta el de Pibares unos peñascos elevadisimos, cuyo aspecto es, si cabe, aun mas horroroso que el de las montañas del Continente, conociéndose desde luego no ser esta parte mas que un conjunto de islas, en donde claramente se manifiestan las revoluciones que ha padecido nuestro Globo.

El terreno que se llama baxo, no es tan llano que no tenga sus desigualdades, formadas por varias colinas, y tantas, que dificultosamente se encuentra alguna crecida porcion sin altos y baxos. Así en una parte como en otra es el suelo de una misma calidad, compuesto de tierra arenisca algo obscura y fofa, á lo menos en la superficie, pues no se ha exâminado en lo interior. Sin embargo, por lo que se presenta á la vista en parte en que está tajado al mar, parece no hay otra diferencia que la mezcla de algunas piedrezuelas. Tambien parece que contiene sales muy acres que se oponen á la vegetacion de las plantas y árboles, siendo las primeras en muy corto número, y no hallándose rastro de los segundos.

No habiendo visitado parte alguna de la tierra del Fuego, no se puede decir otra cosa, sino que segun lo que se presenta á la vista, es idéntico el terreno al Continente, con solo la diferencia de ser mas que-

brado y desigual, tanto, que en esta parte aun tiene mas semejanza con las islas Maluinas, y así se puede decir, que sus producciones serán semejantes.

Es tan diferente el aspecto y vista de la parte montuosa, que parece imposible que la naturaleza que guarda una cierta graduacion en todas sus producciones, dé en esta parte del Globo un salto tan repentino.

Se puede conjeturar que las altas montañas que ocupan casi todo este terreno, son de una misma especie; pero no es facil acertar con la calidad de que se componen las faldas, y las cortas llanuras que estan á su pie, pues ó estan enteramente ocupadas de un bosque espeso, cuyos troncos caidos, malezas y demas vegetales secos y desechos forman un suelo elevado del verdadero, ó está cubierto de una especie de planta semejante al esparto, aunque mucho mas tierna, cuya altura es de un palmo á media vara, y su color quando está crecida, como del esparto seco.

Las montañas estan cubiertas por lo ordinario de árboles hasta los dos tercios de su altura, y lo demas no es otra cosa que un conjunto de peñascos esteriles y despedazados, cuyo color tira algo á roxo, aunque los hay de otras clases, y son de un granito ordinario al que llaman los naturalistas *saxum*, de lo que se compone todo lo que lla

man roca ó alma de las montañas. El resto de estos montes está por lo general cubierto de nieve y hielo, no permitiendo la suma humedad de las demas partes, que quede sin derretirse á los pocos instantes de haber caido. Nada de particular encontramos en las cumbres que registramos; y solo parece convenir en un todo con la descripcion que hace el Señor Ulloa de la Cordillera de que estos son parte.

Entre el Cabo Redondo y el Morro de Santa Agueda se presenta un monte escarpado cortado á pique á la orilla del mar, en un fondo á su pie de mas de cincuenta brazas, cubierto de árboles verdes y hermosos en toda la extension de su cumbre, el qual está casi enteramente engastado de conchas y otras materias petrificadas; por lo que Mr. Bougainville le llamó Cabo Notable.

La unica diferencia que se encuentra en las montañas de la costa del Fuego, es que no estan tan pobladas de árboles, y éstos no son tan vigorosos y grandes, hallándose por lo comun mas cubiertas de una eterna nieve.

No hallamos ningun rastro de minerales; sin embargo, los Indios nos regalaron en varias ocasiones unas piedras con que encienden fuego, que dixeron hallarse en la montaña, las quales precisamente contienen algun metal, segun las diver-

sas partículas que encubren de una materia brillante y dura mas que el resto de la piedra : quando se hiere con el eslabon echa fuego , y huele á azufre ; de que puede inferirse que no seria dificil encontrar minerales en las entrañas de estos montes , y que son los restos que indican la exîstencia de volcanes que habrá habido en esta parte del Globo.

Pedro Sarmiento pretende que esta piedra es caxa de metal de plata ú oro de veta, pues es al natural, como el curiquixo de Porco del Perú. Son sus palabras.

Aunque en el espacio de quince dias que nos detuvimos en la parte llána del Estrecho no cayeron lluvias abundantes , la sequedad que se nota parece mas bien originada por lo arenoso , y de consiguiente poco compacto de él , que por falta de agua y rocío ; filtrándose ésta con tal facilidad, que apenas se percibe húmedo el suelo á poco de haber llovido , agregándose á esto que los vientos reynantes en esta parte son por sí secos , y violentos, como lo manifiestan todas las plantas que estan abatidas en su direccion ; por lo que no parece á proposito para producir ninguno de los granos que se cultivan en Europa , como se ha notado en nuestras Maluinas , que es un terreno igual , despues de reiteradas experiencias.

En todo el terreno llano no vimos rio ni arroyo de consideracion, y sí algun caño casi sin agua; pero en recompensa hay algunas lagunas de agua dulce, que son de las que se proveen los naturales. De su calidad nada se puede decir, porque no se probó á bordo, por su mucha escasez para hacer aguada.

No es facil determinar el temperamento de la parte llana del Estrecho por la mansion que hicimos en ella; pues estando entonces el sol diez y ocho horas sobre el Orizonte, es muy incierta la conseqüencia para otro tiempo. No obstante, el termómetro con azogue de fina construccion Inglesa, y graduado segun el método de Reaumur, expuesto siempre al ayre en su caxita jamas subió arriba de 9 grados, á veces de cinco, por lo que se dexa conocer, que en qualquiera otra ocasion será el frio muy riguroso, contribuyendo á ello los vientos del O. y O. S. O. que pasando por las montañas cubiertas de nieve, se impregnan de partículas frias El cielo está ordinariamente despejado, y la atmosféra limpia, al menos en las dos ocasiones en que pasamos; pero esto se debe entender particularmente sobre el Cabo de las Vírgenes y sus inmediaciones; porque ya de la angostura de nuestra Señora de la Esperanza para el O. se percibe la mayor proxî-

midad á la parte montuosa, donde la atmosféra raras veces está descargada de vapores.

No es igual el temperamento en toda la parte montuosa, pues desde Cabo Negro hasta el Morro de Santa Agueda es muy benigno, y la vista mas apacible: desde este Morro al canal de San Geronimo ya es el temperamento mas crudo y el aspecto mas horrible; pero no se puede comparar con lo demas hasta el Cabo de la Victoria, á cuya parte llamó con harta razon el Señor Narbourough la Desolacion del Sur.

En el rigor del verano experimentamos aquí frios grandes, y una inconstancia notable en el tiempo: raras veces estuvo el cielo despejado, y cortos fueron los instantes en que se conoció la fuerza del sol: ningun dia se pasó sin que lloviese algo, y lo mas comun era no cesar de dilubiar. El estado del termómetro era de seis á siete grados, y muchos dias llegó á $\frac{3}{2}$ escasos, siendo de notar que las montañas entre las quales estaba fondeada comunmente nuestra fragata, debia por precision disminuir mucho el rigor del frio que experimentamos muy penetrante, y casi insufrible en su cumbre.

No hay duda que los empinados y esteriles peñascos de esta parte del Estrecho

cubiertos de nieve perpetua, que forman un aspecto obscuro y espantoso, contribuyen mucho á mantener el ambiente húmedo y frio; por cuya razon está la atmosféra siempre tan cargada de vapores y neblinas tan densas, que á veces los huracanes mas fuertes no son capaces de disiparlas. Si á proporcion aumenta el frio en el invierno como en las demas partes conocidas del Globo, se puede conjeturar que será casi intolerable. No lo experimentó nuestra fragata; pero sí los Holandeses que invernaron, por la tenacidad de los tiempos contrarios en la bahia de Cordes, donde por la inclemencia de la estacion perdieron 80 hombres. No es necesario mendigar exemplos estraños, quando el éxîto de las poblaciones de Sarmiento manifiesta qual es el rigor de este clima.

Todos convienen que el emisferio austral en iguales latitudes es mucho mas frio que el boreal. Los naturalistas y fisicos pretenden que proviene esta diferencia del mayor espacio que ocupan en el primero las aguas, de lo que se origina que en ciertas estaciones se encuentran las bancas de nieve en latitudes no muy crecidas, y tambien ocasiona los violentos y continuos vientos del O. y sus colaterales, los quales atravesando un espacio inmenso de Océano sin encontrar estorbos que les hagan cambiar

la direccion, van adquiriendo por grados su fuerza, y son capaces de los mayores destrozos, haciendo tan penosa la navegacion del Cabo de Hornos. En el estrecho se nota alguna variedad en ellos; pero de ordinario toman la direccion de los canales y la impresion de una atmosféra tan impregnada; y limitada entre tan altas montañas, contribuye á formar los uracanes que á veces se experimentan, y cuya terquedad hace tan larga la navegacion de E. O.

Es imponderable la humedad que se encuentra en todas estas partes, y la abundancia de arroyos y cascadas que precipitándose de lo alto de los montes forman al principio una vista agradable: ilusion que se desvanece muy pronto al contemplar lo demas. Estas aguas son muy buenas, bebidas de pronto; pero se ha experimentado que embarcadas no se conservan así, y quedan de un gusto casi desagradable, y por tanto de no la mejor calidad.

Siendo tal el suelo y clima de la parte baxa no es estraño que produzca solo el corto numero de plantas de que voi á dar noticia, advirtiendo que estan en las inmediaciones de la orilla, pues no hubo proporcion para internarse; y así no se puede asegurar ni es probable creer que no haya otras clases.

Todo este terreno que se ha represen-

tado como tan poco apto para la vegetacion por falta de jugo, está sin embargo cubierto de una especie de grama parecida á la avenacea, y de otra yerba que se cria en abundancia en las Maluinas, á que llaman Paxonol. En el mes de Diciembre estaba en todo su vigor tirando su color entre verde y amarillo por estar próxîmo á secarse, y entonces queda como paja. Esta es la materia con que los Patagones hacian sus hogueras, y por lo que se vió prestaba buen pabulo á las llamas, siendo segun toda apariencia muy propia para pasto de ganado, como se ha visto en las Maluinas.

Hay una planta, cuyo alto es de dos pies, muy ramosa y acopada: sus hojas como las del ciprés, y del mismo color: en el remate de cada una se encuentra una florecita amarilla, de suerte que cada ramita es un conjunto de flores: estas pequeñitas de un olor aromático, fuerte mas que el tomillo: su gusto muy amargo y resinoso: no tiene espinas ni da fruto alguno: sus raices son muy esparcidas aunque delgadas: estregando sus hojas contra la palma de la mano dexa un olor muy confortante y agradable: se asemeja algo á la erica de España, pero se puede considerar como particular de estos parages.

La segunda planta consta de pocas hojas, estas pequeñas y velludas, del tamaño

de la palma de la mano; su color verde claro en la faz superior, blanca, y mas velluda en la inferior, de un gusto algo subacido; su tallo de un pie y medio de alto: en él echa unas flores blancas en sus hojas, y amarillas en el centro del caliz como la calta: siempre se hallan tres ó quatro juntas formando ramillete: el tallo es tambien velludo y macizo: su raiz blanca y de cinco á siete pulgadas: concuerda en algo con las acetosas.

La tercera planta es de un pie de alto; sus hojas mas pequeñitas que las de la salvia, y son blancas, gruesas y velludas, de olor algo aromático, y gusto amargo: es especie de camepitis, ó siempreviva del campo.

La quarta es de una especie de arbusto de poco mas de un pie de alto, esparcido sobre la tierra en mas de una vara de circunferencia. Sus hojas redondas, del tamaño y figura de una almendra mondada: su color verde obscuro: sus varitas muy espinosas, y las espinas con tal simetria, que debaxo de cada hoja forman una cruz, sosteniéndose la hoja sobre las espinas: su gusto es ácido, y no agradable, y no tiene olor: echa una frutilla redonda que tenia el mismo gusto, y estaba sin madurar.

Estas quatro plantas son las únicas que

merecen descripcion: el Abate Perneti en su viage á las Maluinas habla de alguna de ellas, y de otras muchas que nacen en estas islas. Acaso un experimentado botánico, y sabio naturalista habria encontrado en este terreno mayores riquezas con que aumentar el catálogo de las plantas hasta ahora conocidas; pero siempre quedará este suelo como el mas pobre y menos apto para producir lo necesario á la vida humana, á lo menos en lo que toca á vegetales.

Si este terreno baxo fuese capaz de producir ó criar árboles, era regular que se encontrasen en él; pues con los continuos y violentos O. es probable hayan mil veces venido las semillas de los muchos que cubren la superficie de la parte montuosa.

Esfuerza esta conjetura ver que los Franceses é Ingleses en varias ocasiones han hecho quanto han podido para criar árboles en sus respectivos establecimientos de las Maluinas, llevándolos con las precauciones posibles desde este estrecho cuya travesia es tan corta; pero ni unos ni otros lo han logrado. Establecidos nosotros en ellas se ha puesto el mayor esmero llevando plantas de toda especie, y hasta tierra de Buenos-Ayres, con cuya diligencia han prendido, pero no medrado; y para que algunas verzas y hortaliza se logren, aun-

que no en su perfecta sazon, pues esto nunca se consigue, es preciso sembrarlas al resguardo de alguna ladera ó colina, y cercarlas de paredones para abrigarlas de los vientos; y aunque esto mismo se ha practicado con los árboles, nunca se ha logrado el fruto de tan costoso trabajo. Todo lo qual prueba la semejanza del suelo del estrecho con el de las islas.

Pasando á tratar de los quadrúpedos, es bastante raro no haber notado rastro, ni adquirido tampoco noticias de ganado vacuno que tan prodigiosamente ha procreado en todo el reyno de Buenos-Ayres. Acaso no han llegado á este extremo meridional del Continente, por los grandes rios y otros tropiezos de esta naturaleza que no hayan podido superar.

El primer quadrúpedo que se presentó á la vista es el que se conoce baxo el nombre de Guanaco ó Lama.

Mr. Buffon supone que los Guanacos solo habitan la parte mas fria de la Cordillera; pero esta opinion no es conforme con lo que refiere el Señor Ulloa, ni con aquella abundancia que se encuentra en la parte baxa del estrecho y costa Patagónica, formando el principal sustento y riqueza de sus habitantes. En las varias ocasiones que tratamos con ellos fue la única cosa que ofrecieron, ponderando la multitud

que hay de estos animales, y aunque no se mató ninguno, se vieron con freqüencia en la playa.

No es extraño que habiten un pais tan desproveido de agua, pues se sabe lo parcos que son en su alimento y bebida, satisfaciendo su sed con tener siempre húmedas sus fauces con la saliva propia, que en estos animales es mucho mas copiosa que en otro alguno.

Transferidos muchas veces á España nunca se han propagado, y á poco tiempo han muerto; por donde se manifiesta que solo es propio para su conservacion el pais de donde son originarios.

No abunda menos de zorrillos, cuya piel es tan agradable á la vista y al tacto, como pestífero el olor de sus orines que se percibe á distancia de una legua. Los oficiales mataron unos quantos, pero se vieron precisados á echar su caza al agua por no apestar la fragata: se necesita un sumo cuidado para que las pieles de estos animales pierdan el mal olor, pues serian despreciables sin esta circunstancia; y es de notar que siempre es necesario preservarlas del agua, porque de lo contrario adquieren nuevamente su hedionda propiedad.

Segun convienen todos los naturalistas, es un animal que solo se encuentra en el nuevo mundo; y es muy cierta la diferen-

cia que señala Mr. Buffon entre los que viven en la parte mas austral del Continente de América, y los que se crian en el reyno de Cartagena de Indias, y provincias del Orinoco, tanto en el tamaño y color de su piel, como en la mayor eficacia de sus orines, que aun sobrepuja á los que se vieron en el estrecho.

Poco ó nada hay que decir sobre los caballos de que hacen un continuo uso los Patagones, porque como es notorio que los Americanos no conocieron este generoso animal, y las utilidades que presta á la vida civil, hasta despues de haber experimentado la superioridad de los habitantes de Europa que fueron los que los llevaron, facilitando mucho con ellos la conquista de tan vasto continente; se manifiesta tambien, y lo prueba claramente la idéntica semejanza, que estos Indios toman los que necesitan para su uso de los muchos que se crian en las Pampas de Buenos-Ayres, en donde se han aumentado de un modo casi increible.

El redactor del viage del Almirante Anson da como positivo que los Indios prefieren la carne de caballo á la de qualquier otro animal; pero aunque procuramos informarnos de esto, no pudimos venir en conocimiento si los Patagones tienen esta costumbre, lo que es muy dudoso.

Son tan fieles compañeros de estos Indios los perros, que rara vez los vimos sin un crecido número de ellos: su casta es casi semejante á la que en Buenos-Ayres llaman Cimarrones, de los quales seguramente traen su origen, á donde fueron llevados por los Europeos; pues siendo cierto lo que refieren los Historiadores de América, y lo confirma Cook en su primer viage al mar del Sur, que los perros indigenas del pais no ladran, los que se hallaron entre estos hombres desde bien lejos daban á conocer que eran oriundos del antiguo Continente. Ya he dicho, hablando de Chile, lo que hay de cierto en este particular de no ladrar los perros Americanos.

Como la parte baxa del Estrecho está falta de árboles, no es estraño se encuentren pocos ó ningunos páxaros; y así omitiendo los aquatiles, cuya enumeracion haré despues, porque son comunes á ambas partes del Estrecho, solo se vieron algunas de las aves mayores de este Continente, que por asemejarse al avestruz, comunmente se conocen baxo este nombre; pero bien exâminadas se diferencian en lo esencial, por lo que muchos naturalistas Españoles y Buffon le dexan el nombre de Tuyu, porque así le nombran los habitantes del pais donde primeramente fue descubierto, no debiéndose confundir de ningun modo con

los avestruces que se crian en Africa, de donde son originarios, como el Tuyu de la América.

Vimos tambien algunas aves de rapiña, y entre otras una especie de aguilucho conocido por los naturalistas baxo el nombre de aguila pequeña, ó alcon pardo, que se encuentra con abundancia en las Maluinas; y á solo éstos animales referidos se puede limitar la de esta entrada oriental del Magallanes.

Ningun pescado se cogió en esta parte del Estrecho, por lo que parece es muy poco abundante este precioso alimento, notándose que las playas tambien carecian de marisco.

La parte montuosa del Estrecho, cuyo temperamento queda expresado, en las pequeñas llanuras cria unos mogotes ó panes formados de una yerba, cuyas hojas son redondas, y muy cerradas y entretexidas las unas con las otras: en su interior no quedan mas que las raices las que crecen, y á proporcion que abultan van hinchando aquella copa de hojas, hasta que forman de ella la figura de un pan redondo. Estos panes suelen tener de alto uno ó dos pies, y lo mismo de diámetro, y son tan fuertes quando estan en todo su verdor, que no los rinde el peso de un hombre; pero se notó que quando empiezan á envejecer, se

agujerean con facilidad al ponerles el pie encima. Quando estan en un medio, ni bien tan verdes que tenga toda su resistencia, ni tan pasados ó viejos que se hallen ya podridas sus raices, hacen éstas resorte de tal modo, que al ponerse encima levantan su volumen trémulamente á la compresion del peso, y le disminuyen del mismo modo, contribuyendo á esta especie de elasticidad el moho ó verdin de la tierra que se cria entre unos y otros. El cimiento de estos mogotes ó panes no es el terreno sólido, sino otros mogotes de su especie que la suma humedad ha podrido, y así no se encuentra el terreno firme á menos de vara y media ó dos de profundidad, cuya circunstancia dificultaria mucho, á no hacer del todo impracticable el primer cultivo de estas tierras que desde su creacion han estado incultas. Por lo demas el suelo parece compuesto de una especie de greda obscura, y ligera con algunos granos de arena menuda y piedrezuelas, de modo que á no estar tan humedo, se puede juzgar apto para la agricultura segun el vigor con que crecen todos los vegetales que produce. La yerba cubre casi toda la superficie.

Otra planta habia muy abundante, cuya altura seria de dos varas, muy acopada desde su raiz: sus hojas estan dispuestas en

forma de cruz, y son de un verde claro; su flor blanca y hermosa, y sus hojas bien pequeñas, formando en cada cogollo un ramillete. Esta la comian los Indios, y les es de un gran regalo. No se pudo lograr la simiente en sazon, que se reduce á unos granitos quadrados y largos en lugar de las flores. El gusto de esta planta era agridulce.

Hay otra planta abundante que tiene hojas de figura de parra, y el mismo color; aunque del tamaño de la yedra, no llega á tres varas su altura: echa el verano su fruta, que consiste en unos racimitos de ubas del tamaño de garbanzos, muy negras, y dulces, de las quales comimos bastante sin experimentar daño alguno. Esta planta es el biver ó uba vrey con la misma figura y circunstancias que se conocen de esta.

Otra especie amarilla se halló con la hoja mas pequeña: en sus varas ó ramas echa tambien fruto del mismo color y gusto, aunque algo diferente en la figura; por lo que parece puede considerarse de la misma clase que el primero, y que estará dotado de las mismas virtudes.

Entre estos diferentes arbustos se encontraron por el suelo plantas que dan unas flores que se juzgarian hermosas aun en Europa: tales son unas campanillas coloradas y de color de rosa, que salen de una especie de murtillo pequeño: otras flores blan-

cas y muy olorosas, que tambien salen de planta que se asemeja en la hoja mucho al murtillo: esta da un fruto colorado redondo del tamaño de un garbanzo pequeño, y en su centro tiene un huesecito como el de ciruela, y otras de la misma especie hasta tres: el gusto es insípido, pero las hojas tienen un gusto áspero y astringente, por lo que tendrán mas virtud.

En la mayor parte de las cercanias de arroyos ó cañadas de agua dulce hay por el suelo en abundancia una planta que se parece mucho á las hojas de malvas, y que no lo es: sale de la tierra cada hoja por pediculo separado: su color es de un verde regular, el pediculo colorado y de una tercia de largo el que mas, y el gusto de toda la hoja muy amargo. De esta misma se halló en la montaña de la Cruz, y tenia en su cogollo un boton encarnado como una mora verde: su raiz era de poco grueso y larga.

En una de las bahias que se reconocieron, se halló mucho elecho hembra semejante al que se cria en España; y en varias otras partes una especie de culantrillo, aunque muy impropio y diferente del que se cria en los parages humedos.

En las playas hay gran porcion de una planta cuya altura no excede de dos pies, sus hojas grandes como las de las acelgas.

En el tronco de los árboles y en la cercania de los arroyos se halló tambien una especie de enredadera: es una yervecita, cuyas hojas son tan pequeñas como lentejas: sus ramitos muy largos á manera del culantrillo, y de un gusto seco é insípido.

Tambien hay en las orillas del mar unos arbustos cuyas hojas son muy finas parecidas á las del sauce, de un color verde claro, sus flores encarnadas en figura de campanilla, y en su centro tres hojitas azules que cierran su caliz, dando á toda la flor una vista muy agradable. La semilla la echa en una baynita del tamaño de un piñon, aunque mas delgada y redonda: su tronco es muy tortuoso, y cubierto generalmente de una costra de musgo, y es madera nada fuerte ni pesada.

En las inmediaciones de las playas se encuentra una crecida porcion de apio silvestre, de un gusto regularmente agradable. Por su virtud antiescorbútica se hizo de él un continuo uso en la fragata, y la tripulacion le comia con provecho tanto cocida como en ensalada.

En lo interior de los bosques se hallaron algunas matas de anis; pero de ningun modo su semilla ó grano, á pesar de estar en la estacion propia para ello.

La mayor parte de los bosques estan

cubiertos de una planta muy parecida al romero, pero que no es propiamente tal: su altura es desigual: la mayor no llega á dos varas: acopada cada mata desde el suelo: sus hojas de un verde claro: por la parte superior blanquecina y algo velluda por la inferior: largas como una pulgada, y ancha donde mas tres líneas: echa flores en cada ramita en lo superior de ella de un color blanco, y de muy poco olor: su gusto amargo y algo insípido, y quemándole exhala un olor agradable.

El murtillo es el que da la frutilla de que han hecho uso casi generalmente las tripulaciones de todos los Viageros, por tener un gusto agridulce, por consiguiente atemperante, muy agradable quando está perfectamente madura. De éstas hay varias especies, pues unas son redondas, otras oblongas, otras de figura de un corazoncito: varian tambien el color; y así son negras, coloradas, rosadas, ó blancas del todo, que son las mas dulces.

Aunque seria una temeridad asegurar no cria el Magallanes mas plantas que las referidas; pues especialmente en esta parte montuosa es natural haya otras muchas en parages que no se pudieron visitar; fue una feliz estacion la de la demora en el Estrecho; estando casi todas las plantas en flor ó en su mayor vigor, lo que facili-

tó la antecedente descripcion de cada una. Pasemos á la de los árboles.

Tres son las especies de árboles que se hallan en los vastos bosques que cubren casi toda la superficie del terreno montuoso del Estrecho: la primera que es la mas despreciable, aunque no del todo idéntica con la haya del Norte, se le parece alguna cosa. Su altura es prodigiosa; pero en muchos que se cortaron se notó que tienen el corazon dañado, por lo que no es á proposito para obras, ni sus fibras tienen la fortaleza que representa su magnitud.

La segunda especie que es la mas abundante, es la que el Doctor Banks llama *Betula antártica*, aunque en nada se parece al arbol que se conoce en España baxo este nombre de Abedul. Los hay de todos tamaños, y algunos tan corpulentos y rectos que se podrian hacer masteleros ó qualquiera otra pieza de arboladura, á no ser tan pesados: su interior es blanco, y solo se raja ó hiende de alto á baxo: perdiendo la humedad que contiene, es excelente para qualquier obra de carpinteria: las ramas salen formando copas con las hojas mas ó menos grandes: el color de la hoja es verde claro: su magnitud como de un dedo pulgar: su figura ovalada, terminando en una punta no enteramente aguda, y frangeada en toda su circunferencia. Su fruto con-

siste en unas piñitas como garbanzos, cubiertas de resina muy aromática, que estregándola con los dedos conforta: se trasuda de la substancia del arbol por entre las hojitas de la piña, y quajándose con el frio queda un botoncito en cada una. Su semilla es una pelotilla negra del tamaño de un garbanzo, en cuyo centro hay un polvillo negro por donde se hace su propagacion, que es muy abundante. La corteza de estos árboles es proporcionada á su grueso, habiéndose encontrado algunos que tenian treinta y cinco pies de circunferencia: es facil separarla del corazon, y los Indios la emplean para sus canoas.

Se traxeron en la fragata cantidad de estas piñitas resinosas para ver si tiene alguna virtud: se parece en el olor á la goma de copal que se conoce en España.

La tercera especie que es la mas apreciable y no menos abundante es el arbol, que por haberlo primeramente descubierto el Capitan Winter en la parte meridional y occidental de la costa del Fuego, conserva su nombre, y su corteza se llaman Winteriana. Los hay grandes, medianos y pequeñitos: sus hojas son parecidas en todo á las del laurel, y largas como cinco pulgadas: su anchura por donde mas una y media: su color verde algo obscuro. Tanto éstas como la corteza tienen un olor bas-

tante aromático que se percibe quando se quiebran ó se estregan entre las manos. La corteza tiene un picante fuerte, que se asemeja algo á la pimienta; ademas tiene otro gusto algo dulce, que se conserva algun tiempo en la boca despues de haberla mascado. El grueso es segun la magnitud del arbol, de suerte, que se cogieron muchos pedazos, cuyo canto tiene mas de una pulgada. Se compone de dos capas intimamente unidas; la exterior cenicienta, la interior acabada de cortar de un blanco obscuro; pero á poco rato se va poniendo encarnada, y al llegar á secarse queda del color de chocolate en pasta. Su semilla consiste en unos granillos como pimienta, que contienen dentro quatro ó cinco pepitas negras larguitas y semicirculares, y su sabor ó gusto igual al de la corteza, pero muy activo. Sale en forma de racimitos, que cada uno contiene quatro á seis granos: se quaxan en el sitio de su flor, la que tambien se vió, y era blanca como el azahar, aunque mucho mas finas y pequeñas.

De los arbolitos pequeños se sembraron algunos pies con su misma tierra, y á pesar del sumo cuidado, todos se secaron en las inmediaciones de la Linea; y si la simiente que se traxo no produce, no se logrará el deseo de propagar esta especie en

España. Las calidades de esta corteza dan á entender tiene una virtud estomacal, corroborante y antiescorbútica. Se usó de ella como de especia, echándola en los guisados, y les daba un sabor grato, siendo al mismo tiempo muy saludable. El agua que filtra de ordinario entre las raices de este arbol, adquiere, como se experimentó, una virtud digestiva, y aun mueve algo el vientre. Es preciso usar con discrecion de esta corteza en los paises muy frios, y en tiempo de invierno, pues en el verano ó paises cálidos, lejos de hacer provecho, seria dañosa, irritando demasiado.

En los parages pantanosos y húmedos se encuentra una especie de arbolito parecido al ciprés, formando guiones muy derechos: está poblado de ramas desde el suelo: su mayor altura es de quatro á cinco varas: el grueso del tronco de diez á doce pulgadas quando mas: sus hojas se parecen al ciprés, son del mismo color, y solo se distinguen en que forman quatro esquinas: su fruto es unas bolitas negras del tamaño de garbanzos: quando se vieron estaban huecas y secas con cierto polvillo en su interior: el sabor de las hojas es mas amargo que el de la retama.

Tambien se cria en estos bosques una especie de palma, cuyo tronco es de una vara de alto, y su mayor grueso de vein-

te pulgadas : sus ramas estan colocadas en la copa en contraposicion como las palmas que llevan dátiles, pero sin formar cogollo ó palmito : las mayores tienen de largo vara y media, sus hojas estàn dispuestas á manera de la del elecho ó polipodio, su color verde claro, su gusto desagradable, y no se las encontró fruto alguno. Abundaba en los parages donde habia algun arroyuelo de agua dulce.

El amarillo ó arbol espinoso, que es propiamente el *berberis*, que describe el Doctor Laguna, tiene de altura de dos á tres varas, el color de las hojas y de las ramas en la parte exterior verde obscuro, pero en la parte interior como tambien en el tronco muy amàrillo : echa una frutilla morada en su madurez, que tiene un gustillo ácido, y mas quando estan sin madurar, y conserva las mismas virtudes.

Los unicos quadrúpedos que se encontraron en el terreno montuoso se reducen á los perros identicos con los de los Patagones, de quienes es probable los hayàn adquirido los habitantès de estas partes del Estrecho ; y una especie de venados ó corzos, que por no haberlos visto sino desde lejos, no es facil decir á qué clase, de las muchas que hay de estos animales, pertenece. Por lo demas no se puede asegurar si la noticia de Pedro Sarmiento de haber visto

rastro de tigres es creible, pues á la verdad no parece este clima propio para tal género de fieras.

Mucho mayor es el número de las aves que habitan los bosques; pero el poco tiempo y proporcion que hubo para la caza, y la suma dificultad de acertar con los nombres de cada una, me pone en la precision de no especificar sino las que con mas freqüencia se nos presentaron á la vista.

Segun la opinion comun, los paises frios y climas rigidos no producen aves con mucha abundancia, y las que tienen no son tan hermosas, y de la brillante diferencia de colores que las que se crian en la Zona Torrida. Sin embargo, vimos una especie de cotorras verdes del tamaño de un palomo con una golilla encarnada, semejantes á las que se hallan en Chile, bastante bellas. Aun es mas vistoso un paxarito del tamaño de un gorrion, cuyas plumas negras como azabache, tienen á lo largo una sutil raya dorada y el pico amarillo: esta contraposicion de colores forma un todo muy agradable á la vista.

Las urracas se hallan con abundancia; pero se diferencian algo de las conocidas en España.

No menos comunes son las becasinas identicas á las que se encuentran en las islas

de Falkland, y de un gusto exquisito.

Tambien vimos muchas veces una especie de ave muy parecida á nuestros mirlos, que seguramente es otra especie diversa.

Lo que nos causó mucha admiracion fue el encontrar hasta en la cumbre de los montes cubiertos de nieve unos paxaritos, á los que por su identidad con las nuestras llamamos golondrinas Magallanicas. Quizá no son, á pesar de todas las apariencias, de la especie de aquellas que se retiran de Europa al entrar el otoño, para disfrutar de un clima mas templado en su pais originario.

El canto de todas estas aves, y de otras muchas que hay, no es á la verdad muy agradable, y nunca oimos cosa que embelesase los oidos.

Los Indios regalaron al Comandante Don Antonio de Córdoba un paxarito mosca, muerto, y disecado con casi todas sus plumas, enteramente semejante á los que se crian en los paises mas cálidos; siendo dificil de explicar si esta casta de páxaros exîste y se cria en este clima, al parecer tan contrario á su naturaleza; y como no se vió ninguno vivo de su especie, se ignora si es alguno que extraviado vino á morir en él, ó si verdaderamente el clima de los 52 grados no es tan opuesto como se supone.

No faltan aves de rapiña que persiguen á las mas débiles; pero no puedo decir sobre ellas nada particular.

Mucho mas considerable es el número de las aves aquáticas. Los patos comunes y reales se hallan con abundancia, y son de un excelente gusto. Otra especie no menos copiosa, aunque su carne huele algo á marisco, se halla en las bahias del Estrecho, y de ordinario en las cercanias de los arroyos: son mas pequeños que los patos: sus plumas blancas y negras, el pico encarnado y largo: siempre van de dos en dos, y perseguidos dan un silvido bien raro y particular.

Es prodigiosa la cantidad de otra especie de patos que los marineros llaman *Bastardos*, por ser su carne de un gusto intolerable y pestífero: sus plumas son blancas y negras, el cuello largo, la cola muy corta, su vuelo no muy rápido, y por lo comun van en bandadas.

Los páxaros conocidos con el nombre de *quebranta-huesos*, abundan en este Estrecho, y los hay extremamente grandes. Son inumerables las gaviotas, y se encuentran de muy diversas especies. La que me pareció mas hermosa es una, cuyo tamaño no excede del de una tórtola grande. Tiene la cabeza negra, y las plumas de todo el cuerpo y alas de un blanco resplan-

deciente, mezcladas con algunas rayas leves negras: los diamantes y rubíes no igualan al brillo de sus ojos: al rededor de las niñas tienen un círculo colorado como de carmin, que hace resaltar mucho su belleza.

Los pingoynes ó páxaros niños no vuelan; pero es tan rápida su carrera por la superficie del agua, sirviéndose de las alas á modo de remos, que dexan un rastro como las embarcaciones, y así es muy dificil cazarlos; pero sorprehendidos en tierra dificilmente se escapan. El Abate Perneti en la historia natural de las Maluinas trata con bastante extension de todas estas aves.

No se encontró en el Estrecho ningun animal ponzoñoso ni insecto incomodo, con lo que se confirma la opinion de casi todos los Viageros sobre este particular. En lo interior de los bosques hay algunos mosquitos; pero ni pican ni molestan con el zumbido, ni nunca se atreven á salir al ayre libre, acaso por la diferencia de temperamento. Se hallan tambien algunas mariposas y arañas, que los naturalistas distinguen con el nombre del campo: se hallan bastantes escarabajos, pero algo diferentes de los que se conocen en Europa.

No hay que contar mucho con la pesca, como contra la expectacion de todos

sucedió en la fragata, pues abunda muy poco el Estrecho de peces; y solo en la proxîmidad de los rios se encuentran algunos, que á la verdad son de un gusto exquisito. Tanto con la red como con los palangues solo se cogió de quatro especies. Una que llaman mugil, y los hay de todos tamaños; pero los mayores no pesaban arriba de seis ú ocho libras. A este mismo pescado llaman en las islas Maluinas bacalao, porque curado no es inferior al de Terranova. La otra es el espereuro menos abundante. La tercera es bien pequeña, pescado algo viscoso y colorado, y se ignora á qué género pertenece. Finalmente, la quarta es el pege-rey, algunos de los quales pesarian media libra, digno del nombre que tiene por su exquisito sabor, pues frito es excelente.

Se presentaron á la vista algunas ballenas, bufeos y lobos marinos; pero seria inutil hablar de estos cetaceos tan conocidos, y que absolutamente no se diferencian de los que freqüentan los mares y costas de la América Española.

En recompensa de la escasa pesca abundan las playas del Estrecho de exquisito marisco. Los mexillones, lapas, picos, cañadillas, almejas, caracoles marinos y herizos forman el principal sustento de los Indios, y fueron el continuo regalo de la tripulacion

de la fragata. Los mexillones, cuyo tamaño es en algunos de cinco á seis pulgadas, no ceden en gusto á los hostiones mas exquisitos, lo que ha dado motivo á los naturalistas para llamarles mexillones magallánicos para distinguirlos de los comunes. En muchos se encuentra una especie de perlas, producidas segun la comun opinion de una enfermedad que suele padecer este marisco. Las lapas son de un tamaño extraordinario, y su concha en lo exterior del nacar mas resplandeciente; pero ni con mucho son tan gustosas al paladar como los mexillones, y mucho mas indigestas. Con las redes se solian á veces coger muchas santoyas, y una especie de bogabantes y cangrejos no despreciables.

Todos estos mariscos se alimentan por lo general del jugo de una planta marina llamada Cachiyuyo: su tallo se levanta hasta la superficie del agua, siendo su largo de quince á veinte brazas; echan sus raices en las piedras, y son de color de lo demas de la planta, esto es, de un amarillo obscuro como el de las hojas de árboles muertos que se empiezan á secar: el grueso de su tallo es de un dedo quando mas: destila un humor viscoso: de trecho en trecho se ven unas calabacitas largas, y muy poco gruesas llenas en su interior de agua, de las que toma nacimiento cada ho-

ja, cuyo largo es de 2 á 2 ½ pies, y de ancho por donde mas de 4 á 5 pulgadas: remata en punta, y es su figura como la de una almendra muy puntiaguda. Estas hojas no son lisas en su superficie, sino vistosamente dibuxadas con lineas longitudinales y algo realzadas, tanto, que vistas á distancia se parecen á las cintas de aguas: cada raiz echa cinco ó seis de estas ramas, y tan juntas las unas á las otras que muchas veces cubren enteramente un gran espacio de mar, y tan espesas que con suma dificultad puede pasar un bote por encima. La vista de esta planta indica siempre un fondo de piedra, y así debe evitarse, quando lo permitan las circunstancias, el navegar en sus inmediaciones á causa de la desigualdad que se suele encontrar en el braceage. En muchos parages se hallan montes flotantes, que la marejada y fuerza de los vientos ha arrancado de sus raices, y de ellas estan llenas por lo comun las playas de todo el Estrecho.

Tal es el suelo y temperamento, y tales las producciones y animales que nacen y se mantienen en el Magallanes: esto es todo lo que ofrece á sus habitantes, que es razon nos acerquemos á conocer.



CARTA CCLII.

Habitantes del Estrecho.

Lo humedo, y por consiguiente mal sano de este clima es la causa de su corta poblacion, que se compone de dos razas del todo diferentes: los que viven en la parte llana, y los que habitan en la montuosa: en especial estos son en muy reducido numero, pues desde Cabo Negro hasta Cabo Fravard solo se vió una tribu de quarenta á cincuenta personas que siguió á la fragata hasta Cabo Redondo, y aun se puede suponer que no pasa del Morro de Santa Agueda para el O. siendo segun todas las apariencias la misma que encontró Bougainville y demas Franceses quando venian á hacer provision de leña para las Maluinas. No se puede fixar con igual precision el numero de los restantes moradores del Estrecho, pues solo se vieron setenta individuos, y quizá serán muchos mas. La parte llana está mucho mas poblada; pero siendo tan notable la diferencia de unos Americanos á otros daré con distincion las noticias de cada uno.

Los que habitan el llano son los famosos Patagones que con tan diversas señas

han dado tanto que discurrir á los sabios de Europa, y han mantenido tanto tiempo la perplexîdad sobre la exîstencia de un pueblo de gigantes, á cuyo favor eran un argumento tan fuerte. Quando Robertson escribia su historia de América, por esta variedad de opiniones se mantuvo indeciso, admirándose que quando todos los animales no llegan á su mayor perfeccion sino en los climas templados, y en donde las materias que los nutren estan en la mas agradable abundancia, la naturaleza haya reservado al ingrato clima del Magallanes, y á una tribu errante de salvages ostentar el mas alto honor del género humano, distinguiéndole con una estatura procerosa, y un vigor superior á los demas hombres.

Sin introducirnos en discusiones impertinentes á nuestro propósito sobre la reñida contienda de la estatura de los Antediluvianos, si se conserva por un esfuerzo de la naturaleza en algun ángulo del Orbe, ni nada de lo que se expone á favor de los que hablan de la exîstencia de gigantes; nos basta asegurar que de ningun modo lo son los Patagones. La prolixa medida de los oficiales de nuestra fragata, exâctamente la misma con lineas de diferencia que la de Carteret y Wallis, y la de Bougainville, conviene con la exâcta definicion que dieron los Nodales, asegurando eran unos

hombres membrudos y apersonados.

No podemos desentendernos del agravio que se hace á los primeros navegantes Españoles, atribuyéndoles el origen de tal fábula para hacer extraordinarias sus navegaciones, como si para esto hubiesen necesitado de mas auxîlio que la sencilla verdad. Un sin numero de autores que han tomado parte en esta viva contienda, convienen en que Magallanes, Loaysa, los Nodales, y hasta Sarmiento deponen unanimamente de la estatura gigantesca de los Patagones. Yo que he tenido presentes sus diarios originales, nada he hallado de semejante hecho. El diario de Albo, que es el único que se conserva de la expedicion de Magallanes, no hace mencion de los Patagones. Urdaneta al referir que trató con ellos, los llama grandes y feos. El manuscrito de Mori aunque habla expresamente de estos Indios, nada dice de su estatura; lo mismo le sucede á Camargo. Ladrilleros asegura que la gente del Estrecho es bien dispuesta de cuerpo, soberbios, y de grandes fuerzas. Los habitantes de la boca del N. son grandes de cuerpo así hombres como mugeres, y de grandes fuerzas los hombres, y muy sueltos. Sarmiento en su primer viage solo dice: que diez hombres apenas podian detener á un Patagon; y sin expresar su estatura los llama en gene-

ral Gigantes, y que desde el rio de San Juan de la posesion empieza la gente grande. En su segundo viage añade: que los Indios del Estrecho eran grandes, y su Capitan mas grande: y siempre distingue á los habitantes de la boca del N. por la gente grande, llamando al que tomó á bordo, *crecido de miembros.* Hernando Tomé el marinero Español que salvo Candish, atestigua en su declaracion que los Indios con quienes trataron eran agigantados; y en otra parte que eran muy corpulentos y disformes. Ya he referido el juicioso voto de los Nodales, de que resulta que ninguno de los marineros Españoles les atribuye la estatura desmesurada, ni el demas conjunto de rarezas divulgadas despues, que hasta Seyxas trata de mentidas, y ponderadas.

El Italiano Pigafeta, en la novela que divulgó como historia de la expedicion de Magallanes, es el primero que hizo á los Patagones de mas de quatro varas; pero este Autor no merece ningun crédito por tantas circunstancias semejantes á las conversaciones del Diablo con los Patagones casi en su presencia: que hay paxaros en el Pacifico que se meten dentro de las ballenas, las matan comiéndoles el corazon, en cuya jaula se quedan contentos hasta que abiertas las ballenas salen: que el Rey

de Lao tenia dos perlas como huevos de gallina; y otras muchas ficciones de que abunda su relacion. En esta misma corpulencia de los Patagones va tan poco consiguiente, que despues de haber ponderado lo enorme de su cabeza, entre varios regalos que para su uso hizo al mas abultado Magallanes, cuenta un gorro de que él se servia, quien nada tenia de gigante. Era tan achacoso Pigafeta de ver tales vestiglos, que tambien columbró gigantes en el rio de la Plata. Maxîmiliano Transilvano que no hizo mas que trasladar á Pigafeta cuenta lo mismo, y aun lo adorna con otras inverosimilitudes que no discurrió su paysano.

Como estos eran los unicos escritos que andaban en manos de todos cayendo en las de autores de mas candor que discernimiento, como Gonzalo Fernandez de Oviedo, trasladó éstas y las demas fábulas á su historia, y se extendió mucho en la de los Patagones, imbuido de los informes del Clérigo Arizaga, que fue de la expedicion de Loaysa, y que se hubo de divertir en abusar de su credulidad, diciéndole cosas que ni expresó en su declaracion que he citado, ni se hacen creibles, no solo de la desmesurada estatura de los Patagones, que un hombre alto no llegaba con una mano á la cintura; sino que de cada bocado comian

mas de dos libras de carne cruda, que cada uno bebia de una vez mas de seis arrobas de agua, y otras exâgeraciones que pueden verse en su historia.

Con este voto mas de un Autor contemporaneo fue tomando crédito la opinion de los gigantes Patagones, que adoptaron Gomara, Argensola y otros varios Escritores de demasiada buena fe para copiar sin exâmen quanto oian de aquellas remotas regiones; así pone éste islas habitadas de solo demonios, y cometas y presagios para cada suceso. El primero no solo copia á Pigafeta, sino tambien añade cosas mas risibles, como que el Rey Colano de Ternate tenia 400 damas en su casa, gentiles en ley y en persona, y 100 corcobadas que le servian de pages. Estoy muy distante de querer ridiculizar á unos Historiadores de mérito tan conocido, y solo refiero esto para hacer ver con quanta mas facilidad se persuadirian de la exîstencia de los gigantes. Qualquiera que se haya familiarizado con los autores del siglo XVI. conocerá que no fue el de la filosofia. La erudicion reyna en aquel siglo; pero la crítica nació en el siguiente. No obstante, los que sobresalian por su juicio no adoptaban tal extravagancia, como sucede á Acosta, que refiriendo todas las fábulas de gigantes en la América, no mencionó á los Patagones como tales, siendo tan del pro-

posito de su historia, y haciendo capítulo separado del Estrecho ; y el célebre Camoens que tan autorizado estaba para abultar la estatura de los Patagones en su poema , no quiso añadir nada á la verdad , diciendo en la octava ciento y quarenta y dos del canto ultimo.

Desque passar à via mais que mea.
que aõ Antartico Polo vay de linea
d' huã estatura quasi Gigantea
Homẽs vera , da terra ali vizinba.

Y por crecido que sea el número de los crédulos , no se hallará ningun marino Español , que como testigo ocular haya apoyado esta impostura.

El Inglés Candish es el primero que entre otras falsedades empezó á dar diez y ocho pulgadas al pie de cada Patagon, imitando su exemplo Hawkins y Knibet ; pero los que mas los han abultado han sido los Holandeses hasta decir Sebaldo Veert , que eran de una altura horrorosa , que arrancaban de raiz gruesos árboles &c. , y ha sido seguido , aunque con mas moderacion de Noort , Spilberg y le Mayre. Tambien los Armadores de San Maló afirmaron la proceridad de los Patagones , con lo que aunque otros navegantes, y sin duda los de mas crédito como los Ingleses Winter , y Nar-

borough, el Almirante l' Hermite, Holandés, y Mr. Troges, Francés, han desmentido á los otros impostores, y los que nada han dicho estan por lo mismo en contra, pues no hubieran omitido un objeto de tanta importancia y tan raro. Con todo, el asunto quedó problemático, y con bastantes votos ambos partidos, si bien con gran variedad los que defendian el Gigantesco, pues desde diez á trece pies no tenia término fixo, hasta que las ultimas y repetidas expediciones de nuestro tiempo Inglesas, Francesas y Españolas al cargo de oficiales ilustrados y veraces han desvanecido de una vez tantas ponderaciones, y han reducido á los Patagones á su verdadero tamaño.

No ha sido esto á la verdad sin alguna contradiccion, pues antes de publicarse el diario del Comodoro Biron, ni las cartas de las Transaciones filosóficas, uno que se decia Oficial del Delfin dió á luz su relacion, insistiendo sobre la prodigiosa estatura de los Patagones, con varias circunstancias igualmente inciertas: su Editor apoyándose en testimonios no mejores quiso corroborar su dictamen, y como este diario fue el que por desgracia tuvo á la vista el Doctor Ortega para su estimable traduccion, en su prólogo oprimido por el peso de esta autoridad y por la equivocacion que padece allí mismo

de afirmar que casi todos los navegantes que han atravesado el Estrecho de Magallanes son de esta opinion, se ve obligado á disimular la suya en materia tan delicada. Yo, que jamas disimularé la mia, he manifestado ya quál es, y como abusó del público este Inglés fingiendo lo que no refiere su Comandante en la juiciosa relacion de su viage, que despues imprimió. Habiéndose mentido tanto acerca de los Patagones, diré lo poco que hay averiguado sobre ellos; pues á pesar de haberlos tratado en varias ocasiones desde el mismo dia que llegó la fragata al Estrecho, casi nada se puede especificar sobre su gobierno, método de vida ni costumbres.

Los Patagones, así llamados sin fundamento alguno por Magallanes, y no por Candish como quiere el primer Editor del primer viage de Biron, son unas tribus de Salvages errantes que ocupan el vasto pais que se extiende desde el rio de la Plata hasta el Estrecho: sus domicilios mas fixos son en lo interior del pais; pero en la estacion de la caza se acercan al Estrecho, que es donde se les ha tratado.

Su controvertida estatura excede por lo general á la de los Europeos: medidos escrupulosamente los mas altos, se halló que no pasaban de 7 pies y 1 $\frac{1}{4}$ pulgadas, me-

dida de Burgos ; y la comun estatura era de 6 ½ á 7 pies. Segun reflexîona Mr. Bougainville no es tan notable su talla como su corpulencia, que en algunos llegaba á 4 pies y 4 pulgadas en la circunferencia del pecho; pero sus pies y manos no corresponden á lo membrudo de las demas partes. Todos manifiestan robustez : estan cubiertos de carne sin poderse llamar gordos : la tension de sus músculos manifiesta su fuerza, y no es desagradable su figura, aunque la cabeza es grande, la cara algo larga y un poco chata, los ojos vivos, y los dientes extremamente blancos, pero largos en demasia : su color como generalmente el de todos los Americanos es cetrino, tirando mas bien á cobre. Llevan sus negros y recios cabellos atados ácia arriba con un pedazo de correa ó cinta que les ciñe la frente, dexando la cabeza enteramente descubierta. Aunque en algunos se notaron barbas no eran ni largas ni pobladas.

Realza mucho su figura el trage que usan, y se compone de una manta de pieles de guanacos ó de zorrillos medianamente compuestas con rayas de diferentes colores en la parte interior. La tienen atada á la cintura, y les llega mas abaxo de la pantorrilla, dexando ordinariamente caida la parte destinada á cubrir las espaldas;

pero quando el frio, ú otro motivo les obliga á lo contrario, sujetan la parte superior con las manos, y de esta suerte se abrigan enteramente con ella.

Algunos traen unos ponchos y calzones de igual género y hechura que los Criollos del reyno de Chile y Buenos-Ayres, no excluyendo este trage la manta de pieles. El poncho se reduce á una pieza de texido fuerte rayado de diferentes colores de tres varas de largo sobre dos de ancho, con una abertura en su mitad, proporcionada para entrar la cabeza francamente. Este trage es muy aproposito para manejarse á caballo, porque dexa los brazos en la mayor libertad, y los cubre y abriga. Algunos tenian ponchos de pañete de los de nuestras fábricas de Buenos-Ayres.

Los calzones no se diferencian de los nuestros; pero sí las botas que son de la piel de las manos de los caballos sacadas sin abrirlas, y con solo una costura á uno de sus extremos se la hallan formada. Pocos eran los que disfrutaban de estas comodidades: los mas estaban desnudos y reducidos á sus mantas de pieles, y á una bolsa de cuero que colgando de una correa que llevaban ceñida á la cintura les cubria sus partes vergonzosas; y pasando por entre piernas con una ó dos correas, se la su-

jetaban por detras en la ceñida al cuerpo.

Con un pedazo de cuero liado al rededor del pie forman una especie de zapatos, á los quales tienen pegados dos palitos en forma de horquilla que les sirve de espuela; pero dexan este calzado quando no piensan servirse de sus caballos, lo que no obstante sucede rara vez. Es bastante general la costumbre de pintarse la cara de blanco, negro y encarnado, cuyo adorno no es nada favorable á su buen parecer.

Los arreos de montar se reducen á una especie de albardon que se compone de varias pieles de guanacos, una sobre otra, y algun tanto arrolladas por delante y detras, que á primera vista les da una semejanza de sillas; todo sujeto con fuertes correas que hacen el uso de cinchas. Cada uno de los estribos es un pedazo de madera de quatro pulgadas sostenido por los extremos por dos correitas que rematan en una asegurada en la cincha. Los demas arreos son en todo semejantes á los que usan en Buenos-Ayres los Indios, con solo la diferencia que el bocado es de una madera muy dura y compacta. Como no tienen ni hierro, ni cordeles suplen esta falta con la madera y tiras de cuero. Uno tenia un aderezo completo á la Europea; pero no supo dar á entender como lo habia adquirido.

Sin embargo de haberlos visto en tropas de trescientos á quatrocientos, nada se puede decir de sus mugeres que jamas se acercaron á distancia que pudiesen ser exâminadas, y solo un oficial que fue á tierra en la bahia de San Gregorio, aseguró que su estatura es algo inferior á la de los hombres, siendo muy corta la diferencia del trage.

Los muchachos aun de tierna edad manifiestan desde luego descender de unos padres corpulentos, y por lo abultado de las facciones se puede juzgar de lo que se aumentarán quando la naturaleza haya adquirido su entero vigor, y desenvuelva todas aquellas partes.

Como no sacan parte alguna de su alimento del mar, tienen establecidos sus aduares en lo interior de los valles, cerca de algun arroyo ó laguna de agua dulce, y al abrigo de algun monte para resguardarse de los vientos impetuosos: así no pudimos registrar sus habitaciones, y solo desde la fragata se vió algo que no se puede individualizar con certeza. Sin embargo, sabiendo que viven errantes como los Arabes abandonando el terreno que espontaneamente no les da alimento, es de creer serán sus chozas formadas sin solidez ni arte. Para prueba de la comun opinion de esta vida errante, se puede citar que en este viage se

vió una misma tribu establecida en dos diversos parages.

Es muy dificil definir su caracter en el poco trato que se tuvo con ellos; pero se puede asegurar que no son crueles ni bárbaros, siendo una injuria atroz la que les hacen Candish y Mr. Gennes en sus respectivos diarios, atribuyéndoles el horror de comer carne humana, y que así aniquilaron á los Españoles de las colonias de Sarmiento, impostura cuyo origen no se puede saber, pues nada dicen que se asemeje á esto los autores Españoles que escribieron de aquella poblacion. Tampoco es su docilidad falta de espíritu, pues el deseo unico que manifestaban era de poseer nuestras armas, lo que denota un animo guerrero y valiente, que es natural que irritado, y conociendo la superioridad de su fuerza executen quanto se necesite para saciar su venganza, sin que esto obste á su natural docilidad, pues no se les notó señal alguna de mala intencion. En una ocasion dexaron sus armas y caballos para venir á bordo, lo que denota su buena fe recíproca, y la franqueza de entregarse desarmados es prueba evidente, que no conociendo la traicion no la temen. Se notó que se fiaban unos á otros varias prendas, ó las dexaban en la playa mientras venian á bordo, seguros de encontrarlas á su regreso; pues entre ellos es tan

respetado el derecho de propiedad, que no alcanzando á los muchos que acudieron unas cintas que les repartió el Comodoro Biron, los que no participaron de ellas no se mostraron disgustados, ni intentaron turbar la gran alegria que con la posesion de las suyas manifestaban los otros. Tampoco les es nueva la idea del comercio, qual debió ser en los tiempos primitivos antes que la multitud de producciones lo complicase hasta no poderse limitar al simple cambio de las cosas. Algunos de nuestros oficiales trocaron sables por sus pieles, manifestando los Patagones la mayor legalidad en su trato. Son sobrios, como lo da á conocer su constante repugnancia al vino y aguardiente, cuyos perniciosos efectos les eran conocidos; pero esto no impide que necesiten una crecida porcion de alimento proporcionada á su corpulencia para satisfacer su hambre. Tambien conocen y practican la generosa virtud del agradecimiento, pues al dexarlos en tierra, siempre querian se esperase el Bote, dando á entender iban á traer algunos regalos.

Parece que reconocen algun género de subordinacion; pues el marinero Tomé Hernandez cuenta lo que se irritó un Indio á quien dieron á entender era Sarmiento el Capitan, dandose golpes en los pechos diciendo que él era el Capitan; y se notó

que los demas obedecian á uno que era de mayor corpulencia, y manifestaban que era su Capitan, conociendo perfectamente la significacion de esta palabra. Se ignora enteramente qual y quanta es la extension de su poder; si siempre viven juntos ó si se separan segun su antojo: si es numerosa su poblacion, y hasta donde se extiende, y qué especie de culto y religion observan, habiéndose solo notado que antes de ponerse el sol siempre se retiraban á sus aduares, manifestando una especie de veneracion á este astro benéfico.

No cabe duda que la mayor parte de estos Patagones tienen trato con nuestros establecimientos de Buenos-Ayres y Chile, y mas particularmente con los ultimamente formados en la costa Patagónica, pues todos conocian el uso del tabaco de humo, lo pedian con ansia, y se manifestaban diestros Fumadores; y para quedar intimamente persuadidos de este trato, bastó oirles pronunciar muchas palabras Castellanas, cuya significacion por la mayor parte ignoraban, y que poseian algunas armas y muebles de fábrica Españóla.

Es extraordinaria su facilidad en repetir qualquiera palabra que oyen, y aun en retenerla. El marinero que salvó Candish dice en su declaracion que les oia repetir, *Jesus*, *Santa Maria*, mirando al Cielo, y

que daban á entender que la tierra adentro habia otros hombres diciendo así: *otros hombres con barbas, con botas, otros muchachos como aquellos*, señalando á los de la poblacion. Todos los Viageros han admirado esta extremada facilidad de retener las expresiones de qualquier idioma, y el Capitan Wallis refiere aprendieron al punto la expresion, *Englishmen, come on shore: Ingleses, venid á tierra*: y que despues de muchos dias vueltos á encontrar en otro parage se la repetian. Esto parece procede de no tener acento duro, ni aun ninguno particular á ellos, de su buen oido, y de la suma volubilidad de su lengua. El idioma de su uso se notó no es áspero ni dulce, muy lleno de vocales, y su pronunciacion algo gutural.

A muchos se les hizo la propuesta de conducirlos á España, prometiéndoles volverlos á traer á su pais, pero todos respondian que no querian dexar á sus compañeros, por lo que no se creyó justo abusar de nuestra superioridad, arrancándolos involuntariamente del seno de su patria, y familia que tan amable les era, sin poderse sacar de esta violencia mas ventaja que satisfacer la ociosa curiosidad con la inspeccion de una casta de hombres, cuya estatura es mayor que la comun; pero no sobrepuja, ni aun llega á la de los que con

bastante freqüencia se dexan ver en Europa como abortos de la naturaleza.

Si la ignòrancia de los conocimientos propios al género humano, y de las comodidades y seguridad que ofrece una junta civilizada tan natural al hombre, no fuesen un obstacúlo segun nuestras ideas para ser feliz, pocos hombres se hallan en mejor proporcion para llamarse dichosos, y estar contentos con su suerte como los Patagones. Gozan de los esenciales bienes de la sóciedad, sin sujetarse al sinnumero de penalidades que la civilidad demasiado refinada trae consigo: gozan de salud robusta, efecto de su sobriedad, y de que no conocen aquellos venenosos principios y manantiales de tantos males, la gula y la luxuria: tienen una ilimitada libertad para satisfacer sus limitados deseos, los quales son en muy corto numero, pues por su fortuna son cortas sus ideas; y como el terreno que habitan les da espontaneamente su alimento, sin fatigarse con un trabajo perpetuo y necesario, pasan los dias felices en una tranquíla ociosidad y reposo, que es su pasion dominante y el seguro fruto de la combinacion de todas sus circunstancias, y no de ineptitud ó natural estupidez, como han pretendido muchos. De esta pretendida estupidez no hay ninguna prueba; pues lejos de serlo para el filosofo el aprecio que

hacen de una sarta de cuentas de vidrio, ó de otras vagatelas semejantes, es solo una demostracion de cierta propiedad innata en el hombre de adornarse, y que bien considerada en el Patagon tiene mas disculpa que en el Europeo el aprecio de los encaxes y diamantes que tan mal empleados afanes le cuestan, quando el Patagon sin fatigarse toma estos adornos en cambio de lo que le sobra quando vienen á presentarselos. Aun se realza mas la felicidad de estos naturales del Estrecho de Magallanes, comparándolos con los de la parte montuosa de que voy á tratar.

CARTA CCLIII.

Otros habitantes del Estrecho.

La otra especie de habitantes del Estrecho es un reducido numero de hombres con quienes solo son comparables segun el sentir de todos los Viageros, los míseros moradores de la costa occidental de la Nueva Holanda.

No fue suficiente el largo y continuo trato que tuvimos con estos naturales, tanto en la bahia de la Hambre, como en Puerto Galante, para haber podido averiguar algo de positivo acerca de la religion y constituciones civiles de cada tribu ó familia; pues en lugar de parar su atencion en las señales que se les hacian para informarse de algo, no hacian mas que repetir las mismas voces ó acciones, y de esta suerte quedaban unos y otros tan ignorantes como al principio.

Siendo su método de vida tan brutal y sus sociedades tan cortas, no se pudo venir en conocimiento de mas de lo que se presentaba á la vista, de su figura, sustento, armas, navegacion y artes, si con tal nombre se pueden llamar las manufacturas de los pocos y toscos muebles que usan.

Antes de llegar al puerto de la Hambre traxo el bote cinco de estos Indios que habia encontrado en la playa, cuya desnudez, estupidez é intolerable hedor hacian mirarlos con tanto horror como compasion, pues viven en la mayor miseria: enviados á tierra se juntaron con otros que los esperaban, y unidos siguieron á la fragata al puerto.

No es ponderable su asquerosidad, pues ademas del desaseo de sus chozas siempre llenas de conchas del marisco, y de los desperdicios de lo que comen, hacen esto mismo con los insectos que cria su cabeza, y con otras inmundicias de su nariz; y así no se podia estar mucho tiempo con ellos sin revolverse el estómago.

Parece cierto que algunas, aunque raras veces, tienen comercio con los Patagones, como lo indica la identidad de los perros, y las pieles de guanaco que trocaron con estos en cambio de alguna particularidad propia de su pais; pero la suma inferioridad de su fuerza, y aun de su talento harán que eviten la familiaridad; y así son en todo diferentes estos Indios de los Patagones, pero semejantes enteramente á los que habitan la tierra del Fuego.

Su estatura es regular, inclinándose mas bien á mediana; sus miembros bien proporcionados, agiles todos ellos, á pesar del

poquisimo exercicio que hacen: el color cetrino tirando á cobre, unos mas obscuros que otros: las facciones de la cara nada tienen de horrible, ni de hermoso: el pelo parece mas bien una clin fina y sutil, que cabellos humanos, que puede provenir de tener la cabeza siempre descubierta: quizá si lo cuidasen, seria bastante fino y largo; su color es negro: algunos tienen barbas pero muy claras, y esto no es comun.

Las mugeres, cuya estatura es algo inferior á la de los hombres, no tienen facciones particulares que las distingan, pero si un sumo recato, cubriendo las partes naturales, y pechos que son de ordinario grandes y muy caidos: su metal de voz es tan delgado y agudo, que es mucho mayor la diferencia entre los dos sexôs, que la que hay entre nosotros.

Su adorno principal consiste en unos bonetes de pluma que solo los llevan los mas ancianos, y en pintarse la cara, piernas y demas miembros con diferentes rayas blancas, roxas y negras, cuyas listas aumentan su fealdad: son muy cuidadosos de esta compostura, y se conocia ponian su estudio particular en ella quando venian á la fragata. Una piel de lobo marino echada por la espalda, que de ordinario les llega hasta medio muslo, y se la atan á la cintura con una cuerda de tripa de pescado, es

el único abrigo y vestido que traen, agregándose un taparrabo de plumas que les cubre las partes naturales: algunas veces suelen meter los pies en un pedazo de pellejo del mismo animal, asegurado al modo de una bolsa á la garganta de la pierna. Las mugeres traen esta piel no solo atada á la cintura, sino que tambien la pasan por debaxo de los brazos, afirmándola en su cuello; y así logran tapar sus pechos.

Una de las distinciones de las mugeres de todas edades es llevar una atadura muy apretada de tripa de pescado, tanto en las muñecas á manera de brazaletes ó pulseras, como tambien en lo mas delgado de la pierna poco mas arriba del talon.

Así hombres como mugeres traen una cuerda atada á la cabeza en forma de corona que les sujeta algun tanto el pelo, y lo demas queda colgando. Al cuello suelen algunos ponerse unas sartas de caracolillos medianamente trabajados, ó en su lugar muchas vueltas de un cordelito hecho á modo de trenza, y siempre de tripa de pescado.

Los niños de ambos sexôs de ordinario estan en cueros, y es notable lo grande é hinchado del vientre, que parece se va reduciendo al estado natural á medida que crecen; acaso se podria atribuir á la ninguna sujecion de faxas, pues á los reciennacidos solo los envuelven ligeramente en unas pie-

les pequeñas de lobo marino, y las madres los llevan por lo comun consigo á todas partes, colocándolos en una especie de saco, y éste metido en la misma piel de la espalda, que sirve de vestido á la madre. Se ven algunas de estas mugeres con dos niños, uno mas grande que el otro, colocados así, sin que esta duplicada carga las impida cumplir con las funciones á que estan destinadas.

No hay duda que el principal alimento de estos Indios son los mariscos, de que estan llenas las playas; y la vida errante que tienen, proviene de la necesidad de mudar de sitio quando los consumen, hasta que la naturaleza proveyendo á sus necesidades, vuelve á reproducir con abundancia estos mismos mariscos en los parages donde ya se hacian raros.

Los venados que se crian en esta region caerán algunas veces en manos de estos naturales, como no solo se vió por las pieles, sino por carne que no podia ser de otro animal. Los muchos perros que tienen contribuirán seguramente al logro de esta caza, pero no parece ser muy comun, y raras veces la emprenden, no habiéndose notado que muchos de ellos se metiesen en lo espeso del bosque. Es de creer que los esperan en las orillas de los rios adonde suelen venir estos corzos, y entonces auxîliados de

los perros los acaban de matar á palos y pedradas, pues sus flechas y demas armas no son á propósito para este género de caza. No se pudo averiguar si esta carne la comen cruda como el pescado, ó si la ponen al fuego; pero parece natural que no se tomen este trabajo, no teniendo instrumentos ni vasijas propias para guisar la comida.

Las diferentes plumas que poseen, manifiestan que las aves no estan exêntas de sus tiros, y como son muy diestros flecheros y honderos, es creible que de uno de estos medios se sirven; pero no parece que son muy aficionados á este género de caza, pues nunca los vimos con número crecido de páxaros, cuya carne se infiere que no comen, porque nadie notó en sus habitaciones cosa que lo indicase.

Mas comun es entre ellos la pesca, y así son mas diestros en ella: aunque se ignora como lo hacen, no se puede dudar que se aplican á ella, y aun en dos ocasiones fueron á vender á bordo á la tripulacion bastante porcion de pescado fresco. No tienen red ni anzuelo, y solo se notó que suelen en baxa mar clavar unos palos puntiagudos en algunos parages de la playa, formando una especie de pesquera; pero no se puede afirmar que cojan de esta suerte el pescado. No obstante, quando salen

en sus canoas llevan unos palos largos y puntiagudos, con los quales parece los matan, poniendo en su extremo una especie de carnada colgada de un pedazo de cordel. No fue posible hacerles entender que explicasen su modo de pescar, ni tampoco se logró ver quáles eran sus mañas y ardides para este efecto.

Se conjetura que quando atraviesan á la costa del S. y á las islas, su principal objeto es la pesca de las toninas, bufeos, lobos marinos y ballenas, que rara vez se ven en las del N.: comen cruda la carne de estos indigestisimos animales, aunque esté podrida y fetida; y de su grasa hacen una especie de aceyte con que de continuo se untan, por lo que desde muy lejos se percibe la venida de estos Indios.

Tambien comen, y siempre tienen en sus chozas y canoas canastillos llenos de murtiñas y otras frutas silvestres. Al ver á los de la tripulacion que comian apio, enseñaron algunas otras yerbas y raices de que se sustentan asándolas como patatas.

De quantas cosas se les presentaron á bordo, solo el sebo y la grasa eran de su verdadero gusto, despreciando la galleta, y no queriendo jamas probar el vino.

Sus perros tambien comen marisco, yerbas y pescados, lo que prueba que la mutacion del clima y la necesidad de alimen-

tarse de diverso modo, han hecho variar enteramente el apetito de estos animales; pero conservan sus qualidades nativas, y así no dexan de ser las guardias mas vigilantes de estos Indios.

Sus habitaciones consisten en unas miserables chozas en forma circular, compuestas de ramas de árboles, lo grueso clavado en tierra, y lo mas delgado arriba, y ácia el centro los amarran con juncos; la circunferencia de la mayor no pasa de ocho á diez varas, y dos su alto. La unica abertura ó puerta es baxa, y como de la octava parte de la circunferencia: quando las habitan las cubren al rededor todas con pieles de lobos marinos, segun las sacan de este animal, pues no saben curtirlas: dexan descubierto el centro de la parte superior á fin que salga el humo del continuo fuego que mantienen, el qual está siempre en medio, y al rededor de él en algunas chozas suelen poner alguna paja, que sirve de cama y silla. Quando se les apaga el fuego, le encienden con dos pedernales, sirviéndoles de yesca unas plumas de páxaros.

Sus muebles se reducen á varias pieles de lobo marino, de corzo, y algunas de guanaco, que seguramente recibirán de los Patagones, pues no hay de estos animales en esta parte del Estrecho; unos canastillos de

juncos, y otros de una especie de esparto, unos tarros de un pie á pie y medio de circunferencia, hechos de la misma corteza de que construyen sus embarcaciones, y cosidos sus fondos del mismo modo, estan medianamente labrados, y son capaces de contener qualquier líquido sin derramarse: tambien tienen unos saquillos de pieles ó de tripas de pescado en donde guardan diversos polvos con que suelen pintarse, siendo de notar que el color encarnado es entre ellos preferido á todos los otros: las sartas de caracoles ó huesos, los pedernales con que encienden fuego, y otras menudencias de esta naturaleza. Tales son los despreciables muebles de estos infelices hombres, y que llevan consigo quando mudan de domicilio.

Las canoas son de la corteza del arbol que da la resina, cuyo mayor grueso no excede de una pulgada, se componen de tres piezas, formando la de enmedio la quilla, roda, codaste, y plan de ella, y las otras dos los costados. Es admirable la industria con que pelan estos árboles, no teniendo para este efecto mas instrumento que un pedernal algo puntiagudo y trabajado con que hacen unas cortaduras ó incisiones circulares en los dos extremos del tronco, y despues una alto á baxo que las une; y á fuerza de paciencia y maña van sacando en una pieza la cáscara de todo el tronco del lar-

go que ha de tener la canoa, que en algunas de un extremo á otro es de treinta á treinta y dos pies, incluyendo la curbatura que tiene la pieza de enmedio, que es la que forma la proa y popa: el largo ordinario de estas frágiles embarcaciones es de veinte y quatro á veinte y seis pies, su manga quatro, y de dos á tres su puntal.

Para que esta corteza adquiera la curbatura y figura competente, sujetan los extremos á dos montones de piedras colocadas por la parte exterior, dexándole así dos ó tres dias en que se va seçando, y queda apta para la construccion: colocan despues casi perpendicularmente á la pieza de enmedio las otras dos que sirven de costado uniéndolas con unas costuras de junco seco, y rellenándolas de paja y lodo á fin de impedir en lo posible la introduccion del agua: para dar alguna resistencia á los costados ponen en todo lo largo de la canoa unos palos en forma de arcos de pipa bien cerrados unos con otros, con lo qual toman la figura de una semielipsoyde, y forman la regala de los dos costados con dos palos gruesos bien unidos, en cuya regala afirman los arcos que sirven de barengas uniendo el todo con costuras y amarras de junco seco, y de trecho en trecho tambien colocan unos palitos transversales que hacen el oficio de vaos.

Estando ya en este estado la canoa, revisten lo interior de casi toda ella con tiras de la misma corteza de un pie de ancho, cuyos extremos se hacen firmes en la regala; y para que adquiera facilmente la curbatura que necesita, la calientan al fuego, pues entonces estan medio secas, y de esta suerte las aplican al parage conveniente. Ademas de esto forman una especie de emparrado desde la quarta parte de proa y popa suspendido del fondo como medio pie, lo que sirve de cubierta dexando un espacio vacío en medio para achicar el agua. El emparrado consiste en unas palas puestas á lo largo, que descansan en otras transversales. Esto y todo lo demas de la canoa está cubierto, como se ha dicho, de corteza. Así es la construccion de sus embarcaciones, que á pesar de no estar muy bien trabajadas, no dexa de costarles tiempo y fatiga por falta de instrumentos propios para semejantes obras, que á la verdad es la unica en que manifiestan algun talento. No les era desconocida la ventaja de los cuchillos, hachas y clavos, pues desde luego hicieron ver que preferian estos utensilios á qualquiera otra cosa. Algunos obtuvieron alguna de estas prendas, y aun de pedazos de arcos de pipa pocuraban imitarlas.

Muchas de estas canoas son capaces de contener de nueve á diez Indios: las dan

el movimiento con unos remos á modo de canaletes, que es el exercicio ordinario de las mugeres. Quando emprenden navegaciones largas, que siempre suelen ser con viento favorable ó calma, colocan un palito en la proa de la canoa, y aplican á él una piel de lobo marino, que tiene en su extremo superior otro atravesado á modo de berga, sujetando con la mano los extremos baxos de la piel, y esta corta vela les ahorra el trabajo de bogar. En medio de la canoa tienen algunas piedras con muchas cáscaras de marisco y arena, y sobre este cimiento encienden el fuego procurando mantenerle siempre con palitos y ramas proporcionadas. Son de la dotacion de cada canoa unos jarros como los que se ha dicho, y que sirven para achicar el agua que comunmente hacen; ademas tiene cada una varias betas para amarras hechas de junco y esparto de diferentes menas y grueso, que se asemejan mucho á las mas delgadas de las que se fabrican entre nosotros de iguales materiales.

Parece imposible que en unas embarcaciones tan débiles y malas se atrevan á hacer las travesias y navegaciones que emprenden en un clima tan poco constante y sujeto á las repentinas variaciones de calmas á vientos impetuosos. No obstante, es seguro que con mucha freqüencia atraviesan el ca-

nal, y navegan largas distancias dentro del Estrecho, como lo prueba la familia, que desde Cabo Negro siguió á la fragata hasta Cabo Redondo, y el haber visto á la boca del canal de San Gerónimo muchos de los que se habian conocido en Puerto Galante. Tambien transportan en estos buques todo su ajuar quando pasan de unas partes á otras. Quizá se debe atribuir esta especie de osadia á la gran práctica y conocimiento que tienen del Estrecho; sin embargo de que no es dudable que muchos sean víctimas de su temeridad.

Sus armas se reducen al arco y flecha, aquel toscamente trabajado de palo con una cuerda de tripa de pescado, por cuyo medio le hacen tomar la curbatura competente. La flecha tambien es de un palito liso de dos á tres pies de largo. En un extremo está colocado un pedazito de pedernal bien cortado y en forma de corazon, y en él otras dos pequeñas porciones de pluma unidas con una delgadisima correa. No deben ser muy perjudiciales los efectos de esta arma, pero no dexan de despedirlas con una destreza admirable; y se hizo la experiencia que se clavaba en qualquier arbol, separándose la piedra de la varita.

La honda tiene dos usos, uno para despedir la piedra, y otro para atarse la piel que traen á la cintura: el sitio en donde co-

locan la piedra es de cuero, y el cordel de tripa de pescado, y lo mismo son todas las que usan.

Tambien suelen tener unos palos de 2 ½ pies de largo y del grueso de una pulgada, en cuyo extremo está puesta una piedra de la misma echura que la de las flechas, cuyo largo pasa de dos pulgadas, y de un proporcionado grueso: hacen uso de ella como de un dardo lanzándole con la mano.

A muchos se vió una especie de puñal de hueso muy puntiagudo, y los hay de otra figura: los aseguran fuertemente á un palo de dos varas, y acaso se sirven de ellos para matar los lobos marinos y arponear las ballenas, pudiéndose comparar á nuestros chuzos, y desde luego no serán menos mortales sus heridas.

Entre los Indios que se vieron en Puerto Galante se hallaron algunas piececitas de hierro aplicadas á mangos de madera, imitando aunque groséramente nuestras hachas, escoplos, y barrenas, las que seguramente pararon en su poder desde la venida de los ultimos Viageros Ingleses y Franceses mas ha de veinte años, de cuyos utensilios aun hacian muy grande aprecio, por lo que les facilitaban sus maniobras.

La destreza con que manejan todas estas armas, y las cicatrices que conservan muchos de ellos, manifiestan que tienen

alguna vez guerra y disensiones entre sí; pero se puede asegurar que no siempre estan en rompimiento con sus vecinos, y que los de la costa del Fuego no son constantemente enemigos de los del Continente, pues se han visto recíprocamente visitarse, y solo algunos motivos pasageros pueden motivar sus disensiones que al cabo llegan á terminarse.

Es muy dificil de asegurar el numero de individuos de que consta cada tribu ó familia, y discernir si quando se juntan sesenta ó setenta se consideran todos parientes formando una sola sociedad, pues solo se notó que cada ocho ó diez viven en una choza, y parece que aunque esten muchos mas, unidos en un parage, cada familia se compone de este numero, y cada una cuida particularmente de su sustento, educacion de sus hijos y de su choza y canoa.

Las mugeres son las que tienen el encargo particular de recoger el marisco, murtiñas, yerba para el sustento de los habitantes de la choza ó familia á que pertenecen, como tambien de tener siempre completa la provision de leña y agua para el consumo diario, y de achicar y tener lista la canoa, para cuyo efecto entran muchas veces en el agua hasta la cintura, bogan quando van en ellas, y finalmente crian los hijos poniendo en esto gran cui-

dado para preservarlos de los funestos accidentes de la infancia, que entre estos naturales es menor que en las naciones civilizadas.

Los hombres se reservan solo para ciertas obras, como construccion de canoas, fábricas de chozas, hacer sus armas, y emplearlas en la caza y pesca; pero estos trabajos no son tan duros como los de las mugeres ni continuos, y así se les vé de ordinario sentados en cuclillas, que es su situacion regular, al rededor del fuego, ó tendidos en las playas en tanto que las otras estan en un continuo afan para el sustento de la familia. ¡Qué diferencia tan notable con las mugeres de otros paises! Aquí son esclavas, allí dominan: en ambas partes hay exceso: la muger debe ser compañera del hombre. Aunque estos naturales parece no hacen gran aprecio de sus mugeres, y las miran con indiferencia, pareciendo que no turbaba su corazon la terrible pasion de los zelos, no gustaban mucho que se las acercase la gente de la fragata.

Se ignora como hacen sus matrimonios, y si una muger es comun á dos ó tres hombres ó hasta que grado de parentesco observan para no contraerse: solo se notó que no es proporcionado el numero de mugeres al de los hombres, pues el de éstos

en todas las familias ó tribus es triplicado. Es muy dificil de explicar, con las escasas luces que tenemos hasta ahora de estas gentes, tan enorme desigualdad, que es sin duda una de las causas de su corta poblacion.

Su idioma es dificil, y para todos los de la fragata fue incomprensible: no es muy abundante, y enteramente gutural; una misma palabra pronunciada por varios, parecia algo diferente; por lo que no solo no se logró comprehender nada de quanto hablaban, pero ni aun repetir sus mismas voces, al contrario de ellos que con la mayor facilidad repetian todas las nuestras. La palabra favorita y que á cada momento proferian era *Pecheri*, que se explicaba como equivalente á la de Amigo. Mr. Bougainville distinguió á estos Indios con dicho nombre sin mas motivo que esta repeticion tan continua.

Su caracter parece pacífico, y no mal inclinado: nunca intentaron robar, siendo así que la posesion de nuestros muebles é instrumentos debia originar en ellos una vehemente tentacion de adquirirlos por qualquier medio: puede ser que el no executarlo consistiese mas en la inferioridad que reconocian de su parte, que en el principio moral de conocer quan injusto es apropiarse lo ageno. A su docilidad y al sumo cuida-

do que puso el Comandante Córdoba se debió la perfecta armonia que reynó en su trato; pero tampoco entre ellos se advirtió disputa, ni manifestaron cólera ni espiritu de venganza. Todas estas virtudes pueden ser efecto de la indolencia y pereza que llega al sumo grado entre ellos, á la que seguramente se deben atribuir sus cortos adelantamientos en la civilizacion. Si estos son mayores males que el amable bien de la concordia que les proporciona, es qüestion que dexamos á los filosofos.

La curiosidad que es uno de los caracteres universales del hombre, no tiene cabida entre los hombres del Estrecho de Magallanes. Ninguna admiracion les causaba lo que se les presentaba, ni aun procuraban exâminarlo. Para admirar las obras del arte es preciso tener ideas elementares de ellas, y estos Indios miraban lo mas primoroso y trabajado con la misma indiferencia que las leyes de la naturaleza y sus fenómenos; no haciendo diferencia del arbol de un navio á los que producia su territorio. En algun modo debe mortificar al presuntuoso Europeo, que despues de ir á buscarlos con tantos peligros, cree le humilla mucho quando trata con estos semejantes, la alta indiferencia con que miran estos indolentes Americanos los mayores esfuerzos de su industria y talento.

Nada se puede afirmar de su constitucion civil y forma de gobierno. En los que se trataron en Puerto Galante, no se advirtió que hubiese entre ellos señal alguna de subordinacion, que reconociesen algun mando ó superioridad, como se notó en el puerto de la Hambre; y aun es muy leve entre los primeros el respeto que la juventud manifestaba á los ancianos, sin saber á qué atribuir esta diferencia en una misma especie de Indios enteramente semejantes en las demas costumbres y método de vida. Tampoco se conoció en su trato el menor rastro de culto religioso.

Si la supersticion es hija de la ignorancia, deben ser estos estúpidos Indios en extremo supersticiosos; pero la única accion que se conjeturó poder provenir de este origen es, que quando les duele alguna cosa aplican la mano á la parte incomodada, y despues soplan con ella mirando al Cielo. La primera vez que alguno venia á bordo, murmuraba entre dientes unas palabras sin hacer caso de nadie, ni pararse durante algunos momentos en nada, lo que sin duda tiene alguna relacion con su culto.

Mr. de Bougainville refiere un pasage que copiamos entero por la conexîon que tiene con este asunto, y por lo que da á conocer á estos naturales. "En una de las "ocasiones que saltaron á tierra, se juntaron

»todos los Salvages con mucha alegria; pe»ro separaron á sus mugeres, á las quales, »no querian se llegase: uno de los mucha»chos de casi doce años, y el unico cuya »presencia fuese interesante, fue sobreco»gido de un fluxo de sangre, acompañado »de fuertes convulsiones. El infeliz habia es»tado á bordo de la Estrella donde le ha»bian dado pedazos de vidrio y espejos, no »previendo el funesto uso que haria de este »regalo. Tienen el habito de introducir en »la garganta y narices pedacitos de talco, »porque acaso la supersticion atribuye al»guna virtud á esta especie de talisman, ó »acaso le miran como un preservativo de »alguna incomodidad que padecen; y el mu»chacho hizo verosimilmente el mismo uso »con el vidrio, pues tenia las encías y el »paladar cortado en muchos parages, y casi »sin cesar se desangraba.

»Este accidente esparció la consterna»cion y desconfianza: sospecharon sin duda »algun maleficio, porque el primer acto del »saludador que se apoderó del muchacho, »fue despojarle al punto precipitadamente de »una casaca de lienzo que se le habia dado. »Quiso restituirla á los Franceses, y no ha»biendo querido tomarla, se la arrojó á los »pies. Es verdad que otro Salvage, que sin »duda tenia mas aficion á los vestidos que te»mor á los encantos, la recogió al instante.

„El ensalmador tendió el muchacho de „espaldas en una de las chozas, y se pu„so de rodillas entre sus piernas: se do„blaba sobre él, y con la cabeza y las dos „manos le apretaba el vientre con toda su „fuerza, gritando continuamente sin que „se pudiese distinguir nada articulado. De „quando en quando se levantaba, y pare„cia coger la enfermedad con las manos „juntas, y las abria luego en el ayre, so„plando como si quisiese arrojar un mal „espíritu; y entre tanto una vieja llorosa „gritaba al oido del enfermo hasta ensor„decerle, y él parece que sufria tanto con „el mal como con el remedio. El curan„dero le dió alguna tregua para ir á to„mar su vestidura de ceremonia, y despues „empolvados los cabellos, y adornada la ca„beza con dos alas blancas bastante pareci„das al bonete de Mercurio, empezó otra „vez sus funciones con mas confianza, y „con el mismo ningun efecto. Nuestro Ca„pellan administró ocultamente el Bautis„mo al muchacho, que iba empeorándo„se. Sabiendo yo lo que pasaba fui con Mr. „de la Porte, nuestro cirujano mayor, que „hizo llevar un poco de leche y tipsana emo„liente: quando llegamos estaba el paciente „fuera de la choza: su médico, á quien se „habia unido otro del mismo jaez, empezó „de nuevo su operacion sobre el vientre, los

»muslos y las espaldas de la pobre criatura, »que daba lástima verla martirizar y sin »quejarse : su cuerpo estaba ya todo acar»denalado , y los médicos continuaban to»davia su bárbaro remedio con un tropel »de conjuros. El sentimiento del padre y la »madre, sus lágrimas, el vivo interes de to»da la tribu, interes que se manifestaba por »señales no equívocas , y la paciencia del »muchacho formaban el mas doloroso espec»táculo. Los Salvages conocieron sin duda »que los acompañabamos en su afliccion, »pues se empezó á disminuir su desconfian»za , dexándonos acercar al enfermo , y el »cirujano exâminó su boca ensangrentada, »que el padre y otro chupaban alternativa»mente : costó mucho persuadirles el uso »de la leche : fue necesario probarla mu»chas veces, y á pesar de la invencible opo»sicion de los saludadores , el padre se de»terminó á hacerla beber á su hijo , y aun »aceptó el regalo de la cafetera llena de tip»sana emoliente. Sus curanderos manifes»taron celos de nuestro cirujano, á quien no »obstante parece que reconocian por un ha»bil saludador , y aun le abrieron un saco »de cuero que llevan siempre colgado al »cuello, y que contiene el bonete de pluma, »polvos blancos , talcos y otros instrumen»tos de su arte : pero apenas los miró quan»do lo cerraron al punto. Notese que en tan-

„to que uno trabajaba para conjurar el mal „del doliente, el otro parecia no se ocupaba „sino en preveer con sus ensalmos el efecto „del encantamiento que sospechaba habia-„mos echado sobre ellos.

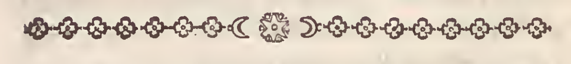
„Al anochecer volvimos á bordo, dexan-„do al muchacho mejor; no obstante, un vó-„mito continuo que le atormentaba, nos hi-„zo presumir que habia tragado el vidrio, „y despues huvo motivo de creer que nues-„tra conjetura tenia mucho fundamento. Co-„mo á las dos de la madrugada se oyeron „alharidos repetidos, y al amanecer, aun-„que hacia un viento horroroso, dieron la ve-„la los Salvages. Huian sin duda de un lugar „manchado con la muerte, y con funestos „estrangeros, que creian no haber venido „sino para destruirlos. Jamas pudieron mon-„tar la punta O. de la bahia: en un instan-„te de calma volvieron á intentarlo, y una „fugada violenta les hizo enmarrarse, y dis-„persó sus débiles buques. ¡ Qué ansiosos es-„taban de alejarse de nosotros! Abandona-„ron una de sus piraguas que necesitaba ca-„rena. *Satis est gentem effugisse nefandam*: „llevaron la idea de ser nosotros unos entes „malignos. Pero ¿quién no les perdonaria su „resentimiento en esta coyuntura? ¡qué pér-„dida en efecto para una sociedad tan poco „numerosa no era un muchacho ya libre de „todos los peligros de la infancia! ¡ Y qué

»dignos de compasion, pues sin disfrutar la »benéfica medicina, sufren solo su charlata»neria."

Si en el universo exîsten hombres que se hallen en el estado primitivo de la naturaleza, son sin duda estos Indios de que acabamos de hablar, los mas miserables y estólidos de las criaturas humanas, nacidos para gastar sus dias errantes en unos desiertos horribles. Y si tales se presentaron en la estacion mas benigna de aquella comarca, ¿á qué angustias no estarán expuestos en lo crudo de un invierno de nueve meses, privados de la saludable vista del sol por diez y ocho horas, y con tantos aumentos de penalidades, y ninguno de los medios de resistirlas? Este triste objeto del estado rudo de la especie humana es la mejor respuesta á los extravagantes, que disfrutando todos los bienes de la sociedad no cesan de declamar contra ella, sin dexar por eso de ser los que la buscan con mas ansia.

Con todo, estos desventurados Indios, á quienes falta este conocimiento, viven contentos, sin extender la esfera de sus deseos mas allá de lo que pueden satisfacer: no sienten con viveza la falta de tantas cosas, que siendo verdaderamente en sí de pura convencion el habito ha hecho ya entre nosotros de primera necesidad; y nos aventajan sin duda en que teniendo tan pocos ape-

titos es muy verosimil que los satisfagan todos. Es incalculable lo que ganan con estar exêntos de la inquietud de los continuos é inutiles esfuerzos para satisfacer la multitud de deseos de nuestros corazones. Acaso esto solo compensa las incomodidades de su amarga situacion.



CARTA CCLVI.

Viage de Wallis á Otahiti.

Los tres viages del célebre Inglés Mr. Coock han hecho tan famosas las islas del mar del Sur, que para satisfacer vuestra curiosidad me veo precisado á extractar todo lo que de ellas dicen los mas acreditados Viageros que las han visitado. Nadie debe dudar que fueron descubiertas en el silglo XVI. por Pedro Fernandez de Quirós, como se verá por el extracto que daré mas adelante de todo lo que he recogido acerca de estos viages hechos por nuestros Españoles. Los nuestros las llamaron islas de Quirós, despues las han dado otros nombres, como veremos en su lugar: los Ingleses y Franceses tambien las pusieron diferentes nombres. La que ha merecido mas atencion es la isla, que segun las observaciones de Mr. de Bougainville se halla á los

17 grados, 35′ 3″ de latitud austral, y á los 150 grados 40′ 17″ de longitud al Oeste de París. Los naturales la llaman *Otahiti* ; la *o* es como un artículo de su lengua : nuestros españoles la llaman *Otaheti* y *Otageti*, y es preferible esta pronunciacion, porque como veremos, la lengua de aquellos Isleños es muy semejante á la Española, tan dificil en su pronunciacion á los Ingleses y Franceses como facil para los Españoles. Antes de pasar con Mr. Cook á estas islas, me ha parecido conveniente extractar lo que de ellas dicen el Ingles Wallis y el Frances Bougainville, para que cotejando sus noticias con las de Cook, y con las que refieren nuestros Españoles, formeis una idea cabal de todo lo que hay que saber en esta parte. Oigamos primero á Mr. Wallis que llegó á esta isla en 1767, que llamó isla del Rey Jorge III., y permaneció en ella bastante tiempo.

Los habitantes de esta isla, dice, son altos, bien formados y dispuestos, ágiles, y de una figura agradable. La estatura de los hombres es por lo regular de cinco pies, con siete ó diez pulgadas, y hay pocos que sean mucho mas altos ó mas baxos: la de las mugeres es de cinco pies y seis pulgadas. El color de los hombres es bazo, y los que andan por el mar lo tienen mas bronceado que los que siempre viven en tierra. Sus cabellos son por lo regular negros; algunos los tienen mo-

renos, roxos ó rubios, lo que es muy digno de atencion, porque todos los Asiáticos, Africanos y Americanos los tienen negros. Los atan con un nudo en lo alto de la cabeza, ó en dos trenzas, cada una á su lado: otros los dexan sueltos, y entonces se rizan con mucha fuerza: los niños de ambos sexôs los tienen ordinariamente rubios. Tienen muy limpio el cabello, aunque no conocen el uso de los peynes, pero habiéndoselos dado nosotros, sabian servirse bien de ellos.

Es costumbre general entre ellos untarse el cabello con aceyte de coco, con el qual mezclan unos polvos de una raiz, cuyo olor se acerca mucho á la fragancia del agua de rosa. Todas las mugeres son bonitas, y hay algunas de una belleza asombrosa. Estas Isleñas no parece que hacen mucho aprecio de la honestidad, pues vendian publicamente sus favores á nuestros marineros, y aun sus padres y hermanos traficaban con sus atractivos.

(Sobre esta acusacion que hácen Wallis, y aun Cook contra la honestidad de las Otahitinas, ya veremos como se las defiende en el tercer viage de Cook. Para que en un punto tan esencial no se forme una opinion falsa é injuriosa contra aquellas mugeres, debo advertir, que estas mugeres que así se prostituian, eran de la clase mas infima, y reputadas por infames: las demas observan tan-

to pudor y modestia como las de qualquier pueblo civilizado. Por este y otros muchos hechos, de que los Viageros precipitados suelen formar juicios generales de las costumbres de una nacion, conocereis quan necesaria es la crítica para hacer estas relaciones.)

El trage de hombres y mugeres, prosigue Wallis, es gracioso, y les cae bien: hacen sus vestidos de una especie de tela blanca, que sacan de la corteza de un arbusto, y que se parece mucho al papel de la China. Dos piezas de esta tela forman su vestido: una que tiene enmedio un agujero para meter la cabeza, cuelga hasta media-pierna por detras y por delante, á manera de los ponchos Americanos; la otra se la rodean al cuerpo sin ceñirla. Esta tela no es texida, sino fabricada como el papel con las fibras de la corteza interior puestas á macerar, batidas y extendidas despues unas sobre otras. Las plumas, las flores, las conchas, y las perlas son parte de sus adornos; las mugeres son las que principalmente usan las perlas. Yo adquirí cerca de dos docenas de las pequeñas; son de un color bastante brillante, pero todas estan descascaradas por los agujeros que en ellas hacen.

Es tambien costumbre general aquí entre hombres y mugeres pintarse las nalgas y los muslos por detras con lineas negras muy espesas, y que representan varias fi-

guras. Se pican la piel con los dientes de un instrumento bastante parecido á los peynes, y echan en los agujeros una especie de masa compuesta de aceyte y sebo, que dexa una mancha perpetua. Los muchachos de ambos sexôs antes de los doce años no tienen estas señales. Vimos algunos hombres que tenian pintadas las piernas como un tablero de damas, y nos pareció que tenian alguna autoridad sobre los otros Isleños.

Los Otahitinos se alimentan de cerdos, aves, perros, peces, fruta de pan, bananas, ñames, manzanas, y otra fruta agria, que de suyo no es buena, pero da un gusto muy agradable á la fruta de pan tostada, con la qual la comen muy freqüentemente. Hay en la isla muchas ratas, pero nunca vi que las comiesen. El rio produce algunos peces, pero no son grandes ni en crecido numero. Sobre el arrecife que rodea la isla se hallan algunas ostras y otros mariscos que cogen en la baxa marea, y los comen crudos con la fruta de pan, antes de volver á tierra. El rio produce tambien buenos cangrejos; y á poca distancia de la costa pescan con anzuelos hechos de nacar de perla algunos peces, á que son tan aficionados, que jamas quisieron vendernos ninguno, á pesar del mucho precio que les ofreciamos. Tienen tambien grandes redes muy estrechas, con las quales pescan unos

peces del tamaño de las sardinas. Al mismo tiempo que ellos se servian de sus anzuelos y redes con muy buen suceso, nosotros quisimos probar á pescar con ellas, y no cogimos ningun pez.

He aquí como guisan sus comidas. Encienden fuego frotando la punta de un palo seco sobre otro pedazo de madera. Hacen despues un hoyo de medio pie de hondo, y de dos ó tres quartas de circunferencia; cubren el fondo de guijarros; encienden lumbre con madera seca, hojas, y cascaras de coco. Quando los guijarros estan bien calientes, sacan fuera las brasas: cubren el fondo del hoyo con hojas verdes de coco, colocan sobre ellas el animal que quieren asar, despues de haberle envuelto en hojas de platano. Si el cerdo es pequeño, le meten entero; si es grande, le hacen pedazos. Luego que le han metido en el hoyo, le cubren con las asquas: encima ponen otra capa de fruta de pan y ñames, igualmente envueltas en hojas de platano; despues lo cubren todo con lo restante del rescoldo, cenizas, y parte de los guijarros calientes que sacaron, echando encima muchas hojas de coco, y cubriéndolo todo con tierra para reconcentrar mas el calor. Al cabo de cierto tiempo, proporcionado al animal que ponen á asar, abren el hoyo, y sacan la carne tan bien asada, tan tierna y

jugosa, que seguramente no hay modo de asar comparable con este. El zumo de las frutas y el agua salada forman todas sus salsas: no tienen mas cuchillos que las conchas, con los quales trinchan con mucha destreza, y siempre se sirven de ellos.

No es posible expresar la admiracion que les causó el ver como nosotros cociamos nuestra comida: ellos no tienen vasijas para el fuego, ni tenian idea del efecto del agua caliente. La Reyna Oberea y algunos otros principales, á quienes dimos algunas cacerolas, se servian de ellas constantemente para cocer sus alimentos; y los Otahitimos acudian en tropas á ver el nuevo instrumento. Nos pareció que no conocian otra bebida sino el agua, y que por su fortuna ignoran el arte de hacer fermentar los vegetales, para hacer licores que embriaguen. En aquella isla hay cañas de azucar, pero segun nos pareció no hacen mas uso de ellas que mascarlas, y aun esto no lo hacen habitualmente, solo cogen un pedazo de caña, quando por casualidad pasan por junto á estas plantas, que nacen espontaneamente.

No tuvimos muchas ocasiones de conocer por menor su vida doméstica y sus diversiones. Por sus armas y por las cicatrices que tenian muchos de ellos, inferimos que á veces suelen hacerse la guerra: por lo grande de las cicatrices conocimos que eran

reliquias de heridas considerables, hechas con piedras, mazas, y otras armas no cortantes: tambien vinimos por aquí en conocimiento de que habian hecho progresos en la cirugia, y bien pronto vimos una prueba de esto. Uno de nuestros marineros se clavó una grande espina en un pie, estando en tierra: como el Cirujano estaba á bordo, un compañero intentó sacarsela con un cuchillo, pero despues de haber atormentado mucho al paciente, hubo de abandonar la empresa. Un anciano Otahitino, que se nos habia hecho muy familiar, viendo esto, llamó á uno de sus compatriotas que estaba al otro lado del rio: éste exâminó el pie, y corriendo á la ribera, cogió una concha, la rompió con los dientes, y con este instrumento abrió la herida, y sacó la espina en menos de un minuto. Entretanto, el anciano que se habia internado algunos pasos en el bosque, volvió trayendo una especie de goma, que aplicó sobre la herida, y la vendó con un pedazo de tela: al cabo de dos dias el marinero estaba perfectamente sano. Nuestro Cirujano procuró adquirir de esta goma, que destila de una especie de ciruelo, y la empleó con muy buen suceso.

Las piraguas de estos Isleños son de tres especies diferentes: algunas se componen de un solo tronco de arbol, y caben desde dos hasta seis hombres: de estas se sirven para

pescar, y vimos siempre un gran numero de ellas ocupadas junto al arrecife. Otras se componen de tablas diestramente unidas; las hay mayores y menores, y caben desde diez hasta quarenta hombres. Con estas embarcaciones se meten mar adentro, probablemente hasta las otras islas, de donde traen frutas, que parece son allí mas abundantes que en Otahiti. Tienen otra especie de piraguas, que parecen destinadas principalmente para las diversiones y fiestas de aparato; las quales son unas grandes barcas sin velas, que en su forma se parecen á las góndolas de Venecia. Hienden los árboles por la direccion de sus fibras, dividiéndolos en tablas lo mas delgadas que pueden, y con ellas fabrican sus piraguas. La primera operacion es derribar el arbol, cortándolo con una especie de hacha de una piedra dura y verdosa, á la qual acomodan un mango con mucha destreza. Para sacar las tablas queman una de las puntas del madero, y le hienden despues con cuñas de una madera dura. Algunas de estas tablas tienen dos pies de ancho, y quince á veinte de largo. Despues las igualan con unas hachas pequeñas que son tambien de piedra, trabajando quatro ó seis hombres á un tiempo sobre la misma tabla. Como estos instrumentos se embotan muy á menudo, cada trabajador tiene junto á sí una cascara de

coco llena de agua, y una piedra lisa, sobre la qual aguzan su hacha á cada instante. El grueso de estas tablas es regularmente de una pulgada, y de ellas hacen sus barcas con tanta exâctitud como el mas habil carpintero. Para unir estas tablas, hacen agujeros con un hueso pegado á un palo, que les sirve de barrena: luego que les dimos clavos, hacian uso de ellos para barrenar con mucha ventaja: por estos barrenos meten una cuerda bien texida, que ata las tablas unas con otras con mucha firmeza. Calafatean las junturas con juncos secos, y todo lo exterior de la barca está embreado con una goma, que producen sus árboles, y que suple muy bien por la pez.

La madera que emplean para sus piraguas grandes, es una especie de manzano muy derecho, y que se eleva á una altura considerable. Medimos algunos de ellos, que tenian mas de ocho pies de circunferencia por el tronco, y casi iguales hasta la copa. Nuestro carpintero dixo, que no era buena madera para construccion, porque es muy ligera. Las piraguas pequeñas no son mas que el tronco de un arbol de pan, que es aun mas ligero y esponjoso: el tronco tiene casi seis pies de circunferencia, y unos veinte de alto hasta las ramas.

Las principales armas de los Otahitinos son las mazas, los palos, y las piedras que

arrojan con la mano ó con hondas. Tienen arcos y flechas; éstas no son puntiagudas, sino que rematan en una piedra redonda, de las quales solo usan para matar páxaros.

No ví ninguna tórtola en Otahiti; pero habiendo yo mostrado á los habitantes algunas pequeñas, que habia llevado de la isla de la Reyna Carlota, me dieron á entender por señas que las tenian mayores.

El clima de Otahiti parece muy bueno, y la isla es uno de los paises mas sanos y agradables de todo el mundo. No observamos ninguna enfermedad entre los habitantes. Las montañas estan cubiertas de bosques, los valles de yerbas, y el ayre por lo general es tan puro, que á pesar del calor la carne se conservaba dos dias, y los peces uno, sin corromperse. No hallamos ranas, sapos, escorpiones, cienpies, ni culebras de ninguna especie: las hormigas, de que hay muy corto numero, son los únicos insectos incómodos que allí vimos.

Nuestra detencion en Otahiti nos fue muy saludable, pues al salir de esta isla no teniamos ya ningun enfermo á bordo; y aunque yo me hallaba muy débil de una enfermedad que habia padecido en el viage, estaba ya convaleciente.

Fin del Quaderno XLVI.



EL VIAGERO UNIVERSAL

QUADERNO QUARENTA Y SIETE.

CARTA CCLV.

Viage de Mr. Bougainville.

Posteriormente al Inglés Wallis llegó á Otahiti Mr. de Bougainville, de cuya relacion voy á daros una breve noticia, para que podais cotejarla con la de los Ingleses y Españoles que despues estuvieron en aquella isla. En estos extractos evitaré repetir unas mismas observaciones, quando en todos sean uniformes; pero quando haya contradiccion entre ellos, lo especificaré, ya manifestando mi opinion propia, ya dexandoos el placer de formar vuestro propio juicio.

La parte de Otahiti, dice Bougainville, que reconocimos, es la que corre desde la punta de Sudeste hasta la del Nord-Oeste, que me parece tendrá de quince á veinte leguas de extension. Entre la punta del Sudeste y otro cabo que avanza ácia el Norte, á siete ú ocho leguas de este, se ve una ba-

hia abierta al Nordeste que tiene tres ó quatro leguas de profundidad. Sus costas se van rebaxando insensiblemente hasta el fondo de la bahia, donde tienen algo de elevacion, y parece forman el canton mas bello y mas habitado de la isla. La costa es elevada, y parece en general rodeada de un arrecife cubierto de agua con desigualdad, el qual tiene en varios parages pequeños islotes, sobre los quales los Isleños mantienen hogueras por la noche por causa de la pesca y la seguridad de su navegacion: algunas cortaduras que hay de trecho en trecho ofrecen puerta para entrar dentro del arrecife, pero conviene desconfiar del fondo. El escandallo no saca jamas sino arena parda: esta arena cubre grandes masas de un coral duro y cortante, capaz de rozar todo un cable en una noche, como nos lo enseñó una funesta experiencia.

La altura de las montañas que ocupan todo lo interior de Otahiti, es enorme relativamente á la extension de la isla; pero lejos de hacer su aspecto triste y salvage, sirven para hermosearla, variando á cada punto de perspectivas, y presentando paisages muy amenos cubiertos de todas las producciones de la naturaleza con aquel bello desorden que jamas podrá imitar el arte. De ellas sale una infinidad de arroyuelos que fertilizan el pais, y sirven igualmente

para la comodidad de los habitantes, y para adorno de los campos. Todas las llanuras desde las orillas del mar hasta las montañas estan dedicadas á los árboles frutales, baxo los quales estan construidas las casas de los Otahitinos: esparcidas estas sin ningun orden, y sin formar ninguna poblacion, parecen unos campos Elisios. Las sendas públicas, abiertas con inteligencia y mantenidas con cuidado, hacen facil la comunicacion por todas partes.

Por lo demas, aunque esta isla está llena de altas montañas, la gran cantidad de árboles y plantas de que estan cubiertas, no parece prometen que en su seno haya minas. Por lo menos es cierto que estos Isleños no conocen los metales: á todos los que les mostramos daban el nombre de *auri*, de la qual palabra se servian para pedirnos hierro. Este conocimiento provenia sin duda de los Ingleses, que conducidos por Mr. Wallis nos habian precedido, los quales llaman *iron* al hierro, cuya pronunciacion es semejante á la que le dán los Otahitinos. No conozco aquí mas que un solo objeto de comercio, que son las perlas: los principales adornan con ellas las orejas de sus mugeres é hijos. Con las conchas de estas perlas hacen una especie de castañetas, que son uno de sus instrumentos para baylar.

No vimos mas quadrúpedos que cerdos, una especie de perros pequeños pero bonitos, y gran cantidad de ratas. Tienen gallinas domésticas, semejantes en todo á las nuestras: tambien vimos tórtolas verdes muy bellas, palomas grandes de un color azul hermoso, y de muy buen gusto, y loros muy pequeños, pero muy lindos por la mezcla de azul y roxo de sus plumas. Alimentan sus cerdos y gallinas con bananas.

No experimentamos grandes calores en esta isla: durante nuestra mansion en ella, el termómetro de Reaumur no pasó de los 22 grados, y á veces estuvo á los 18; bien es verdad que el sol estaba ya á los 8 ó 9 grados al otro lado del Equador. Es una ventaja inapreciable de esta isla el no estar infestada de aquella legion de insectos que atormentan en los paises situados entre los Trópicos; tampoco vimos ningun animal venenoso. Ademas, el clima es tan sano, que á pesar de los violentos trabajos que nos vimos precisados á hacer para salvar los navios, aunque la gente de la tripulacion estaba la mayor parte de dia en el agua y expuesta al ardor del sol, y dormian en el suelo á cielo raso, ninguno enfermó. Los escorbúticos que habiamos desembarcado, y que no tuvieron ninguna noche tranquila, recobraron fuerzas y se res-

tablecieron en poco tiempo. Por lo demas la salud y robustez de los Isleños que habitan en casas abiertas á todos vientos, y apenas cubren con algunas hojas las camas en que duermen, la feliz vejez á que llegan sin ningun achaque, lo fino de todos sus sentidos, y la singular belleza de su dentadura, que conservan hasta una edad muy avanzada, son las mejores pruebas de la salubridad del ayre, y de lo sano del régimen que observan.

Los vegetales y el pescado son sus principales alimentos; rara vez comen carne; los muchachos de ambos sexôs jamas la comen; y este régimen contribuye á mantenerlos libres de la mayor parte de las enfermedades que nos atormentan. No conocen mas bebida que el agua; el solo olor del vino ó del aguardiente les causaba repugnancia; la misma aversion mostraban al tabaco, especias, y en general á todas las cosas fuertes.

Los Otahitinos se componen de dos castas de hombres muy diferentes, que sin embargo tienen una misma lengua y costumbres, y parece se mezclan unos con otros. La primera que es la mas numerosa, produce hombres de la mas alta estatura, y es muy comun ver algunos de seis pies y mas de alto: jamas he visto hombres mejor hechos ni mas bien proporcionados: para pin-

tar á Hércules ó Marte, en ninguna parte se encontrarian mejores modelos. Sus facciones en nada se distinguen de los Europeos, y si estuviesen vestidos, y no anduviesen tan expuestos al sol y al ayre, serian tan blancos como nosotros. En general sus cabellos son negros. La segunda casta es de mediana estatura, tiene los cabellos crespos y duros como cerdas; su color y facciones se distinguen poco de los Mulatos. Un Otahitino, que se embarcó con nosotros, era de esta segunda casta, aunque su padre era xefe de un canton; pero suplia con su inteligencia lo que le faltaba de belleza.

Unos y otros se dexan crecer la parte inferior de la barba, pero tienen rapado el bigote, y la parte superior de las mexillas. Dexan tambien crecer las uñas, excepto la del dedo de enmedio de la mano derecha. Algunos se cortan los cabellos, dexándolos muy cortos; otros los dexan crecer, y los atan en lo alto de la cabeza: todos tienen la costumbre de ungirselos como tambien la barba con aceyte de coco. No encontré mas que un hombre estropeado, que parece habia sido efecto de una caida. Nuestro Cirujano mayor me aseguró que habia observado en algunos señales de viruelas; por lo que hace al mal venereo, tomé todas las precauciones necesarias para que no se lo comunicasemos, suponiendo que no lo conocian.

Se vé freqüentemente á los Otahitinos sin mas ropa que una especie de tonelete, que les cubre las partes naturales. Sin embargo los principales se adornan ordinariamente con una gran pieza de tela, que les cubre hasta las rodillas: este es tambien el único vestido de las mugeres, pero saben disponerlo con mucha gracia. Como las Otahitinas no salen jamas al sol sin cubrir la cabeza con un sombrerillo de paja guarnecido de flóres, que las defiende la cara de los rayos del sol, son mucho mas blancas que los hombres. Tienen las facciones bastante delicadas; pero lo que mas las distingue es la belleza de sus cuerpos, cuyas bellas formas no han sido desfiguradas con ninguna opresion, como las nuestras.

Al paso que en Europa las mugeres se pintan la cara con arrebol, las de Otahiti se pintan los riñones y los muslos con un color azul obscuro, lo qual es á un mismo tiempo un adorno y una señal de distincion: los hombres se sujetan á la misma moda. Es muy digno de notarse que en todos tiempos se ha observado esta costumbre de pintarse entre los pueblos Salvages que se hallan mas cerca del estado natural. En algunos paises esta moda de untarse puede parecer dictada por la necesidad, para librarse de las picaduras de los insectos, como advertí en los Hotentotes; pero esta

causa no exîste en Otahiti, pues como he dicho, carece de estos vivientes, tan molestos entre los Trópicos. Otra costumbre de los Otahitinos comun á hombres y mugeres, es agujerearse las orejas, para colgar de ellas perlas y flores. El mayor aseo y limpieza es una de las cosas que mas distinguen á esta amable nacion: se bañan continuamente, y jamas comen ni beben, sin haberse labado antes y despues.

El caracter de esta nacion me pareció dulce y benéfico. Parece que no hay en la isla ninguna guerra civil, ningun odio particular, aunque el pais está dividido en pequeños cantones, cada uno de los quales tiene su xefe independiente. Es probable que los Otahitinos observan entre sí buena fe sin estudio: esten ó no en sus casas, siempre estan estas abiertas de dia y noche. Cada qual coge las frutas en el primer arbol que encuentra, ó las toma de la casa en que entra: parece que en las cosas necesarias para la vida no hay ninguna propiedad, y todos los bienes son comunes. Respecto de nosotros eran rateros muy sutiles, pero tan tímidos que huian á la primera amenaza. Los xefes no aprobaban estos hurtos, y nos exhortaban á castigar á los que los cometian. Uno de estos llamado Ereti, quando le denunciabamos algun hurto, corria tras el ladron, porque era infatigable en

la carrera, y en cogiendo al ladron, no le daba mas castigo que algunos palos, quitándole la presa. Creo que no conocen castigo mas riguroso que este, pues quando veian poner grillos á alguno de nuestros marineros, manifestaban una pena sensible. Despues me han dicho que acostumbran ahorcar de los árboles á los ladrones, cosa de que dudo mucho.

Estan casi siempre en guerra con los habitantes de las islas vecinas. Vimos las grandes piraguas que les sirven para sus expediciones, desembarcos y combates navales. Sus armas son el arco, la honda y una pica de una madera muy dura. Segun lo que me contó el Otahitino que se embarcó con nosotros llamado Aoturu, matan á los hombres y niños que cogen en los combates, les quitan la piel de la barba, y la llevan como un trofeo de la victoria. Solamente conservan las mugeres, á las quales admiten en su lecho: el mismo Aoturu era hijo de un xefe Otahitino y de una cautiva de la isla de Oopoa, cercana á Otahiti, y casi siempre en guerra con ella. A esta mezcla atribuyo la diferencia que he notado en la especie de los hombres. No sé cómo curan sus heridas; pero nuestros cirujanos admiraron sus cicatrices.

En las circunstancias delicadas, el xefe del canton no decide sin el consentimiento

de una junta: quando se trató de establecer nuestro campamento en tierra, fue necesaria una deliberacion de los principales de la isla. El xefe parece es obedecido por todos sin réplica, y los mas distinguidos tienen gente que les sirva y obedezca.

Es muy dificil dar idea de su religion: vimos entre ellos estatuas de madera, que nos parecieron ídolos; pero qué culto les dan? La unica ceremonia religiosa que vimos fue relativa á los muertos. Conservan por largo tiempo sus cadaveres tendidos sobre una especie de tablado cubierto con un toldo. El hedor que despiden no impide á las mugeres el ir á llorar cerca del cádaver parte del dia, y ungirle con aceyte de coco. Las que eran conocidas nuestras nos dexaron algunas veces acercarnos á aquel lugar consagrado á los Manes, y nos decian: *está durmiendo.* Quando no queda ya mas que el esqueleto, los llevan á sus casas, y no sé quanto tiempo los conservan en ellas: solamente sé, porque lo ví, que entonces un hombre respetado de la nacion va allí á exercer su ministerio sacerdotal, y en estas ceremonias fúnebres lleva unos adornos extraordinarios.

Hice muchas preguntas á Aoturu acerca de su religion, y unicamente comprehendí, que en general sus paisanos son muy supersticiosos; que los sacerdotes tie-

nen entre ellos la mas temible autoridad; que ademas de un Sér superior, llamado *Eri-te-Era, el Rey del sol ó de la luz*, al qual no representan con ninguna imagen material, admiten otros muchos dioses, unos malignos, otros benéficos; que el nombre de estos genios ó divinidades es *Eatúa*; cada accion importante de la vida se atribuye á un genio bueno ó malo, los quales presiden y deciden de la dicha ó de la desdicha. Lo que comprehendí con certeza es que quando la luna presenta cierto aspecto, que ellos llaman *malama tamai, luna en estado de guerra*, el qual no pude comprehender qual fuese, sacrifican víctimas humanas. De todas sus costumbres una de las que mas me sorprendió fue el uso que tienen de saludar á los que estornudan, diciéndoles: *el buen Eatua te dispierte, ó el mal Eatua no te adormezca.* Esto de saludar á los que estornudan se halló tambien en la Florida al tiempo de su descubrimiento.

La poligamia parece general entre ellos, á lo menos entre los principales. Como su unica pasion es el amor, todo el luxo de los ricos consiste en el gran número de mugeres. El padre y la madre cuidan igualmente de los hijos. No es costumbre en Otahiti, como entre los Salvages de América, el ocuparse los hombres unicamente

en la pesca y la guerra, dexando al sexô debil los trabajos penosos de la casa y del cultivo: aquí la ocupacion de las mugeres es una dulce ociosidad, y sus cuidados mas serios se reducen á agradar. No puedo asegurar si el casamiento es aquí un contrato civil, ó está consagrado por la religion, si es indisoluble, ó está sujeto al divorcio. Como quiera que sea, las mugeres estan enteramente sumisas á sus maridos, y pagarian con la vida una infidelidad cometida sin el consentimiento del marido. Las solteras no tienen en esta parte ninguna ley que las refrene: todo las excita á entregarse á su pasion, y nadie se escandaliza, antes las aplauden. Estos desordenes no las impiden el encontrar despues maridos. Todo inspira allí voluptuosidad, la belleza del clima, del terreno, de las mugeres, el ayre que se respira, las canciones, las danzas lascivas en extremo; y por esta razon llamamos á esta isla *Nueva-Citheres*, pues Venus tiene allí tanto imperio como pudo tener en la antigua. Danzan al son de una especie de tambor, y quando cantan, se acompañan con una flauta muy dulce con tres ó quatro agujeros, la qual soplan con la nariz. Tienen tambien una especie de lucha, que al mismo tiempo es exercicio y juego.

Esta costumbre habitual en los Otahitinos de vivir en continuos placeres, les da

una propension muy señaladá á los chistes y jocosidad, que es hija del descanso y de la alegria: de aquí tambien procede aquella ligereza que se nota en su caracter. Todo les llamaba la atencion, pero nada era capaz de fixarla; en medio de los objetos nuevos que les presentamos, nunca pudimos lograr que se fixasen por dos minutos sobre ninguno. Parece que la menor reflexîon es para ellos un trabajo intolerable, y que huyen aun con mas horror de la fatiga del espíritu que de la del cuerpo.

No quiero decir con esto que les falte discurso: su sagacidad é industria en las pocas obras necesarias, de las quales no puede dispensarlos la abundancia del pais, ni la excelencia del clima, dan testimonio evidente de su inteligencia. Causa admiracion el arte con que estan hechos los instrumentos de que usan para pescar: sus anzuelos son de nacar, trabajados con tanto primor como si tuviesen el auxîlio de nuestros instrumentos: sus redes son absolutamente semejantes á las nuestras, texidas de hilo de pita. Nos causó tambien admiracion el maderage de sus espaciosas casas, y la disposicion de las hojas de plátano con que las cubren.

Sus piraguas pequeñas se forman de un solo tronco excavado; las otras mucho mas

grandes estan trabajadas con mucho arte. Un tronco excavado forma como en las primeras el fondo de la piragua desde la proa hasta cerca de las dos terceras partes de su longitud ; otro tronco forma la parte posterior, que es corba y muy levantada, de suerte, que la extremidad de la popa se eleva cinco ó seis pies sobre el agua. Estas dos piezas estan reunidas formando un arco de círculo ; y como para asegurarlas no tienen el auxîlio de la clavazon, la suplen abriendo agujeros en las extremidades de las dos piezas, y las atan con fuertes ligaduras de hilo de coco. Los costados de la piragua estan levantados con dos bordos de cerca de un pie de ancho, unidos con la quilla y entre sí con las mismas ligaduras. Una tabla que cubre la proa de la piragua, y que sobresale de ella cinco ó seis pies, la impide meterse enteramente dentro del agua quando el mar está revuelto.

Su industria se manifiesta mucho mas en el medio de que usan para pasar en estas piraguas á las islas vecinas, con las quales tienen comunicacion, sin llevar para esta navegacion mas guia que las estrellas. Unen dos de estas piraguas por los costados, á cosa de quatro pies de distancia una de otra, por medio de algunos travesaños amarrados fuertemente á los dos bordos. Encima de la parte posterior de estas dos embarcacio-

nes así unidas colocan un pavellon de un maderage muy ligero, cubierto con un techo de mimbres. Esta especie de cámara de popa los pone á cubierto de la lluvia y del sol, y al mismo tiempo les sirve para llevar en seco sus provisiones. En estas piraguas dobles cabe mucha gente, y jamas corren peligro de balancear. Estas son las que vimos usar á los xefes: caminan igualmente que las piraguas sencillas á remo y vela: las velas se componen de esteras extendidas sobre un quadro de mimbres.

Los Otahitinos no tienen para todas estas obras mas que una especie de hazuela, cuyo corte se hace de una piedra muy dura. Es absolutamente de la misma forma que la de nuestros carpinteros, y se sirven de ella con mucha destreza. Para agujerear los maderos se sirven de pedazos de concha muy aguzados.

La fábrica de las telas singulares de que se visten, no es la menor de sus artes. Las hacen de la corteza de un arbusto, que todos los habitantes crian con cuidado en sus casas. Un pedazo de madera dura les sirve para machacar esta corteza sobre una tabla muy lisa: al machacarla van rociándola con agua, y de este modo forman una tela muy igual y fina, de la naturaleza del papel, pero mucho mas suave, flexîble, y menos expuesta á rasgarse. Tienen varias especies de estas

telas, mas ó menos gruesas, fabricadas todas de la misma materia : ignoro qué medio usan para teñirlas.

Paso ahora á referir lo que he podido comprehender de las conversaciones que he tenido con Aoturu acerca de sus compatriotas.



CARTA CCXLVI.

Continuacion del mismo asunto.

Ya he dicho que los Otahitinos reconocen un Sér supremo, y divinidades subalternas, benéficas y malignas, representadas con figuras de madera. Hacen sus oraciones al salir el sol y al ponerse; pero tienen mil prácticas supersticiosas para conjurar el influxo de los genios malignos. El Cometa que fue visible en París en 1769, y que Aoturu observó bien, me dió motivo para averiguar que los Otahitinos conocen estos astros, los quales, me dixo, no se descubren sino al cabo de muchas lunas. Llaman á los Cometas *evetu eave*, y no atribuyen á su aparicion ningun presagio funesto. No es lo mismo con las exâlaciones y meteoros, que nuestro vulgo cree son estrellas que corren ó caen; los Otahitinos, que las lla-

man *epao*, creen que son genios malignos, *eatua toa*.

Por lo demas, las personas instruidas de esta nacion, sin ser astrónomos, como algunos han pretendido, tienen una nomenclatura de las constelaciones mas notables: conocen su movimiento diurno, y se sirven de este conocimiento para dirigir su rumbo de una isla para otra. En estas navegaciones, que á veces son de trescientas leguas, pierden de vista toda tierra: su brúxula es el sol de dia, y las estrellas por las noches, las quales casi siempre son serenas entre los Trópicos.

Dixe mas arriba que los Otahitinos vivian en una felicidad envidiable, á mi parecer: yo los creia casi iguales entre sí, ó á lo menos que gozaban de una libertad, que no estaba sujeta sino á las leyes establecidas para el bien de todos; pero me engañé. La distincion de clases es muy grande en Otahiti, y la desproporcion muy cruel. Los Reyes y los Grandes tienen facultad de vida y de muerte sobre sus esclavos y criados; tambien presumo que tienen este derecho bárbaro sobre la gente del pueblo que llaman *tata einu*, *hombres viles*; lo cierto es, que de esta clase desgraciada se encogen las víctimas para los sacrificios humanos. La carne y el pescado se reservan para las mesas de los Grandes; la

plebe solo se alimenta de frutas y legumbres. Hasta el modo de alumbrarse por la noche distingue los estados; y la especie de leña que queman los nobles, es distinta de la que se permite á los plebeyos para el mismo uso. Solamente los Reyes pueden plantar delante de sus casas el arbol que llamamos sauce de Babilonia, ó arbol del gran Señor: ya sabreis, que encorbando las ramas de este arbol y plantándolas en tierra, se da á su sombra la direccion y extension que se quiere. En Otahiti sirve de sala para comer los Reyes.

Los Señores tienen libreas para sus criados; segun la calidad del amo, los criados llevan mas alta ó mas baxa la pieza de tela con que se ciñen. Esta tela cuelga inmediata á los sobacos de los criados de los xefes; pero no cubre mas que los riñones en las de la última clase de la nobleza. Las horas ordinarias de la comida son quando el sol llega al meridiano, y quando se pone. Los hombres no comen con las mugeres; estas son las que sirven á los hombres los manjares que han guisado los criados.

En Otahiti se usa el luto, que se llama *eeva*: toda la nacion lleva luto por sus Reyes: el luto por los padres es muy largo: las mugeres lo llevan por sus maridos, pero éstos no por sus mugeres. Las señales del luto son llevar sobre la cabeza

un adorno de plumas de un color que está consagrado á la muerte, y cubrirse el rostro con un velo. Quando los que estan de luto salen de sus casas, les preceden varios esclavos tocando sus castañuelas de cierto modo; este sonido lúgubre sirve de aviso para que todos se retiren, sea porque respeten el dolor de los que estan de luto, sea porque temen su encuentro, como infausto y de mal agüero. Por lo demas, en Otahiti se abusa de todo, como en lo demas del mundo: Aoturu me ha asegurado, que este aparato de duelo era favorable para las citas amorosas, sin duda para las mugeres que tienen maridos muy zelosos; bien que por lo regular son poco dificiles en conceder á sus mugeres licencia para disoluciones. El sonido de las castañuelas, y el velo que cubrè el rostro, aseguran á los amantes el secreto y la impunidad.

En las enfermedades algo graves todos los parientes se juntan en casa del enfermo, donde comen y duermen mientras dura el peligro: cada uno le cuida y vela por su turno. Tienen tambien la costumbre de sangrarse, pero no en los brazos ni pies. Un *Tayu*, esto es, un Medico ó Sacerdote inferior, da un golpe con un pedazo de madera cortante sobre el cráneo del enfermo, y de este modo le abre la vena sagi-

tal; quando ha salido bastante sangre, le ciñe la cabeza con una venda, que sujeta la cisura: al dia siguiente laba la herida con agua.

He aquí lo que he sabido acerca de los usos de este pais interesante, ya en mi mansion en aquella isla, ya por la conversacion de Aoturu. Al llegar á Otahiti observamos, que algunas de las palabras que pronunciaban aquellos Isleños, se hallaban en el Vocabulario que está en el viage de le Maire, con el titulo de *Vocabulario de las islas de los Cocos.* En efecto, estas islas segun lo que dicen le Maire y Schoutten, no pueden estar muy lejos de Otahiti. La lengua de Otahiti es dulce, harmoniosa y facil de pronunciar: casi todas las palabras se componen de vocales sin aspiracion; no hay en ella vocales mudas, sordas ni nasales, ni aquella multitud de consonantes y articulaciones que hacen tan dificil la pronunciacion de otras lenguas. De aquí es que nuestro Aoturu nunca pudo pronunciar el Frances: las mismas causas que hacen la lengua Francesa tan poco musical, la hacian inaccesible para sus órganos: hubiera sido facil hacerle pronunciar el Español ó el Italiano. Mr. Pereyra, célebre por su habilidad para enseñar á hablar á los mudos de nacimiento, exâminó atentamente los órganos de Aoturu, y reconoció que fisica-

mente no podia pronunciar la mayor parte de las consonantes Francesas, ni sus vocáles nasales.

La lengua de Otahiti es bastante copiosa, lo qual infiero de que Aoturu en el discurso de su viage á Europa, puso en estrofas con cadencia todo lo que le causaba admiracion. Los versos que improvisaba eran como un recitado obligado, de donde infiero que toda su poesia es cantada, como sucedia entre los antiguos Griegos. Esta misma poesia compone toda su historia y anales: y observé que su lengua le suministraba expresiones para pintar todos los objetos nuevos para él. Ademas, le oiamos cada dia pronunciar palabras nuevas para nosotros; y entre otras, declamar una larga oracion, que él llamaba *la oracion de los Reyes*, y de todas las palabras que la componen, no entiendo diez.

Supe de Aoturu que cerca de ocho meses antes de nuestra llegada á Otahiti, habia estado allí un navio Inglés, que era el Delfin mandado por Mr. Wallis. Detuvieronse allí un mes, y á excepcion de un ataque, en que los Isleños intentaron apoderarse del navio, los trataron con mucha amistad. De los Ingleses aprendieron los Otahitinos el uso del hierro; no sé si tambien les comunicarian el mal venereo, que hallamos esparcido en aquella isla.

Despues que Mr. de Bougainville reconoció otras islas en el mar del Sur, descubrió el golfo, que llamó *de la Luisiada* entre la Nueva Guinea y la Nueva Bretaña, padeciendo mucho en su navegacion.

CARTA CCLVII.

Primer viage de Mr. Coock.

Con estas noticias preliminares, que sin duda habran excitado vuestra curiosidad para conocer mas á fondo á los Otahitinos y demas Isleños de aquellos mares, pasaré ahora á referiros lo mas importante que observó Mr. Coock en sus tres viages.

Mr. Coock en compañia de los sabios Banks, Solander y otros, se embarcó en Plymouth el 25 de Mayo de 1769, y llegó á la Tierra del Fuego, con la idea de pasar el estrecho de le Maire. Pero en este pais le sucedió una aventura, que manifiesta la naturaleza de aquel clima, la qual referiré con sus propios términos.

Los Señores Banks y Solander acompañados del Cirujano Mr. Monkhouse y Mr. Green astrónomo, de sus criados y de dos marineros partieron muy de mañana para penetrar en lo interior del pais lo mas

que pudiesen y volverse por la tarde. La montaña mirada desde cierta distancia parecia formada de una parte de bosque, de una llanura, y mas arriba un peñasco enteramente desnudo. M. Banks queria atravesar el bosque con la esperanza de encontrar allí algunas nuevas plantas. Entraron en el bosque por una parte de la ribera arenosa, y continuaron subiendo hasta las tres de la tarde, sin hallar ninguna senda, y sin poder llegar á descubrir el terreno que querian visitar. Poco despues llegaron al parage que habian tenido por una llanura, y quedaron muy mortificados al ver que era un terreno pantanoso, cubierto de matorrales de cerca de tres pies de alto, tan enlazados unos con otros que era muy dificil apartarlos para abrirse paso, hundiéndose á cada paso en el cieno hasta el tobillo. Para aumentar la dificultad y penalidad de aquel camino el tiempo que hasta entonces se habia mantenido como en los mas serenos dias de la primavera, se volvió nublado y frio con rafagas de un viento muy agudo, acompañado de nieve. A pesar de la fatiga, marcharon adelante con buen ánimo; creian haber pasado lo malo del camino, y que no distaban mas que una milla del peñasco que habian descubierto. Estaban casi á las dos terceras partes de este bosque pantanoso, quando Mr. Buchan

uno de los dibuxantes de Mr. Banks, fue acometido de un accidente de epilepsia. Todos se vieron precisados á detenerse, porque le era imposible pasar adelante: encendieron fuego, y los que estaban mas fatigados, se quedaron detras para cuidar del enfermo. Los demas prosiguieron su camino, y en breve llegaron á la cumbre de la montaña. Como Botánicos hallaron con que satisfacer su curiosidad, pues encontraron muchas plantas tan diferentes de las que se crian en las montañas de Europa, como éstas lo son de las producciones de las llanuras.

Habiéndose encrudecido el frio, nevaba con mayor abundancia, y el dia estaba ya tan adelantado, que era imposible volver al navio hasta el dia siguiente. Era un partido muy desagradable y peligroso el pasar la noche sobre aquella montaña, y en aquel clima; sin embargo, se vieron precisados á tomarlo, con todas las precauciones que estaban en su mano. Banks y Solander se ocuparon en recoger plantas, aprovechándose de una ocasion que les habia costado tántos peligros: durante este tiempo enviaron á Green y Monkhouse ácia Buchan y los que habian quedado con él. Señalaron por lugar para la reunion una altura, por la qual se propusieron pasar para volver al navio por mejor camino; como

no tenian que hacer mas que atravesar la colina, les parecó facil efectuar su proyecto. Todos se reunieron en el sitio señalado, y aunque padecian frio, todos estaban alerta y sin novedad, habiendo Buchan recobrado sus fuerzas mas de lo que se esperaba. Eran cerca de las ocho de la tarde, pero habia aun bastante dia, y se pusieron en marcha para atravesar el valle. Banks se encargó de quedarse de retaguardia, para que ninguno se quedase descarriado, precaucion que fue muy util. Solander que habia atravesado muchas veces las montañas de Noruega, sabia bien que un gran frio, mayormente si está acompañado de la fatiga, produce en los miembros una estupidez y entorpecimiento intolerables. Encargó, pues, á sus compañeros que no se parasen por mas trabajo que les costase, y por mas alivio que se prometiesen del reposo, porque el que se sentase se quedaria dormido, y aquel sueño seria el de la muerte. Despues de este aviso, que los atemorizó á todos, marcharon adelante, sin acabar de pasar el peñasco, quando el frio se volvió tan vivo, que produxo los efectos que se temian. Solander fue el primero que no pudo resistir á la pesadez de aquel sueño, contra el qual habia prevenido á sus compañeros, y pidió que le dexasen descansar. Banks le hizo en vano varias reconvenciones é instancias: á pesar de

ellas se tendió en el suelo cubierto de nieve, y costó mucho trabajo á su amigo el no dexarle dormir. Un Negro de Banks empezó á sentir los mismos efectos: Banks envió delante cinco personas para que encendiesen fuego en el primer sitio que encontrasen por conveniente, y él con los otro quatro quedó acompañando á Solander y al Negro, haciéndoles andar de grado ó por fuerza; pero luego que hubieron arravesado la mayor parte del pantano, protestaron que no pasarian adelante. Banks recurrió de nuevo á las instancias y súplicas, pero sin efecto: quando le decian al Negro que si se detenia, pronto le mataria el frio, respondia que no deseaba mas que descansar, y mas que se muriese luego. Solander no renunciaba tan facilmente á la vida; decia que queria pasar adelante, pero que le era indispensable dormir antes un poco; siendo él quien habia advertido á los demas que dormirse y morir era una misma cosa; para que se vea quanto imperio tienen á veces los sentidos sobre la razon, aun la mas perfeccionada. Banks y los demas no pudiendo reducirlos á que marchasen, los dexaron tenderse sostenidos en parte sobre los matorrales, y al punto cayeron ambos en un sueño profundo.

Muy poco despues algunos de los que habian sido enviados delante para encender

fuego, volvieron con la buena noticia de haber encendido una hoguera á un quarto de milla de aquel parage. Entonces se ocupó Banks en dispertar á Solander, lo qual consiguió; pero aunque no habia dormido mas que cinco minutos, habia perdido el uso de sus miembros, y todos sus músculos estaban tan contrahidos, que se le salian los zapatos de los pies. Sin embargo, consintió en caminar con el socorro que se le pudiese dar; pero todos los esfuerzos fueron inutiles para levantar al pobre Negro. Despues de haber probado en vano á ponerle en movimiento, Banks dexó con él otro de sus Negros, y á un marinero que parecia habian padecido menos los efectos del frio, prometiéndoles reemplazarlos prontamente con otros dos que se hubiesen calentado bien. En fin, logró con mucho trabajo acercar al fuego á Solander: despues envió á dos criados para que ayudasen á los que se habian quedado con el Negro. Casi media hora despues tuvo el sentimiento de ver volver á estos dos criados solos, quienes le dixeron que habian recorrido todas las cercanias del parage en que habia quedado el Negro, y que no habian encontrado á nadie, y aunque habian gritado repetidas veces, no les habian respondido.

En esto, habiéndose aumentado la nevada, y durado dos horas, desesperaron de

volver á ver á aquellos infelices, á lo menos vivos; pero á media noche, quando menos lo esperaban, oyeron gritos. Era el marinero á quien encontraron sin mas vigor que para sostenerse: Banks le hizo arrimar al fuego, y con las señas que le dió, fueron á buscar á los otros que encontraron bien pronto: el Negro que habia quedado durmiendo, estaba en pie, pero sin poder dar un paso: su compañero estaba tendido en tierra, tan insensible como un tronco: hicieron venir á todos los que estaban junto á la hoguera, y se intentó conducir á los dos Negros, pero todos sus esfuerzos fueron inutiles. La noche era muy obscura, la nieve estaba muy alta, y les era muy dificil abrir camino por medio de los matorrales, y por un terreno pantanoso, donde á cada paso caian. Lo unico que resolvieron fue encender fuego en aquel mismo parage; pero la nieve que caia del cielo, la que habia sobre la tierra, y la que caia en pelotones de los árboles, les impedia encender allí fuego, ni traerle del parage donde tenian la hoguera. Vieronse, pues, precisados á abandonar á aquellos infelices á su suerte, despues de haberles hecho una cama de ramas de árboles, y haberlos cubierto con ellas hasta cierta altura.

Despues de haber permanecido así expuestos al frio y á la nieve por hora y me-

dia, algunos de los que aun no habian experimentado los efectos del frio, empezaron á perder el sentido, principalmente un criado de Banks, que se creyó no podria llegar á la hoguera. Al fin, llegaron á ella, y pasaron la noche en una situacion, que aunque terrible por sí misma, lo era mucho mas por la memoria de lo pasado, y por la incertidumbre de lo que les esperaba. Como no se habian preparado mas que para un viage de unas ocho horas, no tenian mas provision que una especie de buïtre que habian muerto al ponerse en marcha, y que repartido entre todos no les podia tocar mas que un bocado á cada uno. No sabian como podrian aguantar el frio, si continuaba nevando: hacian juicio de lo rigido de aquel clima por una sola observacion, que era hallarse entonces en la mitad del estío, siendo el dia 21 de Diciembre el dia mas largo en aquella region; y por esta causa temian los mayores extremos del frio, viendo un fenómeno que no se observa ni en la Noruega, ni en la Laponia en la misma estacion del año.

Al apuntar el dia tendieron la vista por todas partes, y no vieron mas que nieve que les pareció tan alta sobre los árboles como en el suelo; y sucediéndose continuamente nuevas turbonadas con la mayor violencia, les fue imposible ponerse en cami-

no. No sabian quanto podia durar aquella situacion, y tenian razones para temer que no podrian salir de aquel horrible bosque, pereciendo allí de hambre y de frio.

Habian padecido los mayores sustos, quando á las seis de la mañana empezaron á concebir algunas esperanzas, distinguiendo el nacimiento del sol por entre unas nubes que empezaban á disiparse. Su primer cuidado fue ver si los infelices, que habian dexado sepultados entre ramas de árboles vivian aun: despacharon tres hombres para reconocerlos, y éstos volvieron con la triste noticia de que estaban muertos.

Aunque el cielo iba aclarándose mas, continuaba nevando con tanta abundancia, que no se atrevian á arriesgarse á volver al navio; pero á las ocho se levantó una brisa, que fortificada con la accion del sol acabó de despejar el cielo, y poco despues vieron desprenderse la nieve en pelotones. Antes de ponerse en marcha, guisaron el buitre, tocando á cada uno como tres bocados: despues de lo qual empezaron á caminar; y al cabo de una marcha de ocho horas, quedaron agradablemente sorprendidos al hallarse mas cerca del navio de lo que pensaban. Al exâminar el rastro del camino que habian tomado al marchar del navio, vieron que en vez de subir á la montaña en linea recta, habian dado una vuelta al rededor de ella.

He referido este suceso con alguna extension para confirmar lo que en otra parte os he dicho acerca del frio de este hemisferio austral, el qual es mucho mas rígido que en el boreal. Coock hizo aquí una observacion muy filosófica sobre los habitantes de esta parte meridional del continente de América.

Estos hombres, dice, los mas miserables y estúpidos de la especie humana, nacidos para consumir su vida en vaguear por estos horribles desiertos, en donde hemos visto perecer dos Europeos de frio en medio del estío, sin mas habitaciones que unas miserables chozas formadas de unos palos y una poca yerba seca, en las que el viento y la nieve penetran por todas partes, casi desnudos, destituidos aun de las comodidades que puede ofrecer el arte mas rudo, privados de todo medio de preparar sus alimentos: estos hombres, repito, deshecho de la naturaleza, estaban contentos, y parecia que no deseaban nada mas de lo que tenian. Ninguna de las cosas que les presentabamos les agradaba, á excepcion de algunas cuentas de vidrio y otros adornos superfluos. No hemos podido averiguar lo que padecen en el rigor del invierno; pero lo cierto es que no se afligen por carecer de infinitas comodidades que nosotros tenemos por necesarias para

la vida. Como tienen pocos deseos, es probable que los satisfacen todos, y esto basta para ser feliz. No es facil determinar lo que adelantan en estar libres del trabajo, de la inquietud, y de los afanes que nos cuestan los continuos esfuerzos que hacemos para satisfacer la infinita multitud de deseos diversos, que el habito de una vida artificial hace nacer en nuestros corazones; pero quizá esta sola exêncion recompensa la privacion de todas las demas cosas, y mantiene igual entre ellos y nosotros la balanza del bien y del mal, cuya mezcla es la herencia de la especie humana.

Como de todos los Viageros modernos ninguno ha dado noticias mas individuales de Otahiti que Mr. Coock, le seguiremos puntualmente, omitiendo solamente las repeticiones y circunstancias que no sean de mi asunto.

CARTA CCLVIII.

Llegada de Coock á Otahiti.

Luego que aseguramos nuestro navio, salí á tierra con Banks, Solander, y un destacamento de soldados armados. Varios centenares de habitantes nos recibieron al desembarcar, y nos manifestaban en sus semblantes el gusto que tenian en vernos, aunque estaban tan intimidados, que el primero que se acercó á nosotros, se postró casi en tierra. Es cosa bien notable que este Isleño, como tambien los que habian salido á recibirnos en las piraguas, nos presentaron el mismo símbolo de paz que sabemos se usó entre las antiguas y poderosas naciones del hemisferio septentrional, que es un ramo verde. Recibimosle con demostraciones de amistad y alegria: viendo que cada uno de ellos tenia un ramo verde en la mano, nosotros hicimos lo mismo.

Marcharon con nosotros ácia el parage en que el navio el Delfin habia hecho aguada: quando llegamos á aquel sitio, se detuvieron, y despejaron todo el terreno, arrancando todas las plantas: entonces los principales dexaron allí los ramos verdes que llevaban en las manos, haciéndonos señas para

que hiciesemos lo mismo, lo que executamos al punto. Para dar mas pompa á la ceremonia, hice formar en batalla á los soldados, los quales marchando en orden, pusieron sus ramos sobre los de los Isleños, y nosotros seguimos su exemplo. Continuamos despues la marcha, y llegando al lugar de la aguada, los Isleños nos dieron á entender por señas, que podiamos ocupar aquel sitio, pero no nos pareció conveniente. Este paseo disipó la timidez de los Otahitinos, concebida al principio por la superioridad de nuestras armas, y se familiarizaban con nosotros. Salimos de aquel parage de la aguada, y nos conduxeron por medio del bosque: en el camino les distribuimos cuentas de vidrio y otras bujerias, y vimos que les causaban mucho placer. Nuestro paseo se extendió á unas quatro ó cinco millas por entre unos bosques llenos de cocos, de árboles de pan, y que daban la mas agradable sombra. Las habitaciones de estos Isleños, situadas baxo de los árboles, no tienen por la mayor parte mas que un techo sin paredes, y todo representa lo que cuentan los Poetas de la antigua Arcadia. No nos agradó el no haber descubierto en todo nuestro paseo mas que dos cerdos, y ninguna ave; pero los que habian estado antes en Otahiti con Wallis, nos dixeron que aun no habiamos visto á los Isleños de

la primera clase. Sospechaban que se habian retirado: quisieron conducirnos al parage en que estaba lo que ellos llamaban el palacio de la Reyna, pero no hallamos vestigio de él; por lo qual resolvimos esperar al otro dia para descubrir donde estaban los nobles.

Al dia siguiente, antes que saliesemos del navio, se acercaron á nosotros algunas piraguas, que venian por la mayor parte de ácia el Oeste. Dos de ellas estaban llenas de Isleños, que por su trage y aspecto parecian de clase superior: pasaron á bordo dos de ellos, y cada qual escogió un amigo de entre nosotros: uno de ellos llamado Mataha, escogió á Banks, y el otro á mí: esta ceremonia consiste en despojarse de parte de sus vestidos, y ponerlos sobre nosotros. En cambio presentamos á cada uno una hacha y algunas cuentas de vidrio. Bien pronto despues, señalándonos ácia el Sud-Oeste, nos hicieron señas para que fuesemos con ellos ácia el parage en que ellos habitaban, en lo qual consentí.

Hice equipar dos botes, y me embarqué con Banks, Solander, algunos Oficiales, y nuestros dos amigos Otahitinos. Despues de haber navegado como una legua, nos hicieron señas para desembarcar, dándonos á entender que aquel era el lugar de su residencia. Salimos á tierra en medio de gran

número de Otahitinos, los quales nos acompañaron á una casa mucho mas grande que las que habiamos visto hasta entonces. Al entrar vimos un hombre de mediana edad, llamado Tutaha, como despues supimos; al punto hizo tender unas esteras, y nos convidó á que nos sentasemos en frente de él. Luego que nos sentamos, hizo traer un gallo y una gallina que nos presentó á Banks y á mí; admironos el regalo, al qual se siguió una pieza de tela perfumada segun su costumbre, haciéndonos observar su olor, que no era desagradable. Mr. Banks dió á nuestro huesped una corbata de seda guarnecida de encaxes, y un pañuelo de faltriquera: Tutaha se puso al punto este nuevo adorno con tal complacencia, que no es posible expresarlo. Pero ya es tiempo de hablar de las mugeres.

Despues de estos mutuos regalos, las mugeres nos acompañaron á varias casas grandes, que registramos con mucha libertad: nos hicieron muchas caricias, de las quales pudieramos haber abusado, pero nos contuvimos. Las casas, como ya he dicho, estan abiertas por todas partes, y no hay en ellas ningun lugar retirado, porque no se recatan de que los vean en qualquier actitud que sea.

Despedímonos en fin de nuestro amigo, y dirigimos nuestra marcha á lo largo

de la costa: habiamos andado como una milla, quando encontramos otro xefe, llamado Tuburai Tamaide, al frente de gran número de Isleños. Ratificamos con él nuestro tratado de paz con las mismas ceremonias ya expresadas, y que habiamos aprendido ya mejor: despues de haber recibido el ramo que nos presentó, y haberle dado otro en cambio, pusimos la mano en el pecho, pronunciando la palabra *tayo*, que significa *amigo*; el xefe nos dió á entender, que si queriamos comer estaba pronto á darnos víveres. Admitimos su oferta, y comimos con buen apetito pescado, fruta de pan, cocos, y fruta de plátanos, todo compuesto á su modo. Ellos comian pescado, y nos lo presentaron, pero este plato no era de nuestro gusto, y lo rehusamos.

Durante esta visita, una muger de nuestro huesped, llamada *Tomio*, se sentó junto á Banks en su misma estera. Tomio no estaba en la flor de la edad, y parecia que nunca habia sido hermosa, y por esto Banks no hizo mucho caso de ella. Ademas de esta mortificacion, Banks sin hacer caso de la dignidad de su compañera, viendo entre la multitud una joven muy linda, la hizo señas que se acercase; ella se hizo algo de rogar, y fue á sentarse al otro lado de Banks, el qual la hizo varios regalos de las buxerías que podian agradarla mas. La Princesa aun-

que insultada tan groseramente por Banks, no cesó de hacerle todo género de obsequios, dándole de las frutas que tenia á mano. Esta escena que pudiera haber sido todavia muy interesante y curiosa, para comprehender el caracter de aquellos Isleños, se interrumpió con un suceso desagradable. Solander y Monkhouse se quejaron de que los habian robado, al uno un anteojo, y al otro su caxa de tabaco. Quexaronse al xefe, y para inspirar terror, Banks se levantó con furia, y dió un golpe en el suelo con la culata del fusil: todos los concurrentes quedaron penetrados de terror; excepto el xefe, tres mugeres, y otros dos ó tres Isleños, todos los demas se huyeron con la mayor precipitacion. El xefe manifestaba en su rostro la mayor confusion y dolor: cogió á Banks por la mano, y le conduxo al otro extremo de la casa, donde habia gran cantidad de telas, ofreciéndoselas una por una. Banks despreció esta oferta, diciendo que no queria sino que volviesen lo que habian hurtado. Tuburai salió entonces muy de prisa, dexando á Banks con Tomio, la qual en todo este tiempo no se habia apardo de su lado, y le dió á entender por señas que le esperase hasta que volviese. Al cabo de media hora volvió el xefe trayendo la caxa de tabaco y la caxita del anteojo: en su rostro se veia pintado el gozo con una

expresion, que solamente se observa en estas naciones. Al abrir la caxita del anteojo, se advirtió que estaba vacía: la fisonomia de Tuburai se mudó de repente; volvió á coger á Banks por la mano, salió precipitadamente con él de la casa, sin hablar palabra, y le conduxo á lo largo de la costa, marchando muy de prisa. A distancia de una milla de la casa encontraron á una muger que dió al xefe una pieza de tela, la qual tomó muy de prisa, y prosiguió su camino. Solander y Monkhouse los habian seguido: llegaron á otra casa, en donde encontraron otra muger, á quien el xefe dió la pieza de tela, y pidió por señas á los estrangeros que le diesen algunas cuentas de vidrio, lo qual executaron. Luego que dexaron en el suelo la tela y las cuentas, la muger salió, y volvió media hora despues con el anteojo, manifestando el mismo regocijo que habiamos observado en el xefe la vez primera. Nos volvieron nuestros regalos con una inflexîble resolucion de no querer admitirlos: se precisó á Solander á recibir la tela como una recompensa de la injuria que le habian hecho. No es facil explicar las maniobras que se practicaron para recobrar el hurto, porque nada entendiamos de la lengua y costumbres del pais: pero en este hecho es digna de admiracion la sagacidad, buena fe, y justicia del xefe, al mismo tiem-

po que tanta dureza y altaneria en los Ingleses por recobrar unas vagatelas, manifiestan su caracter imperioso é interesado, y desmienten la grande humanidad que nos ponderan practicaron con los Isleños del mar del Sur.

Volvímonos al navio, y al dia siguiente varios de los xefes que habian venido el dia anterior, volvieron á bordo de nuestro navio. Trajeron cerdos, fruta de pan, y otros refrescos; en cambio les dimos hachas, telas, lienzos, y otros géneros que nos pareció les agradaban. Resolví escoger en tierra un parage dominado por la artilleria del navio, donde pudiese construir un fuerte para nuestra defensa, y prepararme para hacer nuestras observaciones astronómicas.

Desembarqué con un destacamento de soldados, y despues de haber señalado el lugar que queriamos ocupar, plantamos una tienda que habiamos sacado del navio. Entre tanto se habia acercado gran número de Isleños solo por curiosidad, porque no traian armas: sin embargo, mandé que exceptuando un Otahitino amigo nuestro, y otro que parecia xefe, ninguno pasase de la linea que yo habia señalado. Dí á entender por señas á estos dos, que teniamos necesidad de aquel terreno para dormir algunas noches, y que despues nos iriamos; no sé si comprehen-

dieron lo que les quise decir, pero todos los Isleños manifestaron tal sumision y respeto, que nos causó no menos admiracion que alegria. Sentaronse tranquilamente fuera del recinto, y nos estuvieron mirando, sin interrumpirnos hasta la conclusion de nuestra obra, que duró mas de dos horas. Como maliciabamos que habian retirado las aves domésticas á lo interior de la isla, resolvimos internarnos en el bosque á pesar del dictamen de nuestro amigo Owhaw, que nos lo disuadia. Dexando trece soldados y un oficial para guardar la tienda, marchamos seguidos de gran número de Otahitinos. Al atravesar un riachuelo, que estaba al paso, vimos algunos patos; luego que estuvimos al otro lado, Banks disparó contra ellos, y mató tres de un tiro: esto llenó de terror á los Isleños; la mayor parte se tiraron á tierra, como si el tiro los hubiera herido; pero poco despues se recobraron del susto, y continuamos nuestro camino. A poco trecho nos alarmamos por dos fusilazos que nuestra guardia disparó de la tienda; á la sazon ibamos algo separados unos de otros, pero Owhaw nos reunió bien pronto, y haciendo señal con la mano, hizo retirar á todos los que nos seguian, excepto tres, que para darnos muestras de paz, y suplicarnos los tratasemos como amigos, arrancaron ramos de árboles, y vinieron á nosotros con ellos

en las manos. Teniamos muchos motivos para recelar que hubiese sucedido alguna desgracia en la tienda, por lo que volvimos á ella á toda prisa, y quando llegamos, no encontramos mas que á nuestra gente.

Supimos que un Isleño que se habia quedado junto á la tienda, despues que salimos, espiando el punto de entrar de repente, habia sorprendido al centinela, y le habia quitado el fusil. El oficial que mandaba el destacamento, sea por temor ó por deseo de exercer su autoridad, ó por la brutalidad de su genio, mandó á los soldados hacer fuego: ellos tan feroces como su oficial, dispararon contra la multitud que huia, y que constaba de mas de cien personas. Observaron que no habian muerto al ladron; le persiguiéron, y le mataron de un balazo. Despues supimos que ningun Otahitino habia sido muerto ni herido. Procuramos aplacar con buenas razones á algunos Isleños que se habian ido acercando; y habiéndose retirado sin muestras de desconfianza ni de resentimiento, nos volvimos á nuestro navio muy disgustados por este accidente.

(Los Ingleses se esfuerzan en conjeturas para justificar este atentado contra la hospitalidad de los buenos Otahitinos, pero á pesar de todo, se vé por su misma relacion la ferocidad genial de esta nacion. Coteje-

se toda la conducta de los Ingleses en estas islas con la de Mr. Vaillant entre los Hotentotes y Cafres, y se verá con quanta razon dice este sabio Viagero, que la muerte de Coock en las islas de Sandwich fue justo castigo de la mala conducta de los Ingleses que le acompañaban.)

Al dia siguiente vimos muy pocos Isleños sobre la costa, y ninguno se acercó al navio, lo qual era prueba de su resentimiento, y lo mas sensible era que hasta nuestro amigo Owhaw nos habia abandonado. Esto me obligó á tomar nuevas precauciones para nuestra defensa, y por la tarde pasé á tierra. Acedieron algunos Otahitinos, pero en corto numero, y nos vendieron cocos y otras frutas: pareciónos que su amistad para con nosotros nó se habia disminuido.

Recibimos una visita de Tuburai y de Tutaha, que venian del Oeste de la isla: trahian consigo en señal de paz no ya simples ramos, sino arbolitos enteros: nó se atrevieron á pasar á bordo hasta que los aceptamos, porque estaban muy asustados por lo que habia sucedido en la tienda. Cada uno de ellos trahia para aplacarnos algunas frutas y un cerdo asado; dimos en cambio á cada qual una hacha y un clavo.

Empezamos en fin la construccion de nuestro fuerte; los Isleños lejos de impe-

dirnos el trabajo, nos ayudaban en quanto podian con el mas afectuoso esmero. Respetamos tanto el derecho de propiedad, que les pagamos todos los maderos que empleamos en esta obra, y no cortamos ningun arbol sin pedirles su consentimiento.

(Graciosa delicadeza á la verdad; respetar con escrúpulo la propiedad, y formar un establecimiento en su pais sin su consentimiento, pues aunque se hizo la ceremonia de pedirlo para esto y para cortar los árboles, ya se dexa entender la libertad que tenian aquellos infelices para negarlo, despues de haber experimentado el terrible efecto de las armas de fuego.)

Los Isleños nos traxeron tanta abundancia de cerdos, y de fruta de pan, que fue menester rehusar recibir á muchos vendedores, dándoles á entender por señas, que no tendriamos necesidad de víveres en los dos dias siguientes. No les dimos en cambio mas que cuentas de vidrio; una cuenta del tamaño de un garbanzo era el precio de cinco ó seis cocos y otras tantas frutas de pan. Banks se habia quedado á dormir en la tienda: por la mañana recibió una visita de Tuburai, trayendo consigo no solo á su muger y familia, sino tambien el techo de una casa, y varios materiales para construirla, con varios utensilios y muebles de varias especies: de donde inferi-

mos que queria establecer su domicilio cerca de nosotros. Esta prueba de confianza y de afecto, á pesar de los poderosos motivos que tenia para recelarse de nosotros, nos causó el mayor placer, y resolvimos corresponder á su amistad. Tomó á Banks por la mano, y le convidó por señas á que le acompañase por el bosque; él consintió, y habiendo caminado cosa de un quarto de milla encontraron una especie de choza, que pertenecia á Tuburai. Entrando en ella, este xefe manifestó un paquete de telas de su pais; tomó dos vestidos, y poniendoselos á Banks, le conduxo otra vez á la tienda. Los de su comitiva le traxeron luego carne de cerdo, y fruta de pan, de lo qual comió, mojando sus manjares en una agua salada, que le servia de salsa: despues se retiró á la cama de Banks, y durmió en ella cosa de una hora.

Despues de mediodia su muger Tomio trajo á la tienda un jóven de unos veinte y dos años, de agradable presencia, que parecia era hijo suyo; pero despues supimos no que era así. Este jóven, y otro xefe, que habia venido á vernos, se marcharon por la tarde ácia el Oeste: Tuburai y su muger se retiraron á la casa que tenian en la punta del bosque.

Monkhouse, que habia ido á pasearse por la isla, nos dixo que habia visto el

cadaver del Isleño muerto por nuestra guardia, envuelto en una pieza de sus telas, y colocado en una especie de atahud sostenido sobre unos maderos, baxo un cobertizo que parece habian hecho para este intento: que habian colocado junto al cadaver algunos instrumentos de guerra, y otras cosas, que no pudo exâminar con prolixidad por el hedor que despedia. Añadió que habia visto tambien otros dos pequeños edificios de la misma especie que el primero, en uno de los quales habia huesos humanos que estaban enteramente descarnados. Despues supimos que este es el modo con que depositan los cadáveres de sus difuntos.

Desde este dia empezó á haber fuera del recinto de nuestro fuerte una especie de feria, provista abundantemente de todos los generos del pais, excepto los cerdos. Tuburai venia continuamente á visitarnos, imitaba nuestros modales, y para comer, usaba del cuchillo y tenedor con mucha destreza.

Con la noticia que nos habia dado Monkhouse, fui á exâminar el cadaver en compañia de algunos otros. Hallé que el cobertizo, baxo el qual habian puesto el cadaver, estaba unido con la casa que habitaba el difunto, y que habia allí otras habitaciones poco distantes. Este cobertizo tenia unos quince pies de largo y once de

ancho, con una altura proporcionada: por el un extremo estaba abierto, y el otro como tambien los dos lados estaban en parte cerrados con un entretexido de mimbres. El atahud era de madera, el fondo era de estera, y estaba sostenido por quatro maderos de unos cinco pies de alto. El cadaver estaba envuelto en una estera, y encima tenia una tela blanca: á sus lados habian puesto una maza de madera, que es una de sus armas de guerra, y cerca de la cabeza que tocaba al extremo cerrado del cobertizo, dos cascaras de coco, de las que se sirven para coger agua: al otro lado del cobertizo habian plantado en tierra al lado de una piedra del tamaño de un coco, algunas varas secas y hojas verdes atadas juntas. Cerca de este parage habia un renuevo de platano, de que estos Isleños usan por símbolo de paz, y al lado una hacha de piedra: una sarta de datiles estaba colgada al extremo abierto del cobertizo, y fuera de él habian plantado un tronco de platano, de cerca de cinco pies de alto: encima de este habia una cascara de coco llena de agua dulce. En fin habian colgado al lado de uno de los maderos un saco pequeño en que habia algunos pedazos de fruta de pan tostada; estos pedazos no habian sido puestos allí á un mismo tiempo, porque los unos estaban frescos, y los otros podridos. Ad-

vertí que algunos Isleños nos estaban observando, y mostraban en su semblante inquietud y desconfianza; indicaban con sus ademanes la pena que les causaba quando nos acercabamos al cadaver; se mantuvieron á corta distancia mientras le estuvimos exâminando, y se mostraron muy contentos, quando nos retiramos.

CARTA CCLIX.

Continuacion del mismo asunto.

Nuestra mansion en tierra no hubiera sido desagradable, si no hubieramos estado atormentados continuamente por las moscas, las quales entre otras incomodidades, impedian trabajar á Parkinson, pintor de historia natural: quando este queria pintar algo, estos insectos cubrian toda la superficie del papel, y aun se comian los colores segun él los iba extendiendo en su dibuxo. Tuvimos que recurrir á los mosquiteros, los quales hicieron mas tolerable esta incomodidad, sin evitarla del todo.

Tutaha nos dió un ensayo de la música de su pais: quatro Isleños tocaban una flauta que no tenia mas que dos agujeros, y por consiguiente no podian formar mas

que quatro notas en semitonos. Tocaban este instrumento casi del mismo modo que se toca la flauta travesera, excepto que el músico en vez de soplar con la boca, lo hacia con la nariz en uno de los agujeros, al mismo tiempo que tapaba el otro con el pulgar. Otros quatro cantaban al son de estos instrumentos guardando bien el compás; pero no tocaron sino una sola sonata en todo el concierto.

Varios Isleños nos traxeron hachas que habian adquirido en el viage de Wallis, suplicándonos que las amolasemos: entre otras habia una que nos pareció fabricada en Francia. Despues supimos que una fragata Francesa habia estado allí despues de Wallis, á las ordenes de Mr. de Bougainville.

Banks y Solander exâminaron el pais al Oeste á lo largo de la ribera por espacio de muchas millas. El terreno en las dos primeras millas era llano y fértil: despues encontraron cerros pequeños que se extendian hasta cerca de la orilla del mar, y algo mas allá otros que se introducian en el mar, los quales tuvieron que atravesar. Estas montañas estériles ocupaban una extension de cerca de tres millas, y terminaban en una gran llanura cubierta de bellas casas, habitadas por Otahitinos que parecia vivian con la mayor comodidad. Por este

parage corria un rio, que salia de un valle profundo y agradable; era mucho mas caudaloso que el que corria por junto á nuestro fuerte. Una milla mas allá de este rio el campo era estéril, los peñascos avanzaban hasta el mar, y nuestros dos Viageros resolvieron volverse. Quando trataban de ponerlo en execucion, un Isleño les ofreció de comer, lo que aceptaron: observaron que este hombre era de una casta particular, como formada de la mezcla de varias naciones, pero diferente de todas. Tenia el color de yeso-mate, sin ninguna apariencia de otro color, aunque algunas partes de su cuerpo eran menos blancas que otras. Sus cabellos, barba y cejas eran del mismo color que la piel; sus ojos roxos, y parecia muy corto de vista; de suerte que propiamente era un Albino, de los que ya he hablado en otra parte. Banks y Solander al volver encontraron á Tuburai, y á sus mugeres, quienes al verlos derramaron lágrimas de alegria, y lloraron por algun tiempo hasta que se serenó su agitacion.

Por la noche Solander prestó su cuchillo á una de estas mugeres, la qual se olvidó de volverselo; y al dia siguiente Banks advirtió que tambien le faltaba el suyo. Con este motivo debo asegurar, que los Otahitinos de todas clases son los mas rateros que

se han conocido: el mismo dia de nuestra llegada, quando vinieron á bordo, los xefes cogian todo lo que podian haber á las manos, y sus subditos no eran menos diestros en robar, cogiendo todo lo que podian ocultar. Tuburai y Tutaha eran los unicos que no habian incurrido en este delito; pero sin embargo, Banks acusó al primero de haberle hurtado su cuchillo. Nególo Tuburai con la mayor aseveracion, y Banks le dió á entender que absolutamente queria recobrar su cuchillo, sin cuidarse de quien hubiese sido el ladron. Al oir esta resolucion pronunciada con el tono mas altivo, uno de los Isleños que estaban presentes, mostró un pañizuelo en que estaban envueltos tres cuchillos, que eran el de Solander, otro mio, y otro que habia sido igualmente robado. El xefe los llevó á la tienda; Banks se quedó con las mugeres, las quales manifestaron mucho recelo de que hiciesen algun mal á su marido. Tuburai despues de entregar los tres cuchillos, empezó á buscar con el mayor cuidado el de Banks: en esto uno de los criados de Banks sabiendo el alboroto que causaba el tal cuchillo, que no habia oido decir se hubiese perdido, fue á sacarlo de un parage donde le habia puesto el dia antes. Taburai viendo así demostrada su inocencia, expresó en sus miradas y aspecto la agitacion violen-

ta de su corazon; saltaronsele las lágrimas, y con el cuchillo hizo señas que si alguna vez se hacia reo del delito que le habian imputado, consentia en que le cortasen la cabeza. Salió precipitadamente de la tienda, y volvió apresuradamente adonde estaba Banks, como improperándole la injusta sospecha que habia formado de él. Banks le hizo algunas caricias, como si esto bastase para satisfaccion de tan atroz insulto; pero el pobre Otahitino era de tan buen corazon, que se reconcilió con él perfectamente, luego que le trató con familiaridad, y le dió algunas bujerias.

(No omitiré, Señora, ninguno de estos hechos, aunque parezcan algo prolixos y menudos, porque son los mas propios para dar una idea cabal del amable caracter de los Otahitinos, y del orgullo é insolencia de los Ingleses. ¡Ved qué alhaja tan preciosa para que por ella afligiese Banks tan amargamente á un xefe de una nacion de quien tantos beneficios esenciales recibian todos los dias! Banks era un sabio, pero un Inglés. ¡Y se atreverá esta nacion á calumniar de soberbia y arrogancia á los Españoles!)

(Conviene advertir aquí que esta nacion por los simples impulsos de la conciencia natural tiene idea de la equidad y de la injusticia, y se condenan á sí mismos quan-

do hacen á otro lo que no quisieran se hiciese con ellos. Tuburai conoció toda la injusticia que se le hacia en aquella falsa imputacion ; sus ademanes y agitacion demostraban lo que pasaba en su interior. Esto es mucho mas de admirar, por quanto esta nacion en sus hurtos no procede por un principio de depravacion, como un Europeo que cometiese el mismo delito. Su tentacion era tan fuerte á vista de los muebles y merçaderias del navio, que si los Europeos con mayores conocimientos y con motivos mas poderosos para resistirla, experimentasen una semejante, serian tenidos por hombres de una probidad heroyca si la venciesen. Un Otahitino á vista de nuestras navajas de á real, de las cuentas de vidrio, y las demas bujerias, se halla en el caso que uno de nuestros pobres á vista de un cofre abierto y lleno de oro y de las alhajas mas preciosas. Ademas, como acostumbrados á considerar por comunes todas las cosas, no tienen por un gran delito tomar lo que les agrada, así como no repugnan que los estrangeros se apoderen de sus frutas y otras producciones del pais. Por esta razon se ha observado, que casi todas las naciones Salvajes tienen esta misma propension, como ya lo hemos visto en algunas, y se observará en otras muchas.)

Tuburai comió al dia siguiente en el fuer-

te con uno de sus amigos, el qual comia con una voracidad de que no he visto exemplo, y le acompañaron tres de sus mugeres. Marcharonse por la tarde, y al cabo de un quarto de hora volvió Tuburai muy alterado: tomó por la mano á Banks, haciéndole señas que le siguiese, como lo hizo. Llegaron á un parage, donde encontraron al carnicero del navio con un cuchillo en la mano. Tuburai con la mayor colera dió á entender, que aquel hombre habia querido ó amenazado matar á su muger con aquella arma. Banks le significó, que si le demostraba el delito, le haria castigar: con esto Tuburai mas sosegado, le dixo, que habiéndosele antojado al deliqüente una hacha de piedra que tenia en su casa, se la habia pedido á su muger por un clavo; que habiéndolo rehusado ésta, el reo habia cogido la hacha, amenazándola que la cortaria la cabeza si hacia resistencia. Tuburai presentó el clavo y el hacha por pruebas del delito, y el carnicero se defendió tan mal que Banks quedó persuadido de su delito.

Banks me dió parte de este suceso: yo esperé la ocasion en que Tuburai, sus mugeres y otros Indios estuviesen á bordo del navio, para llamar al carnicero. Despues de haberle manifestado las pruebas de su delito, dí orden para que se le castigase, á fin de evitar semejantes violencias. Los Otahitinos

estaban mirando con atencion mientras se le desnudó y se le ató, observando en silencio lo que iban á hacer; pero luego que se le dió el primer azote, se acercaron á nosotros con la mayor agitacion, y nos suplicaron le perdonasemos. Yo tenia muchas razones para no consentir; y quando vieron que su intercesion era inutil, manifestaron su dolor con lágrimas. ¡ Qué bondad de caracter no demuestra esta accion!

Es verdad que son tan fáciles para expresar con lágrimas las sensaciones vivas que los agitan, como los niños, y con la misma facilidad se les pasa aquel arrebato, de lo qual voy á referir un exemplo particular. Una mañana muy temprano vinieron al fuerte gran número de Isleños. Banks observando entre ellos á Térapo, muger de Tuburai, se acercó á ella, y la hizo entrar; observó que estaba llorosa, y luego que entró en el fuerte, empezó á llorar amargamente. Banks la preguntó con instancias la causa de su llanto, y en vez de responder, sacó un diente de tiburon, y se hirió con él en la cabeza cinco ó seis veces, corriéndola mucha sangre de las heridas. Térapo habló en voz muy alta por algunos minutos con un tono muy triste, sin contextar de ningun modo á las repetidas instancias de Banks: éste quedó sorprendido, viendo durante esta escena á los otros Isleños que hablaban y reian entre

sí, sin hacer caso del dolor de Térapo. La conducta de esta muger fue aun mas extraordinaria; luego que cesó de correr sangre de sus heridas, levantó los ojos, miró con sonrisa, y recogió algunos pedazos de tela con que habia detenido la sangre; hizo de ellos un lio, y saliendo de la tienda los arrojó al mar. Despues se metió en el rio, se labó todo el cuerpo, y volvió á la tienda con tanta alegria como si nada la hubiera sucedido. Todo esto fue para nosotros un misterio de que nada comprehendimos: quizá tuvo parte en todas estas demostraciones alguna supersticion; pero ignorando nosotros su lengua y costumbres, lo consideramos nada mas que como una ligereza de caracter, en lo qual procedemos con demasiada ligereza.

(No es estraño que el sentimiento de esta nacion nada artificiosa sea pasagero, y que expresen de repente y con la mayor energia los afectos que los agitan. Jamas han sabido disfrazar ni ocultar sus sentimientos, y como no estan poseidos de aquellos pensamientos habituales en nosotros de recordar lo pasado y anticipar lo futuro, se dexan arrebatar de los movimientos momentaneos, se dexan poseer de ellos, y mudan de disposicion de animo siempre que se mudan las circunstancias. No siguen jamas un proyecto de un dia para otro, y no conocen aque-

llos motivos de continua inquietud y ansia, cuya idea es la primera que nos ocupa luego que dispertamos, y la ultima que nos dexa quando nos rendimos al sueño. Bien reflexîonado esto, resulta que son mas felices que nosotros, pues gozan del momento presente, sin que acibare sus placeres la memoria del mal pasado, ni la prevision de las desgracias que pueden sobrevenir, que es el punto mas sublime á que puede conducirnos la filosofia. Lo mismo observamos en los niños; y la perfeccion de nuestra razon, al paso que aumenta nuestros conocimientos, y nos proporciona mil placeres desconocidos de los Salvages y de los niños, tambien nos priva de esta felicidad de no padecer el mal sino quando está prepresente.)

Molineux, que habia acompañado á Wallis en su expedicion, habiendo ido á la tienda de Banks, encontró una muger sentada con mucha modestia entre las otras; y nos dixo que aquella era Oberea, la que se suponia ser Reyna de la isla en el viage de Wallis: la Otahitina al mismo tiempo le reconoció por uno de los que antes habia visto. Nos pareció que tendria unos quarenta años; era de estatura alta y robusta, tenia el color blanco, y sus ojos anunciaban mucha sensibilidad y talento. Sus facciones manifestaban que habia sido bella

en su juventud, pero no la quedaban de ella mas que vestigios.

Luego que supimos su dignidad, la propusimos pasase al navio, en lo que consintió con gusto, y subió á bordo acompañada de dos hombres, y de varias mugeres que parecian de su familia. Recibila con todas las muestras de respeto que podian agradarla; dila algunos regalos, y entre otros una muñeca, que la contentó en extremo. Luego que Oberea pasó algun tiempo en el navio, la conduxe á tierra, y apenas desembarcamos, ella me ofreció un cerdo y varias frutas, que hizo llevar al fuerte con una especie de procesion, que ella y yo cerrabamos. Al ir al fuerte encontramos á Tutaha, que parecia estaba revestido á la sazon de la autoridad Soberana, aunque no fuese Rey. No se mostró contento del obsequio que yo hacia á Oberea, y se puso tan furioso quando ella le mostró la muñeca, que para sosegarle creí debia regalarle otra. Entonces prefirió la muñeca á un hacha por causa de su pueril envidia, queriendo recibir un don semejante al de la Reyna. Esta envidia fue la unica causa de su preferencia, pues poco despues no hicieron ningun caso de las muñecas.

Al dia siguiente, algo entrada la mañana, Banks fue á visitar á Oberea; di-

xeronle que aun estaba durmiendo en su piragua. Fue allá con animo de dispertarla, creyendo que ella no lo llevaria á mal: al registrar su camarote, quedó sorprendido viendo en su cama á un bello joven de unos veinte y cico años, llamado Obadées Banki: se retiró á toda prisa, y con mucha confusion; pero pronto le dieron á entender que estos amores no causaban ningun escándalo, y que todos sabian que Oberea tenia por amante á Obadées. Oberea se vistió prontamente, y para dar á Banks muestras de un favor especial, le revistió con un trage de tela fina, y vino despues con él á nuestra tienda. Por la tarde fue Banks á visitar á Tuburai, y encontró á este xefe, y á toda su familia muy afligidos, llorando algunos de sus parientes. Por mas preguntas que hizo, no pudo averiguar la causa de su tristeza. Volviose á la tienda, y su relacion juntamente con otros antecedentes nos hizo sospechar que quizá los Isleños intentaban algun ataque contra nuestro fuerte, por lo que doblamos la guardia; pero no hubo novedad en toda la noche.

Al dia siguiente á las diez de la mañana, Tomio, muger de Tuburai, vino corriendo á la tienda, manifestando en su semblante dolor y espanto: tomó por la mano á Banks, á quien se dirigian los Otahitinos en las ocasiones de peligro; diόle á entender que

Tuburai estaba muriéndose por haber comido una cosa que le habian dado los nuestros, y le suplicó fuese á verle. Al llegar Banks á la casa, encontró á Tuburai apoyada la cabeza sobre un madero, en ademan de la mayor languidez y abatimiento. Los Isleños que le rodeaban, dieron á entender á Banks, que habia vomitado, y le trajeron una hoja plegada con mucho cuidado, donde decian estaba parte del veneno. Abriendo Banks la hoja, vió un poco de tabaco que Tuburai habia pedido á uno de los nuestros, y éste tuvo la imprudencia de darselo. El enfermo habia observado que nuestros marineros le tenian mucho tiempo en la boca, y queriendo hacer lo mismo, lo habia mascado, y se lo habia tragado. Estuvo mirando con la expresion mas dolorida á Banks mientras éste registraba la hoja, y le dió á entender que ya no esperaba vivir. Banks le aconsejó que bebiese mucha leche de coco, la qual en breve tiempo disipó su enfermedad y temores. Tuburai pasó lo restante del dia con el regocijo que causa el verse sano de repente de una enfermedad que se creia mortal.

Uno de los xefes que habia comido conmigo pocos dias antes, vino á bordo, acompañado de algunas de sus mugeres. Yo habia observado que sus mugeres le daban de

comer, pero creí que conmigo no tendria reparo en comer por su mano lo que yo le diese. Puesto á la mesa, le presenté algunos manjares, y viendo que no los tocaba, le hice instancias para que comiese; pero él permaneció inmobil como una estatua, sin probar un bocado; seguramente se hubiera marchado sin comer, si uno de mis criados no le hubiera metido los alimentos en la boca.

Quando tuvimos dispuesto nuestro observatorio astronómico, echamos menos un quadrante que estaba metido en su estuche, y formaba un volumen de un peso considerable. Hicimos diligencias para averiguar si lo habia hurtado alguno de la tripulacion; pero no hallándose rastro de él, juzgamos que lo habria robado algun Isleño, á pesar del sumo cuidado con que se habia guardado. Banks marchó á ver si podia recobrarlo: al atravesar el rio encontró á Tuburai, que con tres pedazos de paja le mostraba en su mano la figura de un triángulo. Entonces conoció Banks que los Isleños habian robado el quadrante, y dió á entender á Tuburai que queria ir al parage donde estaba el instrumento hurtado. Consintió en ello Tuburai, y dirigiéndose ácia el Oeste, el xefe se iba informando del ladron por todas las casas por donde pasaba: los Isleños le dixeron ácia donde se habia dirigido, y el tiempo que hacia

que no le habian visto. La esperanza de cogerle pronto los sostenia en su fatiga, y así prosiguieron su camino, unas veces andando, otras corriendo, aunque hacia mucho calor. Luego que hubieron subido á una montaña distante del fuerte como unas quatro millas, Tuburai mostró á Banks un parage situado tres millas mas allá, dándole á entender por señas que no recobraria el instrumento hasta llegar allí. Descansaron algun rato; entre Banks y otros dos Ingleses que le acompañaban, no llevaban mas armas que un par de pistolas, y era peligroso exponerse, sin saber quantos podian hacerles resistencia. Con este recelo me enviaron un recado con uno de ellos, diciéndome que no podian volver hasta la noche, y que enviase un destacamento en su seguimiento. Yo mismo marché con los soldados que me parecieron suficientes, dando orden para que no dexasen salir ninguna piragua de la bahia, pero sin prender á ningun Isleño.

Entre tanto Banks prosiguió su camino con Green y Tuburai, y en el sitio indicado por este xefe, encontraron á un Otahitino que tenia en la mano parte del quadrante: quedaron muy contentos con este hallazgo, y al punto los rodeó tan gran número de Isleños, que se veian sufocados por el tropel. Banks les mostró una pistola, con

lo qual se contuvieron. Aumentándose por intantes el número de los Isleños, Banks señaló un círculo en el suelo; y todos los Otahitinos se sentaron tranquilamente fuera de la linea. Banks les mandó que traxesen todas las partes del instrumento que habian robado: Green exâminando con cuidado todas las piezas que fueron trayendo, halló que faltaban algunas pequeñas y el pie: varios de ellos marcharon al punto, y traxeron algunas piezas, pero no el pie. Banks con su compañero se disponian á volverse; apenas habian andado dos millas, los encontré con mi destacamento, felicitándonos mutuamente por el hallazgo, que nos era de la mayor importancia, y porque se habia recobrado sin tener que llegar al extremo.

Banks llegó al fuerte con Tuburai, y quedaron sorprendidos de hallar á Tutaha guardado por los soldados, rodeando la puerta del campamento varios Otahitinos asustados, y llenos de afliccion. Banks entró apresuradamente, y permitió á algunos Isleños que le siguiesen: la escena fue muy tierna: Tuburai se arrojó á Tutaha, y estrechándole entre sus brazos, echaron los dos á llorar, inundándose mutuamente los rostros con lágrimas, sin poder pronunciar palabra: los demas Isleños lloraban igualmente por la desgracia de su xefe, á quien creian ibamos á matar. Llegué al fuerte un

quarto de hora despues, y permanecian en la misma afliccion: esto me causó la mayor pena: habian preso á Tuhata contra mis ordenes, y al punto le puse en libertad: me informé de lo sucedido, y he aquí lo que me contaron. Mi partida á los bosques con un destacamento, y por un motivo que parecia haberme irritado, habia causado tal terror á los Isleños, que empezaron á retirarse, llevándose sus efectos. Gore, mi Teniente, que mandaba á bordo, vió una piragua doble salir de lo interior de la bahia: como habia recibido orden mia de no dexar salir á ninguno, envió un bote para detenerla: los Isleños asustados se tiraron al mar; por desgracia Tutaha era de este número, se le cogió, y le trageron al navio, dexando se escapasen los demas á nado. Gore le envió al fuerte sin hacer caso de la orden que yo le habia dado, y el oficial que mandaba en el fuerte, creyó no debia ponerle en libertad.

Los Isleños estaban tan creidos de que ibamos á matar á Tutaha, que no se disuadieron hasta que le vieron fuera del fuerte: todo el pueblo le recibió como si hubiera sido su padre el que escapaba de la muerte, apresurándose todos á abrazarle. El pobre Tutaha viéndose en libertad contra su esperanza, con el primer rapto de su agradecimiento nos suplicó recibiesemos un re-

galo de dos cerdos: yo conocí que no eramos dignos en esta ocasion de este don, y lo rehusé repetidas veces.

Al dia siguiente, Banks fue á pasearse por el bosque á fin de que familiarizándose con los Otahitinos pudiese recobrar su confianza y amistad. Hicieronle muchas caricias, pero se quejaron del mal trato que se habia dado á su xefe, diciendole que le habian dado de golpes y arrastrado por los cabellos. Banks procuró persuadirles que no le habian hecho ninguna violencia en su persona. Sin embargo, quiza el Contra-maestre que le prendió, le trató con brutalidad, y negó lo que habia pasado. Tutaha, que nos habia regalado dos cerdos, envió á pedirnos una hacha y una camisa: el mensagero me dixo que su xefe no queria venir al fuerte en diez dias; y así le dixe, que no le daria lo que pedia hasta que viniese, con la mira de hacerle venir al cebo, y disipar el resentimiento que debia tener contra nosotros, y que podia aumentarse con la ausencia.

En el mercado que teniamos junto al fuerte, experimentamos las conseqüencias de la violencia que habiamos hecho á Tutaha, pues habiendo estado abundantemente provisto antes, ya nos faltaba aun lo necesario. Banks fue á buscar á Tuburai, y con dificultad pudo reducirle á que

hiciese nos vendiesen alguna fruta de pan, que nos fue de mucho socorro. Tutaha volvió á enviar á pedir el regalo mencionado en recompensa del que nos habia hecho: conociendo yo lo que importaba reconciliarnos, le envié á decir que al dia siguiente iriamos á verle. En efecto, fuí en compañía de Banks y Solander, conduciendonos un mensagero de Tutaha al lugar de su residencia, llamado por ellos *Eparre*, situado á unas quatro millas al Oeste de nuestro campamento.

Al desembarcar del bote en que ibamos, hallamos gran número de Isleños que nos esperaban en la orilla; nos hubiera sido imposible pasar adelante, si un hombre alto y de buen aspecto no hubiera hecho abrir paso. Tenia la cabeza cubierta con una especie de turbante, y llevaba en la mano un baston con que heria á todos los que estorbaban el paso. Este nos conduxo hacia el xefe, gritando los Isleños: *tayo Tutaha*, *Tutaha es vuestro amigo.* Hallámosle á manera de un antiguo Patriarca, sentado baxo un arbol, y rodeado de muchos ancianos venerables. Hizonós señal de sentarnos, y al punto nos pidió su hacha; presentésela, y tambien la camisa, con un trage de paño hecho á la moda de su pais, y guarnecido de cintas. Recibiólo con gusto, y al punto se puso el vestido, pero dió la

camisa al hombre que nos habia abierto paso al desembarcar, el qual estaba á la sazon sentado junto á nosotros, y Tutaha parece deseaba que le hiciesemos alguna demostracion particular.

Poco tiempo despues Oberea y varias otras mugeres conocidas nuestras llegaron y se sentaron entre nosotros. Tutaha salió varias veces, pero sus ausencias fueron cortas: creimos que en esto no llevaba mas objeto que el mostrar su nuevo vestido, pero nos engañamos, pues fue á dar órdenes para la comida que despues se nos dió. La última vez que salió, estabamos deseosos de marcharnos, porque el tropel de gente nos sufocaba: en esto recibimos un recado, que Tutaha nos esperaba en otro parage. Encontrámosle sentado en nuestro bote, y nos hizo señal para que nos acercasemos. Luego que hubimos entrado todos los que cabian en el bote, hizo traer fruta de pan y coços, de lo qual probamos mas bien por complacerle que por necesidad de comer. Poco tiempo despues le trajeron un recado; salió del bote, y pocos minutos despues nos convidó á que le siguiésemos. Fuimos conducidos á una plaza ó patio, contiguo á su casa, rodeado de empalizada de unos tres pies de alto. Allí se habia preparado un espectáculo nuevo para nosotros, que era

un combate de luchadores. El xefe estaba sentado en la parte superior del anfiteatro, y los principales de su comitiva junto á él colocados en semicirculo, los quales eran los jueces que debian aplaudir al vencedor: habian señalado asientos para nosotros, pero preferimos estar á nuestra libertad entre los espectadores.

Dispuesto todo, entraron en el circo diez ó doce hombres que juzgamos serian los combatientes, sin mas ropa que un tonelete: dieron vuelta á la plaza muy despacio, con la vista baxa y la mano izquierda sobre el pecho: con la derecha que llevaban extendida, se daban golpes á menudo en la parte anterior del brazo con tanta fuerza que resonaba mucho: esto era como un desafio general que se hacian unos á otros, ó que dirigian á los espectadores. Otros atletas siguieron luego á estos con las mismas ceremonias: despues hicieron sus desafios particulares, y cada qual escogió su contrincante. Esta ceremonia consistia en juntar las puntas de los dedos, y apoyarlos sobre su pecho, levantando al mismo tiempo los codos en alto, y bajandolos con mucha prontitud; si aquel á quien se dirigia el desafio, lo aceptaba, repetia las mismas ceremonias, y al punto se ponian ambos en actitud de pelear. Poco despues venian á las manos: la lu-

cha era una pura disputa de fuerzas: cada qual procuraba desde luego coger á su contrario por el muslo, y si no lo podia asir por la mano, los cabellos, la cintura ú otra parte, se agarraban despues sin destreza ni gracia, hasta que uno de los atletas aprovechándose de la ocasion, ó por tener mas fuerza, derribaba al otro. Concluido el combate, los ancianos aplaudian al vencedor con algunas palabras que repetia todo el concurso en coro con una especie de canto, y la victoria se celebraba ordinariamente con tres gritos de alegria. Entonces se suspendia el espectáculo por algunos momentos; despues salia otra pareja de luchadores, y combatia del mismo modo. Quando el combate habia durado cosa de un minuto sin que ninguno de los dos hubiese caido, se separaban de comun acuerdo, ó por la interposicion de sus amigos: en este caso cada uno extendia su brazo, sacudiendo al ayre, para hacer un nuevo desafio ó al mismo rival ó á otros. Mientras que estaban luchando los atletas, otra tropa executaba una danza, que duraba como un minuto; pero así los luchadores como los bailarines estaban enteramente atentos á lo que hacian, sin distraerse los unos con los otros. Observamos con placer que el vencedor no mostraba jamas orgu-

llo contra el vencido, y éste no murmuraba ni se quejaba del otro. En fin, durante todo el combate, se veía mantenerse la misma benevolencia, y buen humor que antes, aunque habia por lo menos quinientos espectadores, parte de ellos mugeres: es verdad que era corto su número, y que todas eran de distincion, y creo que solo asistian á este espectáculo por respeto á nosotros.

Estos combates duraron casi dos horas: durante este tiempo, el hombre que nos habia hecho abrir paso al desembarcar, detenia á los Indios á cierta distancia, dando fuertes golpes con su baston á los que se acercaban demasiado. Preguntamos que empleo tenia, y nos dixeron que era un oficial de Tutaha, que hacia de maestro de ceremonias.

Los que tengan noticia de los combates de los atletas de la antiguedad, observarán sin duda una semejanza grosera entre estos antiguos juegos y las luchas de los habitantes de esta pequeña isla situada en medio del Océano pacifico. Luego que se concluyeron los combates de la lucha, nos dieron á entender, que se preparaban cerdos y fruta de pan para nuestra comida, noticia que nos fue muy agradable por el buen apetito que teniamos. Sin embargo, pareció que Tutaha se arre-

pentia de su liberalidad : en vez de presentarnos dos cerdos, hizo llevar uno á nuestro bote, lo qual no nos fue muy desagradable, porque creimos que así comeriamos con mas sosiego. Luego que llegamos á bordo, nos dixo que nos volviesemos al navio con su cerdo, lo qual nos disgustó mucho, porque habia que andar quatro millas, y entre tanto se nos enfriaba la comida; sin embargo tuvimos por conveniente darle gusto, y nos acompañó al navio, seguido de algunos otros Isleños; en fin comimos el cerdo, del qual él y Tuburai sacaron una buena parte. Nuestra reconciliacion con este xefe produxo en los Otahitinos todo el buen efecto que podiamos desear, pues luego que supieron estaba á bordo, las frutas y demas provisiones acudian en abundancia.

Como los cerdos siempre eran raros en el mercado, Molineux y Green marcharon en el bote hacia el Este de la isla, para ver si podian adquirir cerdos ó aves. Recorrieron un espacio de casi veinte millas; vieron muchos cerdos y una tortola que no quisieron venderles, diciendo que eran de Tutaha, y que no podian darlos sin su permiso. Empezamos á creer que Tutaha era un gran Príncipe, pues tenia una autoridad tan extendida y absoluta. Despues supimos que administraba como So-

berano el gobierno de esta parte de la isla, en nombre de un menor, á quien jamas vimos. Green nos contó que habia encontrado un arbol de una grandeza tan enorme é increible, que tenia sesenta varas de circunferencia. Banks y Solander le explicaron que aquel arbol era una especie de higuera, cuyas ramas encorbandose ácia tierra, habian echado nuevas raices, y que era facil engañarse, considerando como un solo arbol lo que era un conjunto de varios troncos. (Pero con perdon de estos dos sabios, ¿porque no podia ser un solo arbol, y como era posible que Green se hubiese equivocado tan groseramente? En la Nueva-España verémos un arbol que está en Atrisco, mucho mayor que éste, pues en su hueco caben mas de cien hombres.)

Al dia siguiente vino Oberea á hacernos la primera visita despues de la pérdida de nuestro quadrante, y de la prision de Tutaha: venia acompañada de Obedeé, su amante, y de Tupia: nos regalaron un cerdo, y algunas frutas de pan, dándoles nosotros una hacha en cambio. Habiamos presentado entonces á los Otahitinos un expectáculo interesante y nuevo para ellos: habiamos dispuesto nuestra fragua, y se trabajaba en ella continuamente. Dábannos pedazos de hierro, que habrian recibido de

los navios que habian estado en la isla antes que nosotros, rogándonos les hiciesemos instrumentos de varias especies: como yo tenia gran deseo de hacer todo lo que pudiese agradarles, se satisfacia á su anhelo, á no ser que las obras del navio exîgiesen todo el tiempo del herrero. Habiendo Oberea recibido su hacha, nos rogó le hiciesen otra de unos pedazos de hierro viejo que nos mostró: esta operacion no era posible: despues nos trajo una hacha rota para que se la compusiesemos; lo que se executó, y quedó muy satisfecha.

Al cabo de todo este tiempo supimos que la isla se llamaba *Otahiti*, y despues de mucho afan vimos que era àbsolutamente imposible que los Otahitinos pronunciasen nuestros nombres: quando querian pronunciarlos, producian sonidos enteramente diversos. A mí me llamaban *Tute* en vez de *Cuk*, á Hicks *Hete*; jamas pudieron articular el nombre de Molineux: á Robert le llamaban *Boba*, á Gore *Toarro*, á Solander *Torano*, á Banks *Tapane*, á Green *Eterée*, á Parkinson *Patini*, á Sporing *Polini*, á Petersgill *Petrodoro*, y de esta manera habian formado todos los demas nombres. No es facil descubrir en estos nuevos nombres algun rastro del original: quizá no eran tanto sonidos arbitrarios determinados por la disposicion de sus órganos, como palabras

significativas de su propia lengua. A Monkhouse, que mandaba el destacamento quando fue muerto el que hurtó el fusil, le llamaban *Matté*, que significa *muerto*: es probable que esta observacion se puede aplicar á los demas nombres. (Pero de aquí mismo se puede inferir la dulzura y harmonia de su lengua, pues entre estos nombres se ven las mas bellas convinaciones de vocales sonoras y de finales que admiramos en el Castellano, Italiano y Griego. Seria muy conveniente hacer un exâmen filosófico de esta lengua, para indagar qual pudo ser el origen de aquella nacion.)

Pocos dias despues recibimos visita de algunas mugeres que aun no habiamos visto, y que se acercaron á nosotros con ceremonias muy singulares. Entre las nueve y diez de la mañana llegó al desembarcadero una piragua doble, en la qual venian sentados un hombre y dos mugeres. Los Isleños que estaban junto á Banks, le dixeron que fuese á recibirlos, lo que hizo inmediatamente: pero mientras él salia del bote, el hombre y las dos mugeres se habian ya acercado hasta quince pasos de él: detuviéronse, y le hicieron señas para que se detuviese: arrojaron á tierra una docena de renuevos de platano, y algunas otras ramas pequeñas. Banks se detuvo, y habiéndose puesto en fila los Otahitinos á su lado, uno que parecia criado, pa-

sando y repasando por seis veces, entregó cada vez un ramo á Banks, pronunciando algunas palabras al dárselo. Tupia que estaba cerca de Banks, hacia de maestro de ceremonias; segun iba recibiendo los ramos, los iba colocando en el bote. Acabada esta ceremonia, otro hombre trajo un gran paquete de telas, las quales fue extendiendo una por una en tierra en el espacio que habia entre Banks y los Isleños que venian á visitarle. Habia nueve piezas; puso tres una sobre otra, y entonces una de las mugeres, llamada Uratua, la mas distinguida de ellas, se puso sobre esta alfombra, y remangando sus vestidos hasta la cintura, dió tres vueltas á toda ella muy despacio, con mucha seriedad y gravedad, y con un aspecto de inocencia y candor, que no es posible expresarlo. Despues dexó caer sus vestidos, y fue á ocupar su puesto. Extendieron otras tres piezas sobre las tres primeras: entonces volvió á subir sobre ellas, é hizo las mismas ceremonias; en fin, tendieron las tres ultimas sobre las seis, y se repitió la misma escena. Los Otahitinos recogieron las telas, y se las ofrecieron á Banks, como regalo de parte de la muger, que se adelantó entonces con su compañero para saludarle. Banks les dió los regalos que le parecieron convenientes: permanecieron en la tienda como una hora, y despues se marcharon. Por la tarde los ofi-

ciales que estaban en el fuerte recibieron la visita de Oberea, y de una muger de su comitiva, llamada Oteotea, que era una joven de una figura agradable.



CARTA CCLX.

Continua el mismo asunto.

En un viage que hicimos para visitar á Tutaha, á fin de ver si podiamos lograr algunos cerdos, tuvimos que hacer noche en aquel parage, separados unos de otros. Como sabiamos por experiencia lo sutiles que son todos para robar, nos acostamos con algunas precauciones; pero todas fueron vanas, pues á poco rato, á cada uno nos faltaba alguna cosa, y á Banks no le dexaron mas ropa que los calzones: le habian quitado ademas de la ropa sus pistolas, su frasco de pólvora, y otros muchos efectos. Tutaha dormia en una piragua cercana, y dispertando al ruido, vino adonde estaba Banks en compañia de Oberea, que nos habia acompañado, y salieron ambos con hachones encendidos á ver si podian recobrar lo robado, no pudiendo acompañarlos Banks por su desnudez. Al cabo de media hora volvieron sin haber descubierto na-

da. Banks empezó á recelar ; no le habian quitado su fusil , pero se habia descuidado en no cargarle : no sabian donde dormiamos yo y Solander , y no podia acudir á nuestro socorro. Dió su fusil á Tupia, que habia dispertado al ruido , encargándole cuidase de él , y volvió á acostarse con bastante inquietud. Poco despues oyó una música , y vió luces á corta distancia de la ribera , la qual era un concierto ó serenata , que ellos llaman *eiva*, nombre que dan á todas sus fiestas públicas. Como este concierto debia atraer mucha gente , y era probable que los demas Ingleses acudiesen, Banks se levantó para asistir tambien. Las luces y la música le conduxeron á una choza donde estaba yo con otros tres del navio. Distinguionos facilmente, y acercándose casi desnudo , nos contó su triste aventura; nosotros le dimos el consuelo que suelen darse los desgraciados unos á otros, mostrándole que habiamos sido despojados como él. Mostrele mis piernas sin medias , diciéndole que me las habian hurtado de debaxo de la cabecera , aunque estaba cierto de no haber dormido un solo momento : mis compañeros le hicieron ver que les habian robado sus vestidos. Sin embargo , resolvimos oir la música , aunque mal vestidos.

El concierto se componia de quatro tambores , tres flautas , y varias voces : duró co-

sa de una hora, y concluido nos retiramos al parage en que habiamos dormido, resueltos á no hacer ninguna diligencia hasta por la mañana para recobrar lo hurtado. Levantamonos al amanecer segun costumbre de la isla: el primero á quien vió Banks, fue á Tupia, que le guardaba fielmente su fusil. Oberea le trajo prontamente algunas ropas del pais para que se cubriese, de suerte, que quando se nos presentó, estaba vestido parte á la Inglesa, y parte á la Otahitina. Pronto nos reunimos todos, excepto Solander, cuyo paradero no sabiamos: poco tiempo despues se presentó Tutaha, y le instamos para que hiciese buscar lo que nos habian robado; pero ni á él ni á Oberea pudimos persuadirles que hiciesen ninguna diligencia para este efecto, y sospechamos entonces que eran complices en el robo. A las ocho vino Solander, el qual habia pasado la noche en una choza en compañia de huespedes mas honrados á una milla de allí, sin que le hubiesen hurtado nada.

Perdimos toda esperanza de recobrar lo perdido, y en efecto, jamas tuvimos noticia de ello: empleamos toda la mañana en pedir á Tutaha los cerdos que nos habia prometido, pero sin lograr nada, y así hubimos de volvernos con muy pocas provisiones. Al volvernos al bote gozamos de un espectáculo, que en algun modo nos re-

compensó de nuestras fatigas y pérdidas. Llegamos á uno de los parages, que son raros, en que la isla no está rodeada de arrecifes, y por consiguiente las olas muy altas se estrellaban en la costa: hubiera sido imposible al mejor de nuestros baxeles escapar de aquel peligro, y el mejor nadador de Europa hubiera sido arrebatado y sumergido de las furiosas olas, ó estrellado contra los peñascos de la orilla. Sin embargo, vimos diez ó doce Isleños, que se divertian en nadar alli: quando las olas reventaban cerca de ellos, se metian por debaxo de ellas, y salian al otro lado con una destreza y facilidad increibles. Lo que hizo mas divertido este espectáculo fue que los nadadores encontraron en medio del mar la popa de una piragua vieja: cogiéronla, y empujándola delante de sí, fueron nadando hasta cierta distancia mar adentro: entonces se metieron en ella dos ó tres Isleños, y volviendo el extremo chato contra las olas, eran impelidos ácia la costa con una rapidez increible; ordinariamente la ola rebentaba sobre ellos antes de llegar á la mitad del camino, y entonces se zabullian y salian á la otra parte, llevando siempre asido el pedazo de piragua; repitiendo despues la misma escena, la qual estuvimos contemplando con admiracion por mas de media hora. En este tiempo ninguno de los na-

dadores intentó salir á tierra, mostrando el mayor placer en esta diversion. Con este motivo debo observar, que la naturaleza humana está dotada de muchas facultades, que no se desenvuelven ni llevan á su mayor perfeccion sino por casualidades raras: todos los hombres son capaces de ciertos esfuerzos, que ninguno de ellos hace á no ser precisado por la necesidad ó por circunstancias extraordinarias. Estos nadadores empleando unas fuerzas, cuyo uso todos tenemos, á no estar impedidos por alguna enfermedad natural, executan prodigios que nos parecian superiores á las fuerzas humanas. Esto se ve tambien en los volatines, que sin haber recibido ningun privilegio particular de la naturaleza, han perfeccionado las facultades que todos tenemos como ellos: es verdad que no todos los hombres lograrian igual destreza aunque tuviesen el mismo exercicio; pero á lo menos harian progresos extraordinarios. Lo mismo digo de la sutileza de los sentidos en los ciegos y en los salvages, como ya he observado en otra parte. Para estimular, pues, los esfuerzos de los hombres, establezcamos por principio, que el que hiciere todo lo que pueda, hará mucho mas de lo que comunmente se cree.

Entre los Isleños que vinieron á vernos, habia algunos de una isla cercana,

que ellos llamaban *Eiemea* ó *Imao*, á la qual Wallis llamó *isla del Duque de Yorck.* Estos nos hicieron descripcion de veinte y dos islas situadas en las cercanias de Otahiti.

Habiendo pasado Banks á la isla de Imao con otras personas del navio, para establecer en ella el observatorio astronómico, á fin de observar el paso de Venus, vió dos piraguas que bogaban ácia el parage en que él se hallaba, y los Isleños le dieron á entender, que pertenecian á Tarrao, Rey de la isla, que venia á visitarle. Quando las piraguas se acercaron á tierra, el pueblo se formó en dos filas desde la playa hasta el parage en que se hallaba Banks, y el Rey desembarcó con su muger que se llamaba *Nuna.* Como se acercaban ácia el arbol, baxo el qual estaba Banks, les salió al encuentro, y los introduxo con grande ceremonia dentro del círculo que habia formado, para apartar á los otros Isleños. Es costumbre de estas naciones sentarse en sus conferencias; Banks desenvolvió una especie de turbante de muselina de la India, que llevaba en la cabeza en vez de sombrero, le extendió en tierra, y se sentaron todos juntos. Despues traxeron el regalo Real, que consistia en un perro, un cerdo, algunas frutas de pan, cocos, y otras cosas semejantes. Banks envió un barco al

observatorio para llevar este regalo; los mensageros volvieron con una hacha, una camisa, y bujerias de vidrio que ofreció al Rey, y este lo recibió con mucho gusto.

Durante esto, Tuburai y Tomio llegaron del observatorio; Tomio dixo que era parienta de Tarrao; le regaló un clavo, y á Nuna una camisa.

Despues del primer contacto interior de Venus con el Sol, Banks se volvió al observatorio, llevando consigo á Tarrao, Nuna, y algunos de los principales personages de su comitiva, entre los quales habia tres mugeres muy bellas. Les mostró el planeta debaxo del sol, y procuró hacerles comprender, que habian venido á su pais para observar aquel fenómeno. Poco despues Banks volvió con ellos á la isla de Imao, donde pasó lo restante del dia registrando las producciones, que halló ser las mismas que en Otahiti. Los hombres que allí vió, eran en todo semejantes á los Otahitinos, y reconoció á muchos que habia visto ya en Otahiti, de suerte que todos aquellos con quienes comerció, conocian sus mercaderias y el valor de ellas. Al dia siguiente nuestros observadores recogieron sus tiendas, y se volvieron á Otahiti. Las observaciones se hicieron en ambas partes con el mejor suceso, sin haber habido en todo el dia una nube que nos lo estorbase.

Durante este tiempo murió una vieja de distincion, que era parienta de Tomio; esto nos dió ocasion para ver como disponen de sus cadáveres, y nos confirmó en la opinion, que estas gentes no entierran sus muertos, contra la costumbre de casi todas las naciones conocidas. En medio de una plazuela quadrada, empalizada con aseo, elevaron sobre dos maderos el pavellon de una piragua, y pusieron dentro el cuerpo en un atahud como el que ya he descrito en otra parte. El cadaver estaba cubierto de una bella tela, y habian puesto cerca de él fruta de pan, pescado, y otras provisiones. Suponiamos que aquellos viveres se preparaban para el espiritu del difunto, y por consiguiente que aquellos Isleños tienen alguna idea aunque confusa de la exîstencia de las almas despues de la muerte; pero habiéndoselo preguntado á Tuburai, nos dixo que aquellos alimentos eran ofrendas que presentaban á sus Dioses. Sin embargo, no suponian que los Dioses comiesen, sino que les ofrecian aquella especie de homenage y reconocimiento. En frente de la plazuela habia un sitio, adonde los parientes de la difunta iban á pagar el tributo de su dolor, y debaxo del pavellon habia inumerable cantidad de pedacitos de tela, sobre los quales los plañideros habian derramado sus lágrimas y su sangre; porque en los arrebatos de su aflic-

cion es costumbre universal entre ellos hacerse heridas con un diente de tiburon. A pocos pasos de distancia habian construido dos chozas pequeñas; algunos parientes de la difunta permanecian en la una, y la otra servia para el principal personage del duelo, que es siempre un hombre revestido de un trage singular, el qual hace ciertas ceremonias que referiré mas adelante. Despues entierran los huesos en un parage cercano á aquel en que los ponen así, para que se pudran.

No es posible adivinar que causa puede haber inducido á estas naciones á esta costumbre; pero es digno de observarse, que segun Eliano y Apolonio Rodio, tenian la misma costumbre los habitantes de la Colquida, pais situado cerca del Ponto en el Asia, que hoy se llama la Mingrelia; excepto que esto no era comun á los dos sexôs; enterraban á las mugeres, pero envolvian los cadáveres de los hombres en un pellejo, y los colgaban al ayre con una cadena. Esta costumbre de los Colquidos tenia su origen de sus creencias religiosas: la tierra y el ayre eran los principales objetos de su culto, y se cree, que en conseqüencia de sus principios supersticiosos ofrecian sus muertos á estos dos elementos. No hemos descubierto si los Otahitinos adoptan semejantes principios; pero observamos, que

los cementerios son para ellos lugares sagrados, adonde van á dar cierta especie de culto.

Como los Isleños nos traian ya menos fruta de pan que al principio, preguntamos la causa, y nos dixeron, que los árboles prometian una cosecha abundante, y que cada uno habia cogido una porcion de fruta, para hacer una especie de masa agria, que los isleños llaman *Mahie*, y que despues de haber fermentado, se conserva por mucho tiempo, y les sirve de alimento mientras madura la fruta.

El principal personage del duelo debia hacer al cabo de algunos dias las ceremonias en honor de la vieja, cuyo sepulcro he descrito: Banks tenia tanta curiosidad de verlas, que se encargó de tomar algun empleo en esta funcion, porque le dixeron que no podia asistir sin esta condicion. Fue pues por la tarde al parage en que estaba depositado el cadaver, y fue recibido por la hija de la difunta, algunas otras personas, y un joven de unos catorce años, que se estaban preparando todos para la ceremonia. Tuburai era el xefe de la fiesta con un trage muy extraordinario, que sin embargo le caía bien. Desnudaron á Banks de sus vestidos Europeos: los Isleños ataron al rededor de su cintura una pieza pequeña de tela, y le untaron todo el cuerpo hasta los hombros con carbon y agua, de suerte que

parecia un negro. Hicieron la misma operacion con otras personas, y entre otras con algunas mugeres, dexándolas tan desnudas como á él: el jóven fue tambien untado de negro, y despues la comitiva empezó á marchar.

Tuburai proferia junto al cadaver algunas palabras que creo serian alguna oracion, y rezaba las mismas palabras quando volvió á su casa. Continuaron despues su procesion ácia el fuerte, adonde les habiamos permitido acercarse en esta ocasion. Los Otahitinos acostumbran huir con la mayor precipitacion al acercarse este entierro; luego que lo descubrieron los que estaban cerca del fuerte, corrieron á esconderse en el bosque. La procesion caminó á lo largo de la costa, y puso en fuga otra tropa de Indios de mas de ciento: atravesó despues el rio, y entró en el bosque, pasando junto á muchas casas que estaban desiertas, y no se vió ningun Otahitino mientras duró la procesion, que fue mas de media hora. Llamaban *Nineví* al empleo que exercia Banks, y otros dos tenian el mismo empleo. Como todos los Isleños habian desaparecido, fueron á decir al principal personage del duelo *imatata*, *no hay nadie*. En fin despidieron á toda la gente de la comitiva para que se labasen en el rio y tomasen sus vestidos.

No he hablado todavia de sus arcos y flechas, las quales rara vez traian al fuerte; sin embargo, Tuburai vino aquel mismo dia á vernos con su arco, en virtud de un desafio que le habia hecho Gore. Este Eri pensaba que seria sobre quien arrojaba la flecha mas lejos, y Gore sobre quien acertaria mas bien al blanco; y como éste no procuraba arrojar la flecha mas lejos que podia; y el otro no apuntaba al blanco, no pudo saberse quien era mas diestro. Tuburai queriendo entonces mostrarnos todo lo que podia, disparó una flecha á distancia de una sexta parte de milla. Sus saetas jamas tienen plumas, y es singular su modo de dispararlas; se arrodillan, y al punto que lanzan la flecha, sueltan en tierra el arco.

Banks en su paseo por la mañana encontró algunos naturales del pais, que reconoció eran músicos ambulantes; luego que supimos el parage en que habian de hacer noche, fuimos allá todos: tenian dos flautas y tres tambores, y habian concurrido á oirlos gran numero de Isleños. Los que tocaban el tambor acompañaban á los músicos con sus voces, y quedamos muy sorprendidos al ver que nosotros eramos el objeto de sus canciones. No esperabamos encontrar entre los Salvages de aquel rincon solitario del globo una profesion que es tan estimada entre las naciones mas cultas. Sin embargo, he

aquí los Bardos de Otahiti; improvisaban y untaban la música de sus instrumentos con sus voces: giraban continuamente de un lugar á otro, el dueño de la casa y los concurrentes les daban en recompensa las cosas que no les eran precisas, y que podian necesitar estos Bardos.

A pocos dias se cometió en el fuerte un nuevo hurto que nos acarreó nuevos cuidados é inconvenientes. A media noche un Isleño robó una yunque que nos servia para la fragua. Creí que era de la mayor importancia poner fin á estos hurtos, usando de un medio que interesase á los mismos Isleños á evitarlos. Yo habia dado orden que no se hiciese fuego contra ellos, aun quando se les cogiese en fragante: tenia para esto varias razones: no podia dar á los soldados de la guardia un poder de vida y muerte, de que ellos podrian usar quando se les antojase, y habia ya experimentado el empeño que tenian en matar por el menor motivo, quando se les daba permiso. Ademas, no creía que los hurtos que nos hacian los Otahitinos, fuesen dignos de muerte: no queria exponerlos á nuestras armas de fuego cargadas con bala, y cuidaba de que no se disparase contra ellos con pólvora sola, porque bien pronto se les hubiera disipado el temor que les causaba la explosion, viendo que no les hacia daño. Al

contrario, disparando con bala podiamos mantenerlos en el temor que tenian de nuestras armas, y librarnos de que se atreviesen á insultarnos. Sobrevino entonces un incidente que consideré como favorable á mi intento. Habian llegado unas veinte piraguas cargadas de pescado: las hice embargar y conducir al rio detras del fuerte; advertí á los Otahitinos que ibamos á quemarlas si no nos volvian la ayunque y las demas cosas que nos habian hurtado desde que estabamos en la isla. Me aventuré á publicar esta amenaza aunque no tenia intencion de executarla, no dudando que llegaria á noticia de los que tenian nuestras alhajas hurtadas, y que pronto nos las volverian, supuesto que todos los Otahitinos tenian interes en ello. Hice una lista de todo lo que nos habian hurtado: á medio dia nos volvieron la ayunque, y me hicieron las mãs vivas instancias para que soltase las piraguas, pero me mantũve firme en mi primera proposicion. Al dia siguiente volvieron sin traherme ninguna otra cosa, lo que me sorprendió mucho, porque los Isleños se hallaban en el mayor embarazo por temor de que se les pudriese su pescado. Vime pues en la alternativa ó de soltar las piraguas contra lo que habia protestado solemnemente, ó de detenerlas con gran perjuicio de los interesados y sin ninguna utilidad nuestra. Tomé por el pronto un expediente, que fue

permitirles tomar el pescado, quedandome con las piraguas. Este permiso causó nuevos desordenes é injusticias: como no era posible distinguir á quien pertenecia el pescado en particular, los que no tenian ningun derecho á él, se aprovecharon del permiso para saquear las piraguas. Repitieron sus instancias para que soltase las embarcaciones: yo tenia fundamento para creer que los efectos robados no estaban ya en la isla, ó que los interesados en las piraguas no tenian bastante autoridad sobre los ladrones para obligarlos á la restitucion; por lo que me ví precisado á entregar las piraguas, muy disgustado de la inutilidad de mi proyecto.

Entretanto sucedió otro lance, que estuvo á pique de enemistarme con los Isleños, á pesar de todas las precauciones que tomabamos para conservar la paz. Envié á tierra la chalupa, á fin de traher lastre para el navio: el oficial que la mandaba, no hallando al principio piedras propias para el intento, empezó á derribar la pared de un corralon donde depositaban los huesos de sus muertos: los Otahitinos se opusieron con violencia, y vino un mensagero á las tiendas á decirnos que no querian permitirlo. Banks partió al punto, y terminó amigablemente esta disputa, enviando la gente de la chalupa al rio donde podian recoger bastantes piedras para

lastrar el navio, sin ofender á los Isleños. Conviene advertir que estos se mostraban mas zèlosos en lo que tocaba á los muertos, que en lo que pertenecia á los vivos: esta fue la única ocasion en que se atrevieron á resistirnos, y excepto otro caso de la misma naturaleza jamas insultaron á ninguno de nosotros. Al coger Monkhouse una flor de un arbol situado en uno de los cercados de cementerio, un Otahitino fue por detras, y le dió un golpe; Monkhouse asió á su contrario, pero al punto llegaron otros dos Isleños, cogieron á nuestro Cirujano por los cabellos, y le precisaron á soltar á su paisano, huyendo despues sin hacerle ningun daño.

Mientras teniamos todavia en nuestro poder las piraguas, vino á visitarnos Oberea, y estrañamos mucho que no nos traxese ninguno de los efectos hurtados, constándola que habia sospechas de que ella guardaba algunos de ellos. Es verdad que dixo, que se los habia llevado Obedeé su amante, á quien ella habia castigado y despedido; pero bien conocia que no se la creia sobre su palabra. Dió las mas claras muestras de temor, pero lo toleró con la mayor resolucion, haciéndonos grandes instancias para que la permitiesemos á ella y á su comitiva pasar la noche en la tienda de Banks. No quisimos consentir, porque teniamos

muy reciente la memoria de los vestidos robados por la noche, y ademas la tienda estaba llena de otras personas. Ninguno de nosotros quisó recibirla, y se retiró á dormir en su piragua muy descontenta.

Al dia siguiente al amanecer volvió al fuerte con su piragua y todo lo que en ella se contenia, entregandose en nuestras manos con una grandeza de animo que nos dexó admirados. Para efectuar mas sinceramente la reconciliacion, nos regaló un cerdo y otras varias cosas, entre otras un perro. Habiamos sabido que los Otahitinos tienen la carne de este animal por mas delicada que la del cerdo, y resolvimos en esta ocasion hacer la experiencia. Entregamos el perro, que estaba muy gordo, á Tupia, que se encargó de guisarlo. Le mató apretandole fuertemente con la mano el hocico y la nariz, operacion que duró mas de un quarto de hora. Durante este tiempo, los Isleños abrieron un hoyo en tierra de cerca de un pie de hondo, en el qual encendieron fuego, y para caldearle pusieron capas alternativamente de leña y de guijarros pequeños. Tupia tuvo el perro por algun tiempo sobre las llamas, y rayendole con una concha, le quitó todo el pelo, como si le hubiesen pelado con agua hirbiendo. Abrióle con la misma concha, y sacandole las tripas, las envió al mar, donde las labaron con esmero, y

las metieron en cascaras de cocos como tambien la sangre que habian sacado del cuerpo al abrirle. Quando el hoyo estuvo bien caldeado, sacaron la lumbre, y pusieron en el fondo algunos de los guijarros que no estaban bastante encendidos, de suerte que mudasen el color de las cosas que tocaban: los cubrieron de hojas verdes, sobre las quales pusieron el perro con sus tripas: extendieron sobre el animal otra capa de hojas verdes y piedras calientes, y taparon el hoyo con tierra. Al cabo de unas quatro horas abrieron el hoyo, y sacaron el animal muy bien asado, el qual nos pareció á todos una comida excelente. A los perros que se crian en esta isla para comerlos, no se les dá carne sino solamente fruta de pan, cocos, ñames y otros vegetales. Los Otahitinos guisan del mismo modo todas las carnes y pescados.

Recibimos por este tiempo la visita de un xefe llamado Oamo, á quien aun no habiamos visto, y los Isleños le mostraban un respeto extraordinario. Traia consigo un niño de unos siete años, y una jóven que tendria como diez y seis años: aunque el niño ya podia andar, sin embargo le traia un hombre sobre sus espaldas, lo qual consideramos como una señal de su dignidad. Luego que los descubrieron á lo lejos, Oberea y otros varios Otahitinos que estaban en el fuerte, les salieron á recibir, despues de

haberse descubierto la cabeza y el cuerpo hasta la cintura : á medida que el xefe iba acercandose, todos los demas Isleños que estaban en las cercanias del fuerte, iban haciendo la misma ceremonia de descubrirse. Es probable que el descubrir el cuerpo sea en este pais una señal de respeto, y como manifiestan públicamente todas sus partes con igual indiferencia, no estrañamos ver á Uratua desnudarse de la cintura abaxo, lo qual quizá seria otra cortesia adaptada á personas de clase diferente. El xefe entró en la tienda, pero todas nuestras instancias no pudieron reducir á la jóven á que entrase, aunque parecia que su resistencia era forzada y contra su inclinacion. Los Isleños andaban muy solicitos para impedirselo, y empleaban hasta la fuerza quando la veian próxîma á ceder. Con igual inquietud detenian fuera al niño: Solander encontrándole á la puerta, le tomó por la mano, y le introduxo en la tienda antes que los Otahitinos lo advirtiesen; pero quando le vieron los que estaban dentro, al punto le hicieron salir.

Estas circunstancias excitaron vivamente nuestra curiosidad : nos informamos del estado de nuestros huespedes, y nos dixeron que Oamo era marido de Oberea; que hacia mucho tiempo que se habian separado de comun acuerdo, y que el niño y la jóven eran hijos suyos. Supimos tambien que el ni-

ño que se llamaba Terridiri, era el heredero presuntivo de la soberania de la isla; que su hermana le estaba destinada por muger, y que se diferia el casamiento hasta que tuviesen edad competente. El Soberano actual de la isla era un hijo de Vapai, á quien llamaban Outou, que estaba en menor edad, como ya he dicho antes. Vapai, Oamo y Tutaha eran hermanos; como Vapai el mayor de los tres, no habia tenido mas hijo que á Outou, el hijo de Oamo era el heredero de la soberania. Quizá parecerá estraño que un hijo sea Soberano viviendo su padre; pero segun la costumbre del pais, sucede en la autoridad y título de su padre desde el punto que nace. Se elige un regente: el padre del actual Soberano conserva ordinariamente su empleo con este título hasta que su hijo se halle en edad de reinar. Sin embargo, se habia derogado esta costumbre en esta ocasion, y la regencia habia recaido en Tutaha, tio del Rey, porque se habia distinguido en una guerra. Oamo me hizo varias preguntas sobre la Inglaterra, en las que mostró mucha penetracion é inteligencia.

CARTA CCLXI.

Decripcion de Otahiti.

Al dia siguiente me embarqué en el bote acompañado de Banks para rodear la isla, y formar un mapa de sus costas. Dirigimonos ácia el Este, y á las ocho saltamos en tierra en un distrito llamado Oahunue, gobernado por Ahio, xefe joven, á quien habiamos visto muchas veces en nuestra tienda, el qual quiso almorzar con nosotros. Hallamos tambien allí dos Otahitinos conocidos, que nos llevaron á sus casas, cerca de las quales encontramos el cuerpo de la vieja, cuyo entierro habia acompañado Banks. Esta habitacion habia pasado por herencia á uno de ellos, y como por esta razon era necesario que el cadaver fuese colocado en ella, le habian traido del parage en que habia sido depositado. Fuimos á pie ácia la ensenada Ohidea, donde estuvo surto Mr. de Bougainville: los Isleños nos mostraron el parage en que habia plantado sus tiendas, y el arroyo en que hizo aguada. No reconocimos ningun vestigio de su estancia allí, sino los hoyos en que habian estado plantadas las tiendas, y un pe-

dazo de una vasija rota. Vimos á Oretée, xefe que era su principal amigo, y cuyo hermano Aoturu se embarcó en la fragata Francesa.

Luego que exâminamos este parage, nos embarcamos: procúramos persuadir á un Otahitino llamado Tituboalo, que nos siguiese, pero no quiso consentir, y nos aconsejó que no fuesemos al otro lado de la bahia, porque aquel canton estaba habitado por un pueblo que no era vasallo de Tutaha, y que nos mataria. Esta noticia no nos hizo mudar de intento: cargamos nuestras armas con bala, y viendo esta precaucion que nos hacia formidables, el Otahitino consintió en acompañarnos.

Despues de haber bogado hasta la tarde, llegamos á un istmo situado en el fondo de la bahia, que divide la isla en dos peninsulas, cada una de las quales forma un gobierno separado é independiente del otro. Como aun no habiamos entrado en el pais enemigo, resolvimos pasar la noche en tierra: desembarcamos, y encontramos pocas casas, pero vimos muchas piraguas dobles, á cuyos dueños conociamos, y nos dieron de cenar y posada. Banks fue hospedado por Urutua, la muger que le habia cumplimentado en el fuerte de un modo tan extraordinario.

Al dia siguiente exâminamos el pais:

es una llanura pantanosa de cerca de dos millas: los Isleños atravesándola llevan sus canoas al otro lado de la bahia. Entonces nos preparamos á continuar nuestro camino ácia el canton que Tituboalo llamaba el otro reyno. Díxonos que aquella parte de la isla se llamaba *Tiarrabu* ú *Otahiti-Ete*, y Vegiatua el xefe que allí mandaba: tambien supimos con esta ocasion, que la parte de la isla en donde habiamos plantado nuestras tiendas, se llamaba *Opurconu ú Otahiti-Nue*. Tituboalo mostraba mas animo que el dia anterior; no repitió que la gente de Tiarrabu nos mataria, pero nos aseguró que allí no podriamos adquirir provisiones. En efecto, despues de nuestra partida del fuerte, no habiamos visto fruta de pan.

Andubimos algunas millas por mar, y desembarcamos en un distrito, mandado por un xefe, á quien llamaban *Maraitata, sepulcro de hombres*, y cuyo padre se decia *Paahairedo, robador de piraguas*. Aunque estos nombres parecia confirmaban lo que Tituboalo nos habia dicho, reconocimos bien pronto que se habia engañado. Padre é hijo nos recibieron con toda la atencion posible: nos dieron de comer, y despues de alguna detencion nos vendieron un cerdo grande por una hacha. Rodeonos una multitud de Isleños, y entre ellos no vimos mas que dos conocidos. No observamos en-

tre ellos ninguna de las bujerias ó géneros de nuestro navio ; y sin embargo, vimos algunas cosas de Europa. En una casa encontramos dos balas de doce libras, una de las quales tenia la marca de Inglaterra, aunque los Isleños nos dixeron que la habian recibido de los navios que estaban en la rada de Bougainville.

Marchamos á pie hasta el distrito, que dependia inmediatamente de Vegiatua, principal Xefe ó Rey de la peninsula. Vegiatua tenia un hijo, pero no sabemos, si segun la costumbre de la otra peninsula, gobernaba como regente, ó en su propio nombre. Este distrito se compone de una grande y fertil llanura, regada por un rio que tuvimos que atravesar en una piragua : los Isleños que nos seguian, tuvieron por mejor pasarle á nado. No vimos en este parage ninguna casa que pareciese habitada, sino solamente las ruinas de muchas casas grandes. Seguimos á lo largo de la costa, que forma una bahia, llamada *Oaitipea*, y en fin hallamos al xefe sentado junto á algunos pabellones de piraguas pequeñas, en las quales juzgamos que él y los suyos pasarian la noche. Vegiatua era un viejo seco, cuya barba y cabello eran canos: tenia en su compañia una hermosa muger de unos veinte y cinco años, llamada Tudide. Habiamos oido hablar muchas veces de esta muger, y

segun lo que nos dixeron y lo que vimos, esta era la Oberea de aquella peninsula. Los arrecifes que hay á lo largo de la costa, forman entre este parage y el istmo ensenadas en que los navios podian estar en perfecta seguridad.

Learee, el hijo de Vegiatua, de quien habiamos comprado un cerdo, nos acompañaba: el pais que andubimos, parecia mas bien cultivado que los demas de la isla: corrian arroyos por todas partes por cauces estrechos de piedra, y los parages de la costa bañados del mar parecian tambien cubiertos de piedras. Las casas no son espaciosas, ni en gran número; pero las piraguas que estaban amarradas á lo largo de la costa, eran inumerables. Eran mas grandes y mejor hechas que todas las que habiamos visto hasta entonces: la popa era mas alta, lo largo de la embarcacion mas considerable, y los pavellones estaban sostenidos en columnas. Casi á cada paso de la isla habia un edificio sepulcral; tambien vimos muchos en lo interior: eran de la misma forma que los de la otra peninsula, pero mas aseados, mejor conservados, y adornados con muchas tablas puestas en pie, sobre las quales habian esculpido diferentes figuras de páxaros y hombres. Sobre una de estas tablas habian representado un gallo de color roxo y amarillo, para imitar las plumas de este animal: vi-

mos tambien algunos retratos groseros de hombres, puestos unos sobre las cabezas de los otros. No vimos ninguna fruta de pan en este canton, aunque es fertil y bien cultivado: los árboles eran enteramente esteriles, y nos pareció que los habitantes se alimentaban principalmente de nueces bastante parecidas á las castañas, que ellos llaman *ahée*.

Quando nos cansamos de andar á pie, llamamos la chalupa que nos seguia, Tituboalo y Tuahou no iban ya con nosotros: presumimos que se habrian quedado con Vegiatua, esperando que volvieramos por ellos, como se lo habiamos prometido; pero no nos fue posible executarlo. Sin embargo, se embarcaron con nosotros Tearee y otro Otahitino, y caminamos hasta enfrente de una isleta llamada Otoraeite. Era ya noche, por lo que resolvimos desembarcar, y los Isleños nos conduxeron á un parage, donde nos dixeron que podriamos dormir: era una casa desierta, cerca de la qual habia una pequeña ensenada, donde la chalupa podia estar segura. No teniamos provisiones: Banks entró en el bosque á ver si encontraba algunas: como la noche era muy obscura, no halló ningun Isleño ni mas edificios que una casa sin habitadores: no traxo mas que una fruta de pan, y algunos ahees, lo que jun-

to con lo que llevabamos, nos sirvió de cena poco agradable por falta de pan.

Prosiguiendo nuestro giro de la isla, saltamos en tierra por consejo de un Otahitino, que nos dixo que el pais era rico y fertil. El xefe, llamado Matiabo, vino al punto á vernos; pero manifestó que ignoraba nuestro modo de comerciar. Sin embargo, sus vasallos nos trajeron gran porcion de cocos, y unas veinte frutas de pan, las quales nos costaron muy caras; pero el xefe nos vendió un cerdo por una botella de vidrio, que prefirió á todas nuestras mercaderias. Poseia un ganso y una paba, que el navio de Wallis habia dexado en la isla; estas aves estaban muy gordas, y tan domesticadas, que seguian á los Isleños á todas partes, y éstos las amaban mucho.

En una gran casa de las cercanias vimos un espectáculo nuevo para nosotros: al uno de sus extremos habia una tabla en forma de semicírculo, de la qual colgaban quince mandíbulas humanas; nos parecieron frescas, y tenian todos sus dientes. Un objeto tan extraordinario excitó vivamente nuestra curiosidad: hicimos varias preguntas; pero por entonces nada pudimos averiguar; aquella gente no queria, ó no podia entendernos.

Quando salimos de este lugar, Matiabo nos pidió permiso para acompañarnos,

en lo que consentimos con gusto: pasó lo restante del dia con nosotros, y nos fue muy util, sirviéndonos de piloto en los baxos. Por la tarde entramos en la bahia del Nord-Oeste de la isla, que corresponde á la de Sud-Este, de suerte que el istmo divide la isla, como ya he dicho. Luego que costeamos las dos terceras partes de esta bahia, resolvimos pasar la noche en tierra. Vimos á cierta distancia una casa grande, que Matiabo nos dixo era de un amigo suyo: poco despues nos salieron al encuentro muchas piraguas, en las quales venian varias mugeres muy bellas, que segun sus ademanes parece venian á convidarnos á desembarcar. Hallamos que la casa pertenecia á Viveru, xefe de aquel distrito, el qual nos recibió amigablemente, y mandó á los suyos que nos ayudasen á guisar nuestras provisiones, de que teniamos bastante cantidad. Quando estuvo dispuesta nuestra cena, nos conduxeron á la parte de la casa en donde Viveru estaba sentado. Matiabo cenó con nosotros, y Viveru hizo traer comida al mismo tiempo: la cena fue muy alegre y divertida. Despues nos señalaron el parage en que habiamos de dormir, y enviamos á pedir nuestras capas. Matiabo pidió una para sí, y como se habia portado bien hasta entonces, no tuvimos dificultad en dársela. Acostámonos,

y advertimos que Matiabo no estaba con nosotros, bien que creimos habria ido á bañarse, como lo acostumbran estos Isleños antes de dormir; pero á poco rato vino un Otahitino á decirnos que Matiabo se habia huido con la capa. No podiamos alcanzarle sin el auxîlio de los Isleños: Banks fue al punto á contarles el suceso, encargándoles que recobrasen la capa, y para aterrarlos mostró una de las pistolas que llevaba siempre consigo. Este espectáculo les causó tanto terror, que en vez de ayudarnos para descubrir al ladron, se huyeron todos con la mayor precipitacion; pero cogimos á uno de ellos, que se ofreció á dirigirnos ácia donde estaba Matiabo. Marchó con Banks, y aunque fuimos corriendo, se habia anticipado á nosotros el terror, y diez minutos despues encontramos á uno que traia la capa que Matiabo habia abandonado de miedo: no quisimos perseguirle mas. Al volver encontramos desierta la casa en que antes habia mas de trescientas personas. Pero como los Isleños conocieron luego que nosotros no estabamos irritados sino contra Matiabo, Viveru, su muger, y otros varios volvieron, y se alojaron en el mismo lugar que nosotros.

Esperabanos otra escena mas inquieta: nuestra centinela nos alarmó á las cinco de la mañana, diciéndonos que nos habian

hurtado la chalupa. Con esta triste noticia nos levantamos al punto, y corrimos ácia el mar: la madrugada era clara, y tendiendo la vista por todas partes, nada descubrimos. Halllábamonos en la situacion mas funesta, esperando por momentos que los Isleños nos atacasen, quando vimos volver nuestra chalupa, que habia sido arrastrada por la marea. Al punto almorzamos, y nos embarcamos, temiendo no nos sucediese otro fracaso. Este distrito está situado á la parte Septentrional de Tiarrabu, peninsula Sudeste de Otahiti, á cosa de cinco millas al Sudeste del istmo: se halla en él una ensenada grande y cómoda, y tan buena como qualquiera otra de la isla: la tierra de al rededor es muy abundante en producciones. Aunque habiamos tenido poca comunicacion con este distrito, fuimos recibidos en todas partes con amistad. Es fertil y poblado, y segun lo que vimos, se halla en estado mas floreciente que Oporeonu, aunque no tiene la quarta parte de su extension.

Desembarcamos despues en el ultimo distrito de Tiarrabu, gobernado por un xefe llamado Omoé: éste á la sazon estaba fabricando una casa, y tenia mucho deseo de adquirir una hacha, la qual hubiera comprado á costa de todo lo que tenia. Por desgracia no llevabamos ninguna en la chalupa;

le ofrecimos comerciar con clavos, pero no quiso admitir ninguno. Embarcámonos, pero Omoé no perdiendo la esperanza de conseguir de nosotros alguna cosa que le fuese util, nos siguió en una piragua con su muger Vano-Uda. Poco despues le recibimos en nuestra chalupa, y despues de haber andado como una legua, nos pidió que le llevasemos á tierra, lo que hicimos al punto, y encontramos algunos de sus vasallos que traian un cerdo muy gordo. Nosotros teniamos tanto deseo de adquirir este animal como Omoé el hacha; por lo que le diximos, que si queria llevar el cerdo á *Matavai*, nombre que dan á la bahia de *Puerto-Real*, le dariamos una hacha grande, y ademas un clavo. Despues de haber deliberado con su muger, convino en ello, y nos entregó una gran pieza de tela de su pais en prenda de que cumpliria su palabra, y sin embargo faltó á ella.

En este parage vimos una curiosidad singular, que era la figura de un hombre, hecha groseramente de mimbres, pero no mal trazada: tenia mas de siete pies de alto, y era demasiado gruesa para su altura. La caxa del cuerpo estaba enteramente cubierta de plumas blancas en las partes donde los Otahitinos dexan al cutis su color natural, y negras en las que acostumbran

pintarse. Habian formado una especie de cabellos sobre la cabeza, y quatro protuberancias, tres en la frente, y una detras, que hubieramos llamado cuernos; pero los Isleños las llamaban *Late-Eté*, *hombres pequeños*. Esta figura se llamaba *Manioc*, y nos dixeron que era la unica de su especie en toda la isla de Otahiti. Intentaron explicarnos de que servia, y el fin para que se habia hecho; pero no entendiamos bastante su lengua para comprehenderlo. En adelante supimos que representaba á *Mauve*, uno de sus *Eatuas* ó dioses de segunda clase.

Proseguimos nuestro camino, y llegamos á Oporeonu, la peninsula del Nord-Oeste: saltamos en tierra, y no vimos de particular mas que uno de sus cementerios, singularmente adornado. El suelo estaba sumamente aseado, y habia una piramide de cerca de cinco pies de alto, enteramente cubierta de los frutos de dos plantas que son peculiares de Otahiti. Cerca de la piramide habia una figura de piedra groseramente trabajada; este es el unico monumento de piedra esculpida que hemos visto en esta isla; los Otahitinos la apreciaban mucho, y habian hecho un cobertizo unicamente para defenderla de las injurias del tiempo.

Hallándonos cerca del distrito que pertenecia á Oamo y Oberea, nuestros amigos, resolvimos pasar allí la noche; éstos se ha-

llaban á la sazon en nuestro fuerte, y sin embargo, nos dirigimos á la casa de Oberea, que aunque pequeña, era muy aseada: no encontramos en ella mas que á su padre, el qual nos recibió con muestras de amistad. Queriendo nosotros aprovechar lo que restaba del dia, fuimos á una punta de tierra, sobre la qual habiamos visto unos árboles, que ellos llaman *Etoa*, y que distinguen ordinariamente los lugares que depositan sus muertos: á estos cementerios dan el nombre de *Morai*, y á ellos van á dar cierta especie de culto religioso. Bien pronto nos admiró la vista de un enorme edificio, que nos dixeron era el Morai de Oamo y Oberea, y el unico munumento de arquitectura de toda la isla.

Era una fabrica de piedra elevada en piramide, sobre una basa quadrilonga de doscientos sesenta y siete pies de largo, y ochenta y siete de ancho: estaba construida como las pequeñas elevaciones piramidales, sobre las quales á veces colocamos la columna de un quadrante solar, en las quales cada lado está en forma de escalera. Los escalones de los dos lados eran mas anchos que los de las puntas, de suerte que el edificio no remataba en paralelogramo como la basa, sino en un techo como el de nuestras casas. Cada escalon se componia de una hilera de pedazos de coral

blanco, labrados y bien pulimentados: lo restante de la masa, porque no habia hueco en lo interior, se componia de guijarros redondos, que por la regularidad de su figura, parecian labrados. Algunas de las piedras de coral eran muy grandes; medimos una que tenia tres pies y medio de largo, y dos y medio de ancho. La basa era de piedras de roca, labradas tambien en quadro: una de ellas tenia unos quatro pies y siete pulgadas de largo, y dos pies y quatro pulgadas de ancho. Mucha admiracion nos causó el ver este edificio construido sin instrumentos de hierro para cortar y labrar las piedras, y sin mezcla para trabarlas: la fábrica era tan unida y sólida como si la hubiera hecho el mejor arquitecto de Europa: solo que los escalones del lado mas largo no estaban perfectamente rectos, formando en el medio una especie de hondonada, de suerte que toda la superficie desde un extremo á otro presentaba una linea curba. Como no habiamos visto ninguna cantera en las cercanias, juzgamos que los Isleños habrian traido la piedra de muy lejos, y no teniendo bestias de carga, deberian trasportarlas á fuerza de brazos. Tambien debian de haber sacado el coral de la superficie del agua, porque aunque lo hay en abundancia en el mar, está siempre á la profundidad de tres pies por lo menos. No pudieron cortar el coral y

piedras sino con instrumentos de la misma materia, lo que supone un trabajo increible. El pulimentar les era mas facil; para esto se servian de una arena de coral duro, que se halla en todas aquellas costas. En medio de la cima de esta mole habia una figura de ave esculpida en madera, y cerca de ésta otra truncada de un pez, esculpida en piedra. Toda esta piramide hacia parte de una plaza espaciosa casi quadrada, cuyos lados tenian trescientos sesenta pies de largo, y los otros dos trescientos cincuenta y quatro: la plaza estaba rodeada de paredes, y empedrada en toda su extension de piedras llanas: á pesar de este empedrado crecian allí algunos árboles *etoas* y platanos. A corta distancia al Oeste del edificio, habia una especie de patio empedrado, donde habia algunas plataformas pequeñas, elevadas sobre columnas de madera de siete pies de alto: los Otahitinos las llaman *Evatas*: nos parecieron una especie de altares, porque ponian en ellas provisiones de todos géneros en ofrenda á sus dioses. Despues vimos sobre estos altares cerdos enteros, craneos de mas de cincuenta de estos animales, ademas de otros muchos de perros.

El objeto principal de la ambicion de estos Isleños es tener un Morai magnifico; este era un soberbio monumento de la clase y poder de Oberea. Ya he advertido, que no

la encontramos revestida de la autoridad que tenia quando estuvo Wallis en Otahiti, y ya he sabido el motivo. Yendo de su casa al Morai á lo largo de la costa, observamos por todas partes muchos huesos humanos esparcidos, y principalmente costillas y vertebras: preguntamos el motivo, y nos dixeron, que en el ultimo mes de Ovaraheu, que corresponde al mes de Diciembre de 1768, quatro ó cinco meses antes de nuestra llegada, el pueblo de Tiarrabu, peninsula Sud-Este de Otahiti, habia hecho un desembarco en este parage, y mató gran número de habitantes, cuyos huesos veiamos sobre la playa; que en esta ocasion Oberea y Oamo, que tenia á la sazon el gobierno de la isla por su hijo, se habian huido á las montañas; que los vencedores habian quemado todas las casas, que eran muy grandes, y se habian llevado los cerdos y demas animales que habian podido encontrar. Tambien supimos que la paba y el ganso que habiamos visto en casa de Mataibo, eran uno de estos despojos. Este hecho explica por qué encontramos aquellas aves en un pueblo con quien Wallis no habia tenido casi ninguna comunicacion. Quando diximos que habiamos visto en Tiarrabu mandibulas humanas colgadas de una tabla en una casa grande, nos respondieron que los Conquistadores se las habian llevado como trofeos de

su victoria. Los Otahitinos hacen alarde de las mandibulas de sus enemigos, así como los habitantes de la América Septentrional llevan en triunfo las cabelleras de los que matan en la guerra.

Dormimos aquella noche tranquilamente, y al otro dia fuimos á Atahuru, lugar de la residencia de Tutaha, donde nos habian robado los vestidos la última vez que allí estuvimos. Este suceso parecia ya olvidado de nuestra parte y la suya: recibieronnos con mucha amistad, nos dieron una buena cena y posada, donde dormimos sin que nos quitasen nada, y sin ser inquietados.

El 1 de Julio volvimos á Matavai, despues de haber rodeado toda la isla que hallamos tendria de boxéo unas treinta leguas, comprendidas las dos peninsulas. Nos quejamos de la falta de fruta de pan: los Isleños nos dixeron, que ya casi se habia apurado la cosecha del año anterior, y que la fruta que habiamos visto en los árboles no se podria comer hasta al cabo de unos tres meses, lo que nos dió á conocer la causa de haber encontrado tan poco en nuestro viage.

Miéntras madura la fruta de pan en las llanuras, los Otahitinos se aprovechan de los árboles que tienen plantados sobre los cerros para tener alimentos en todo tiempo; pero la cantidad no es suficiente para evitar la carestia. Entonces se alimentan de la masa

agria que llaman *Mahie*, como ya he dicho, de platanos silvestres, de nueces de *Ahée*, que estan ya maduras, á no ser que la fruta de pan madure antes.

Los Otahitinos amigos nuestros nos rodearon en gran numero, y ninguno venia con las manos vacias. Aunque yo habia resuelto devolver las piraguas embargadas, aun no se habia executado: los Otahitinos volvieron á pedirlas, y yo se las entregué. Con este motivo no puedo dexar de advertir, que estos Isleños practican unos con otros ciertos fraudes con una malicia refinada, lo qual me dió mucho peor opinion de su caracter, que los hurtos que cometian, cediendo á las violentas tentaciones, que les causaba la vista de nuestros efectos.

Entre los que acudieron á mí suplicándome soltase las piraguas, habia un cierto Potatou, persona de alguna importancia, á quien todos conociamos: consentí en ello, suponiendo que seria suya la piragua, ó que la reclamaba en nombre de algun amigo suyo: en conseqüencia fue á tomar una de las piraguas, la qual empezó á llevarse. Los verdaderos dueños de la piragua acudieron al punto á pedirla, y sostenidos por otros Isleños, le improperaron á gritos, que les quitaba lo que era suyo, y se disponian á recobrarla por fuerza. Potatou dixo para justificarse, que á la verdad la piragua ha-

bia sido de ellos, pero que habiéndola yo confiscado, se la habia vendido por un cerdo. Esta declaracion puso fin á sus clamores; el usurpador se hubiera aprovechado de su fraude, si algunos de mi gente no hubieran venido á darme parte de lo que pasaba. Mandé al punto que desengañasen á los dueños de la piragua, los quales la recobraron, y Potatou conoció tan bien lo feo de su delito, que ni él ni su muger, que era cómplice de su maldad, no se atrevieron por largo tiempo á ponersenos delante.

Banks, acompañado de algunos Otahitinos que le servian de guias, fue el dia tres á seguir la corriente del rio. En las seis primeras millas encontraron á las dos orillas del rio casas que no estaban distantes unas de otras: le mostraron despues una casa, que seria la última que viesen: su dueño les ofreció varias frutas que admitieron, y habiéndose detenido breve rato, continuaron su camino por un espacio bastante largo. Creyeron que habrian andado como unas seis millas: pasaron por debaxo de bóbedas formadas por fragmentos de peñascos, donde le dixeron que dormian muchas veces los Indios quando les cogia allí la noche. Poco mas allá vieron que el rio estaba cercado de rocas escarpadas: hacia allí una cascada, de que se formaba un lago, cuya

corriente era tan rapida, que los Otahitinos le aseguraron era imposible pasar. Parece que no conocen el valle mas allá de este parage: solamente van á las laderas de los peñascos y á las llanuras que hay en las cimas, donde cogen gran cantidad de platanos silvestres que ellos llaman *Vaé*. El camino que iba desde las orillas del rio á estos peñascos, era horrible: las laderas casi perpendiculares tenian á veces cien pies de elevacion: los arroyuelos que brotaban á cada paso de las hendiduras de las peñas, le hacian en extremo resvaladizo: sin embargo, por medio de aquellos precipicios se habia abierto una senda con el auxîlio de grandes pedazos de corteza del *hibiscus tiliaceus*, cuyos pedazos unidos unos con otros servian de cuerda á los que querian trepar. Una de estas cuerdas tenia cerca de treinta pies; las guias de Banks se ofrecieron á ayudarle, si queria subir, diciéndole, que á corta distancia de allí encontraria un camino menos peligroso y dificil. Banks exâminó aquella parte de montaña que le decian era mejor camino, y la halló tan mala, que no tuvo por conveniente exponerse, mayormente no habiendo objeto que mereciese tanto trabajo y peligro, pues no era mas que un bosque de platanos silvestres, ó *vaes*.

En esta excursion tuvo proporcion para observar si habia minas en los peñascos, que

eran casi pelados, pero no descubrió la menor apariencia. Nos pareció evidente, que aquellos peñascos habian sido quemados, como los de la Madera; y de todas las piedras que se recogieron en Otahiti, no habia ninguna que no tuviese señales incontestables del fuego, á excepcion, tal vez, de algunos pedazos de un guijarro de que hacen hachas, y aun entre estos encontramos algunos, que casi estaban reducidos á pomex. Se advierten tambien rastros de fuego en la arcilla que hay sobre los cerros; y se puede suponer con razon, que Otahiti y las islas vecinas son reliquias de un Continente que algunos naturalistas han creido necesario en aquella porcion del Globo, para conservar el equilibrio de sus partes, despues que fue sepultado por el mar por la explosion de algun fuego subterraneo. Otros creen que estas islas fueron separadas de los peñascos que despues de la creacion del mundo habian servido de cauce al mar, y elevadas por la explosion del fuego á una altura á que jamás pueden llegar las aguas.

Banks sembró muchas pipas de sandia, de naranja, de limon y otras semillas que habia llevado del rio Janeiro: tambien dió gran numero de ellas á los Isleños. Disponiamos ya nuestra partida, quando vino á visitarnos Oberea con Oamo y sus dos hijos: la hija, que supimos se llamaba Toimata,

tenia mucho deseo de ver el fuerte, pero su padre no se lo permitió. Tearee, hijo de Vegiatua, Soberano de Tiarrabu, estaba con nosotros al tiempo de esta visita. Nos avisaron tambien que habia desembarcado el sagaz ladron que nos habia hurtado el quadrante, y que venia con ánimo de emplear su destreza. Los Otahitinos se convidaron á ayudarnos á inutilizar su proyecto, pidiendo para este fin se les permitiese dormir en el fuerte, lo qual produxo tán buen efecto, que el ladron desesperando de salir con su intento, abandonó la empresa.

Empezamos á desmantelar nuestro fuerte, y esperabamos salir de la isla sin recibir ni causar ninguna ofensa; mas por desgracia sucedió al contrario. Habiendo salido del fuerte dos marineros con mi permiso, robaron al uno su cuchillo; para recobrarle, debió de usar de medios violentos: los Isleños le acometieron, y le hirieron peligrosamente de una pedrada; despues de haber herido levemente en la cabeza al otro marinero, se huyeron á la montaña. Como yo hubiera sentido tomar conocimiento sobre este asunto, me alegré que los delinqüentes se hubiesen escapado; pero bien pronto me ví envuelto á mi pesar en otra qüestion, que no me era posible evitar.

Dos soldados jóvenes desertaron del fuerte en la noche del 8 al 9, y no lo adverti-

mos hasta por la mañana: yo presumí que sin duda querrian quedarse en la isla. El 10 por la mañana viendo que no parecian los desertores, preguntamos por ellos á los Isleños, y nos dixeron francamente que se habian retirado á la montaña, donde era imposible á los nuestros el hallarlos. Envié en su busca dos de los nuestros con guias de los Isleños; y al mismo tiempo mandé á varios xefes que estaban en el fuerte, y entre otros Tuburai, Tomio, y Oberea, que no saliesen de allí hasta que pareciesen los desertores. Al mismo tiempo hice prender á Tutaha; y conducirle al navio, lo qual se executó sin tumulto: viendo que se acercaba la noche y que no parecian los dos que yo habia enviado á buscar á los desertores, hice llevar al navio á Tuburai, Oberea y otros xefes, lo qual causó la mayor consternacion.

Algunos Isleños traxeron al uno de los desertores á las nueve de la noche, y declararon, que no entregarian al otro, ni á los dos que habian ido á buscarlos, hasta que pusiese en libertad á Tutaha. Yo no cedí por eso: envié un destacamento de soldados á traer á los prisioneros, y dixe á Tutaha que enviase algunos de los suyos para ayudar á la pesquisa, y que de lo contrario él seria responsable. Consintió en ello, y al dia siguiente llegaron los tres prisioneros, y yo puse en libertad á los xefes.

Preguntando yo despues á uno de mis emisarios sobre lo que les habia sucedido, me dixo, que los Otahitinos que los acompañaban y los que habián encontrado en el camino, no les habian querido dar noticia del lugar en que se hallaban los desertores, y al contrario les habian impedido sus investigaciones; que volviéndose ya al navio para tomar nuevas ordenes, habian sido sorprendidos por hombres armados, que sabiendo la prision de Tutaha, se habian emboscado al paso para este fin; que los Isleños les quitaron las armas, y les dixeron no los soltarian hasta que Tutaha estuviese en libertad. Añadió, que habia habido una gran riña entre los Otahitinos sobre si los habian de soltar, ó mantenerlos presos, y despues de haberse dado algunos golpes, prevaleció este ultimo partido: que poco despues un destacamento de Otahitinos traxo á los dos desertores, y despues de algunos debates resolvieron enviar al uno de ellos para informarme de su resolucion.

Los xefes puestos en libertad nos manifestaron su agradecimiento con una liberalidad, que seguramente no mereciamos; nos instaron mucho para que admitiesemos un regalo de quatro cerdos; rehusamos absolutamente recibirlos como regalo, y viendo que no querian admitir nada en cambio, les volvimos sus cerdos. Pregunté á los de-

sertores sobre el motivo de su desercion, y me dixeron, que habiéndose enamorado de dos Otahitinas, habian resuelto ocultarse hasta que el navio se hubiese marchado, y quedarse en Otahiti.

Tupia, de quien he hecho mencion varias veces, era uno de los Isleños que casi siempre estaban con nosotros. Habia sido primer Ministro de Oberea, quando esta gozaba de la autoridad soberana: ademas era el principal *Tahova* ó Sacerdote de la isla, y por consiguiente estaba bien instruido en los principios y ceremonias de su Religion. Tenia tambien muchos conocimientos acerca de la navegacion, y en particular conocia el numero y situacion de las islas vecinas. Nos habia manifestado muchas veces su deseo de embarcarse con nosotros: el dia once se habia retirado con sus demas compañeros, pero al dia siguiente vino á bordo, acompañado de un jóven de unos trece años, que le servia de criado, y nos instó le permitiesemos acompañarnos en nuestro viage. Como nos era tan util su compañia y trato para informarnos de todo lo perteneciente á Otahiti, luego que supiese nuestra lengua, le recibí con mucho gusto.

Fuimos á tierra el dia doce á despedirnos de nuestros amigos, y nos reconciliamos enteramente con todos los xefes. El

dia trece desde el amanecer se llenó el navio de Otahitinos amigos nuestros, y estaba rodeado de piraguas en que venian otros muchos de clase inferior. Llevamos anclas á cosa de mediodia, y quando el navio estuvo á la vela, los Isleños se despidieron de nosotros derramando lágrimas, penetrados de una tristeza modesta y silenciosa, que era muy tierna é interesante: al contrario, los que estaban en las piraguas daban desaforados gritos, como afectando el mayor sentimiento. Tupia sufrió esta escena con una tranquilidad y firmeza admirables; no pudo á la verdad contener las lágrimas, pero los esfuerzos que hizo para ocultarlas, hacian mas honor á su carácter. Envió una camisa por último regalo á Potomai, que era la favorita de Tutaha, y mientras que pudo distinguir las piraguas estuvo haciendo señas.

CARTA CCLXII.

Carácter de los Otahitinos.

De este modo salimos de Otahiti, despues de una mansion de tres meses: por la mayor parte de este tiempo vivimos en la mayor amistad y mutua voluntad: las desavenencias que hubo, causaron mucho menor sentimiento á los Isleños que á nosotros. Estas eran siempre una conseqüencia de la situacion y circunstancias en que nos hallabamos, debilidades de la naturaleza humana, la imposibilidad de entendernos, y en fin la propension de los Otahitinos al hurto, que no podiamos precaver ni tolerar. Nuestro trafico se hizo con tanto órden y arreglo como en el mejor mercado de Europa: adquiriamos nuestras provisiones en cambio de quincalla, clavos y otras bujerias. Los mejores articulos para el trafico de Otahiti son hachas grandes y pequeñas, clavazon, cuchillos, navajas, anteojos y cosas de vidrio; con algunos de estos géneros se puede comprar todo lo que tienen en su isla. Gustan mucho de los lienzos blancos y pintados; pero una hacha de poco valor es preferida por ellos á una pieza de lienzo.

De las repetidas observaciones que hicimos allí, resulta que la punta Venus, extremidad Septentrional de la isla y punta oriental de la bahia, yace á los 149 grados 30 minutos de longitud. La isla está rodeada de un arrecife de peñas de coral, que forma muchas bahias y puertos excelentes: el fondeadero es espacioso, y el agua bastante profunda para contener gran número de los navios mas gruesos. La bahia de Puerto-Real, llamada por los naturales Matavai, que no cede en bondad á ninguna otra de Otahiti, puede ser reconocida facilmente por medio de una montaña muy alta, situada en medio de la isla, y al Sur de la punta Venus.

Exceptuando la parte cercana al mar la superficie del pais es muy desigual; se eleva en alturas que atraviesan por medio de la isla, y forman montañas que se pueden descubrir á sesenta millas de distancia. Entre las faldas de estas montañas y el mar hay una banda de tierra baxa que rodea casi toda la isla; lo ancho de esta banda varía segun los diferentes parages, pero en ninguna parte tiene mas de milla y media. A excepcion de la cima de las montañas el terreno es en todas partes en extremo fértil, regado de gran número de arroyos de excelente agua, y cubierto de árboles frutales de varias especies, los quales forman un bosque continuado. Aunque la cima de las montañas es en

general esteril y abrasada por el sol, sin embargo en algunos parages produce frutas.

Algunos valles y la tierra baxa que hay entre las faldas de las montañas y el mar, son los únicos parages habitados, y aun se puede decir que están muy poblados. Las casas no forman poblaciones unidas; están situadas á lo largo de la banda de tierra llana, separadas unas de otras, rodeadas de plantios de plátano. Toda la isla, segun Tupia que seguramente la conoce bien, puede suministrar 6780 combatientes, de donde se puede inferir quanta será su poblacion.

La isla de Otahiti produce fruta de pan, cocos, bananas de trece especies, y las mejores que jamas hemos comido; *planes*, fruta muy semejante á la manzana, que es muy gustosa quando está madura; patatas dulces, ñames, cacao, una especie de *arum*, fruta conocida en Otahiti con el nombre de *jambú* que es la mas estimada de aquellos Isleños: cañas de azucar, que los Otahitinos comen crudas; una raiz que llaman *pea*; una planta llamada *eti*, de la qual solo comen la raiz; la fruta *ahi*, que se cria en bainillas como las habas, y asada tiene un gusto semejante á la castaña; un arbol llamado *varra*, y en la India Oriental *pandanes*, cuyo fruto se parece á la piña, con algunas otras plantas. La clase inferior de los Otahitinos se alimenta de otras frutas inferiores, las quales no

comen los demas sino en tiempo de carestia. Todas estas frutas son producciones espontaneas de la naturaleza, ó bien el cultivo se reduce á tan poco, que no tienen que trabajar para procurarse el sustento.

Se halla tambien en Otahiti el *morus papirifera*, llamado por los Isleños *auta*, del qual se hace el papel de la China; un arbol semejante á la higuera silvestre de América; otra higuera que ellos llaman *mate*, y otras muchas plantas, que seria largo referir. No tienen ninguna especie de frutos, legumbres, granos, ni flores de las de Europa.

Los cerdos, los perros y las aves caseras son los únicos animales domésticos de los Otahitinos: exceptuando los patos, palomas, papagayos, un corto número de otros paxaros, y las ratas, no tienen ningun animal salvage. No se halla en la isla ninguna culebra, ni quadrupedos de casta diferente de las dichas. El mar suministra á estos Isleños gran cantidad de excelente pescado de todas especies, que es alimento mas apetecido de ellos; y cuya pesca forma su principal ocupacion.

Los Otahitinos son de una estatura y corpulencia superior á los Europeos: los hombres son altos, robustos, membrudos, y bien hechos. El mas alto de los que vimos, tenia seis pies, tres pulgadas y media; era de una isla vecina llamada *Huaine*. Las mugeres de

clase distinguida son en general de una estatua menos que mediana; pero las de la clase inferior son aun mas baxas, y algunas hay muy pequeñas. Esta diminucion en su estatura proviene sin duda de su comercio demasiado prematuro con los hombres; de todas las circunstancias que pueden influir en la estatura, esta es la única en que se diferencian de las mugeres de distincion.

Su color natural es aquel moreno claro, que muchos en Europa prefieren á la mas bella mezcla de blanco y roxo. Es muy obscuro este color en los que están expuestos al sol y al ayre; pero los que viven al abrigo de la inclemencia, y particularmente las mugeres de clase distinguida conservan su color natural. Su cutis delicado es suave y liso, y no tienen en las megillas lo que llamamos colores. La forma de su rostro es agradable: los huesos de las mexillas no son prominentes; no tienen los ojos hundidos, ni la frente preñada. La única faccion que no corresponde á las ideas que tenemos de la belleza, es la nariz, la qual en general es algo aplastada. Sus ojos, y particularmente los de las mugeres, tienen mucha expresion, á veces llenos de fuego, á veces manifestando una dulce sensibilidad. Tienen los dientes sin excepcion muy iguales y blancos, y su aliento es muy puro.

Sus cabellos son ordinariamente negros

y algo asperos: los hombres llevan la barba de varios modos, pero siempre se arrancan parte de ella, y cuidan mucho del aseo de la que dexan crecer. Ambos sexôs tienen la costumbre de arrancar el pelo que nace debaxo de los sobacos, y nos tachaban de sucios porque no haciamos lo mismo. Sus movimientos son desembarazados y vigorosos, su andar agradable, sus modales nobles, y su conducta entre sí y con los estrangeros afable y urbana. Parecen de un carácter valeroso, sincero, sin sospechas ni perfidia, y nada propenso á la crueldad ni á la venganza. Tuvimos con ellos la misma confianza que se tiene con los mejores amigos; muchos de nosotros, y en particular Banks, pasaron la noche en sus casas ó en medio de los bosques, enteramente á su discrecion. Sin embargo, como ya he advertido, todos son ladrones; pero disimulándoles esta falta procedida de su ignorancia y falta de principios, por lo demas no tienen que temer el paralelo con ninguna otra nacion del mundo.

Vimos cinco ó seis personas, cuya piel era de un color de yeso mate, parecida al hocico de un caballo blanco: tenian tambien blancos los cabellos, barba, cejas, pestañas, los ojos roxos y de corta vista, la piel escabrosa, y cubierta de un vello blanco. Hallamos que no habia dos de estos individuos que fuesen de una misma familia, y de aquí

inferimos que no formaban una raza, sino que eran unos miserables individuos aislados, que habian nacido anómalos por alguna enfermedad, y por consiguiente son unos *Albinos* como los que hemos observado en otras partes.

Fin del Quaderno XLVII.



EL VIAGERO UNIVERSAL

QUADERNO QUARENTA Y OCHO.

CARTA CCLXIII.

Costumbres de los Otahitinos.

En la mayor parte de los paises en que los habitantes tienen cabellos largos, los hombres acostumbran costarselos y las mugeres hacen vanidad de tenerlos muy largos: sin embargo, en Otahiti hay una costumbre contraria: las mugeres se los cortan al rededor de las orejas, y los hombres los dexan ondear en grandes rizos sobre los hombros, ó se los atan sobre la cabeza, á excepcion de los pescadores que estan continuamente en el agua.

Acostumbran tambien ungirse la cabeza con lo que llaman *Monoe*, que es un aceyte extrahido del coco, en el qual ponen en infusion yerbas y flores olorosas: como el aceyte por lo regular es rancio, su olor al principio es desagradable para los Europeos. Como viven en un pais caliente sin conocer

el uso de los peines, no pueden conservar las cabezas limpias de insectos, que los niños y el populacho suelen á veces comer. Esta asquerosa costumbre es muy diferente de lo demas de sus usos: su delicadeza y aseo en otras cosas son casi sin exemplo; aquellos á quienes dimos peines se limpiaron bien pronto las cabezas con tal apresuracion, que nos hizo ver aborrecian tanto aquella inmundicia como nosotros.

Imprimen sobre sus cuerpos ciertas señales al modo que otras muchas naciones, á lo qual llaman *tatu*. Pican la piel lo mas hondo que pueden sin sacar sangre, con puntas de conchas: el corte de estas está dividido en muchos dientes: quando quieren servirse de estos instrumentos, los mojan en una especie de polvos hechos del hollin del humo del aceyte de cocos, desleidos en agua. Ponen sobre la piel el instrumento así preparado, y golpeando sobre él, agugerean la piel, y dexan una señal que jamas se borra: la operacion es dolorosa, y las heridas tardan algunos dias en curarse: la hacen á los niños de ambos sexôs quando tienen de doce á catorce años, imprimiendo sobre sus cuerpos varias figuras segun el capricho de sus padres, ó quizá segun su clase. Hombres y mugeres llevan ordinariamente una de estas señales en forma de una Z sobre cada articulacion de los dedos del pie y de la mano, y muchas

veces al rededor del pie. Ademas, todos tienen figuras de quadrados, circulos, medias lunas, de hombres groseramente delineados, de pajaros, perros y otras pinturas en brazos y piernas. Nos dixeron que algunas de estas figuras tienen su significacion, aunque jamas pudimos comprenderlas. Las nalgas son la parte en que estas señales se hallan impresas con mas profusion: ambos sexôs las llevan cubiertas de un color negro atezado, sobre el qual forman varios arcos unos sobre otros hasta las costillas falsas: estos arcos tienen por lo comun una quarta parte de pulgada de ancho. Estas figuras en las nalgas les infunden vanidad, y ambos sexôs las muestran con ostentacion y placer: no nos fue posible decidir si las muestran como un adorno, ó como una prueba de su intrepidez y valor en sufrir el dolor. Por lo general no se pintan el rostro, y solo vimos un exemplo de lo contrario. Algunos viejos tenian la mayor parte de su cuerpo cubierta de grandes manchas pintadas de negro; pero nos dixeron que eran naturales de una isla cercana.

Banks vió hacer la operacion del *tatu* en una muchacha de unos trece años: el instrumento de que usaron en esta ocasion tenia treinta dientes: hicieron mas de cien picaduras en un minuto, y cada una arrancaba una gota de humor seroso con algo de

sangre. La muchacha sufrió el dolor por un quarto de hora con el mayor valor; pero despues las nuevas picaduras que repetian á cada instante, la hicieron perder la paciencia: al principio empezó á quejarse, despues lloró, y últimamente dió grandes gritos pidiendo al hombre que hacia la operacion, que la suspendiese. El se mostró inexôrable, y empezando ella á bregar, la hizo asegurar por medio de dos mugeres que ya la alhagaban para sosegarla, ya la reñian, y aun la daban golpes, quando repetia sus esfuerzos para librarse. Banks permaneció por una hora en una casa vecina, para ver la operacion que aun no estaba concluida, quando se marchó. Sin embargo, no la hicieron mas que por un lado; el otro habia sido ya grabado algun tiempo antes, y quedaban por imprimir aquellos grandes arcos sobre los riñones, que es lo que mas orgullo les causa, y cuya operacion es mas dolorosa.

Es estraño que esta nacion apetezca tanto unas señales, que no indican alguna distincion: no ví ningun Otahitino, hombre ó muger, que en edad madura no tuviese el cuerpo pintado de este modo. Quizá esta costumbre procede de alguna supersticion: esta conjetura es tanto mas probable, por quanto no produce ninguna ventaja, y es preciso padecer grandes dolores para acomodarse á ella. Aunque hemos preguntado

el motivo á muchos Isleños, no hemos podido adquirir ninguna luz sobre este particular.

Sus vestidos se componen de telas y de esteras de varias especies, que describiré quando hable de sus manufacturas. En tiempo seco llevan un vestido de tela que no resiste al agua; y quando llueve se ponen otro de estera. Acomodan sus vestidos de varios modos segun su capricho, porque no estan cortados con regularidad. El traje de las mugeres mas distinguidas se compone de tres ó quatro piezas; rodeanse la una al cuerpo, de manera que cuelgue hasta media pierna á modo de faldellin, y la llaman *paru*: las otras dos ó tres piezas tienen cada una un agujero en medio: ponen una sobre otra, y pasando la cabeza por la abertura, los dos extremos caen por detras y por delante en forma de escapulario, dexando los brazos libres. Los Otahitinos dan á estas piezas el nombre de *tebuta*: las reunen junto á la cintura, y las aseguran con una faxa de una tela mas ligera, la qual les da varias vueltas al cuerpo. Este vestido se parece mucho á los *ponchos* de la América meridional que ya he descrito.

El traxe de los hombres es lo mismo que el de las mugeres, exceptuando que en vez de dexar colgar como faldellin la pieza que cubre los riñones, la cruzan por entre

las piernas á modo de calzoncillos, y la llaman *maro*. Este es el traxe de los Otahitinos de todas clases, y como es universalmente el mismo en quanto á la forma, las personas de clase distinguida se diferencian por la cantidad de telas que llevan. Algunos llevan rodeadas varias piezas de tela: otros dexan pendiente una pieza á las espaldas á modo de manto; y si son personas de la mas alta gerarquia, y quieren presentarse con pompa, ponen dos piezas en la forma dicha. La gente de la clase inferior que no tiene mas tela que la que les dan las familias de quienes dependen, se ve precisada á vestirse mas á la ligera. Durante el calor del dia van casi desnudos; las mugeres no llevan mas que un simple faldellin, y los hombres un cinturon que les cubre los riñones. Como los adornos son siempre incomodos, particularmente en un pais calido, las mugeres de cierta clase se descubren siempre al anochecer hasta la cintura, y se despojan de todo lo que llevan en la parte superior del cuerpo sin ningun escrupulo. Quando los xefes nos visitaban, aunque llevaban sobre las caderas mas ropa de la que era necesaria para vestir á doce hombres, tenian ordinariamente lo restante del cuerpo desnudo.

No llevan cubiertos los pies ni las piernas, pero defienden sus rostros del sol por

medio de pequeños gorros de estera ó de hojas de coco que hacen en un instante quando los necesitan. Sin embargo, las mugeres llevan á veces unos turbantes pequeños, que llaman tomu, que las sientan mejor. El tomu se compone de cabellos torcidos unos con otros, tan delgados que no exceden del grueso de la seda de coser. Banks traxo ovillos de ellos que tienen mas de una milla de largo sin ningun nudo. Se rodean á la cabeza gran número de estos torzales de cabellos, de modo que produce un efecto agradable. Ví una muger que llevaba cinco ó seis ovillos. Entre estos cabellos colocan flores de varias especies, y en particular jazmin del Cabo, del qual tienen siempre gran cantidad junto á sus casas. Los hombres que como ya he dicho, se atan el pelo sobre la cabeza, ponen encima á veces las plumas de una ave del Tropico : otras veces llevan una guirnalda extraordinaria compuesta de varias flores, colocadas sobre un pedazo de corteza, ó pegadas con goma sobre una tabla. Llevan tambien una especie de peluca hecha de pelo de hombre y de perro, ó tal vez de filamentos de coco. Exceptuando las flores, los Otahitinos no conocen otros adornos : ambos sexôs llevan pendientes, pero en una sola oreja. Quando llegamos á su isla, empleaban para este fin caracolillos, piedrezuelas, perlas, de las quales ensartaban

tres en un hilo; pero bien pronto nuestras bujerias sirvieron solas para este uso.

Los niños van enteramente desnudos; las niñas van de este modo hasta la edad de tres ó quatro años, y los niños hasta la de seis ó siete.

He hablado ya en otra parte de sus casas ó mas bien chozas: todas estan construidas en el bosque entre el mar y las montañas. Para formar sus casas los Otahitinos no cortan de la copa del arbol, baxo el qual las construyen, mas que lo preciso para que no se pudra el techo de paja con el agua que destilarian las ramas; de suerte que al salir de su cabaña se hallan baxo una sombra la mas agradable que se puede imaginar. Por todas partes no se vé mas que bosques de árboles de pan, de cocos, sin maleza, y cortados por todas partes con sendas que conducen de una habitacion á otra. No hay cosa mas deliciosa que estas sombras en un pais tan calido, y es imposible hallar paseos mas amenos. Voy á hacer la descripcion de una de estas casas, cuya estrùctura siempre es la misma, sin mas diferencia que ser mas ó menos grandes.

El terreno que ocupa es un paralelogramo de veinte y quatro pies de largo y once de ancho: tiene un techo sostenido en tres filas de columnas ó pies derechos paralelos entre sí, una á cada lado y la otra en me-

dio. Su mayor elevacion en lo interior es de nueve pies : tiene el techo declive por ambos lados, y los extremos de cada uno se inclinan hasta unos tres pies del suelo. Por debaxo la casa está enteramente abierta por todos lados : el techo está cubierto de hojas de palma ; el suelo se forma de una especie de heno esparcido sobre la tierra á la altura de algunas pulgadas, y sobre él extienden esteras, las quales les sirven para sentarse de dia, y para dormir por la noche. Sin embargo, en algunas casas hay un asiento que sirve solamente para el amo de la casa, y casi no tienen mas muebles que estos.

La choza está destinada principalmente para dormir por la noche, porque á no ser que llueva, comen siempre á la sombra de algun arbol. Los vestidos que los cubren por el dia, les sirven de cobertura por la noche : el suelo es la cama comun de toda la familia, y no hay ninguna separacion. El amo de la casa y su muger duermen en medio, y cerca de ellos las personas casadas de la familia, despues las jóvenes solteras, y á corta distancia los jóvenes. Los criados ó *tutus*, como los llaman los Otahitinos, duermen á cielo raso quando no llueve, y en este caso se refugian baxo los bordes de la casa.

Hay chozas de otra especie menos abier-

tas, que pertenecen á los xefes: son mas pequeñas que las otras, y construidas de tal modo, que las transportan en sus piraguas de un lugar á otro, y las plantan como tiendas de campaña. Estan cerradas por los lados con hojas de cocos, pero no tan apretadas que no dexen franca entrada al ayre. En ellas duerme solo el xefe con su muger.

Los Otahitinos tienen otras casas mucho mas grandes, destinadas para tener en ellas sus juntas, ó para que se guarezcan todos los habitantes de un canton. Algunas de éstas tienen doscientos pies de largo, treinta de ancho, y veinte de elevacion hasta el techo. Se edifican y mantienen á costa del distrito para el qual se destinan, y tienen á uno de los lados una espaciosa plaza rodeada de una empalizada.

Estas casas así como las de las familias particulares, no tienen paredes; esta nacion no necesita de lugar retirado; no tiene ninguna idea de la indecencia, y satisface en público sus necesidades y apetitos sin el menor reparo ni escrupulo. Unos hombres que no tienen idea del pudor en las acciones, mucho menos lo tendrán en las palabras, y no hay necesidad de advertir que su principal conversacion es sobre cosas obscenas, hablando de esto hombres y mugeres sin ningun miramiento, y en los términos mas claros.

Los vegetales forman la mayor parte de sus alimentos. Ya he dicho, que á excepcion de los cerdos, perros y aves, no tienen ningun animal doméstico, y aun de éstos tienen muy corto número. Quando un xefe mata un cerdo, le reparte casi igualmente entre sus subditos; y como son muchos, la porcion que toca á cada uno en estos banquetes, que no son freqüentes, es preciso que sea muy pequeña. Los Otahitiuos se regalan mas freqüentemente con carne de perro y aves: no puedo alabar mucho el gusto de éstas; pero todos fuimos de parecer, que un perro de Otahiti es tan bueno como un cordero de Inglaterra: quizá tienen este excelente gusto, porque unicamente se alimentan de vegetales.

El mar suministra á estos Isleños gran copia de peces de todos géneros: comen crudos los mas pequeños, como nosotros las ostras, y se aprovechan de todas las producciones del mar: son muy aficionados á los cangrejos de mar, y á todo el marisco que encuentran en las costas. Entre los vegetales de que se alimentan, el principal es la fruta de pan, y para adquirirla no necesitan mas trabajo que trepar á los árboles. Este arbol no es enteramente produccion espontanea de la naturaleza; pero el Otahitino que durante su vida planta diez de estos árboles, lo que exîge el trabajo de una hora,

cumple con su obligacion, respecto de sus contemporaneos, y de la generacion venidera, con tanta perfeccion como el habitante de nuestros climas, que está continuamente labrando la tierra para alimentar á sus hijos. Es verdad que no tienen de esta fruta todo el año, pero suplen esta falta los cocos, bananas, platanos y otras frutas.

Ya se dexa conocer que el arte de guisar es muy reducido en esta nacion, pues todo se reduce á asar ó cocer sus alimentos. La operacion de asar es tan sencilla, que no necesita de explicacion; por lo que hace á su modo de cocer en los hornillos que hacen en tierra, ya he hablado en otra parte: los cerdos, perros y peces cocidos de este modo estan mas substanciosos y mas tiernos que del modo que se asan en nuestras cocinas. Cuecen tambien la fruta de pan en unos hornillos semejantes á los que ya he descrito; con esta operacion se ablanda, y se parece á una patata asada, pero no es tan harinosa como las patatas de la mejor especie. Preparan esta fruta de pan de tres modos: á veces la mezclan con el agua ó la leche de los cocos, y la amasan machacándola con un guijarro, y otras la mezclan con otras frutas para hacer la masa agria, que llaman *mahie*, la qual suple la falta de fruta de pan.

La *mahie* se hace por fermentacion co-

mo la cerveza ; y á veces sale mal la operacion , sin que se pueda señalar la causa : es muy natural que esta nacion grosera mezcle algunas supersticiones en este trabajo , del qual se encargan las viejas por lo comun. Exceptuando á los que las ayudan, estas mugeres no permiten que nadie toque á las cosas que emplean, ni aun permiten éntre nadie en la parte de la casa en que hacen esta operacion.

Estos son los alimentos que usan , para los quales sirve de salsa general el agua salada que emplean. Los que viven cerca del mar van á coger esta agua quando la necesitan, y los que viven lejos la conservan en vasijas de bejucos que tienen para este efecto. Tambien suelen hacer otra salsa de la almendra de los cocos, dexándola fermentar hasta que se disuelva en una pasta parecida á la manteca, y despues la amasan con agua salada. Esta salsa nos pareció de un sabor muy fuerte y desagradable al principio; pero despues nos fuimos acostumbrando, y algunos la preferian á las nuestras, particularmente para los pescados. Los Otahitinos la tenian por gran regalo, y solamente la usaban en los banquetes extraordinarios.

El agua y el licor del coco forman por lo regular todas sus bebidas : quizá ignoran por su fortuna el arte de hacer fermentar los vegetales para hacer licores que em-

briaguen: no mastican ningun narcótico, como en otros paises suelen hacer con el tabaco, el betel y el opio. Algunos de estos Isleños bebieron libremente de nuestros licores, y se embriagaron, pero quedaron tan escarmentados, que jamas quisieron volverlos á gustar. Sin embargo, hemos sabido que á veces se embriagan con el zumo de unas hojas, que llaman *aba.* Esta planta no estaba madura quando estuvimos en Otahiti, de suerte que no hemos visto ningun exemplo de esto. El vicio de embriagarse con este zumo es peculiar de los xefes y personas distinguidas, que disputan á quien bebe mas; pero tienen gran cuidado de que las mugeres no prueben este licor.

No tienen mesas, pero en sus comidas se observa mucha limpieza; sus manjares son muy simples y en corto número, para que pueda haber ostentacion en sus banquetes. Comen ordinariamente solos; pero quando los visita algun estrangero, suelen á veces admitirle á comer con ellos. Voy á hacer la descripcion de la comida de los principales Otahitinos.

Sientanse baxo un arbol cercano, ó al lado de la casa que está á la sombra, y extienden con aseo sobre el suelo en forma de mantel gran cantidad de hojas de arbol de pan ó de bananas. Al lado ponen un canastillo que contiene su provi-

sion, y dos cáscaras de cocos, la una llena de agua dulce; la carne ó el pescado estan ya guisados y envueltos en hojas. La gente de su comitiva, que suele ser numerosa, se sienta al rededor, y quando todo está ya pronto; lo primero que hace es labarse las manos y boca con agua dulce, lo que repite casi continuamente durante la comida. Despues saca del canastillo parte de su provision, que ordinariamente es uno ó dos peces pequeños, dos ó tres frutas de pan, catorce ó quince bananas maduras, ó seis ó siete manzanas. Toma la mitad de una fruta de pan, que monda, arrancándola la carne con las uñas: mete en la boca todo lo que puede contener, y mientras la masca, toma uno de los peces, le hace pedazos en el agua salada, y pone otro con lo restante de la fruta de pan sobre las hojas que estan extendidas. Coge despues con toda la mano un pedacito del pez que mojó en agua salada, y le chupa hasta exprimir toda el agua que tiene: lo mismo hace con los demas pedazos, y entre cada uno de ellos bebe un poco de agua salada, tomándola con una cáscara de coco, ó con la mano. En este intermedio uno de la comitiva prepara un coco, quitándole la exterior corteza con los dientes: quando el amo quiere beber, toma el coco, y haciéndole un agujero con el dedo ó con una piedra, chupa el licor que con-

tiene. Luego que ha comido los peces y la fruta de pan, pasa á las frutas: no comen las manzanas sin mondarlas, raspando la cáscara con una conchita. Si en vez de pescado le sirven carne, debe tener para trincharla un instrumento que le sirve de cuchillo, para lo qual le dan un palito, y rajándolo transversalmente, trincha su carne con este pedazo de madera. Al mismo tiempo otros se ocupan en machacar fruta de pan con un guijarro sobre un tajo de madera: machacada así esta fruta, y rociada con agua de quando en quando, se reduce á una masa blanda: la echan en una vasija, mezclando con ella bananas ó mahie, segun el gusto del amo, y echándola agua de rato en rato, exprimiéndola despues con la mano. Esta preparacion se parece á las natillas algo duras: llenan de ella una cáscara de coco, la qual sorbe. Con esto se concluye el banquete, y el amo vuelve á labarse las manos y la boca: los relieves se recogen en el canastillo, y laban las cáscaras de coco. Estos Isleños comen una prodigiosa cantidad de alimentos de una sola vez, lo qual no me atreveria á afirmar, si yo mismo no lo hubiera visto.

Es cosa bien estraña que esta nacion tan aficionada á la compañia, y principalmente á la de mugeres, se prive de este placer en la mesa, siendo esta el parage en que las

naciones civilizadas y salvages gustan mas de gozar de los placeres de la sociedad. Hemos procurado indagar el motivo de no comer jamas las mugeres con los hombres, y solo nos han respondido, que comen solos porque así conviene, sin explicarnos que conveniencia hallan en esta rareza: y aun mostraban la mayor repugnancia y aversion al ver que nosotros comiamos en compañia, principalmente con nuestras mugeres, y de unos mismos manjares. Creimos al principio que en esto habria alguna superstición; pero siempre nos han asegurado lo contrario. Tambien observamos en esta costumbre algunos caprichos tan dificiles de explicar como la costumbre misma: jamas pudimos reducir á ninguna de aquellas mugeres á que se sentase con nosotros á la mesa quando comiamos juntos; sin embargo, iban cinco ó seis juntas á los quartos ó camarotes de los criados, y comian con mucho gusto de todo lo que encontraban; y quando las sorprendiamos en el lance, no se turbaban. Si alguno de nosotros se hallaba solo, entonces la muger solia comer con él; pero manifestando quanto sentiria que se supiese, y exîgia siempre antes la mas formal promesa de que guardarian el secreto.

En las familias dos hermanos, y aun dos hermanas, tienen cada qual su canastillo aparte, como tambien las provisiones y apa-

rejos de la mesa. Quando vinieron por primera vez á visitarnos en nuestras tiendas, cada uno traia su canastillo con alimentos; y quando nos sentabamos á la mesa, se salian, se sentaban en tierra separados unos de otros, y volviéndose las espaldas, cada qual comia aparte sin hablar palabra.

Las mugeres no solo se abstienen de comer con los hombres y de los mismos manjares, sino que su comida es aderezada en particular por unos mozos que tienen para este fin, los quales despues de haber guisado la comida, la dexan en un cobertizo separado, y asisten á sus comidas.

Aunque los Otahitinos comen separados, y no querian sentarse á la mesa con nosotros, sin embargo, quando ibamos á sus casas nos hacian hacer comer con ellos, y en estas ocasiones hemos comido de sus mismos canastillos, y bebido en un mismo vaso; pero las viejas se dieron por muy ofendidas de esta libertad, y si tocabamos á sus provisiones ó al canastillo en que las tenian, al punto lo arrojaban todo lejos.

Los Otahitinos de mediana edad y de clase distinguida, duermen ordinariamente despues de comer y durante el calor del dia: son en extremo indolentes, y no tienen mas ocupacion que comer y dormir. Los de edad mas abanzada son menos perezosos; los muchachos de ambos sexôs es-

tan dispiertos todo el dia por la travesura propia de su edad.

He hablado ya por incidencia de sus diversiones, y en particular de su música, danza, luchas, y manejo del arco; tambien disputan á veces sobre quien lanzará mejor un dardo: para disparar las saetas, solo apuestan á quien la arrojará mas lejos, sin reparar en el blanco; pero quando disparan los dardos, apuestan á quien acertará mas bien á una señal que fixan. Estos dardos ó lanzas tienen cerca de nueve pies de largo, y suele servir de blanco el tronco de un arbol.

Las flautas y tambores son los unicos instrumentos músicos que conocen: las flautas se hacen de una caña hueca de cerca de un pie de largo; y como ya he dicho, no tienen mas que dos agujeros, á los quales aplican el indice de la mano izquierda, y el dedo de en medio de la derecha. El tambor se compone de un tronco de figura cilindrica, hueco y cerrado por el un extremo: el otro está cubierto con la piel de un pescado. Lo tocan con los dedos, y no saben acordar un tambor con otro. Usan de cierto arbitrio para poner unísonas las flautas; toman una hoja, que arrollan, la aplican á la extremidad de la flauta, y la alargan ó acortan, como se hace con los tubos de los anteojos, hasta llegar al to-

no que buscan, para lo qual tienen un oido bastante delicado.

Acompañan sus voces con los instrumentos, y como ya he dicho, improvisan sus canciones: llamaban *pehai* ó cancion á cada copla. Estos versos ordinariamente son rimados, y quando los pronunciaban los naturales, obserbabamos en ellos cierto metro. Banks hizo muchos esfuerzos para escribir algunos que hicieron á nuestra llegada; procuró expresar sus sonidos con la combinacion de nuestras letras lo mejor que pudo; pero al leerlos, como no teniamos su acento, no podiamos encontrar su rima ni su metro.

No entendemos su lengua lo bastante para emprender traducir sus versos. Se divierten con freqüencia en cantar coplas quando estan solos ó con su familia, y principalmente por la noche. Aunque no tienen necesidad de fuego para calentarse, se sirven sin embargo de luz artificial, desde ponerse el sol hasta que se acuestan. Sus luces se hacen de una especie de nuez aceytosa, de las quales ensartan muchas en una varita; despues de haber encendido la que está á la punta, la luz se va comunicando á las siguientes, quemando al mismo tiempo la parte de la varita en que estan ensartadas. Algunas de estas velas duran por bastante tiempo, y dan una luz considerable. Los Otahitinos

se acuestan por lo regular una hora despues del crepúsculo de la tarde: pero quando algunos estrangeros duermen en sus casas, dexan encendida una de estas velas por toda la noche, quizá para evitar que los estrangeros se acerquen á sus mugeres.

En otros paises las solteras observan la mayor reserva en orden á los asuntos amorosos: aquí sucede al contrario. Entre las diversiones de estos Isleños hay una danza llamada *timorodi*, executada por las solteras, la qual se compone de posturas y gestos los mas lascivos, á los quales acostumbran á los niños desde su mas tierna edad: ademas la acompañan con palabras que expresan aun mas claramente su torpeza. Los Otahitinos guardan el compas con tanta exâctitud como nuestros mejores baylarines. Estas diversiones, que se permiten á las solteras, las estan prohibidas luego que se casan.

No se puede suponer que estos Isleños hagan aprecio de la castidad: los hombres ofrecen á los estrangeros sus mugeres ó hijas en forma de recompensa. Su libertinage y torpe desenfreno llegan á un extremo de que no hay exêmplar en ninguna parte del mundo, y que no es facil imaginarse.

Un número muy considerable de Otahitinos de ambos sexôs forman sociedades muy singulares, en las que todas las mu-

geres son comunes. Llamanse estas sociedades *arreory* ; y los demas Isleños no pueden asistir á ellas. Los hombres se divierten en apuestas de lucha , y las mugeres danzan la *timorodi*. Aun hay mas : si una de estas mugeres se hace embarazada , lo qual sucede pocas veces, matan al niño luego que nace, para que no las impida los torpes placeres de su abominable prostitucion. Si alguna vez la madre por afecto á su hijo no se resuelve á matarle , no se la permite salvarle la vida , si no encuentra un hombre que le adopte por hijo suyo. De este modo evita la atrocidad de la muerte del niño; pero el hombre y la muger son al punto excluidos de la sociedad , y pierden todo derecho á las diversiones del *arreory*. La muger es llamada *Janunu* , *la que pare* , lo qual es entonces como un término de ignominia.

Mucha dificultad me costó el persuadirme que hubiese en esta nacion tan brutal costumbre , pero me convencí en vista de los testimonios mas fidedignos. Los Otahitinos lejos de avergonzarse de ser miembros del arreory , hacian vanidad de ello , como de una gran distincion. Habiéndonos indicado á algunos que eran de esta sociedad , les hicimos varias preguntas , y nos informaron de todo con la mayor puntualidad : algunos de ellos nos dixeron que habian sido de esta

exêcrable compañia, y que muchos de sus hijos habian sido muertos. Esto mismo se verá confirmado adelante por el testimonio de los Misioneros Españoles que estuvieron en Otahiti por espacio de muchos meses en el año de 1775.

No puedo concluir la descripcion de la vida doméstica de los Otahitinos sin hablar de su extremada limpieza, la qual contribuye mucho á la salud y placer de los hombres. Estos Isleños se laban constantemente el cuerpo en agua corriente tres veces al dia, por mas distantes que vivan del mar ó de los rios, y lo hacen por la mañana luego que se levantan, á mediodia, y antes de acostarse. Ya he dicho que quando comen se laban manos y boca casi á cada bocado: jamas se ve en sus cuerpos ni vestidos ninguna mancha ni inmundicia: de suerte que en medio de un gran concurso de Otahitinos no se siente mas incomodidad que la del calor, lo qual no se puede afirmar de nuestros mas lucidos concursos de Europa.

CARTA CCLXIV.

Industria y artes de los Otahitinos.

Siendo la necesidad la madre de las invenciones, se puede presumir que la industria no habrá hecho grandes progresos en un pais en que la naturaleza ha hecho casi superfluos estos recursos. Sin embargo, se ven entre los Otahitinos algunos exemplos de industria que hacen mucho honor á su actividad y destreza, mayormente no conociendo el uso de los metales para hacer instrumentos.

Las telas de que se visten, son su principal manufactura: su modo de fabricarlas y teñirlas puede dar alguna luz aun á nuestros artifices, por lo que me detendré en describirlo. Esta tela es de tres especies, y se compone de la corteza de tres árboles diferentes; el moral de que se hace el papel de China, el arbol de pan ó *Euru*, y otro que se parece á la higuera silvestre de las islas de América. La mas bella y mas blanca se hace del moral, que ellos llaman *auta*: sirve de vestido á los principales Isleños, y el color roxo es el que mejor toma. La segunda, fabricada de la corteza del arbol de pan ó *Euru*, es inferior á la primera en blan-

cura y suavidad, de la qual usan principalmente los de la clase inferior; la tercera clase hecha de la corteza de aquella especie de higuera, es grosera y aspera, de un color muy obscuro: aunque es menos agradable á la vista y al tacto que las otras dos, es mas util, porque resiste al agua, ventaja que no tienen las otras. La mayor parte de esta ultima clase, que es la mas rara, está perfumada, y los xefes la usan en los vestidos de luto.

Tienen gran cuidado de multiplicar los árboles que dan las primeras materias para estas telas, y principalmente ponen particular esmero en el moral, que cubre la mayor parte de sus tierras cultivadas. No se sirven de él hasta que tiene dos ó tres años, y seis á ocho pies de alto, con una pulgada de grueso. Los Otahitinos dicen que su mejor calidad consiste en ser delgado, derecho, alto, y sin ramas: quando echa por baxo algunas hojas, se las arrancan.

Aunque las telas hechas de estas tres especies de cortezas son diferentes, sin embargo, las fabrican de un mismo modo: me contentaré con referir las operaciones que emplean para la manufactura de la mas fina. Quando los árboles estan en sazon los arrancan, les quitan las ramas, cortando despues las copas y las raices. La corteza de estos arbolitos cortada longitudinalmente, se des-

prende con facilidad, y quando tienen ya cantidad suficiente de corteza, la llevan á algun arroyo, donde la dexan en remojo, cubriéndola de piedras para que no se la lleve la corriente. Quando juzgan que está ya bien macerada, las criadas van al arroyo, se meten desnudas en el agua, y sentándose allí van separando la corteza interior de la verde. Para este fin colocan el pedazo de madera sobre una tabla llana y alisada, y la van rayendo curiosamente con una concha: la mojan á menudo en el agua hasta que no dexan mas que las mejores fibras de la corteza interior. La corteza así preparada se tiende al sol sobre hojas de platano: parece que en esta operacion hay alguna dificultad, pues el ama de la casa es la que preside á ella. Colocan las cortezas al lado unas de otras hasta la longitud de unas doce varas y cerca de un pie de ancho: ponen dos ó tres capas de ellas unas sobre otras, cuidando mucho que por todas partes tenga igual grueso: si las cortezas así colocadas estan menos gruesas en una parte que en otra, añaden en aquel parage alguna porcion de corteza. Dexan las cortezas en esta disposicion desde por la tarde hasta el otro dia por la mañana, en el qual tiempo se disipa y seca el agua de que estaban penetradas, con lo qual las fibras se traban entre sí tan estrechamente, que se levan-

tan todas unidas del suelo en una pieza.

Ponen despues la pieza sobre un tablon preparado para este efecto, y las criadas la van golpeando con unos mazos pequeños de cerca de un pie de largo, y tres pulgadas de grueso, de una madera dura, que los Isleños llaman *etoa*. La forma de estos mazos se parece á las piedras de asentar de los barberos, excepto que el mango es mas largo, y cada una de las quatro superficies está llena de rayas y de lineas prominentes, mas ó menos altas: las de un lado son mayores, y en los demas van en diminucion hasta el grueso de un hilo de seda.

Primeramente baten la corteza por el lado en que estan las rayas mas gruesas, y machacan á compas como nuestros herreros. La corteza se va extendiendo con mucha prontitud, y las rayas de los mazos van quedando estampadas como si fuera un texido: la baten sucesivamente con los otros lados del mazo, rematando con el que tiene las rayas mas delgadas, y entonces ya está la tela acabada. A veces ponen sobre el tablon algunas de estas piezas unas sobre otras, y machacándolas por el lado de las lineas mas sutiles se adelgazan tanto, que parecen una muselina, y las llaman *hobú*. La tela se blanquea muy bien al ayre; pero adquiere mas blancura y suavi-

dad quando despues de haberla usado vuelven á labarla y batanarla.

Hay varias clases de estas telas de diferentes grados de finura, segun la batanan mas ó menos. Las otras telas son tambien mas ó menos finas, segun las han batanado; pero se diferencian mas por la diversidad de la materia de que se hacen. No cogen la corteza del *Euru* hasta que las ramas son mucho mas largas y mas gruesas que las de la higuera, las quales emplean quando estan tiernas y nuevas.

Quando los Otahitinos quieren labar estas telas despues que las han usado, las humedecen en agua corriente, dexándolas por algun tiempo, asegurándolas con una piedra; despues las tuercen suavemente para exprimir el agua. A veces las fabrican de nuevo, poniendo muchas piezas unas sobre otras, y batiéndolas todas por el lado mas aspero del mazo: entonces quedan del grueso de los paños de Inglaterra, mas suaves é iguales que ellos despues que se han usado algo, porque recien fabricadas parece que estan engomadas.

Estas telas se rompen á veces quando las estan machacando, pero las componen facilmente uniendo el pedazo con una cola compuesta de la raiz del *Pea*, y lo hacen con tanta sutileza que no se conoce. Las mugeres son tambien las que cuidan de qui-

tarlas las manchas. La frescura y la suavidad son las principales calidades de estas telas; sus defectos son ser estoposas como el papel, y el rasgarse casi con la misma facilidad.

Tiñen por lo regular estas telas de color roxo y amarillo: el roxo que usan es muy bello, y me atrevo á afirmar que es mas brillante y vivo que todos los que tenemos en Europa. El amarillo es tambien muy brillante, pero nosotros lo tenemos de igual belleza. Su color roxo se compone del zumo de dos vegetales mezclados, los quales separados no tienen ninguna tendencia á este color; el uno es una especie de higuera llamada *mate*, y el otro es la *cordia sebestina* que los Otahitinos llaman *etú*: para hacer el tinte emplean la fruta del *mate* y las hojas del *etú*.

El fruto del mate es del tamaño de un garbanzo, y quando se arranca la fruta, sale un licor lacteo como de nuestras higueras: las mugeres reciben este licor en una corta cantidad de agua de coco. Quando han sacado una porcion suficiente, echan en aquel licor las hojas del *etu*, poniéndolo todo sobre una hoja de platano: las revuelven hasta que se ponen lacias, y luego que llegan á este punto las comprimen poco á poco, aumentando la compresion por grados de suerte que no se rompan las hojas. Segun se van poniendo mas blandas

y esponjosas, embeben mas humor; en el espacio de cinco minutos empieza á aparecer el color en las venas de las hojas, y en cosa de diez minutos estan perfectamente penetradas de él. Entonces las exprimen con toda su fuerza.

Los muchachos preparan para esto una gran cantidad de *moo*, mondándolo con los dientes ó entre dos palos hasta que esté despojado de su corteza verde, y de la sustancia harinosa que hay debaxo; envuelven en aquellas fibras las hojas del *etu*, que destilan entonces el licor que contiene segun las van apretando. Como estas hojas tienen poco jugo de suyo, no sueltan mas que el que han embebido. Exprimido este primer jugo, empapan de nuevo las hojas, y repiten la misma operacion hasta que el licor exprimido no tiene ya color. Arrojan las hojas del *etu*, pero conservan el *moo*, que estando bien penetrado del calor sirve de brocha para extender el tinte sobre la tela. Reciben el licor exprimido en vasos de hojas de platano: no sé si esta hoja tiene alguna qualidad favorable al color, ó si las han adoptado por la facilidad de adquirirlas.

Por lo regular no tiñen sus telas ligeras sino por los extremos; pero esparcen los colores por toda la superficie de las mas gruesas. No aplican el color mas que por una cara como la pintura, y aunque he visto te-

las ligeras que habian sido empapadas enteramente en el licor; el color no tenia el mismo brillo ni lustre, que tiñéndolas del otro modo. Tambien sacan colores de otros vegetales, los quales producen diferentes tintas, unas superiores á otras. Las mugeres que se ocupan en teñir del modo que he referido, conservan con cuidado como un adorno el color en sus dedos y uñas, en donde aparece en toda su belleza.

Su color amarillo se compone de la corteza de la raiz de la *morinda citrifolia*, llamada *nono*, que raspan y ponen en infusion en agua. Luego que la han tenido así por algun tiempo, el agua toma color, y meten en ella la tela para teñirla. Tambien tiñen de amarillo con la fruta del *tamanu*, pero no hemos tenido ocasion de observar como sacan este color. Tambien tiñen de negro y pardo; pero estos colores son tan medianos, que no tuvimos curiosidad por averiguar su método.

La fábrica de esteras es otra de las manufacturas considerables de Otahiti; hacen algunas mucho mas bellas que las mejores de Europa: las mas groseras les sirven de camas, y en tiempo lluvioso se cubren con las mas finas. Estos Isleños ponen el mayor esmero en labrar las esteras finas, de que hay dos especies: unas se hacen de la corteza del *poeru*, que es el *hibiscus tiliaceus* de

Lineo, y hay algunas que son tan finas como un paño grueso. Llaman *vane* á la otra especie, que es aun mas bella, blanca y lustrosa: la fabrican con las hojas de su *varru*, cuyas flores y fruta no pudimos ver. Tienen otras esteras, ó como ellos llaman, *moheas*, que les sirven de asientos y camas: componense de juncos y hierba, y las fabrican con una facilidad y prontitud asombrosa, así como sus demas texidos.

Son tambien muy diestros en hacer canastillos y demas obras de mimbres: sus canastillos son de mil formas diferentes, y algunos estan labrados con el mayor primor: en esta maniobra se emplean todos, hombres y mugeres. Fabricanlos en el espacio de algunos minutos de hojas de cocos, y las mugeres que venian á visitarnos muy de mañana, acostumbraban, luego que salia el sol, enviar á buscar algunas hojas, de que fabricaban sombrerillos para defenderse del sol: esta operacion las costaba tan poco trabajo y tiempo, que quando iba á ponerse el sol, arrojaban aquellos sombrerillos. Estos sombreros no las cubren la cabeza; solo consisten en una faxa que rodea la cabeza con una ala encima de la frente para defender el rostro del sol.

Con la corteza del *poeru* hacen sogas y cordelillos; las mas gruesas tienen una pulgada, y las mas delgadas como un mim-

bre: de estos ultimos forman sus redes para pescar. De las soguillas de coco forman unos cordeles para unir las partes de sus piraguas: de la corteza del *erova*, especie de ortiga que nace en las montañas, y que por esta causa es algo rara, hacen los mejores sedales para pescar que yo he visto. Con ellos pescan los peces mas fuertes y renitentes, que en un instante rompian nuestros mas fuertes sedales, aunque son al doble gruesos que los de estos Otahitinos.

Estos Isleños muestran suma industria y sagacidad en todos los arbitrios que usan para coger los peces. Tienen harpones con puntas de madera dura; y hieren los pescados con mas seguridad que nosotros con nuestros harpones de hierro, aunque los nuestros tienen ademas la ventaja de ir atados á una cuerda, de suerte que en asiendo el harpon, estamos seguros de coger el pescado, aunque no estuviese herido de muerte. Tienen dos especies de anzuelos fabricados con maravilloso artificio; muy propios para el uso que hacen de ellos, uno y otro son de concha de perla.

Ya he dado alguna idea del modo de fabricar edificios, de la escultura y arquitectura de estos Isleños, en la descripcion que hice de sus *morais*. Las piraguas son otra de sus construcciones, en las que muestran tanta industria y emplean tanto trabajo co-

mo nosotros para construir un navio de linea, atendida su falta de herramientas. Sus instrumentos se reducen á una hacha de piedra, una especie de escoplo de hueso humano, un cepillo de coral, y el pellejo de una especie de raya, que con arena de coral les sirve de lima. He aquí el catálogo completo de sus herramientas, y con ellas solas construyen piraguas y casas, cortan piedras, derriban, hienden, esculpen y pulen los maderos.

El trabajo mas dificil para los Otahitinos es el derribar un arbol, para lo qual echan menos nuestros instrumentos mas bien que para ninguna otra cosa: esta operacion requiere muchos obreros, y gran número de dias. Luego que han cortado el arbol, le rajan por las venas á lo largo, haciendo tablas de tres á quatro pulgadas de grueso. Conviene advertir que estos árboles tienen ocho pies de circunferencia por el tronco, y quarenta por las ramas, y el grueso es casi igual en toda su longitud. Llaman *avie* al arbol de que se sirven para construir, que es alto y recto: algunas de las piraguas mas pequeñas son de *Euru*, cuya madera es ligera, esponjosa, y se trabaja facilmente. Igualan las tablas con sus hachas con mucha prontitud, y son tan diestros, que jamas hierran golpe. Mas adelante os haré la descripcion de sus embarcaciones;

por ahora solo diré en orden á su modo de navegar, que tienen un conocimiento asombroso para precaver el tiempo que ha de hacer, ó á lo menos la parte de donde soplará el viento. Tienen varios modos para pronosticar estos acaecimientos, pero yo no conozco mas que uno. Dicen que la via lactea está siempre encorbada lateralmente, pero ya en una direccion ya en otra, y que esta curbatura es efecto de la accion que exerce el viento sobre ella, de suerte que si una misma curbatura continúa por toda la noche, el viento correspondiente soplará sin duda al siguiente dia. No pretendo aprobar la exâctitud de su teoria; solo sé, que sea qual fuere el método que usan para pronosticar el temporal, ó á lo menos el viento que ha de correr, se engañan mucho menos que nosotros.

En sus viages mas largos se dirigen por el sol durante el dia, y por las estrellas por la noche. Distinguen todas las estrellas separadamente por sus nombres; conocen en qué parte del cielo han de aparecer en los meses en que estan visibles sobre el horizonte; y saben tambien con mucha mayor puntualidad de lo que creerán los Astrónomos de Europa, el tiempo del año en que empiezan á aparecer ó desaparecer.



CARTA CCLXV.

Ciencias de los Otahitinos.

No pudimos adquirir un conocimiento cierto del modo con que los Otahitinos dividen el tiempo : sin embargo , observamos que quando hablan del tiempo pasado ó futuro, no usan de otro nombre que de *malama*, que significa *luna.* Cuentan trece de estas lunas , y empiezan de nuevo por la primera de esta revolucion, lo que demuestra que tienen alguna idea del año solar. No nos fue posible descubrir como calculan sus meses, de suerte que trece de ellos correspondan al año , porque dicen que cada mes tiene veinte y nueve dias , comprehendiendo en ellos un dia en que la luna no está visible. Muchas veces nos dixeron los frutos que son propios de cada estacion , y el tiempo que haria en cada uno de estos meses , para los quales tienen nombres particulares : dan un nombre general á todos los meses juntos, aunque no se sirven de él sino quando hablan de los misterios de su religion.

Dividen el dia en doce partes , seis de dia , y otras tantas de noche , y cada parte es de dos horas : determinan estas divisio-

nes con bastante exâctitud por la elevacion del sol, quando está sobre el horizonte; pero son pocos los que por la noche pueden decir qué hora es por la inspeccion de las estrellas.

Quando cuentan, proceden desde uno hasta diez, número de los dedos de ambas manos; y aunque tienen para cada número un nombre diferente, van tomando los dedos de la mano uno por uno, y pasan de una mano á otra, hasta llegar al termino que quieren expresar. Hemos observado en ótros casos, que quando conversan entre sí, añaden á sus palabras unos gestos tan expresivos, que un estrangero puede comprehender facilmente lo que dicen. Esta es una propiedad general de todos los Salvages, como lo he observado ya en otras ocasiones.

Quando calculan mas allá del número diez, repiten el nombre de este número, añadiendo la palabra *mas*; diez y uno mas, once y uno mas &c., así como nosotros decimos veinte y uno, veinte y dos &c. Quando llegan al número de diez y diez mas, tienen un nombre particular para este número, así como los Ingleses y los Franceses cuentan por veintenas: quando calculan diez veintenas, tienen una palabra para expresar doscientos. No pudimos descubrir si tienen otros términos para significar un número mayor;

parece que no lo necesitan, porque estos doscientos repetidos diez veces hacen dos mil, cantidad tan grande para ellos, que casi jamas se encuentra en sus cálculos.

Aun menos adelantados estan en el arte de calcular las distancias, que en los números: no tienen mas que un término, que corresponde á nuestra braza. Quando hablan de la distancia de un lugar á otro, lo expresan, como otros muchos pueblos, y en particular los Asiáticos, por el tiempo que se gasta en andarla.

La lengua de Otahiti es dulce y armoniosa: abundan en vocales, y aprendimos facilmente á pronunciarla; pero vimos que era muy dificil hacerles pronunciar ni una palabra de la nuestra, como ya he dicho en otro lugar: al mismo tiempo que pronunciaban con mucha facilidad las palabras Españolas é Italianas.

(Debo advertir aquí, que esta misma diferencia de la lengua Inglesa y Otahitina es causa de que todos los nombres propios de esta isla se hallen equivocados en los viageros Ingleses, y aun en los Franceses, de lo qual daré repetidos exemplos mas adelante. La gran diferencia que hay entre la escritura Inglesa y su pronunciacion hace que el que no sabe el Inglés no pueda pronunciar bien las palabras Otahitinas, escritas segun la ortografia Inglesa; y ademas el oido In-

glés no puede percibir la verdadera pronunciacion de una lengua tan contraria á la suya. Por consiguiente debemos creer, que los nombres propios que se hallan en las relaciones Españolas, que insertaré despues, se hallan escritos como los pronuncian los Otahitinos, por la semejanza de nuestra lengua y pronunciacion con la de aquellos Isleños, mayormente habiendo permanecido nuestros Misioneros en Otahiti, ó como ellos dicen, *Otaheti*, mucho mas tiempo que todos los estrangeros juntos, y llevando interpretes Otahitinos que habian estado mucho tiempo en Lima. Volvamos al Capitan Coock.)

No sabemos, prosigue, bastante bien su lengua para saber si es abundante ó esteril: seguramente es muy imperfecta, porque los nombres y los verbos no tienen ninguna inflexîon: tiene pocos nombres que tengan mas de un caso, y pocos verbos que tengan mas de un tiempo. No tuvimos mucha dificultad en entendernos mutuamente, hablando algunas palabras de la lengua de estos Isleños, lo que parecerá increible.

(Con perdon sea dicho de este célebre viagero, esto solo puede parecer increible á quien no haya reflexîonado sobre las lenguas de los Salvages, que necesariamente deben ser limitadas á las necesidades fisicas. Por consiguiente con una lista muy cor-

ta de palabras de una de estas lenguas, y aun sin necesidad de los verbos, con solos los substantivos acompañados de gestos y acciones naturales, basta para hacerse entender de Salvages acerca de objetos materiales, y de primera necesidad.)

No hay necesidad de advertir que hay pocas enfermedades en una nacion, cuyos alimentos son tan simples, y que por lo general jamas se embriaga: si se exceptuan algunos cólicos, que tambien son raros, no vimos ninguna enfermedad peligrosa durante nuestra mansion en la isla. Sin embargo, los Otahitinos estan sujetos á erisipelas, y á una erupcion cutanea de postillas escamosas, que se acerca mucho á la lepra. Los que estan muy poseidos de esta enfermedad, viven separados enteramente de la sociedad, cada uno en una pequeña cabaña, construida en un parage adonde nadie concurre, y adonde le llevan provisiones. No pudimos averiguar si estos infelices tienen esperanza de curarse ó de algun alivio, ó si los dexan morir en aquella soledad abandonados á la desesperacion. Observamos tambien un corto número de Isleños, que tenian en varias partes ulceras, que parecian muy virulentas; pero los que las padecian parecia que no hacian mucho caso de ellas, las llevaban enteramente descubiertas, y sin aplicar nada, ni aun para espantar las moscas.

No debe de haber médicos de profesion en un pais en donde la intemperancia no produce enfermedades; pero el hombre de todo pais, quando padece, hace esfuerzos por aliviarse, y quando ignora la enfermedad y sus remedios, recurre á la supersticion. Esto es cabalmente lo que sucede en Otahiti, y en todos los paises que no se han perfeccionado con los conocimientos de las ciencias: la curacion de los enfermos se confia á los *Tajus*, que son unos impostores fanaticos, los quales como en otras muchas naciones salvages reunen las qualidades de Sacerdotes y de Médicos. El método que usan estos embaucadores para curar todas las enfermedades, son varias ceremonias ridiculas, y plegarias. Quando visitan á los enfermos pronuncian ciertas sentencias ó ensalmos que parece estan destinadas para este fin: texen hojas de coco en diferentes formas, atan algunas de estas figuras á los dedos y pies del enfermo, y dexan regularmente cierto número de ramos del thespecia populnea que ellos llaman *emidho*: los Sacerdotes repiten estas ceremonias hasta que el enfermo sana ó muere. Si recobra la salud, dicen que sus ensalmos la han curado; si muere, afirman que la enfermedad era incurable, en el qual efugio se acercan mucho á la ciencia de varios de nuestros Galenos.

Si hemos de hacer juicio de sus conocimientos quirurgícos por las grandes cicatrices que les hemos visto muchas veces, debemos suponer que han hecho mayores progresos en esta ciencia que en la medicina, y que nuestros Cirujanos no les llevan en esta parte mucha ventaja. Vimos un hombre cuyo rostro estaba enteramente desfigurado de cicatrices: su nariz, comprendido el hueso y la ternilla, estaba cortada enteramente: una de sus mexîllas y un ojo habian recibido tales golpes, que habia quedado allí un hueco en que cabia casi un puño, sin que hubiese quedado ninguna ulcera. Tupia que se embarcó con nosotros, habia sido atravesado de parte á parte con un dardo armado en la punta con el hueso de una especie de raya: el dardo habia entrado por la espalda, y le habia salido por encima del pecho. Exceptuando las fracturas y dislocaciones, el mas habil Cirujano contribuye poco á la curacion de una herida: la sangre es el mejor bálsamo vulnerario, y quando son puros los humores del herido, y no hace excesos, no es menester mas para curar la herida mas considerable, que ayudar á la naturaleza, manteniendo limpia la herida.

El comercio de los Otahitinos con los Europeos los ha inficionado del mal venereo: es constante que ó Wallis ó Bougainville lo introduxeron; ambos procuran justificarse,

pero lo cierto es que quando nosotros llegamos á Otahiti, esta terrible peste habia ya hecho los mas horribles estragos. Uno de los nuestros lo contraxo cinco dias despues de nuestra llegada: hicimos pesquisas con este motivo, y quando entendimos algo de la lengua, supimos que la habian adquirido de los navios estrangeros antes de nuestra llegada. Distinguian esta enfermedad con una palabra que equivale á *pudricion*, á la qual daban una significacion mas extensa. Nos describieron con los términos mas pateticos los tormentos de los infelices que fueron sus primeras víctimas: añadieron que se les caia el pelo y las uñas, y se les podria la carne hasta los huesos; que habia esparcido entre ellos tal terror y consternacion, que los enfermos eran abandonados por sus parientes mas cercanos temiendo no se les comunicase por contagio, y los dexaban perecer con tormentos desconocidos de ellos hasta entonces. Sin embargo, tenemos algun fundamento para creer que han encontrado algun especifico para este mal: durante nuestra mansion en la isla no vimos ningun Otahitino en quien hubiese hecho grandes progresos, y uno de los nuestros contagiado de esta peste que estuvo algunos dias en tierra, volvió perfectamente restablecido: de lo qual infiero, ó que el mal se habia curado por sí mismo, ó que conocen la virtud de algu-

nos simples, sin hacer caso de las supersticiones de sus curanderos. Procuramos averiguar las qualidades medicinales que atribuyen á sus plantas, pero no pudimos aprender nada por la ignorancia de su lengua. Si hubieramos podido saber el especifico que usan contra el mal venereo, suponiendo que lo tengan, nos hubiera sido de la mayor utilidad este descubrimiento, pues quando salimos de Otahiti, mas de la mitad de la tripulacion lo habia contrahido.

Al referir los incidentes que nos sucedieron durante nuestra mansion, era imposible dexar de anticipar algunas noticias acerca de sus costumbres, opiniones é industria: para evitar repeticiones, no haré mas que suplir lo que haya omitido. He hablado ya largamente del modo con que tratan á sus muertos: ahora debo advertir que tienen dos lugares donde los depositan: el uno es un cobertizo donde dexan podrir el cadaver, y el otro un cercado con paredes donde entierran los huesos. A estos cobertizos llaman *tupapu*, y á los cementerios *morai*, y á estos dan una especie de culto.

Luego que muere un Otahitino, se llena de parientes su casa, los quales lamentan su pérdida, unos con grandes alharidos, otros con gritos menos fuertes pero mas expresivos del verdadero dolor. Los parientes mas cercanos del difunto, que en realidad sienten

su muerte, permanecen en silencio; los demas Isleños que componen la comitiva profieren de quando en quando exclamaciones doloridas en coro, y poco despues rien y hablan entre sí sin la menor muestra de sentimiento. Pasan de este modo lo restante del dia de la muerte, y toda la noche siguiente: al otro dia por la mañana, el cadaver envuelto en piezas de sus telas es llevado á la orilla del mar en un atahud sobre los hombros de algunos de ellos, acompañandole un Sacerdote, que despues de haber hecho oracion sobre el cuerpo repite sus oraciones durante la marcha. Luego que llegan cerca del agua, ponen el cadaver sobre la orilla, el Sacerdote repite sus oraciones, y cogiendo un poco de agua en las manos la echa no sobre el cadaver sino al lado. Traslada el cadaver á corta distancia de allí, y poco despues le vuelven á la orilla donde repiten las oraciones y las aspersiones. De este modo le traen y llevan varias veces, y mientras hacen estas ceremonias, otros Isleños construyen un cobertizo y rodean de empalizada un pequeño recinto. En el centro de este tupapu plantan maderos para sostener el atahud, y le colocan sobre ellos dexandole allí podrir hasta quedar los huesos mondos.

Estos cobertizos son de un tamaño proporcionado á la clase de la persona cuyo ca-

daver se ha de depositar : los destinados para los Otahitinos de la infima clase no tienen mas extension que la del atahud, y no estan rodeados de empalizada. Los mas bellos tupapus estan adornados segun las facultades y afecto de los parientes, los quales siempre ponen al rededor del cadaver gran cantidad de piezas de tela, que á veces cubren casi enteramente lo exterior del cobertizo. Al rededor de este lugar ponen guirnaldas de datiles y de hojas de coco, que los Sacerdotes texen en nudos misteriosos con una planta que llaman *eti no morai* que está consagrada á las ceremonias fúnebres. Dexan tambien á corta distancia del cadaver alimentos y agua, de lo qual y de otros adornos ya he hablado.

Luego que se dexa el cadaver en el tupapu, se repite el duelo : se juntan las mugeres y son conducidas á la puerta por la parienta mas cercana, la qual se hiere repetidas veces en la coronilla de la cabeza con un diente de tiburon : la sangre que corre en abundancia se recoge con esmero en unos pedazos de tela que echan sobre el cadaver. Las demas mugeres siguen este exemplo, y repiten la misma ceremonia por dos ó tres dias mientras que el zelo y el dolor pueden sufrirlo. Asimismo recogen en pedazos de tela las lágrimas que derraman en estas ocasiones, y las presentan como oblaciones al

difunto. Algunos de los mas jóvenes del duelo se cortan los cabellos y los ponen sobre el cadaver con las demas ofrendas. Esta costumbre se funda en que los Otahitinos, creyendo que el alma subsiste despues de la muerte, suponen que anda girando en torno del lugar en que está depositado el cuerpo á que estuvo unida, que observa las acciones de los vivos, y recibe placer viendo las pruebas de afecto y dolor que le dan.

Dos ó tres dias despues que las mugeres han comenzado estas ceremonias, los hombres toman tambien luto; pero antes de este tiempo no dan la menor muestra de sentir la perdida. Los parientes mas cercanos se van vistiendo por su turno el trage de luto, y exercen el oficio, cuya descripcion particular ya he hecho, refiriendo la muerte de aquella vieja que murió quando estabamos en la isla. Pero no dixe entonces la razon porque los Otahitinos huyen al ver el entierro: el principal personage del duelo lleva un gran baston armado de un diente de tiburon, y en el rapto frenético que se supone le causa el sentimiento, corre tras todos los que ve, y si alcanza á alguno le hiere con toda su fuerza; lo que no puede menos de causar una herida peligrosa.

Estas procesiones fúnebres continúan con ciertos intervalos por cinco lunas, pero se van haciendo menos freqüentes por grados

á proporcion que se acerca este término. Concluido este, lo restante del cadaver es sacado del atahud; raen y laban con esmero los huesos, y los entierran dentro ó fuera de un morai, segun la clase del difunto. Si era un Eri, no entierran su craneo con los demas huesos, sino que envolviendole en una tela fina le meten en una caxa hecha de intento para este fin, y la colocan tambien en el morai: esta caxa se llama *la casa de un doctor ó amo.* Despues de esto cesa el duelo, á no ser que algunas mugeres esten realmente afligidas por la muerte del difunto, porque en este caso se hacen á veces de repente heridas con el diente de tiburon en donde quiera que se encuentren. Esto quizá podrá explicar el motivo porque Terapo en aquella ocasion de que hablé, se hirió estando en nuestro fuerte: alguna circunstancia accidental pudo recordarla la muerte de algun amigo ó pariente, que excitase tanto su dolor, que la hiciese derramar lágrimas y repetir la ceremonia funeral de herirse.

Pero las ceremonias no se concluyen con el duelo: los Sacerdotes que son bien pagados por los parientes del difunto, y con las ofrendas que se hacen en el morai, recitan siempre sus oraciones. Algunas de estas ofrendas son misteriosas y emblematicas: un platano representa al difunto, y el penacho

de plumas la deidad que invocan. El sacerdote acompañado de algunos de los parientes que llevan una ofrenda, se pone en frente del simbolo del dios : repite sus oraciones segun una formula establecida, compuesta de voces inconexas : al mismo tiempo entrétexe hojas de coco en varias formas, las pone en el suelo sobre el parage en que estan enterrados los huesos, é invoca á la divinidad con un grito agudo de que no se sirven sino en esta ocasion. Quando el sacerdote se retira, se llevan consigo el penacho de plumas, y dexa las provisiones para pasto de las ratas ó para que se pudran.

No nos ha sido posible adquirir un conocimiento claro y seguido de la religion de los Otahitinos; la hemos hallado envuelta en misterios, y desfigurada con contradicciones. Su lenguage religioso es diferente del comun, como sucede en la China; de suerte que Tupia que puso mucho cuidado y empeño en instruirnos, se cansó en vano porque no hallaba palabras que nosotros pudiesemos comprehender. Sin embargo, referiré con la mayor claridad que pueda, lo que supimos de él.

Suponen que las cosas han sido producidas por la union de dos seres supremos; al uno llaman *Taroataihetomo*, y al otro *Tepapa*, que creen fue un peñasco. Estos dos

seres engendraron una hija *Tetumatatayo*, *el año*, ó los trece meses colectivamente, que solo nombran en esta ocasion. La hija unida con el padre comun produxo los meses en particular; y los meses juntándose unos con otros produxeron los dias. Suponen que las estrellas fueron engendradas en la primera cópula, y despues se han multiplicado de la union de unas con otras. El mismo sistema siguen en orden á las varias especies de plantas. Entre los demas hijos de los dos seres supremos, creen que hay una casta de dioses inferiores, á quienes llaman *eatuas*: dicen que dos de estos *eatuas* habitaban en la tierra ya hace mucho tiempo, y engendraron al primer hombre: que este primer hombre, padre comun de todos, era al nacer redondo como una bola; pero que su madre tuvo mucho cuidado en extenderle los miembros, y habiéndole dado la forma que tenemos al presente, le llamó *Eote*, que significa *finalizado*. Creen ademas que este primer padre llevado del instinto propio para multiplicar la especie, y no habiendo mas muger que su madre, tuvo de ella una hija, y juntándose con ella, produxo otras muchas, antes de procrear ningun varon; pero en fin engendró uno, y éste juntándose con sus hermanas, pobló el mundo.

Ademas de su hija *Tetumatatayo*, los primeros padres de la naturaleza tuvieron

un hijo, á quien llamaron *Tane*: dan á la divinidad suprema *Taroataihetomo* el nombre enfático de *productor de los terremotos*; pero dirigen mas comunmente sus oraciones á Tane, que segun ellos creen, tiene mas cuidado de las cosas humanas.

Las estatuas, de que tienen un gran número, son de uno y otro sexô; los hombres adoran á los machos, y las mugeres á las hembras. Cada uno de los dos sexôs tiene sus morais á parte, en los quales no son admitidas las personas de diferente sexô, aunque tambien hay otros donde pueden entrar hombres y mugeres. Los hombres hacen de sacerdotes para ambos sexôs, pero cada sexô tiene los suyos propios, y los que sirven á las mugeres no hacen sus funciones con los hombres, ni al reves.

Los Otahitinos creen que el alma es inmortal, ó á lo menos que subsiste despues de la muerte, y que hay destinados para las almas dos estados de diferentes grados de felicidad: llaman *Tavirua le Erai* á la morada mas feliz, y á la otra dan el nombre de *Tiahobo*. Sin embargo, no los consideran como lugares en que son castigados ó premiados segun la conducta que hayan tenido, sino como asilos destinados á diferentes clases de hombres que se hallan entre ellos. Suponen que los xefes y principales de la isla irán al primero, y los de

clase inferior al otro ; porque no creen que sus acciones en esta vida tengan influxo en su estado futuro, ni que sus dioses tengan noticia de ellas.

El caracter de sàcerdote ó *tajua* es hereditario en las familias , porque esta clase de hombres es muy numerosa , y se compone de Otahitinos de todas clases. El xefe de los sacerdotes es ordinariamente el hijo menor de una familia distinguida ; y le respetan casi tanto como á sus Reyes. Los sacerdotes poseen la mayor parte de los pocos conocimientos que hay esparcidos en la isla ; pero estos conocimientos se reducen á saber los nombres y clases de los diferentes *eatuas*, y las opiniones sobre el origen de las cosas criadas , que se conserva por tradicion entre ellos. Estas opiniones se expresan en sentencias aisladas ; algunos sacerdotes repiten un número increible de ellas, aunque no contienen sino muy pocas palabras de las que usan en el lenguage ordinario.

Los sacerdotes tienen mas noticias y conocimientos acerca de la navegacion y de la astronomia que los demas Otahitinos , y la palabra *tajua* no significa mas que un *hombre ilustrado.* Como hay sacerdotes para todas las clases , no ofician sino en la que les está asignada ; el *tajua* de una clase inferior jamas es llamado para hacer sus fun-

ciones entre los de clase superior, y las personas distinguidas jamas se sirven de sacerdotes de clase mas baxa.

Me parece que el matrimonio en Otahiti no es mas que un convenio entre el hombre y la muger, en que no tienen nada que ver los sacerdotes: luego que está ajustado, observan las condiciones; pero las partes se separan á veces de comun acuerdo, y el divorcio se hace con tan poco aparato como el casamiento. Pero los sacerdotes se han apropiado dos ceremonias de que sacan mucha utilidad; la una es el *tatu*, ó la costumbre de picarse la piel, y la otra la circuncision, las quales no tienen ninguna relacion con la religion. Por lo que hace al *tatu*, ya he hablado; lo que se llama circuncision no merece propiamente este nombre, porque no hacen mas que abrir el prepucio en la parte superior. Como todos deben pasar por estas dos ceremonias, es muy considerable la ganancia que de esto sacan los sacerdotes: los Otahitinos les pagan su trabajo no por tarifa fixa, sino segun las facultades de cada uno.

Los morais, como ya he dicho, son á un mismo tiempo cementerios y lugares consagrados al culto; los Otahitinos entran en ellos con un respeto y devocion que edifica: sin embargo, no creen que allí haya nada de sagrado, sino que van á adorar á la di-

vinidad; y aunque no esperan premios ni temen castigos, expresan siempre sus adoraciones con el mayor respeto y humildad. Quando un Otahitino se acerca á un morai, y ofrece su ofrenda en algun altar, se descubre siempre el cuerpo hasta la cintura; su modo de mirar y sus actitudes manifiestan que la disposicion de su alma corresponde á lo exterior.

No observé que estos Isleños adorasen ninguna cosa que fuese obra de sus manos, ni á criatura ninguna visible: es verdad que los Isleños de Otahiti y de las demas islas vecinas tienen cada qual un páxaro particular, al qual muestran singular respeto. Usan con ellos de ciertas ceremonias supersticiosas relativamente á su buena ó mala fortuna, como los antiguos Romanos tenian sus agüeros. Les dan el nombre de *eatuas*; jamas los matan, ni les hacen mal, pero no les dan ningun culto.

No me atrevo á asegurar, que este pueblo ignorante del arte de escribir, y que por consiguiente no puede tener leyes fixadas por un título permanente, tenga una especie de gobierno regular: sin embargo, reyna entre ellos una subordinacion, que se parece mucho al primer estado de todas las naciones de Europa en tiempo del gobierno feudal, que daba una libertad desenfrenada á una corta porcion de hombres,

reduciendo los demas á la esclavitud mas vil. He aquí las diferentes clases que hay en Otahiti : *Eri Rajie* , ó Rey ; *Eri* , ó Baron ; *manajuni* , ó vasallo ; *tutu* , ó plebeyo. La isla de Otahiti está dividida en dos peninsulas, en cada una de las quales hay su *Eri Rajie* , que es el Soberano : estos dos Reyes son tratados por los Otahitinos con mucho respeto , pero al parecer no exercen tanta autoridad como cada Eri en su distrito particular. Durante nuestra mansion en la isla, jamas vimos al Soberano de *Obereono*. Otahiti está dividida en unos cien distritos: los *Eries* son señores de uno ó muchos de ellos ; reparten su territorio entre los *manajunis* que cultivan el terreno recibido del Eri. Los Otahitinos de la ultima clase , llamados *tutus*, se hallan en un estado muy semejante al de los *villanos* en los gobiernos feudales: hacen todos los trabajos penosos : cultivan la tierra á las ordenes de los *manajunis* , que son cultivadores solo en el nombre, acarrean el agua y la leña , y baxo las ordenes de la ama de la casa , guisan la comida : tambien son los que van á pescar.

Cada Eri tiene una especie de corte , y una comitiva numerosa , compuesta principalmente de los hijos menores de su tribu: algunos de éstos tienen en la casa del Eri empleos particulares , pero no puedo decir de qué especie son : los Eries nos envia-

ban sus mensages por medio de estos oficiales. De todas las cortes de los Eries la de Tutahá era la mas brillante, y no es estraño, pues administraba el reyno en nombre de Otu, su sobrino, que era Eri Raji de Obereonu. El hijo de un Eri, como tambien los de los Reyes, suceden luego que nacen, á sus padres en los títulos y honores. Un Eri, á quien por la mañana nadie se acercaba sin despojarse del vestido hasta la cintura, por la tarde queda reducido á simple particular, si en este tiempo le nace un hijo varon. Todas las demostraciones de respeto que se daban á su autoridad, pasan al hijo, si no le mata al nacer; pero el padre queda siempre con la administracion de los bienes. Entre las razones que han contribuido á formar las sociedades infames llamadas *arreory*, esta costumbre de heredar así los hijos, no habrá tenido la menor parte.

Quando los Isleños vecinos hacen una invasion contra la isla, cada distrito baxo el mando de su Eri, está obligado á suministrar su contingente de soldados para la defensa comun. En estas ocasiones las fuerzas reunidas de toda la isla son mandadas en xefe por el Eri Rajie: las guerras particulares que se suscitan entre dos Eries, se deciden entre los vasallos de uno y otro, sin alterar la tranquilidad general.

Sus armas son las hondas que manejan con mucha destreza, picas puntiagudas, armadas con una punta de hueso, y gruesos palos de una madera dura de seis ó siete pies de largo. Dicen que pelean con mucho encarnizamiento, lo qual es muy probable, porque no dan quartel á hombres, niños, ni mugeres de los que caen en sus manos durante la batalla, ó algunas horas despues, esto es, hasta que se les sosiega la colera, que por lo mismo que es muy violenta, no es durable. Durante nuestra mansion en la isla, el Rey de la peninsula de Obereonu vivia en paz con el de la otra peninsula llamada Tiarraboa; y aunque este Eri se apropiaba el título de Soberano de toda la isla, el otro Eri no se daba por quejoso de esta pretension quimérica.

No es de presumir que baxo un gobierno tan imperfecto y grosero la justicia distributiva se administre con equidad; pero es preciso que sean pocos los delitos en un pais donde es tan facil satisfacer todos los gustos y pasiones, y por consiguiente los intereses de las personas no se oponen unos á otros. En Europa un hombre que no tiene dinero, ve que con él podria satisfacer todos sus deseos; pero los Otahitinos no tienen moneda, ni algun otro signo facticio que se le parezca: parece que no hay en la isla ningun bien permanente de que

puedan apoderarse el fraude ó la violencia: y efectivamente si se exceptuan todos los delitos que la codicia de lo ageno hace cometer á las naciones civilizadas de Europa, quedarán muy pocos que castigar. Como no hay en Otahiti ley que limite el comercio con las mugeres, estos Isleños no tienen este motivo para excesos; ademas, una muger rara vez será un objeto de preferencia en un pais donde se distinguen muy poco en los adornos exteriores y en las circunstancias accidentales que resultan del arte y de la sensibilidad refinada. No hay duda que estos Isleños son ladrones, pero como entre ellos nadie puede sacar mucha utilidad ni causar grandes perjuicios con los robos, no habran tenido por necesario reprimir este exceso con leyes, las quales son tan indispensables entre nosotros. Sin embargo, Tupia nos ha dicho que á veces castigan el adulterio y el hurto: en todos los casos de agravio y perjuicio, el castigo del reo depende del ofendido. El marido en el primer arrebato de cólera mata á veces al adultero, quando le sorprende en el hecho; pero si no hay circunstancias que exciten su cólera, todo se compone con dar algunos golpes á la muger. Como el castigo no está autorizado por ninguna ley, y no hay ningun magistrado encargado de la vindicta pública, los culpa-

dos se escapan por lo regular del castigo, á no ser que el ofendido sea el mas fuerte: pero el Eri castiga de quando en quando á sus inmediatos subditos por los delitos que cometen unos contra otros, y aun castiga á los Isleños que no dependen de él, quando se supone que han cometido el delito en su distrito.



CARTA CCLXVI.

Viage á la Nueva Zelanda.

De la isla de Otahiti fuimos á parar á la de Huaheine, donde observamos algunas particularidades diferentes de la otra. Saltamos en tierra el 18 de Julio; quisieramos habernos aprovechado de la compañía de Tupia en el paseo que ibamos á dar por la isla; pero se hallaba muy ocupado con sus amigos. Sin embargo, llevamos á su criado llamado *Tayeto*, y Banks se puso en camino para exâminar de cerca un objeto que habia excitado su curiosidad. Era una especie de arca, cuya tapa estaba cosida con delicadeza y bien forrada de hojas de palma: estaba colgada sobre dos palos, los quales parecian destinados para transportar el arca como las varas de

nuestras sillas de manos. En uno de los extremos habia un agujero quadrado, y en medio de él un anillo que rodeaba el quadrado dexando los angulos abiertos, formando un círculo dentro de un quadrado. La primera vez que Banks vió esta arca, la abertura de la extremidad estaba tapada con un pedazo de tela, á la qual no quiso tocar: probablemente habia entonces alguna cosa dentro; pero la segunda vez halló la tela quitada y la arca estaba vacía. Preguntando nosotros á Tayeto el nombre de aquella arca, nos dixo que se llamaba *la casa de Dios*, sin que nos pudiese explicar su significacion ni su uso.

Estos Isleños parecen mas vigorosos y mas altos que los de Otahiti: Banks midió uno que tenia seis pies, tres pulgadas y media de alto; pero son tan perezosos, que no pudo reducirlos á que subiesen con él á las montañas, pues decian que la fatiga los mataria si emprendian aquel viage. Las mugeres son muy lindas, y en general nos parecieron mas bellas que las de Otahiti, aunque en particular no vimos ninguna que igualase en belleza á algunas Otahitinas. Ambos sexôs son menos timidos y curiosos que los de Otahiti: quando llegaron á bordo de nuestro navio no nos hicieron ningunas preguntas ni regis-

traron nada: quando disparamos nuestras armas de fuego, se asustaban sí, pero no se arrojaban al suelo de temor como hicieron los Otahitinos quando oyeron los primeros fusilazos. Quizá se pudiera decir que los de Huaheine no habian visto el navío Delfin como los de Otahiti; la explosion de un fusilazo ó cañonazo excitaba en los Otahitinos la idea de una destruccion repentina, y los otros, como no habian experimentado sus efectos, no se asustaban mas que del ruido.

Pasando á otra isla cercana Banks y Solander se detuvieron un dia en tierra y quedaron muy contentos de los naturales del pais, todos los quales daban muestras de respetarlos y temerlos, al mismo tiempo que les manifestaban la mayor confianza. Los Isleños se portaban como si hubieran conocido que aquellos dos estrangeros tenian todos los medios para hacerles mal, y al mismo tiempo la intencion de no hacer uso de ellos. Hombres, mugeres y muchachos los rodeaban por todas partes, y los seguian donde quiera que iban: lejos de que nadie los insultase, quando encontraban al paso algun charco ó pantano, aquellos Isleños se disputaban el honor de pasarlos acuestas. Los conduxeron á las casas de los principales, y fueron recibidos de un modo enteramente nuevo: la gen-

te que los seguia corria delante, luego que descubrian la habitacion, dexándoles espacio suficiente para que pasasen. Quando entraban hallaban á los Isleños que les habian precedido, formados en dos filas á los lados de una estera larga tendida en el suelo, sobre cuya extremidad estaba sentada la familia. En la primera casa que visitaron, encontraron unos muchachos de ambos sexôs vestidos con el mayor aseo, y que se estaban quietos en sú puesto, esperando que los dos estrangeros se acercasen y les diesen alguna cosa. Banks y Salander tuvieron gran placer en hacerles algunos regalos, porque jamas habian visto niños mas lindos ni mas bien vestidos. El uno era una niña de unos seis años; tenia puesta una especie de bata roxa, y al rededor de la cabeza gran cantidad de cabellos trenzados, adorno que llaman ellos *tamu*, y que estiman sobre todo lo que poseen. Estaba sentada á la punta de una estera de treinta pies de largo, sobre la qual ninguno de los espectadores se atrevia á poner los pies á pesar de la apretura de la gente: estaba recostada en los brazos de una muger de unos treinta años, de figura agradable, la qual probablemente era su nodriza. Los dos estrangeros se acercaron á ella, y la ofrecieron algunas bujerias; ella alargó la mano para recibir-

las, con tanta gracia como pudiera la muger mas bien educada de Europa.

Despues de esta isla reconocimos la de Oteroa, de donde pasamos á la Nueva Zelanda: fuimos á surgir primeramente á una costa tan esteril que la llamé *bahia de la pobreza.* Despues siguiendo la costa hice varias tentativas para trabar comercio con los Indios que encontrabamos en piraguas; pero en todas partes nos hicieron resistencia, y los salvages empezaban siempre por hostilidades, hasta que les haciamos conocer nuestra superioridad de fuerzas, á lo qual no acudiamos sino en el último apuro y con el mayor tiento, procurando causarles mas miedo que daño: pero luego que desembarcamos, empezaron á tratarnos con mas amistad.

Cada casa ó choza en que habia tres ó quatro habitantes, tenia su lugar comun, cosa que en ninguna otra parte habiamos visto. Por esta causa no se veia ninguna inmundicia; lo que les sobraba de sus comidas y la demas basura se veia amontonada en unos estercoleros bien dispuestos, con lo qual sin duda beneficiaban sus tierras.

Mas allá de la bahia de Tegador, Banks y Solander internandose en los valles cuyas colinas eran muy escarpadas por ambos lados, observaron una curiosidad natural muy extraordinaria. Era un peñasco hora-

dado en toda su extension, de manera que formaba un arco ó caberna por medio de la qual se descubria el mar. Esta abertura que tenja setenta y cinco pies de largo, veinte y siete de ancho, y quarenta y cinco de alto, hacia ver una parte de la bahia y los cerros de la otra parte, el qual espectáculo era superior á todo lo que puede ofrecer el arte.

Al volver por la tarde al parage de la aguada encontraron un viejo que los detuvo algun tiempo, para mostrarles los exercicios militares del pais con las lanzas y los *patupatus*, que son las únicas armas de que usan estos salvages. La lanza hecha de una madera muy dura y aguzada por los dos extremos, tiene de diez á catorce pies de largo. El *patupatu* tiene cerca de un pie de largo; se hace de talco ó de hueso, tiene un corte aguzado, y se sirven de él como de una hacha de armas. El Indiano se acercaba con aspecto furibundo á un madero que representaba al enemigo, y blandia la lanza manejandola con mucha fuerza. Quando suponia que su contrario fantastico habia sido atravesado con la lanza, le acometia con su *patupatu*, redoblando furiosos golpes sobre la punta del madero que se suponia era la cabeza de su rival. Como este combatiente acometió á su enemigo con el patupatu despues de ha-

berle atravesado con la lanza, inferimos que estos Salvages en sus batallas no dan quartel.

En la bahia que llamamos *de Mercurio*, porque observamos allí el paso de este planeta por el disco solar, tuvimos ocasion de tomar alguna idea acerca de los conocimientos de los habitantes en el arte de las fortificaciones. Hay una punta elevada ó peninsula, que se introduce en el rio, donde se ven las reliquias de una fortaleza que ellos llaman Hepá. El ingeniero mas habil de Europa no hubiera escogido una situacion mejor para que un corto número de hombres pudiese defenderse de muchos. Las peñas son tan escarpadas, que el agua que rodea por los tres lados esta fortaleza, la hace enteramente inaccesible; y por la parte de tierra está fortificada con un foso y un parapeto elevado en lo interior. De lo alto del parapeto hasta el fondo del foso hay veinte y dos pies: el foso tiene catorce pies de hondo, y una anchura proporcionada. Toda la fortaleza habia sido construida con mucha inteligencia: habia una empalizada sobre lo alto del parapeto, y á lo largo del foso por la parte de afuera. Las estacas de la empalizada estaban clavadas en tierra con mucha profundidad, y se inclinaban ácia el foso; pero no habian quedado mas que algunas gruesas, las quales

tenian indicios de fuego, lo que nos hizo presumir que aquella fortaleza habia sido tomada y destruida por algun enemigo. Los Europeos que pueden llegar allí, tienen un sitio muy ventajoso para fortificarse y defenderse facilmente contra todas las fuerzas del pais.

Yo marché acompañado de Banks y Solander ácia la parte septentrional de la bahia para registrar el pais, y dos poblaciones fortificadas que habiamos visto á lo lejos. Desembarcamos cerca de la primera, cuya situacion era la mas pintoresca que se puede imaginar; estaba construida sobre un peñasco separado del continente, el qual quedaba rodeado de agua en la alta maréa. Este peñasco estaba agujereado en toda su profundidad con un arco que ocupaba su mayor parte: lo alto del arco tenia mas de sesenta pies de elevacion sobre la superficie del mar, el qual atravesaba por baxo en la alta maréa. Sobre el arco habia fortificaciones de empalizadas á la moda del pais; pero en aquel recinto solo cabian de cinco á seis casas. No era accesible mas que por una senda escarpada y estrecha, por la qual baxaron los habitantes al acercarnos, y nos convidaron á subir: no admitimos la oferta, porque deseabamos exâminar una fortaleza mucho mas considerable de la misma especie, situada á cosa de una milla de allí. Hicimos algunos

regalos á las mugeres, y en esto vimos á los Indios de la poblacion adonde nos dirigiamos, venir ácia nosotros formando un cuerpo como de unas cien personas, entre hombres, mugeres y niños. Quando estuvieron á distancia de poder ser oidos, hicieron un ademan con sus manos, gritando *hoaomai*: sentaronse despues entre los matorrales; nos dixeron que estas ceremonias eran indicios de su disposicion amigable. Marchamos ácia el parage en que estaban sentados, y al llegar les hicimos algunos regalos, pidiéndoles permiso para registrar su Hepá; consintieron en ello con muestras de gusto, y al punto nos conduxeron. Está situada esta fortaleza sobre un promontorio, que se introduce en el mar á la parte septentrional de la bahia. Dos de sus lados, bañados por el mar, son inaccesibles; los otros dos tocan á tierra: hay una senda muy escarpada por uno de ellos; el otro lado ofrece una entrada facil. Sobre la altura hay una empalizada de unos doce pies de alto, que la rodea toda, compuesta de maderos gruesos, trabados fuertemente con bejucos. El lado mas debil está defendido con un foso doble, en cuya parte interior hay un parapeto y una segunda empalizada. Las primeras empalizadas estan entre los dos fosos, clavadas obliquamente, con las puntas inclinadas ácia el segundo foso. Este tenia

veinte y quatro pies de hondo. Un paso estrecho de unos doce pies de largo es la unica entrada ; de suerte que todas sus circunstancias la hacian una plaza muy fuerte. En caso de sitio parece que estaba bien provista de víveres, exceptuando el agua: vimos gran cantidad de raices, que les sirven de pan, y peces secos amontonados; pero no vimos mas agua dulce que la de un arroyo que corria cerca por el pie del cerro. No pudimos averiguar si tienen algun medio para coger esta agua durante un sitio, ó si saben conservarla en vasijas; pero sin duda tienen algun recurso para procurarsela, pues de otro modo les eran inutiles sus provisiones.

Manifestamosles deseos de ver sus exercicios de ataque y de defensa: al punto un joven se subió sobre una de las plataformas de batalla, y otro baxó al foso. Ambos combatientes entonaron la cancion de guerra, y danzaron con las mismas gesticulaciones espantosas que les habiamos visto usar quando nos atacaban. (Este recurso de cantar y danzar militarmente, que es el preludio para pelear entre todas las naciones Salvages, es muy propio para acalorar su imaginacion y exâltarla hasta el extremo del furor. Las naciones Europeas han olvidado ya hace siglos esta costumbre tan propia para sacudir el temor que debe causar el peligro á que se

expone el soldado : no lo hacian así nuestros antiguos, los quales siempre entraban en las batallas cantando ó gritando. En nuestros dias hemos visto el partido que han sacado los Franceses de sus canciones militares, y se puede asegurar que la *Marsellesa* les ha dado muchas victorias.)

Observamos á la falda del cerro cerca de esta fortaleza un espacio como de media aranzada sembrado de calabazas y de patatas dulces, que era el unico parage cultivado de la bahia. Al pie de la punta sobre que está construida esta fortaleza, habia dos peñascos pequeños, y mas propios al parecer para servir de asilo á las aves que á los hombres; sin embargo, en uno y otro habia casas y plazas de defensa. Vimos otras muchas obras de la misma especie sobre islotes, peñascos y cumbres de los cerros en varias partes de la costa, ademas de otras poblaciones fortificadas, que parecian mas considerables que estas.

Las hostilidades continuas en que necesariamente deben vivir estos Salvages, que han hecho una fortaleza de cada poblacion, son causa de las pocas tierras cultivadas que tienen; y de aquí se puede inferir que siempre estan en guerra. Es estraño que teniendo tanta industria para fortificarse, no hayan inventado mas armas arrojadizas que la lanza: no conocen el arco para disparar saetas, ni

la honda para tirar piedras, lo que es mas de admirar, pues la invencion de los arcos, saetas y hondas es mucho mas facil que la de sus fortificaciones, y estas armas se hallan en casi todas las naciones Salvages. Ademas de la lanza y del patupatu, tienen un palo de unos cinco pies de largo, á veces puntiagudo, y á veces terminado por una punta en una especie de pala de la forma de un remo. Tienen tambien otra arma un pie mas corta que ésta, puntiaguda por un extremo, y de la figura de una hacha por el otro. Sus grandes lanzas tienen las puntas harponadas, y las manejan con tanta fuerza y agilidad, que no podiamos oponerles con ventaja otras armas que los fusiles.

Despues de haber exâminado ligeramente el pais, y cargado los dos botes de apio que hallamos en grande abundancia, nos hicimos á la vela.

CARTA CCLXVII.

Continuacion de la Nueva Zelanda.

Cerca del Cabo Bret, en una isleta cercana á la costa, los naturales del pais en número de unos quatrocientos nos rodearon con sus piraguas, y algunos subieron á bordo: di un pedazo de paño á uno de ellos que parecia xefe, y entre los demas repartí algunas bujerias. Advertí que algunos de estos Indios nos habian visto ya antes, y que conocian el efecto de nuestras armas de fuego, porque solo el ver un cañon les causó el mayor espanto. Esto les impidió el que se propasasen á ningun insulto; pero los Isleños de una de las piraguas se aprovecharon de la ocasion quando estuvimos comiendo, para hurtarnos una vagatela. Tiramos inutilmente un fusilazo con perdigones por encima de sus cabezas; pero estaban demasiado lejos para que les alcanzasen. Habian ya puesto el hurto en su piragua, por lo que les disparamos con bala; el tiro les alcanzó, y al punto lo arrojaron al agua: en fin disparamos un cañonazo, cuya bala fue á caer en tierra. Al punto desembarcaron los Indios de dos ó tres piraguas para buscar la bala. Tupia llamándolos les aseguró que na-

da tenian que temer si se portaban bien: varios de ellos vinieron al navio sin muchas instancias de nuestra parte, y se portaron de suerte que no nos dexaron duda de que en adelante no intentarian ofendernos.

Pasé con Banks y Solander á la isla que distaba como unos tres quartos de milla. Observamos que las piraguas que estaban junto al navio no nos seguian, lo que tuvimos por buen presagio; pero apenas hubimos desembarcado, vinieron á saltar en tierra por varias partes de la isla. Estabamos en una pequeña ensenada, y dentro de pocos minutos nos vimos rodeados por unos trescientos Isleños. Venian todos armados, pero se acercaron con tanto desorden y confusion, que apenas sospechamos quisiesen hacernos mal, por lo que resolvimos no usar por nuestra parte de hostilidades. Dirigímonos ácia ellos, y formamos en la arena una linea entre ellos y nosotros, haciéndoles señas que no la pasasen: al pronto se mantuvieron tranquilos, pero con las armas asestadas, de suerte que mas bien parecian irresolutos que pacificos. Estando en esta suspension, se acercó otra tropa de Indios, y haciéndose mas atrevidos á proporcion que se aumentaba su número, dieron principio á sus canciones y danzas, que son el preludio de acometer. Sin embargo, se detenian en embestir, y dos tropas de ellos corrieron ácia nuestros botes

con intento de sacarlos sobre la costa. Esta tentativa pareció ser la señal del combate, porque los que estaban cerca de nosotros se acercaron al mismo tiempo sobre nuestra linea. Nuestra situacion era entonces demasiado critica para permanecer por mas tiempo en inaccion, por lo que disparé un tiro con perdigones contra uno de los mas inmediatos, y al mismo tiempo Banks y dos de los nuestros hicieron fuego. Los enemigos retrocedieron entonces algo desordenados; pero uno de los xefes los reunió, y se acercó blandiendo su patupatu, llamando con grandes gritos á sus compañeros al ataque. Solander, que aun no habia disparado su fusil, tiró á este xefe, el qual sintiendose herido se detuvo de repente, y huyó con los demas: pero lejos de dispersarse, se reunieron sobre un cerrillo, donde parecia esperaban á algun xefe denodado que quisiese conducirlos al combate. Como se hallaban distantes disparamos con bala, pero sin alcanzar: ellos permanecieron reunidos, y nosotros esperamos en esta disposicion como un quarto de hora.

En esto el navio, desde el qual se descubria mucho mayor número de Indios que no podiamos ver desde el sitio que ocupabamos, fue á situarse de modo que su artillería alcanzase. Algunos cañonazos disparados al ayre sobre sus cabezas, los dispersaron

enteramente ; en esta escaramuza no hubo mas que dos Indios heridos con perdigones, y ninguno murió. Este combate hubiera sido mas sangriento á no haber yo contenido á los mios, quienes manifestaban tanto deseo de matar á los Isleños como un cazador en destruir caza. Luego que nos dexaron tranquilos , recogimos en la isla grande abundancia de apio. Poco tiempo despues, acordandonos que algunos Isleños se habian escondido en la caberna de uno de los peñascos , nos encaminamos á ella , y entonces aquel mismo viejo, á quien yo habia dado un pedazo de paño, se acercó á nosotros seguido de su muger y de su hermano , y en actitud suplicante se puso baxo nuestra proteccion. Hablamosle con cariño ; el viejo nos dixo que uno de los heridos era hermano suyo , y nos preguntó con sobresalto si moriria; aseguramosle que no , y poniendole en la mano balas y perdigones le hicimos comprehender que para morir era menester haberle herido con bala : añadimos que si volvian á atacarnos , nos defenderiamos con balas que los matarian. Los Isleños recobraron algun animo , y acercándose se sentaron junto á nosotros ; yo para tranquilizarlos, les repartí algunas bujerias que por casualidad llevaba.

Volvimos á embarcarnos en nuestros botes , y llegando á otra caleta de la misma

isla subimos á un cerro cercano que dominaba el pais hasta una distancia considerable. La perspectiva era muy pintoresca y singular : se descubria inumerable cantidad de islas que formaban ensenadas donde el agua estaba tan sosegada como en un estanque. Descubrimos ademas varias poblaciones , casas esparcidas y plantios : este canton estaba mas poblado que todos los que habiamos visto antes. Varios Isleños salieron de una de las aldeas que estaba cerca de nosotros ; nos manifestaron con muchas demostraciones que venian desarmados ; sus aspectos y gesticulaciones anunciaban la mayor sumision.

En esto , algunos de los nuestros , que quando se trataba de castigar un fraude de los Indios afectaban una justicia inexorable, rompieron el vallado de uno de los plantios y cogieron algunas patatas : hice dar doce azotes á cada uno de los culpados : uno de ellos quiso defender con la mayor obstinacion que no era un delito en un Inglés el saquear un plantio Indiano, aunque lo fuese en un Indio el hurtar un clavo á un Inglés: yo le hice poner preso, y le mandé dar otros doce azotes.

Cerca de la bahia *de los Asesinos* tuvimos una prueba completa de que muchas de las naciones de la Nueva Zelanda comen carne humana. Embarqueme con Banks , Solan-

der, Tupia y algunos otros, y fuimos á otra caleta separada de la que ocupaba el navio como unas dos millas. En el camino vimos sobrenadar una cosa que nos pareció una vaca marina muerta; pero habiendonos acercado, reconocimos que era el cadaver de una muger, que segun la apariencia hacia pocos dias que habia muerto. Saltando en tierra hallamos una familia de Indios, á quienes sin duda causamos grande espanto, porque todos huyeron sino uno. La conversacion que con él tuvo Tupia, hizo que volviesen los demas, á excepcion de un viejo y un niño que se habian retirado á las montañas, desde donde nos observaban en secreto. La curiosidad nos hizo preguntar á estos Salvages acerca del cadaver de la muger que habiamos visto. Respondieron que era de una parienta suya que habia muerto de enfermedad, y que despues de haber atado una piedra al cadaver segun su costumbre, le habian arrojado al mar, y que probablemente se habria separado de la piedra.

Quando salimos á tierra, estos Indios estaban ocupados en guisar su comida, y asaban un perro en un hornillo: cerca de allí habia unos canastillos con provisiones. Mirando al pasar uno de estos canastillos, vimos dos huesos enteramente roidos que nos parecieron no ser de perro, y exâmi-

nandolos de cerca, vimos que eran huesos humanos. Este espectáculo nos horrorizó, aunque no hacia mas que confirmar lo que ya habiamos oido decir muchas veces desde que llegamos á aquella costa. Como no se podia dudar que aquellos huesos eran humanos, tuvimos por cierto que se habrian comido la carne que los cubria. Los habiamos hallado en un canastillo de provisiones, la carne que restaba, manifestaba haber sido asada, y sobre los cartilagos se veia la impresion de los dientes al morderla. Sin embargo, para confirmar nuestras sospechas tan evidentes, encargamos á Tupia preguntase que huesos eran aquellos; los Indios respondieron sin detenerse, que eran huesos humanos. Preguntóles, qué habian hecho de su carne, y respondieron que se la habian comido. Pero, replicó Tupia, porque no os habeis comido el cuerpo de la muger que hemos visto en el agua? Esa muger, respondieron, ha muerto de enfermedad natural, y ademas era nuestra parienta; y nosotros no comemos sino los cuerpos de nuestros enemigos muertos en batalla. Acerca del cuerpo, cuyos huesos habiamos visto roidos, nos dixeron que unos cinco dias antes una piragua en que venian siete hombres de sus enemigos habian llegado á la bahia, y que aquel era uno de los siete á quien habian muerto. Aunque no

es posible adquirir pruebas mas claras de que esta horrible costumbre se halla establecida en aquella costa, voy á añadir otras aun mas decisivas. Preguntámosles si tenian aun algunos huesos humanos cubiertos de carne, y nos respondieron que se la habian comido toda; pero nosotros fingimos no creer que aquellos fuesen huesos humanos, diciendoles que eran huesos de perro; á lo qual uno de los Indios echando la mano á la parte anterior de su brazo y mostrandolo, dixo, que el hueso que tenia Banks en su mano era de aquella parte del cuerpo; y para convencernos de que se habian comido la carne, mordió su propio brazo, haciendo ademan de comerselo. Royó tambien el hueso que tenia Banks, chupandolo y saboreandose con él, como para dar á entender quan bien le habia sabido su carne: despues volvió el hueso á Banks, quien lo conservó en su poder. Entre las personas de aquella familia vimos una muger cuyos brazos, piernas y muslos habian sido despedazadas horriblemente: dixeronnos que ella misma se habia hecho aquellas heridas en testimonio del dolor que la causaba la muerte de su marido, el qual habia sido muerto y devorado pocos dias antes por otros habitantes que habian venido á atacarlos desde un canton de la isla situada al Este, que los Indios nos mostraban con el dedo.

El navio estaba surto á menos de un quarto de milla de la costa, y al otro dia por la mañana nos despertó el canto de las aves, cuyo número era increible, y parecia que disputaban á qual mejor cantaban. Esta armonia silvestre era superior á todas las demas de su especie que habiamos oido hasta entonces: parecia á la que formaria un conjunto de campanas pequeñas perfectamente acordes, y quizá la distancia que mediaba entre ellas y el navio contribuia mucho á la melodia de su canto. Supimos despues que en este pais las aves empiezan siempre á cantar cerca de las dos de la mañana y continúan su música hasta salir el sol; pero despues quedan en silencio por todo el dia.

Por la tarde llegó al navio una canoa de una aldea Indiana: entre los demas Indios venia aquel viejo que subió á bordo el primero quando llegamos á la bahia. Tupia trabó conversacion con él acerca de la costumbre de comer carne humana, y los Indios nos repitieron lo mismo que el dia anterior. ¿Pero donde estan las cabezas, replicó Tupia, os las comeis? No comemos mas que los sesos, respondió el viejo, y mañana os traeré algunas cabezas para convenceros de la verdad. Despues de haber conversado un rato con nuestro Otahitino, le dixeron que esperaban dentro de poco una invasion de sus enemigos para vengar

la muerte de los siete que habian muerto y devorado.

El dia siguiente 18 de Enero, los Indianos estuvieron mas tranquilos de lo acostumbrado; ninguna piragua se acercó al navio, y no vimos ningun habitante sobre la costa; habian suspendido sus pescas y demas ocupaciones. Creimos que estarian preparandose para algun ataque; lo qual nos puso en mayor curiosidad de observar lo que pasaba en tierra; pero nada vimos que pudiese satisfacerla. Despues de almorzar nos embarcamos en el bote para exâminar la bahia que era de una vasta extension, compuesta de una infinidad de ensenadas y caletas en todas direcciones. Nuestra excursion se limitó á la parte occidental, y como el parage en que desembarcamos estaba cubierto de un bosque impenetrable, no pudimos ver ninguna cosa notable. Al volvernos vimos un Indio que estaba pescando en una piragua: bogamos ácia él, y extrañamos mucho el ver que no hizo el menor caso de nosotros; aunque nos acercamos á él, continuó su ocupacion como si no nos hubiera visto, sin que pareciese estupido ni de mal humor. Rogamosle sacase la red del agua para exâminarla, y al punto nos dió este gusto: la red era de figura circular, y tenia de siete á ocho pies de diametro: por la parte superior estaba

abierta, y en el fondo habia algunos pececillos para que sirviesen de cebo. Metia la red en el agua, y quando creia que habia dentro muchos peces, tiraba de ella con tiento hasta la superficie del agua, de suerte que levantaba los peces sin que lo sintiesen; entonces daba una fuerte sacudida á la red, con lo que los peces quedaban enredados. Con este método tan sencillo habia cogido gran cantidad de peces, bien es verdad que son tan abundantes en aquella bahia, que la pesca no requiere mucho trabajo ni destreza.

Aquel mismo dia algunos de los nuestros encontraron cerca de un hoyo ú hornillo tres huesos humanos de las ancas, nueva prueba de que comen carne humana; y nuestro cirujano encontró el cabello de un hombre entre otras cosas colgadas de las ramas de los árboles. Nuestro viejo cumplió su palabra trayéndonos quatro cabezas humanas: aun conservaban el cabello y la carne, pero faltaban los sesos: la carne estaba flexîble, y la habian preservado de la corrupcion con algun ingrediente, porque no tenian mal olor. Banks compró una de estas cabezas, que el viejo le vendió con mucha repugnancia, y no pudimos reducirle á que nos vendiese otra. Estos Indios probablemente las conservan como trofeos, así como los Salvages de la América Septentrional con-

servan las cabelleras, y los Isleños del mar del Sur las mandíbulas de sus enemigos para ostentarlas en triunfo. Exâminando la cabeza que habia comprado Banks, notamos que habia recibido en la sien un golpe que habia roto el casco.



CARTA CLXVIII.

Descripcion de la Nueva Zelanda.

La Nueva Zelanda fue descubierta por la primera vez el 13 de Diciembre de 1642 por Abel Tasman, del qual ya he hecho mencion. Pasó por la costa Oriental de esta region desde los 34 grados de latitud hasta el 43: entró en el estrecho que divide las dos islas; pero habiendo sido atacado por los naturales del pais, luego que ancló en el parage que llamó *Bahia de los Asesinos*, no desembarcó. Llamó á este pais *Tierra de los Estados*, en honor de los Estados generales de Holanda; pero hoy se la conoce en los mapas y globos con el nombre de *Nueva Zelanda.* Toda esta region, exceptuando aquella parte de la costa que descubrió Tasman desde su navio, habia quedado enteramente desconocida hasta mi tiempo, que llegué en el navio llamado el *Endeavour*. Varios autores

han supuesto que esta region era parte de un Continente Meridional; pero al presente ya se sabe que se compone de dos grandes islas, separada una de otra por un estrecho que tiene de quatro á cinco leguas de ancho.

Estas islas estan situadas entre los grados 34 y 48 de latitud Austral, y entre los 181 y 194 de longitud Oeste: esta situacion ha sido determinada con una exâctitud poco comun, con arreglo á gran número de observaciones del sol y de la luna, y una del paso de Mercurio, hechas por Mr. Green, Astrónomo bien conocido, que habia sido enviado al mar del Sur por la Real Sociedad de Londres, para observar el paso de Venus por el disco Solar.

La mas Septentrional de estas islas es llamada por los naturales del pais *Eaheinomauve*, y la mas Meridional *Tovy*, ó *Tavai Poenamó*. Esta ultima por la mayor parte es un pais montuoso, y segun todas las apariencias, esteril. No descubrimos en toda la isla mas habitantes que los Isleños que vimos en el canal de la Reyna Carlota, y los que se acercaron á nosotros cerca de las montañas de nieve; ni vimos mas señales de poblacion que los fuegos que descubrimos al Oeste del Cabo Saunders.

La otra isla tiene un aspecto mas agradable: el terreno á la verdad está lleno de colinas, y aun de montañas, pero unas y

otras estan cubiertas de bosques, y en cada valle hay un arroyo de agua dulce. El terreno de estos valles, como tambien el de las llanuras, algunas de las quales no tienen ningun arbol, es por lo general ligero, pero fertil, y segun la opinion de los mas inteligentes de nuestra comitiva, todos los granos, plantas y frutos de la Europa se darian allí muy bien. Los vegetales que hallamos nos hicieron creer que los inviernos son allí mas blandos que en Inglaterra; notamos que el estío no era mas cálido que el nuestro, aunque el calor era mas uniforme; de suerte, que si los Europeos formasen un establecimiento en aquel pais, les costaria poco cuidado y trabajo el hacerle producir todo lo necesario para la vida.

Exceptuando los perros y las ratas, no hay quadrúpedo en aquel pais, á lo menos nosotros no los vimos; y aun las ratas son tan raras, que algunos de nosotros jamas vimos ninguna. Los perros viven con los hombres, los quales los crian unicamente para comerselos. Puede ser á la verdad que haya otros quadrúpedos que nosotros no hayamos visto, pero esto no es probable. En efecto, el objeto principal de la vanidad de los naturales del pais, por lo que hace al vestido, es adornarse con las pieles de los animales que tienen; y sin embargo, jamas les hemos visto mas pieles que las de perros y

de aves. Hay vacas marinas junto á la costa, y en una ocasion vimos un leon marino; pero creo que raro es el que cogen, porque aunque vimos algunos naturales llevar al pecho con mucha estimacion los dientes de estos pescados, jamas vimos ninguno vestido con su piel. Tambien hay ballenas por aquella costa, pero no parece que los Isleños tengan habilidad ni instrumentos para matarlas: sin embargo, vimos unos *patupatus* hechos de hueso de ballena, ó de algun otro animal, cuyos huesos tengan la misma apariencia.

Las especies de aves que se hallan en la Nueva Zelanda, no son en gran número, y casi todas son distintas de las de Europa, aunque algunas tienen cierta semejanza con las especies que conocemos. Hay unos páxaros pequeños, cuyo canto, como ya he dicho, es mucho mas dulce que todos los que hemos oido. Tampoco hay mucha abundancia de insectos; se reducen á un corto número de mariposas y de escarabajos, moscas muy parecidas á las de Europa, algunas especies de mosquitos, y moscas de arenales que parecen identicas con las de América: pero no vimos muchas de estas moscas ni mosquitos, que se consideran como una plaga en qualquier pais. Es verdad que encontramos un corto número de ellas en todos los parages donde

desembarcamos ; pero nos causaron tan poca incomodidad, que no hicimos uso de las precauciones que habiamos tomado para guarecernos de sus picaduras.

Ya que los animales terrestres son pocos y raros, en recompensa se halla gran cantidad en el mar : por todas partes abundan los peces de gusto tan delicado como los de Europa, y muy saludables. Donde quiera que anclabamos, y en todos los parages por donde pasabamos, principalmente ácia el Sur, podiamos con la caña y la red pescar lo suficiente para proveer á toda la tripulacion, y sobraba para salarlo y mantenerse por muchas semanas. La diversidad de sus especies era igual á su abundancia, y las mas de ellas nos eran desconocidas. Entre otros vimos un pez, llamado por Frezier *elefante* y *pege-gallo*, que es muy comun en las costas del Sur de la América Meridional.

Los árboles son la principal produccion de este pais ; se hallan selvas de grande extension, llenas de árboles propios para la construccion, los mas bellos y grandes que jamas hemos visto. El grueso y la dureza aparente de estos árboles los hacen muy á proposito para toda obra de construccion, excepto para masteleros, porque son demasiado duros y pesados. En particular hay un arbol, que quando estabamos en la cos-

ta se hacia distinguir por su flor de color de escarlata, la qual parecia ser un conjunto de varias fibras : es casi tan grueso como la encina ; su madera es sumamente dura y pesada. Se halla otro arbol muy alto y derecho, que crece en los pantanos, y es muy propio para arboladura de navio.

La mayor parte del pais está cubierta de verdura : aunque no hay allí gran variedad de plantas, nuestros botánicos quedaron muy contentos con las nuevas especies que encontraron. Se hallan pocos vegetales comestibles, pero nuestra tripulacion, como habia estado tanto tiempo en mar, comió con tanto gusto como provecho apio silvestre, y una especie de culantrillo que se cria en abundancia por toda la costa. Entre las producciones vegetales que parece se crian en este pais sin cultivo, no vimos otras que se pudiesen comer sino raices de helecho, y una planta enteramente desconocida en Europa, que la comen los naturales, pero nos pareció desagradable. Entre las plantas cultivadas no hallamos mas que tres comestibles, que eran ñames, patatas dulces y cocos. Hay plantíos de muchas aranzadas de ñames y patatas, y creo que por Otoño, que es la primera cosecha, un navio podria adquirir todas las que quisiese.

Los naturales cultivan tambien las calabazas, de las quales hacen vasos para varios

usos. Encontramos tambien el moral de que se hace el papel de la China, identico con el que en las islas del mar del Sur sirve para hacer telas ; pero es tan raro , que aunque los habitantes de la Nueva Zelanda lo emplean tambien en hacer una especie de tela, no les suministra mas que para los adornos que se ponen en los agujeros de las orejas.

De todos los árboles, arbustos y plantas que se hallan en este pais , ninguno produce fruta , á no dar este nombre á unas bayas que no tienen olor ni sabor, y que solamente los muchachos cogen por juguete. Hay allí una planta de la qual se sirven los naturales en vez de cáñamo y lino , y que excede á todas las que se emplean en los demas paises para el mismo uso. Hay dos especies de esta planta : su vestido ordinario se compone de sus hojas sin muchas preparaciones : de ellas fabrican sus cordones y cordeles, que son mucho mas fuertes que los de cáñamo, con los quales no tienen comparacion. Sacan de la misma planta , preparada de otra suerte , unas fibras largas y sutiles , brillantes como la seda , y blancas como la nieve , con las quales fabrican unas telas muy bellas , y de una fortaleza incomparable. Sus redes, algunas de las quales son de una magnitud enorme , se hacen de estas hojas : todo el trabajo consiste en cortarlas

en listas de anchura conveniente, y despues las van atando. Una planta como esta, que se puede emplear en tan varios usos con la mayor ventaja, seria una adquisicion importante para nosotros, y segun todas las apariencias produciria bien en nuestros paises sin mucho cuidado, porque parece de mucha resistencia, y que no requiere ningun terreno particular. Se halla igualmente sobre los cerros y en los valles, en los terrenos mas secos y en los mas pantanosos: sin embargo, parece que prefiere estos ultimos, porque observamos que en los pantanos era mas grande que en las demas partes.

Vimos grande abundancia de arena ferruginosa en la bahia de Mercurio, y por consiguiente debe haber por allí cerca mina de hierro. Por lo que hace á los demas metales, no tenemos bastante conocimiento del pais para formar conjeturas en esta parte.

La primera vez que llegamos á esta costa juzgamos que la poblacion era mucho mayor de lo que vimos en lo sucesivo. Las humaradas que descubrimos á larga distancia de la costa nos hicieron creer que lo interior estaba poblado, y quizá no nos engañamos por lo que hace al pais situado detras de la bahia de *la pobreza*, y la bahia de *la abundancia*, donde vimos mas Isleños que en ninguna otra parte. Pero generalmente hablando, tenemos motivos para juzgar que

esta grande isla no está habitada sino en las costas del mar, donde tambien era muy corto el número de Isleños que vimos; y toda la costa occidental desde el Cabo *Maria van Diemen* estaba enteramente desierta; de suerte que no hay proporcion ninguna entre la extension de la Nueva Zelanda y sus habitantes.

La estatura de estos Isleños es por lo general como la de los mas altos Europeos; son membrudos, robustos y bien proporcionados; pero no son tan gordos como los ociosos y voluptuosos habitantes de las islas del mar del Sur. Son muy dispiertos y vigorosos, y en todo lo que hacen se observa una destreza y habilidad de manos poco comun. Su color por lo general es moreno: pocos lo tienen mas obscuro que un Español que haya estado expuesto al sol, y los mas lo tienen mas claro. No se advierte en las mugeres la delicadeza de órganos que es propia de su sexô; pero su voz es sumamente dulce, y esto es lo que mas las distingue, porque el vestido es uno mismo en ambos sexôs; pero, así como las mugeres de los demas paises, son mas elegantes, vivas y de rostro mas agradable que los hombres. Los Zelandeses tienen negro el cabello y la barba; sus dientes son regulares y tan blancos como el marfil. Gozan de robusta salud: vimos algunos que nos parecieron muy vie-

jos. Las facciones de ambos sexôs son bellas: hombres y mugeres parecen de un carácter dulce y afable: se tratan unos á otros del modo mas tierno y afectuoso; pero son implacables contra sus enemigos á quienes no dan quartel. Quizá parecerá estraño que haya guerras tan freqüentes en un pais, en que tan pocas ventajas se sacan de la victoria, y que un distrito habitado por una nacion tan apacible y dulce sea enemigo de todos los que le rodean: pero puede ser que entre estos Isleños los vencedores saquen de sus victorias mas utilidad de la que aparece á primera vista, y que sean propensos á la hostilidad por motivos superiores que no se puedan vencer con el afecto y amistad.

Hemos visto que su principal alimento es el pescado, el qual no pueden adquirir sino en la costa del mar, y este no lo suministra en abundancia sino en cierta estacion. Las tribus que viven en lo interior, si es que las hay, y aun las que habitan sobre la costa, deben hallarse muchas veces á riesgo de perecer de hambre. Su pais no produce ganados, no tiene aves domesticas; no saben el modo de cazar la volateria en cantidad suficiente para mantenerse de su carne. Exceptuando los perros, no tienen mas alimentos que los vegetales que ya he descrito; de donde se infiere que si les faltan estos recursos, su miseria debe ser extre-

ma. Entre los mismos habitantes de la costa, muchas tribus deben hallarse con frequencia en semejante situacion de escasez, ya porque falte la cosecha de sus plantios, ya porque se les acaben las provisiones secas, quando no hay pesca. Estas reflexîones pueden conducir para explicar el peligro continuo en que estan los habitantes de estos paises, y el cuidado que ponen en fortificar todas sus poblaciones: por aquí se puede tambien dar alguna razon de la horrible costumbre de comer carne humana de los que matan en sus batallas; porque la hambre que los obliga á entrar en el combate, les borra todos los motivos que pudieran detenerlos para no devorar los cadaveres de sus enemigos.

Conviene advertir que si es verdadera esta explicacion de una costumbre tan bárbara, los males que la siguen, no terminan con la necesidad que los originó. Luego que la hambre introduxo este uso en una de las partes combatientes, la otra debió adoptarle por venganza. Estas necesidades freqüentes en que se hallan estos Isleños miserables, como tambien su carácter contribuirian mucho para que fuesen bien recibidos los Europeos que quisiesen formar allí un establecimiento. Su situacion los precisa á necesitar de socorros, y su carácter los hace susceptibles de amistad; y por mas apologías

que se hayan hecho de la vida salvage, la civilizacion seria ciertamente un gran bien para estos infelices á quienes la naturaleza niega la precisa subsistencia, y que se ven precisados á destruirse unos á otros para no perecer de hambre.

Estos pueblos acostumbrados á la guerra, y teniendo ya habito hecho á mirar á todos los estrangeros como enemigos, estaban siempre dispuestos para atacarnos, quando no conocian nuestra superioridad: al principio no conocian otra que la del número, y quando la tenian de su parte, creian que todas nuestras demostraciones de cariño eran artificios, que el temor y la astucia nos sugerian para engañarlos y conservarnos. Pero luego que se convencieron de la superioridad de nuestras armas de fuego, aunque cargadas solamente de mostaza, y se hicieron cargo de nuestra clemencia, al ver que no haciamos uso de estos terribles instrumentos sino para defendernos, se hicieron al punto amigos nuestros, tuvieron en nosotros una confianza sin limites, y executaron todo lo que podia obligarnos á tratarlos del mismo modo. Es muy digno de notarse, que desde que se estableció entre unos y otros un comercio reciproco de amistad, fue muy rara la mala accion en que los sorprendimos. En tanto que nos miraron como enemigos, que no habian arribado á

su costa sino para sacar de ellos algun provecho, emplearon contra nosotros sin miramiento todos los medios de hacernos mal. Despues de recibido el precio de lo que ofrecian vendernos, se quedaban con el genero y con el precio con mucha serenidad, como creyendo que era una accion muy legitima el robar á los que venian á robarlos.

En otra parte he advertido, que los Isleños del mar del Sur no tenian idea de la indecencia en orden á los objetos ni á las acciones. No era lo mismo en los habitantes de la Nueva Zelanda: observé en su trato y porte tanto recato, decencia y modestia como en las naciones mas civilizadas de Europa. Las mugeres á la verdad no eran inaccesibles, pero su modo de rendirse era el mas decente; y segun sus ideas, la estipulacion del precio de sus favores no tenia nada de reprensible. Quando eran solicitadas, respondian que necesitaban del consentimiento de su familia, y lo obtenian regularmente por medio de algun regalo: despues de estos preliminares era preciso tratarla por una noche con toda decencia, y el que se propasaba en alguna libertad, podia estar seguro de haber perdido su trabajo y no conseguir jamas nada de ella. Habiendose dirigido uno de nuestros oficiales á una de las principales familias del pais para obtener una muger, le respondieron en

estos términos : „Todas estas jóvenes se „tendran por favorecidas de tu declaracion; „pero debes ante todas cosas hacerme un „regalo conveniente y venir despues á dor- „mir en tierra una noche con nosotros, por- „que la luz del dia no debe ser testigo de „lo que pase entre vosotros."

No son tan aseados en sus personas como los Otahitinos, porque como viven en un clima menos caliente, no se bañan con tanta freqüencia como estos; pero lo mas asqueroso que tienen es el aceyte con que se ungen los cabellos como los Islandeses. Este aceyte es una grasa derretida de pescado ó de aves; los mas distinguidos la usan fresca, pero los de la clase inferior no teniendo otra que la rancia, son tan hediendos como los Hotentotes. Sus cabezas no estan limpias de insectos, aunque observamos que conocen el uso de los peines de hueso y de madera. A veces llevan estos peines puestos sobre la cabeza como un adorno, moda que vemos ya establecida entre nosotros. Los hombres tienen por lo regular la barba corta, y los cabellos recogidos sobre la cabeza, formando con ellos un penacho donde colocan plumas de aves de varios modos segun su capricho: otros los disponen de suerte que asoman en punta por las dos mexillas, lo qual les da un aspecto muy disforme. Las mugeres llevan los cabellos cortos, otras

los dexan sueltos sobre los hombros.

Ambos sexôs tienen el cuerpo lleno de manchas negras que llaman *amoco*: para hacerlas usan del mismo arbitrio que en Otahiti; pero los hombres tienen mayor número de ellas que las mugeres. Estas no se pintan ninguna parte del cuerpo sino los labios, bien que algunas tenian pequeñas manchas negras en otras partes. Por el contrario, los hombres parece que añaden cada año alguna cosa á estos ridiculos adornos, de suerte que muchos de ellos que parecian de edad abanzada, estaban casi cubiertos de estas manchas de pies á cabeza. Ademas del amoco usan otras marcas extraordinarias que imprimen en sus cuerpos por un medio que no sabemos, y son unos surcos de cerca de una linea de profundidad y de igual anchura, como las rayas que se ven en un arbol tierno de un año en que se han hecho incisiones. Los bordes de estos surcos estan cortados como dientes de sierra; y siguiendo en esto el mismo método que en lo demas, se vuelven negras del todo y les dan un aspecto horrible. Los jóvenes no se ennegrecen sino los labios como las mugeres; tienen por lo comun una mancha negra en una mexilla y sobre un ojo, y van procediendo así por grados hasta que llegan á viejos, con lo qual se hacen respetables.

Aunque nos desagradaba la horrible feal-

dad que causaban estas señales en sus rostros, no podiamos menos de admirar el arte y la destreza con que las imprimen en la piel. Las rayas del rostro son por lo comun espirales; estan formadas con mucha exâctitud y aun elegancia; las de un lado corresponden exâctamente á las del otro. Se observaba en estos dibujos tal fecundidad de imaginacion, que de cien hombres que á primera vista parecia tenian exâctamente unas mismas figuras, no hallamos dos que las tuviesen identicas quando las exâminamos despacio. Advertimos que la cantidad y la forma de estas señales eran diferentes en las diversas partes de la costa; y así como los Otahitinos las colocan principalmente en los muslos, al contrario en la Nueva Zelanda esta era á veces la unica parte del cuerpo en que no tenian ninguna, y por lo comun era la menos pintada de todas.

Estos Isleños no solo tiñen su piel, sino que se la pintan, embadurnándose el cuerpo con almazarron; á veces le frotan con este color seco; otras lo aplican en manchas grandes mezclado con aceyte, conservándose siempre húmedo; por lo qual no les podiamos tocar sin quedar manchados con aquella pintura.

El trage de un habitante de la Nueva Zelanda es á primera vista para un Euro-

peo el mas extravagante y grosero que se pueda imaginar : se compone de hojas de una especie de lirio, las quales cortan en tres ó quatro listas, y quando estan secas las texen unas con otras, formando una especie de esterilla : las puntas de las hojas, que tienen ocho á nueve pulgadas, sobresalen en punta del texido como los espartos de nuestros felpudos. Se necesitan dos piezas de esta tela para un vestido completo : la una está atada á los hombros con un cordon, y cuelga hasta las rodillas ; á la punta de este cordon atan un errete ó aguja de hueso, que pasando por los dos extremos de este manto los une : la otra pieza está rodeada á la cintura, y cuelga hasta el suelo. Sin embargo, los hombres no llevan esta segunda pieza de abaxo sino en ciertas ocasiones : pero tienen un cinto del qual pende un cordelillo destinado para un uso muy singular. Los Isleños del mar del Sur hienden el prepucio para que no pueda cubrir el bálano ; pero los Zelandeses al contrario, para que el prepucio no pueda retirarse y descubrir aquella parte, le atan por la extremidad con el cordelillo que está así asegurado en el cinto. El bálano parece que es la unica parte que cuidan de tapar, pues se despojaban sin el menor escrúpulo de todos sus vestidos, exceptuando el cinto y el cordon; pero se mostraban muy

vergonzosos quando para satisfacer nuestra curiosidad, les rogabamos desatasen el cordon, y jamas consintieron en ello sino con la mayor repugnancia, y con las mayores muestras de rubor. Quando no tienen mas que la tela de encima y se sientan en cuclillas, parecen una choza cubierta de paja. Aunque este vestido es desagradable á la vista, es muy propio para el modo de vivir de estos hombres, que duermen por lo regular á la inclemencia, sin tener otro abrigo contra la lluvia.

Ademas de esta tela grosera de que acabo de hablar, tienen otras dos con la superficie lisa, y trabajadas con mucho artificio, como las que fabrican los habitantes de la América Meridional. Una de ellas es á la verdad grosera, pero es diez veces mas fuerte que nuestras arpilleras mas gruesas; para texerla, colocan los hilos como nosotros. La segunda se hace extendiendo muchos hilos, unos junto á otros, en la misma direccion, lo que compone la urdimbre, y otros hilos atravesados forman la trama. Estos hilos estan separados uno de otro como media pulgada: esta tela es por lo regular rayada, y tiene siempre bastante buena apariencia, porque se hace de las fibras de la misma planta, que son brillantes como la seda. La fabrican en una especie de bastidor del tamaño de la tela, que tiene por

lo comun cinco pies de largo, y quatro de ancho: los hilos de la urdimbre estan atados á los extremos del bastidor, y la trama se va mezclando con la mano, lo que debe ser un trabajo muy molesto.

Ponen á los extremos de estas dos especies de telas unas franjas de diferentes colores: estos bordados se hacen de varios modos, y estan trabajados con tal primor, que deben causar admiracion, sabiéndose que no tienen agujas. El vestido de que hacen mas vanidad es una piel de perro; la emplean con tanta economía, que la cortan en listas, y las cosen sobre sus vestidos, separadas unas de otras, lo que prueba que los perros no son muy abundantes en aquel pais. Estas listas son tambien de varios colores, y estan dispuestas de modo que causan un efecto agradable. Vimos, aunque rara vez, algunos vestidos adornados con plumas en vez de tiras de piel de perro, y en particular uno estaba enteramente cubierto de plumas roxas de papagayo.

Las mugeres, contra la costumbre general de casi todas las naciones, son menos esmeradas en el vestir que los hombres. Lleban por lo regular los cabellos cortos, como ya he dicho, y quando los dexan crecer, no los atan sobre la cabeza; tampoco se los adornan con plumas. Sus vestidos estan hechos de la misma materia y for-

ma que los de los hombres; pero la pieza de tela de abaxo las rodea el cuerpo, excepto quando entran en el agua para coger cangrejos de mar, porque entonces se la quitan; pero cuidando mucho de que no las vean los hombres. Habiendo nosotros desembarcado un dia en una isleta en la bahia de Tologa, sorprendimos á algunas en esta ocupacion: la casta Diana y sus Ninfas no pudieron manifestar mas confusion y vergüenza á vista de Acteon, que estas Isleñas al vernos. Unas se escondieron entre las rocas, y otras se sumergieron en el agua hasta que hubieron formado un cinturon y delantal de las hierbas marinas que pudieron encontrar; y quando salieron, notamos que á pesar de este velo, nuestra presencia las causaba mucho rubor.

Ambos sexôs se horadan las orejas, y ensanchan los agujeros de suerte que se puede meter por ellos un dedo á lo menos. Meten en estos agujeros varios adornos, pedazos de tela, plumas, huesos de aves grandes, y á veces un pedazo de madera. Por lo regular se ponian en ellos los clavos que les dabamos, como tambien todas las demas cosas que cabian allí. Algunas mugeres meten en ellos la borra de una ave, que es tan blanca como la nieve, y elevándose por los dos lados del agujero en un hopo del tamaño de un puño, hace un efecto muy estraño, aun-

que no desagradable. Ademas de los adornos que meten en los agujeros de las orejas, cuelgan de ellos con cordones otros varios, como pedazos de talco verde, que aprecian infinito, las uñas y los dientes de sus parientes difuntos, dientes de perro, y todas las demas cosas que pueden adquirir, y que tienen por de algun valor. Las mugeres llevan tambien unos brazaletes y collares formados de huesos de aves, de caracolillos y otras materias, de las quales hacen sartas. Los hombres á veces llevan colgado de un cordon que les rodea el cuello, un pedazo de talco verde, ó de hueso de ballena, casi de la figura de una lengua, sobre la qual habia una figura humana esculpida groseramente, adorno muy estimado de ellos. Vimos un Zelandés que tenia horadada la ternilla que separa las narices, y habia atravesado por este agujero una pluma que sobresalia por los dos lados hasta las mexillas. Es probable que habia adoptado esta extravagancia como un adorno singular; pero de todos los Isleños que vimos, ninguno tenia semejante adorno, ni observamos en sus narices agujero alguno que pudiese servir para este uso.

Sus habitanciones son las mas toscas y groseras de todas sus obras, pues son inferiores á las chozas mas infelices. Tienen por lo regular de diez y ocho á veinte pies

de largo, ocho ó diez de ancho, y cinco ó seis de alto. Regularmente son de maderos delgados, los lados y el techo se componen de yerba seca y de heno, y todo está reunido con muy poca solidez. Algunas estan forradas por dentro de cortezas de árboles, de suerte que en tiempo frio, servirán de muy buen abrigo. El techo está inclinado; la puerta está á uno de los extremos, y es tan baxa, que es necesario entrar arrastrando en quatro pies. Cerca de la puerta hay un agujero quadrado, que sirve á un mismo tiempo de ventana y de chimenea, porque el fogon está en aquella extremidad casi en medio de la habitacion. En alguna parte visible, y ordinariamente cerca de la puerta, fixan una tabla cubierta de esculturas á su modo, la qual es entre ellos tan estimada como entre nosotros un quadro. Los aleros del techo se extienden á unos dos pies ácia afuera, de suerte que forman un cobertizo donde hay bancos para el uso de la familia. A lo largo de los dos lados en lo interior de la habitacion extienden un poco de paja, sobre la qual duermen.

Sus muebles y utensilios son en muy corto número, y todos se encierran en una arca, exceptuando los canastillos de sus provisiones, las calabazas en que guardan el agua dulce, y los mazos con que muelen sus raices; estos por lo regular se hallan colo-

cados fuera de la puerta. Algunos instrumentos groseros, sus vestidos, armas, y las plumas con que adornan sus cabellos, componen lo restante de su ajuar. Los de clase distinguida, y los que tienen una familia numerosa, tienen tres ó quatro habitaciones comprehendidas en un corral; los cercados estan hechos de maderos y de heno, y tienen diez ó doce pies de alto.

Quando estabamos en tierra en el canton llamado Tolaga, vimos las ruinas, ó mas bien la armazon de una casa, que jamas habia sido acabada, y que era mucho mayor que quantas habiamos visto: los lados estaban adornados de varias tablas esculpidas, y mucho mejor trabajadas que todo lo que habiamos visto hasta entonces; pero no pudimos saber para qué fin la habian comenzado, y por qué no la habian concluido.

Aunque estos Isleños estan bastante bien defendidos contra la inclemencia en sus habitaciones, sin embargo, quando hacen excursiones para buscar raices de helecho, ó para pescar, parece que no les da cuidado el no encontrar ningun abrigo. A veces lo forman para defenderse del ayre, y á veces ni aun se cuidan de tomar esta precaucion: duermen baxo los matorrales con sus mugeres é hijos, colocando al rededor sus armas. Una tropa de quarenta á cin-

cuenta Isleños que vimos en la bahia de Mercurio, en un distrito que los naturales llaman Opurage, no fabricó ningun alvergue en todo el tiempo que allí estuvimos, aunque llovió á veces sin cesar por todo un dia.

Ya he insinuado los manjares de que se alimentan: el principal es la raiz de helecho que les sirve de pan. Los páxaros que comen en sus banquetes de regalo, consisten principalmente en pingoinos y otro corto número de especies. Como no tienen ninguna vasixa en que cocer el agua, no usan de otro medio de guisar que asando las carnes ó cociendolas en hornillos semejantes á los de Otahiti.

He advertido ya que al Norte de la Nueva Zelanda hay plantios de ñames, de patatas y de cocos, pero no los vimos en la parte del Sur. Los habitantes de esta parte deben de alimentarse únicamente de raices de helecho y de pescado, exceptuando los recursos accidentales y raros que pueden hallar en los perros y en las aves de mar. Es evidente que no pueden adquirir estas raices ni el pescado en todas las estaciones del año, pues vimos provisiones secas amontonadas, y algunos de ellos mostraron gran repugnancia en vendernos parte de ellas, principalmente el pescado, quando teniamos necesidad de ellas para embarcarlas. Esta circunstancia confirma el dictamen en que

estoy, de que aquel pais apenas suministra lo necesario para la subsistencia de sus habitantes, á quienes por consiguiente el hambre precisa á continuas hostilidades para adquirir alimentos en pais enemigo, y los excita naturalmente á devorar los cadaveres de los que mueren en las batallas.

No vimos tuviesen otra bebida que el agua: si realmente no hacen uso de los licores que embriagan, son en esta parte la nacion mas feliz de quantas hasta ahora tenemos noticia. Como la intemperancia y la falta de exercicio son quizá el único principio de las enfermedades crónicas ó criticas, no parecerá estraño que estos Isleños gocen sin interrupcion de salud perfecta. Siempre que visitamos sus poblaciones, niños y viejos, hombres y mugeres concurrian al rededor de nosotros excitados por la misma curiosidad que nos movia á nosotros para exâminarlos; pero jamas vimos ninguno que pareciese tocado de ninguna enfermedad, y entre los muchos que vimos enteramente desnudos, jamas notamos la mas leve erupcion cutanea; ni rastro de pústulas ni de granos. Quando se acercaron á nosotros en las primeras visitas, y observamos en varias partes de sus cuerpos manchas blancas, que parecia formaban una costra, creimos que estaban leprosos, ó á lo menos escorbuticos; pero exâminando estas manchas de mas cer-

ca vimos que procedian de la espuma del mar, que al pasar los habia mojado, y secándose habia dexado sobre la piel aquellas señales.

Ya he hecho mencion de otra prueba de la buena salud de estos Isleños, hablando de la facilidad con que las heridas mas recientes se habian curado y cicatrizado. Quando exâminamos á uno que habia recibido un balazo en la parte carnosa del brazo, la herida se hallaba en tan buen estado y tan próxîma á la curacion, que á no saber que no habian puesto nada en la herida, me hubiera informado en beneficio de la humanidad de las yerbas vulnerarias y de la práctica chirúrgica del pais.

Lo que prueba tambien que estos Isleños carecen de enfermedades, es el gran número de viejos que vimos, algunos de los quales parecian de edad muy abanzada, porque se les habian caido los cabellos y los dientes: sin embargo, ninguno de ellos estaba décrepito, y aunque no tenian en los músculos tanta fuerza como los jóvenes, se manifestaban igualmente vivos y alegres.

La industria de estos naturales se muestra en sus piraguas mas que en ninguna otra cosa: son largas y estrechas, y de una forma muy parecida á los barcos que se usan en la Nueva Inglaterra para la pesca de la ballena. Las piraguas mas grandes parecen des-

tinadas principalmente para la guerra, y llevan de quarenta hasta cien hombres armados. Medimos una que estaba en tierra en Tolaga: tenia sesenta y ocho pies y medio de largo, cinco de ancho, y tres y medio de hondo. Las hay tambien mas pequeñas de una sola pieza, excabadas con fuego. La escultura de los adornos de la popa y de la proa de las piraguas pequeñas, que parecen destinadas unicamente para la pesca, consiste en la figura de un hombre con el rostro mas horrible que se puede imaginar: de la boca le sale una lengua monstruosa, y unas conchas blancas le sirven de ojos. Pero las piraguas, que son sus vageles de guerra, estan magnificamente adornadas de esculturas caladas y cubiertas de festones flotantes de plumas negras que hacen una vista agradable. Las tablas de los costados estan tambien esculpidas de un modo grotesco, y adornadas de plumas blancas sobre un fondo negro. Los remos de estas piraguas son pequeños, ligeros y muy bien trabajados: la pala es de figura ovalada ó mas bien como una hoja larga. El remo tiene seis pies de longitud; con el auxîlio de estos remos hacen caminar sus piraguas con una velocidad increible.

No son muy habiles en la navegacion, no conociendo otro modo de disponer la vela, que viento en popa: la vela que es de

estera, está colocada entre dos palos que se levantan de los dos bordos, y sirven á un mismo tiempo de árboles y de vergas. Por mas grosero é incomodo que sea este aparejo, las piraguas caminan viento en popa con mucha velocidad. Son gobernadas por los hombres sentados sobre la popa, cada qual con un remo en la mano.

Despues de haber referido los productos de su industria, voy á tratar de sus instrumentos. Tienen dos especies de hachas y de escoplos, que les sirven tambien de barrenas para abrir agujeros. Como no tienen metales, estas hachas son de una piedra negra y dura, ó de un talco verde compacto que no se rompe. Sus barrenas se componen de huesos humanos, ò de pedazos de jaspe que cortan en pequeños pedazos angulares y puntiagudos, parecidos á nuestras piedras de fusil. Estiman sus hachas mas que todo lo demas que poseen, y jamas quisieron vendernos ninguna por mas precio que les ofreciesemos: yo les ofrecí una de nuestras mejores hachas y otras muchas cosas por una de las suyas, pero el dueño no quiso vendermela, de donde infiero que las buenas hachas son raras entre ellos. Emplean sus pequeños instrumentos de jaspe para perfeccionar sus obras mas delicadas: como no sáben aguzarlas, las usan hasta que estan del todo embotadas, y entonces las arrojan. Ha-

biamos dado á los habitantes de Tologa un pedazo de vidrio, y en breve tiempo hallaron el medio de agujerearlo para colgarselo al cuello como un adorno; creimos que el instrumento con que lo hicieron seria de jaspe. No pudimos averiguar con puntualidad como fabrican el corte de sus instrumentos, ni como aguzan la punta de sus patupatus.

Ya he hecho mencion de sus redes, de las quales hay algunas de enorme magnitud: una vimos que parecia obra de los habitantes de toda una aldea, y creo que era del comun. Sus anzuelos son de hueso ó de concha, y por lo general son mal hechos. Tienen canastillos de juncos de diferentes especies y tamaños, en los quales echan los peces que cogen, y guardan tambien en ellos sus provisiones.

Su cultivo es qual se puede esperar de un pais en donde cada qual no siembra mas que para sí, y en donde la tierra apenas produce los frutos necesarios para la subsistencia de los habitantes. Quando fuimos por la primera vez á Tegato, canton situado entre la bahia de *Pobreza* y el Cabo *Este*, acababan de sembrar, y las semillas aun no habian empezado á brotar: el terreno estaba tan allanado como en nuestros jardines. No tuvimos ocasion de verlos labrar, pero vimos el instrumento que les sirve de haza-

da y de arado, el qual es un palo largo, aguzada la punta en un corte, con un pedazo pequeño de madera atravesado poco mas atriba del corte para que apoyando el pie en el travesaño puedan meterlo mas fácilmente en la tierra. Con este instrumento levantan pedazos de tierra muy grandes, aunque no tiene mas que tres pulgadas de ancho; pero como el terreno es ligero y arenisco hace poca resistencia. La agricultura, el arte de fabricar telas, y las demas artes son mas bien conocidas y mejor practicadas en la parte septentrional de la Nueva Zelanda: en la parte Meridional se encuentran pocos vestigios de ellas; pero las artes que pertenecen á la guerra, florecen en toda la costa.

No tienen mucho número de armas, pero las que usan son muy propias para destruir á sus enemigos: tienen lanzas, dardos, hachas de guerra y el patupatu. La lanza tiene de catorce á quice pies de largo: es puntiaguda por ambos extremos, y á veces esta armada de un hueso: la empuñan por medio, y de este modo reparan los golpes, y hieren con mas seguridad que con las armas que no tienen mas que una punta. He hablado ya de sus dardos y demas armas, y ya advertí que no conocen la honda ni el arco. Arrojan los dardos y las piedras con la mano, pero rara vez hacen uso

de las armas arrojadizas sino en la defensa de sus fortalezas. Sus combates, sea en las piraguas, sea en tierra, siempre son cuerpo á cuerpo, por consiguiente la carnicería debe ser mayor, pues si aciertan con el primer golpe de sus armas, no necesitan asegundar para matar á su enemigo. Ponen al parecer su principal confianza en el patu-patu, el qual llevan atado á la muñeca con una fuerte correa para que no se lo arranquen por fuerza: los principales lo llevan pendiente de la cintura como un adorno militar, como el cuchillo los Asiaticos, y la espada los Europeos. No tienen ninguna armadura defensiva; pero ademas de sus armas, los caudillos llevan un baston de distincion como nuestros oficiales. Por lo regular éste era una costilla de ballena blanca como la nieve, y adornada de escultura, de pelo de perro y de plumas; otras veces era un baston de unos seis pies de largo con los mismos adornos, incrustado de conchas como de nacar. Los que llevan estas insignias de distincion son ordinariamente viejos, ó á lo menos de edad madura, y tienen tambien en el cuerpo mas señales de *amoco* que los demas.

Todas las piraguas que nos atacaron tenian cada una á bordo uno ó mas Isleños con estas insignias segun el tamaño de la piragua: quando se acercaban al navio á

cierta distancia, acostumbraban detenerse, y los caudillos levantándose de sus asientos, se ponian un vestido al parecer destinado para estas ocasiones, y regularmente era de piel de perro. Tomaban su baston distinguido, ó una arma, y mandaban á los demas lo que debian hacer. Quando se hallaban á distancia que no alcanzaban á nosotros con sus armas arrojadizas, creian que estaban fuera del alcance de nuestras armas, y entonces nos desafiaban, diciendo: *venid á tierra, y os mataremos á todos con nuestros patupatus.* Al tiempo que proferian estas amenazas, se iban acercando poco á poco hasta estar cerca del navio: hablaban de quando en quando con un tono tranquilo, y respondian á todas las preguntas que les haciamos: otras veces repetian sus amenazas, hasta que en fin animados con la cobardia que suponian en nosotros, daban principio á su cancion y danza de guerra: este era el preludio del ataque, el qual duraba á veces tanto, que para concluirla teniamos que disparar algunos fusilazos. A veces se retiraban despues de haber tirado algunas piedras contra el navio, como dandose por contentos de habernos hecho un insulto que no nos atreviamos á vengar.

La danza de guerra consiste en gran número de movimientos violentos y de contorsiones horribles: las gesticulaciones del

rostro son las mas principales : ya sacan la lengua hasta una longitud increible; ya abren los ojos con tanta fuerza, que se descubre todo lo blanco de arriba y abaxo, formando un gran círculo al rededor de la pupila. Hacen todos los extremos que conocen son propios para desfigurar el rostro de un modo horrible y espantoso. Durante esta danza, agitan sus lanzas, vibran sus dardos, y hieren al ayre con sus patupatus. Esta horrible danza se acompaña con una cancion, que aunque salvage, no es desagradable, y cuyo estrivillo remata con un suspiro elevado y profundo que dan de concierto. En los movimientos de los danzantes observamos una fuerza, firmeza y destreza, que no pudimos menos de admirar. En sus canciones guardan el compas con la mayor exâctitud : observé mas de cien remos que golpeaban contra los costados de las piraguas tan á compas, que parecian un solo golpe, á cada tiempo de su música.

A veces cantan para divertirse, sin acompañar con la danza, otra cancion que no es muy diferente de la de guerra : tambien oimos alguna vez otras que cantaban las mugeres, cuyas voces son muy dulces, y tienen un acento tierno y agradable. El compas es lento, y la cadencia patetica. Toda esta música, segun pudimos juzgar, nos pareció executada con mucho mejor gusto de lo

que se podia esperar de unos Salvages pobres y errantes por un pais medio desierto.

Tienen unos instrumentos sonoros, que apenas merecen el nombre de instrumentos de música: uno es el caracol, llamado *trompa de Triton*, con el qual hacen el mismo ruido que los segadores que lo usan en algunas partes de España. El otro es una flautilla de madera, tan poco armoniosa como un silvato. No parece que consideran estos instrumentos como muy propios para la música, porque jamas les oimos acompañarlos con la voz, ni acomodarlos á sus canciones.

Fin del Quaderno XLVIII.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO XVI.

QUADERNO QUARENTA Y SEIS.

CARTA CCXXVIII.

Habitantes del Archipiélago de Chiloe.

CARTA CCXLVIII.

Comercio y gobierno de la provincia.

CARTA CCXLIX.

Islas de Juan Fernandez.

CARTA CCL.

Viages al mar del Sur.

CARTA CCLI.

Tierra Magallanica.

CARTA CCLII.

Habitantes del Estrecho.

CARTA CCLIII.

Otros habitantes del Estrecho.

CARTA CCLIV.

Viage de Wallis á Otahiti.

Fin del Quaderno XLVI.

QUADERNO XLVII.

CARTA CCLV.

Viage de Mr. Bougainville.

CARTA CCLVI.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCLVII.

Primer viage de Mr. Cook.

CARTA CCLVIII.

Llegada de Coock á Otahiti.

CARTA CCLIX.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCLX.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCLXI.

Descripcion de Otahiti.

CARTA CCLXII.

Caracter de los Otahitinos.

Fin del Quaderno XLVII.

CARTA CCLXVI.

Viage á la Nueva Zelanda.

CARTA CCLXVII.

Continuacion de la Nueva Zelanda.

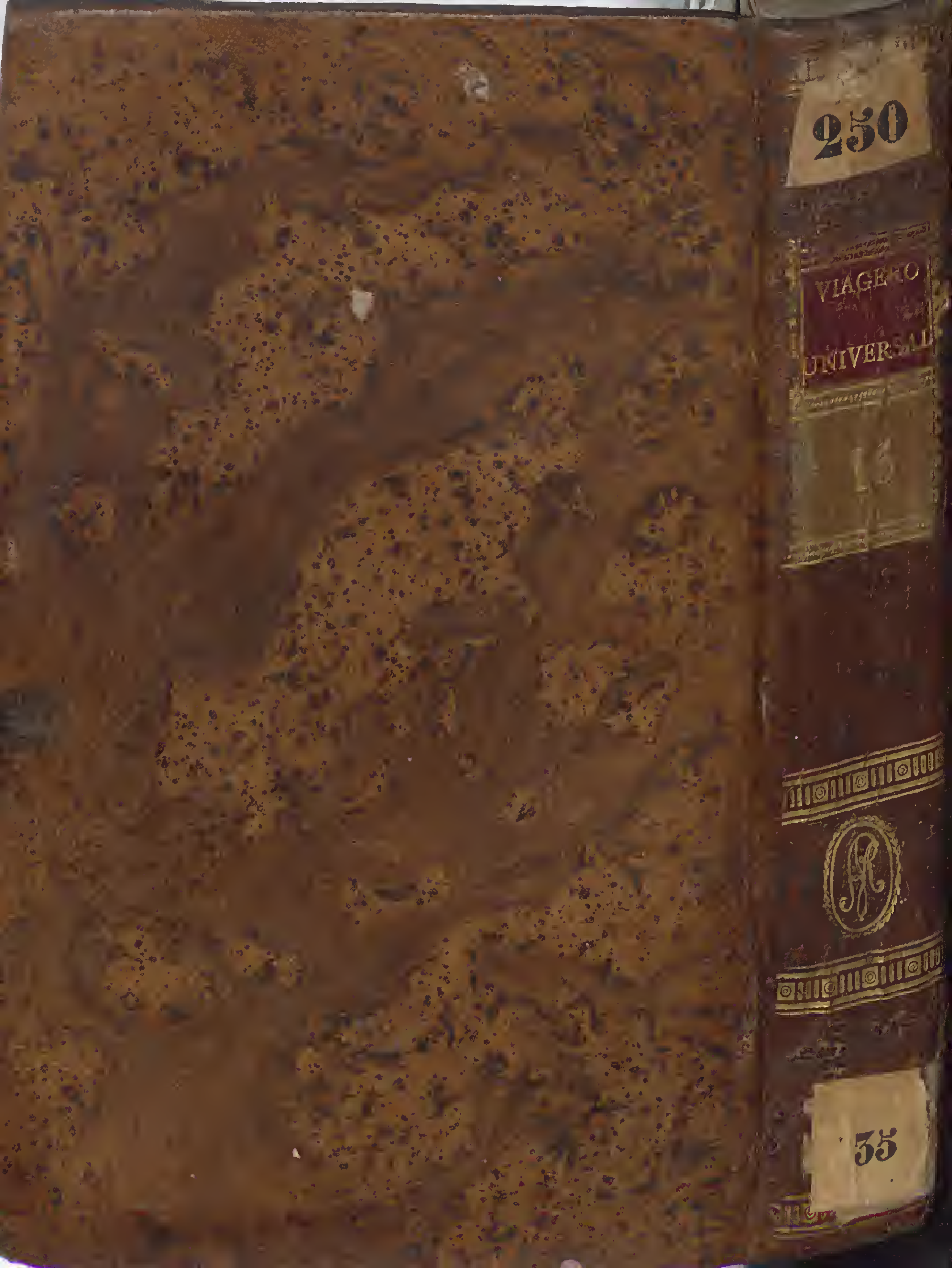
CARTA CCLXVIII.

Descripcion de la Nueva Zelanda.

FIN.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD B SEVILLA
600987886


250
VIAGERO
UNIVERSAL
35